
Hechizo
DE
amor
PARA EL
CEO
VERA RAVEN

Hechizo de amor para el CEO

VERA RAVEN

Copyright © 2026 Vera Raven
Todos los derechos reservados.

Para todas las que alguna vez odiaron a alguien con demasiada pasión.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
Epílogo

1

Hace seis años que trabajo para el demonio, y no lo digo en sentido metafórico. Por eso mi alma se está volviendo negra, igual que el café olvidado en mi taza de Minnie Mouse de Tokyo Disneyland, que no fue diseñada para contener algo tan amargo. Ni yo para trabajar para alguien tan insoportable.

Mi pobre padre rezaría cinco padrenuestros seguidos si supiera que le he dado a mi jefe una pócima mágica para que se vuelva feo. O, siendo razonables, un poco menos guapo. Porque nadie con esa personalidad debería tener esa cara. Es publicidad engañosa. Su rostro es una trampa perfecta, una de esas flores vistosas que atraen a los insectos solo para devorarlos.

Lo peor de convertirme en mala persona es la posibilidad de ir al infierno cuando muera y… encontrármelo allí. Esperándome con algún proyecto que quiere rehacer desde el principio y cero pizca de agradecimiento. Se me eriza la piel solo de pensarlo.

Sacudo la cabeza y obligo a mis pensamientos a cambiar de dirección. No voy a ir al infierno por una estúpida pócima. Además, ni siquiera sabemos si ha funcionado. Se la dimos antes de que se marchara a Londres, hace cuatro meses.

En el caso de que haya surtido efecto, no pienso sentirme culpable. Atacar a mi jefe es prácticamente defensa propia. Tengo las pruebas delante de mis narices ahora mismo: el ambiente fúnebre de la oficina. Todo el mundo sabe que Rin Takeda vuelve hoy, después de cuatro meses en el extranjero, abriendo la filial de Londres. Toda la planta parece atascada en la fase de la depresión del duelo. Keiko acaba de besar la foto de su hijo de tres años.

—Mamá va a intentar llegar antes de la cena —le susurra a la imagen, sin creérselo ni ella.

Antonio está apoyado junto a la fotocopiadora con una mano en la zona lumbar, recordando los peores momentos del dolor de ciática que lleva meses sin molestarle.

Kenta, el becario que empezó hace tres semanas, es el único que sigue vivo en espíritu. Prepara un café con una sonrisa. Aún no sabe lo que le viene… Me recuerda a una gacela bebiendo en el arroyo, ajena a que un depredador anda al acecho.

—Disfruta mientras puedas —digo al pasar por él—. Hoy llega *Oni.*

La cabeza de Kenta se alza de golpe.

—¿Perdón?

—Nada, cosas mías.

Oni-shacho, el presidente Ogro: Así llamamos al CEO de Hayabusa Engineering, donde coordino el equipo de secretaría de dirección.

Oni, el demonio japonés, no es el único apodo que Rin Takeda se ha ganado a lo largo de los años. La revista *Nikkei Business* lo llamó *Shihon no Soujuushi* (el piloto del capital) por haber multiplicado los ingresos de la empresa de su padre en tiempo récord. Y cuando era piloto de Fórmula 1, la prensa lo llamaba «El caramelito», porque con él tenían espectáculo asegurado. Guapo y problemático. En una rueda de prensa mordió un micrófono y le arrancó la espuma con los dientes. Internet tardó tres minutos en convertirlo en meme. Yo tardé menos en darme cuenta de que trabajar para él era una mala idea.

En mi oscuro estado de distracción, me choco con alguien que sale por la puerta del baño de mujeres.

—Oh, perdona, Malu… —La voz acongojada de Yui me saca de mis pensamientos.

Tiene los ojos rojos, el maquillaje corrido y la nariz hinchada.

—No me digas que estás llorando por su vuelta…

Yui parpadea y niega con la cabeza.

—No es por Oni… —murmura y entierra la cara en un pañuelo arrugado para sonarse la nariz por lo que debe ser la enésima vez.

—¿Qué te ocurre entonces?

De primeras parece reacia a contármelo, pero, apenas unos segundos después, se le hunden los hombros y acaba suspirando en rendición.

—Mi novio… me ha engañado.

Ah, por lo visto no todos los males del mundo los ocasiona nuestro jefe.

Me enderezo despacio.

—Lo siento, Yui. —Mi mano va a parar a su hombro a falta de palabras de consuelo. No tengo ni idea de lo que debe estar sintiendo. No es que yo tenga tiempo para novios. Me sorprende que ella sí… debe ser una relación reciente—. ¿Estás completamente segura de que lo ha hecho?

Ella suelta una risa seca y enfadada.

—Le he pillado con la cara hundida entre las piernas de mi mejor amiga —escupe.

La escena tan gráfica que ha descrito me choca hasta el punto de parpadear varias veces.

—Guau, eso es… imposible de malinterpretar.

—Ajá —lloriquea ella.

—Lo siento, Yui. Es una doble traición… debe de doler mucho. —Mis palabras lo empeoran más que otra cosa, porque ella rompe a llorar más fuerte.

—No te preocupes. Eres joven y muy guapa, te mereces algo mejor. —Eso parece animarla un poco.

—Gracias, Malu. —Esboza una sonrisa débil—. Lo peor es que lo quería…

—No, no. —Agito el dedo delante de su cara—. Querías al personaje que él había inventado y que no existe en realidad. Y sobre tu amiga…

Antes de que pueda terminar de despotricar, suena el teléfono de la oficina. Ese maldito sonido hoy parece más alto que de costumbre.

Me pongo los cascos inalámbricos que llevo en el cuello y atiendo la llamada.

—Planta ejecutiva —saludo. Si mi mano apretara el auricular un poco más lo pulverizaría.

—El señor Takeda acaba de llegar al edificio. —La voz del recepcionista de la planta baja hoy suena en mi cabeza como Darth Vader.

Cuelgo despacio y miro a todos.

—Oni… Ha llegado.

El efecto es inmediato: sillas que se mueven, espaldas que se enderezan, almas que abandonan cuerpos.

Yo suspiro y me recoloco la falda de tubo.

—Voy a recibirle —susurro. No porque quiera, sino porque es mi trabajo.

Rafaela, mi hermana, aparece a mi lado sin que nadie la haya invocado. Caminamos hasta el pasillo frente a los ascensores en silencio.

—Después de la pócima y estos cuatro meses… —murmura—, ¿cómo crees que estará?

Cruzo los brazos.

—Tal vez se le noten las arrugas del estrés. Ojeras… Algo de chepa.

Rafaela asiente con total seriedad.

—Igual ha perdido pelo.

—O ha desarrollado una leve papada.

—O las dos cosas.

—Eso sería justicia divina.

—Eso sería mi hechizo funcionando —corrige.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Somos malas personas.

—Me rogaste que lo preparara —se indigna.

—Vale, soy —corrijo—. Soy mala persona.

El sonido del ascensor nos corta y las puertas se abren. Un silencio cinematográfico se apodera de la sala. Contengo la respiración y noto la mano de Rafaela apretar la mía.

Rin Takeda está dentro. Y no tiene papada, ni barriga cervecera. ni ojeras, ni alopecia… Está mucho mejor que hace cuatro meses. Cosa que no hubiera creído posible.

Su presencia llena todo el espacio. Los hombros más anchos, los brazos marcados bajo ese jersey que se ajusta indecentemente a su torso. La mandíbula más definida, la mirada más penetrante. Maldita sea.

Rin sale del ascensor y la iluminación natural que entra por los ventanales lo confirma. Su cabello ha crecido un poco, y le llega por

las mejillas marcadas. El look favorece a su rostro bronceado. ¿Quién demonios se broncea en Londres?

En lugar del traje, ha viajado con un jersey azul casi gris que abraza sus hombros y sus bíceps, mucho más musculosos que cuando se marchó de Japón.

—¿Qué has hecho, Rafaela? —murmuro, notando que me tiemblan las piernas. Y eso que sé que bajo toda esa piel sexy hay un cretino de primera.

—No lo entiendo —la oigo susurrar—. Los ingredientes… el clavo tal vez…

¿El clavo? El maldito clavo… Noto uno, pero es de metal, está oxidado e incrustado en mi corazón. La suerte de ese idiota ha hecho que Rafaela se equivocara con los ingredientes… Le ha hecho más guapo que antes.

¡No es justo!

Rin Takeda camina hacia nosotras, mientras le dirige una sonrisa ladeada a su padre. Odio esa sonrisa de dientes perfectos. La odio porque, cuando aparece, es el instante en que menos le odio. Es la sonrisa que cuando era joven y tonta me hacía temblar, y no de miedo, precisamente. Me costó mucho enseñar a mi cuerpo a no reaccionar a ella, y hoy ha debido olvidarse de la lección.

Mierda.

«Solo es un cuerpo bonito que oculta un lobo» repito mentalmente mi viejo mantra. Solo estoy desentrenada, se me pasará en seguida.

Cuadro los hombros y carraspeo.

—Bienvenido señor Takeda. —Llevo seis años tratándole de usted. Al principio porque era lo correcto, luego porque era lo seguro. Hay cosas que, una vez que empiezas, no sabes cómo parar sin que parezca que estás cediendo—. Confío en que haya tenido un vuelo agradable.

Su padre nos dedica una sonrisa afable, pero él pasa de largo. Sin responder y sin mirarnos. La puerta de su despacho se cierra a su espalda.

—Ni una mirada —murmuro, con algo ardiendo en el pecho—. Qué sorpresa.

Rafaela ladea la cabeza.

—Igual sí ha funcionado mi hechizo.

Mi rostro indignado se vuelve de golpe hacia ella y tengo ganas de sacudirla de los hombros.

—¿Es que no has visto lo mismo que yo?

—Está más feo por dentro —concluye con una sonrisita resignada.

—Genial, justo al revés de lo que queríamos.

De camino a mi mesa trato de hacerme a la idea de la nueva situación. Takeda está de vuelta, se acabó la paz, se acabó la armonía. Pero yo puedo con esto y con más. Puedo con cinco como él si me lo propongo.

Toco el ratón para que la pantalla de mi ordenador salga del modo hibernación. Tengo mucho trabajo pendiente: las listas de invitados para el evento de la semana que viene, actualizar la tabla resumen de ganancias con las cifras que me pasó el departamento de contabilidad. Pero antes de que me pueda poner con eso, aparece la notificación de un mensaje nuevo.

De: Rin Takeda.

Lo abro.

Tu pelo está rosa. Soluciónalo.

—¡Ese cretino! —grito, atrayendo las miradas de varios compañeros.

Siento un calor incómodo en el pecho. No es solo rabia. Es la forma en que lo imagino diciendo esa orden en voz baja, cerca de mi oído, como solía hacer cuando discutíamos en el *box*.

—¿Qué pasa? —Rafaela se inclina hacia mi mesa

Giro el monitor.

—Oh —suelta después de leer.

—¿Te lo puedes creer? —Mi tono no ha bajado ni un poquito—. Ese capullo ni saluda, pero me escribe para esto.

—Sabes que odia el rosa.

La fulmino con la mirada.

—¿Por qué crees que escogí este color?

Rafaela sonríe despacio.

—Eres un poco suicida.

—¡Voy como me da la gana!

—Le estás provocando.

—¿De qué lado estás?

Ella apoya la barbilla en la mano, con aire pensativo.

—Qué curioso, parecía que ni nos había mirado, pero sí que ha visto tu pelo.

Vuelvo el rostro hacia mi pantalla; mis manos tensas sobrevuelan el teclado. Quiero responderle que se vaya a la mierda. No debería dejar que me afectara, pero no hace ni cinco minutos que ha llegado y ya estoy histérica.

—¿Tienes algún hechizo para que le salgan furúnculos dolorosos? —murmuro.

—Déjate de hechizos.

—No voy a rendirme tan fácil.

—Hay una lección en todo esto.

—¿Y bien? —insisto al ver que no añade nada.

—No le desees el mal al prójimo porque puede volverse en tu contra.

—Tampoco es que se haya vuelto en nuestra contra.

—Umm —murmura ella.

—Umm, ¿qué? —Tengo los nervios crispados, y en parte es culpa de ella.

—He visto cómo le mirabas… así que un poco en contra tuya sí que se ha vuelto.

Suelto una risa seca e indignada.

—¿Qué pasa… que tú has visto a Golum salir del ascensor? —No puedo creer que me eche eso en cara. Cualquier mujer con ovarios funcionales reacciona de la misma manera a Rin Takeda. Es un golpe bajo.

—Obviamente, tengo ojos y sé que parece un Dios, pero tú siempre tuviste una debilidad especial por su belleza.

—Iuuu, retira eso.

Rafaela se ríe.

—Desde que le conociste… tus ojos hacen chiribitas.

—De odio.

—Y pasión…

La mirada que le echo podría marchitar las flores y pudrir las frutas que hay encima de su escritorio. Mi propia hermana está siendo cruel conmigo hoy, justamente hoy que él ha vuelto. Bueno, mi «media» hermana, como me gusta llamarla cuando me saca de quicio.

—Hace años, cuando era su agente joven y tonta, y no sabía que estaba podrido por dentro, tal vez me hicieran los ojos chiribitas… Pero, ahora lo único que me hacen cuando le miro es el haraquiri.

Rafaela se carcajea.

—¿Vas a responderle? —pregunta después de cinco minutos de silencio ofuscado por mi parte.

He estado contemplando opciones de respuesta y ninguna me parece tan satisfactoria como la primera:

De: María Luiza Aoki

Estimado señor Takeda:

En respuesta a su solicitud sobre mi cambio de estilo le sugiero que se compre un unicornio alado, se monte sobre el cuerno (introduciendo dicha zona en sus musculosas posaderas) y vuele hacia la mierda de la que está hecha su personalidad.

Atentamente,

Malu.

Contemplo el mensaje unos segundos más, fantaseando con enviarlo.

—¿Aoki?

El sonido grave y profundo de su voz tan cerca me eriza la piel. Doy un respingo y cierro la ventana del correo con torpeza, el corazón latiéndome en la garganta.

Rin está de pie frente a mi mesa, más alto e imponente de lo que recordaba. Desde este ángulo puedo ver cómo el jersey se

estira sobre su pecho. Huele a perfume caro y a algo peligrosamente masculino.

—¿Siempre reaccionas así ante una presencia humana, o es algo personal? —Su voz baja es como una caricia.

—¿Humano? —Me enderezo en la silla, poniendo una expresión fingida de inocencia—. Nunca sospeché que usted lo fuera.

No sonríe ante mi intento de humor, obviamente.

—El resumen de ganancias. Lo necesito.

—No está listo aún.

Sus ojos oscuros se clavan en mí.

—Contabilidad lo envió hace una hora.

Trago saliva.

—He estado ocupada.

—¿En qué?

—En su vuelta.

—¿Mi vuelta? —repite. Su mirada baja un segundo a mi mesa. El café frío y una manzana a medias que se ha puesto marrón.

—¿Qué trabajo te ha ocasionado mi vuelta, si no me has preparado ni café?

Odio cuando se pone en ese plan, sobre todo si tiene razón.

—Mucha meditación para hacerme a la idea —rezongo. Su mirada oscura baja lentamente por mi cuello, pero se detiene antes de llegar a la abertura de mi blusa y vuelve a mis ojos.

Desde su mesa, Rafaela tose. Esto es un espectáculo para todo mi equipo.

Mi jefe se cruza de brazos.

—¿Para hacerte a la idea de que vas a tener que trabajar duro para variar?

Que lo haya formulado en forma de pregunta hace que me sonroje.

—Si no está contento con mi trabajo… —Vaya, esto ha escalado rápido. Ni cinco minutos bajo el mismo techo y ya estamos planteando el despido.

Ignoro la mirada horrorizada de Rafaela, que percibo por la periferia de mis ojos, y me dispongo a terminar la frase.

—No, no lo estoy —me interrumpe él—. Lo estaré cuando me envíes el resumen de ganancias.

Suspiro y asiento.

—Enseguida, jefe.

Eso parece aplacarle un poco. Sus ojos ahora suben a mi flequillo.

—Tampoco has respondido a mi e-mail

Aprieto la mandíbula.

—Justo estaba a punto de enviárselo.

—Hazlo —me reta, sacándose el teléfono del bolsillo de los vaqueros.

Horror. Me quedo petrificada.

—Ahh… El caso es que… —Me rasco la nuca mientras improviso— me falta terminar de redactarlo.

—Envíamelo como está, solo necesito saber cuándo vas a solucionarlo.

Otra risa seca escapa de mis labios.

—Señor Takeda… No creo que mi estilo sea relevante para la empresa —suelto tratando de sonar todo lo paciente y cordial que puedo.

—¿Eso es lo que has redactado en ese e-mail que estaba a punto de llegarme?

Trago saliva y asiento despacio.

—Veámoslo pues. —Levanta el móvil y señala mi ordenador, a la espera.

No puedo creerlo. No era tan tocapelotas conmigo desde que discutíamos en *boxes* para que se pusiera la gorra con el logo del patrocinador, que él se negaba a llevar porque decía que habían venido a verle a él y no a la marca.

Nos miramos.

—Estoy esperando.

—Señor Takeda…

—Mi tiempo es oro —señala, empezando a impacientarse.

—Yo…

—Envíalo de una vez, Malu —ordena, agitando dos dedos en el aire. Un gesto que podría ser obsceno en otras circunstancias, que

nunca llegarán a presentarse con ese hombre por muy físicamente adecuado que sea.

Me enfurece que se esté comportando de nuevo como el niñato al que le gustaba pisar el pedal del acelerador en las pistas, sin preocuparse por el vehículo o su propia seguridad. Así que hago una locura y se lo envío, golpeando el botón del Intro con tanta fuerza que podría hacer un agujero en la mesa. El unicornio alado y todo. Ya no hay vuelta atrás.

Después contengo el aliento, mientras le observo toquetear la pantalla y leer mi mensaje. Su rostro se paraliza por un instante y entonces sus ojos se alzan hacia mí. Veo el viejo brillo peligroso en ellos, el que tenía cuando iba a soltarle una barbaridad a la prensa o cuando se enfadaba conmigo en pleno subidón de adrenalina de la carrera.

—Supongo que sabe que yo no… iba a enviarle ese mensaje de verdad, es solo…

Se gira y se va sin añadir nada más y sin dejarme terminar.

Creo que pasan cinco minutos sin que respire ni me mueva. ¿Estoy despedida? ¿Después de seis años de cordialidad forzada e irritación reprimida (a ratos) este es mi fin en Hayabusa Engineering?

Rafaela golpea mi mesa con la tapa de su bolígrafo.

—¿Qué ha sido eso?

No respondo. Tengo la vista en la pantalla, pero no veo nada. Solo siento el pulso acelerado y la irritación recorriendo cada nervio de mi cuerpo.

—Está raro… —susurra ella.

—Solía ser así antes. —Abro el archivo de contabilidad.

—¿Cuándo?

—Cuando pilotaba —añado, ya tecleando—. Pensaba que había madurado un poco, pero se ve que no.

Rafaela sonríe.

—La verdad es que es guapo. A veces lo olvido hasta que le tengo delante de nuevo. Esos labios, esos pómulos...

—¡Rafaela! —estallo— ¿Puedes fantasear en voz baja?

Mi hermana asiente y me pongo con el resumen de ganancias, preguntándome si será lo último que haga para esta empresa.

2

Una de las ventajas de trabajar con mi hermana es que solemos llegar a la vez a casa. Nunca me ha gustado quedarme sola en esa vieja vivienda tradicional japonesa, donde la madera cruje y el silencio está lleno de sus suspiros.

Empujo la puerta con el hombro y dejamos los zapatos en el *genkan* (costumbre que sobrevivió a dos países y un divorcio).

El olor a sopa de miso me envuelve al instante, anunciando que mi padre también está en casa.

—Ya estamos aquí —chillo por costumbre.

—Llegáis tarde.

La voz firme de mi padre proviene del salón.

—Oni está de vuelta.

—Oh, ¿cómo está Rin? —su tono se vuelve mucho más entusiasta. Mi padre adora a Rin Takeda, aunque explote a sus dos hijas.

—Desagradable e irritante como siempre. Tal vez un poco más que antes —respondo.

Rafaela se me adelanta descalza por el pasillo, ignorando el intercambio y sin añadir nada de su propia cosecha. La sigo hasta el salón.

Papá está sentado en el suelo frente a la mesa baja con la espalda recta y la televisión encendida en un volumen casi inaudible. Su pelo, completamente blanco, cae hacia atrás. Frente a él, humea la sopa recién servida.

Levanta la vista un segundo hacia mí.

—¿Qué ha dicho de tu pelo?

—Que lo solucione —gruño, al recordarlo.

—Buen chico —murmura y vuelve a mirar la televisión.

Suspiro y me dejo caer frente a la mesa, estirando las piernas.

—¿Quieres sopa? —grita Rafaela desde la cocina.

—Sí —respondo en un chillido, y después bajo el volumen para hablar con mi padre—. Supongo que la probaré, aunque la haya preparado un traidor.

Él sonríe sin querer.

—¿Qué me hace un traidor exactamente?

Le acribillo con la mirada mientras sorbe su sopa sin una pizca de culpa.

—Apoyar a Oni en lugar de a tus hijas.

—Es el jefe, no el enemigo. —Deja el cuenco sobre la mesa y me dedica una expresión seria—. Os da de comer.

—Ya y… ¡a qué precio! —suspiro

Rafaela aparece con dos cuencos humeantes, los deja sobre la mesa y se sienta frente a mí. Sin decir nada, alarga la mano hacia la estantería baja. Saca el libro de hechizos de su abuela materna. La cubierta de cuero oscuro está desgastada en los bordes. Las páginas, amarillentas, parecen demasiado frágiles para resistir el paso del tiempo, y la tinta escrita en portugués se está difuminando.

—¿Qué haces con eso? —me alarmo. Después de hacer a Rin aún más atractivo ya no me fío de ella—. ¿Quieres hacerle más rico o algo así?

—Estás obsesionada con Takeda —responde ella con la misma naturalidad.

Aprieto los dientes.

—¿Para qué lo quieres entonces? Llevabas cuatro meses sin tocarlo.

—Hacer el mal se vuelve en tu contra —murmura mientras pasa una página con cuidado—. Tal vez deberíamos hacer algo bueno por él.

—¿Cómo darle un alma? —Mi propuesta va acompañada de una sonrisa de inocencia fingida.

—No es tan malo.

Mi cuchara queda suspendida en el aire a medio camino hacia mi boca.

—¿Quién es la que está obsesionada? —resoplo.

—Lo que quiero decir es que tiene cosas buenas como todo el mundo —continúa sin levantar la vista del libro—. Tal vez le falta algo a su vida que lo hace volcarse tanto en el trabajo.

Bajo la cuchara despacio.

—Ahhhh, ¿así que ahora a «ser un tirano hijo de satanás» lo vamos a llamar «ser demasiado trabajador»?

Rafaela sonríe de lado y no me responde.

—Fue el clavo —murmura, señalando una línea del libro—. Aquí pone «clavo consagrado». Yo usé uno normal.

—Genial. Le dimos una mejora en lugar de un *downgrade*.

—No tiene sentido. No creo que haya sido el hechizo. Creo que la edad y el gimnasio le han sentado bien.

Suelto un bufido. La imagen de mi jefe saliendo del ascensor cruza por mi mente y me recorre un escalofrío. Cambio de canal mentalmente. Tengo el resumen de ganancias sin terminar y mañana habrá otro Takeda esperándome. Eso sí que es un problema real.

—Ojalá hubieras usado clavo de hierro sagrado —gimo, frotándome la frente.

—Consagrado —corrige ella.

—Ya, demasiado tarde para ponerte tan específica, ¿no crees?

Levanta la vista hacia mí con esa cara que pone cuando tiene una idea.

—¿Qué crees que necesitaría para relajarse un poco?

—¿Qué alguien le saque el palo del culo?

—¡María Luiza! —me regaña mi padre, que había estado convenientemente callado.

—¿Extirparle seis toneladas de ego?

—Lo digo en serio, Malu. —Rafaela me dedica una mirada paciente.

—Yo también, tiene que ser agotador andar con el peso de todo ese ego. —Me inclino hacia delante y cierro el libro de golpe, pillando el dedo de mi hermana dentro.

Papá cambia de canal, pasado de nuestras tonterías, mientras Rafaela se frota la mano y me mira ceñuda.

Como si ya no estuviera lo suficientemente presente en nuestras vidas, en la pantalla aparece Rin Takeda. Tiene el logo de una escudería británica detrás, en un circuito con gente gritando. Rin se quita el casco. El pelo sudado se le pega a la frente, tiene la respiración agitada y esa sonrisa arrogante que siempre me ha hecho querer abofetearlo… y luego besarlo hasta que se le borre.

El estómago me da un vuelco. Maldita sea. Ha recuperado la chispa. Esa chispa peligrosa que lo hacía lucir invencible y absurdamente sexy dentro y fuera de la pista.

—«Aparición sorpresa de Takeda en el circuito de Silverstone» —lee Rafaela en voz alta.

El estómago me da un vuelco. Llevaba años sin subirse a un Fórmula 1.

—«…tras cuatro años retirado, el ex piloto japonés volvió a subirse a un monoplaza en un evento privado en Londres…» —continúa la voz en *off*.

No es el hechizo. Es esto.

—Por eso está así —murmuro.

—¿Así cómo?

—Ha recuperado la chispa —termino.

Rafaela ladea la cabeza.

—¿Y qué se la quitó?

La pregunta se queda flotando en el salón. No hace falta responderla. Yo lo sé. Lo vi hace años, en *boxes*. Cuando gritaba. Cuando rompía cosas. Cuando no obedecía a nadie. Cuando yo intentaba que posara para la prensa y él me miraba como si el mundo entero le diera igual.

—La adrenalina de la competición le perdía —digo al final.

En la tele, Rin vuelve a subirse al coche. La cámara sigue el movimiento y se me aprieta el pecho sin permiso.

—Es el momento ideal para que le ayudemos —exclama Rafaela, volviendo a abrir el libro.

—¿Que le ayudemos con qué?

—A ser más feliz.

La fulmino con la mirada.

—¿Por qué iba a hacer feliz a alguien que me hace la vida imposible?

—Porque si él está bien, los demás también lo estaremos.

—Lo dudo.

—Podemos intentarlo, Malu.

Aprieto los labios.

—No merece la pena.

En lugar de responder me dedica una de esas sonrisas de ya veremos. Si cuando quería perjudicarle le ayudó, no quiero ni pensar en lo que pueda hacer ahora que mi hermana va con buenas intenciones. Me temo lo peor.

Al día siguiente, Rin Takeda se mantiene gloriosamente fuera de nuestro camino. Su llegada reciente le obliga a pasar la mañana en los talleres inspeccionando los últimos prototipos. Para el almuerzo ha quedado con un amigo y antiguo compañero del equipo de Fórmula 1.

A las 16:57, tres minutos antes de nuestro horario oficial de salida los ánimos están altos, pero la tensión se palpa en el ambiente. No es algo visible. Si alguien de fuera entrara en ese momento, solo vería adultos trabajando en silencio frente a sus pantallas. Aunque por debajo hay bolsos medio cerrados, chaquetas listas en el respaldo de las sillas y una sola ventana abierta en la pantalla para fingir productividad hasta el último segundo.

—Ya no va a venir —susurra Keiko sin apartar la vista del monitor.

—Quedan dos minutos y cincuenta y cuatro segundos —celebra Antonio con disimulo.

Kenta parpadea.

—¿Qué pasa con que sean casi las cinco?

Nadie responde, porque lo va a descubrir él solito pronto. Probablemente mañana, cuando Oni pase el día con nosotros.

Yo no levanto la vista de la pantalla, pero tengo el bolso enganchado en el brazo. Rafaela, a mi lado, ya lleva el abrigo

puesto.

—¿Seguro que no vuelve? —murmura.

—Ha salido con un amigo. Habrá bebido.

—No lo gafes asegurando nada.

16:59.

El silencio se vuelve denso. Antonio se incorpora despacio, murmurando algo en español que suena a plegaria. Kenta deja la taza en la mesa con un clack demasiado alto y se sobresalta él solo.

17:00.

Sillas arrastrándose. Tacones. Cremalleras. Una estampida perfectamente organizada.

—¡Hasta mañana!

—¡Buen trabajo, equipo! —dice alguien, cargado de optimismo.

Me levanto con el corazón ligero por primera vez en todo el día.

—Corre —le digo a Rafaela.

—No me lo digas dos veces.

Atravesamos la recepción casi riendo. La puerta automática está a unos pasos. A unos malditos pasos y ya diviso el cielo azulado de la tarde.

Entonces se abre y la oscuridad entra con el rostro de Rin Takeda. Camisa burdeos con dos botones desabrochados, dejando ver un trozo de piel bronceada y el inicio de un pecho firme. Mangas remangadas que marcan sus antebrazos musculosos. El pelo ligeramente despeinado y los hombros sueltos, lo que me indica que ha bebido.

—Vaya, vaya —dice el hombre que lo acompaña y que me está mirando con un brillo embriagado en los ojos.

—¿Daichi?

Daichi Kimura sonríe y por un momento es como si el tiempo no hubiera pasado.

—Sigues igual —dice, acercándose—. Bueno… —Mi pelo rosa recibe su atención—, igual no.

—Tú también has mejorado. —Le sonrío, recordando el sabor del champán en sus labios después de aquella carrera que ganó, y decidió celebrar en mi boca detrás del set de entrevistas.

—Te vi antes, pero no estaba seguro. —Un brillo divertido le baila en los ojos—. El pelo me despistó.

—Decisiones cuestionables.

Se ríe.

—Para nada, te queda genial.

—Mi jefe no opina lo mismo.

Percibo a Rin por el rabillo del ojo, parado a nuestro lado.

—¿Sigues trabajando para este ogro? —pregunta Daichi, usando el tono bajo de un secreto compartido.

—Por desgracia.

—Tienes aguante.

—O mala suerte.

Nos reímos. Hasta que él inclina la cabeza con coqueteo.

—Deberíamos quedar para cenar. Ponernos al día.

—Claro —respondo, automática. Aún sabiendo que mis próximas cenas van a ser en mi escritorio.

Por el rabillo del ojo veo cómo Takeda aprieta ligeramente la mandíbula. Ese pequeño gesto me produce una satisfacción peligrosa.

—Nos vemos, Aoki —dice Daichi, con un toque suave en el brazo antes de marcharse.

La puerta se cierra y el buen rollo se queda fuera.

—¿Por qué tonteabais? —pregunta Takeda, con voz más grave de lo normal.

No debería contestar, pero lo hago. Porque es su compañero de equipo y tal vez le fastidie.

—Nos besamos una vez.

Sus ojos oscuros bajan un segundo a mis labios antes de volver a subir y detenerse en mi flequillo.

—¿Cuándo?

—Después de la victoria en Suzuka —respondo, observando su cara con atención porque quiero ver señales de que le molesta. Pero para mi pesar su rostro se mantiene impasible.

—Curioso —comenta dirigiendo la vista hacia los ascensores.

—¿Qué es tan curioso?

—Mientras dábamos la rueda de prensa, tras la victoria de Suzuka tus ojos no se apartaban de mí.

Se me escapa una risa seca e incrédula. ¿Cómo alguien puede ser tan arrogante?

—Tal vez porque usted siempre la liaba con la prensa y yo estaba al borde del infarto en cada maldita entrevista.

Rin da un paso más cerca y se me acelera el pulso. Seis años de odio no han conseguido matar esta maldita atracción.

—Siempre me estabas mirando, no solo en las entrevistas —continúa él, rebuscando algo en su bolsillo, hasta que da con la tarjeta para acceder a los tornos del edificio.

Suelto un bufido, pero me arden las mejillas.

—¿Cómo lo sabe si nunca mira a nadie? —lanzo, dejando que mi desagrado por su persona se filtre en mi voz. Él se lo está buscando.

—No me hace falta, noto tus ojos perforándome el cráneo.

Aparto la mirada, que tanto le molesta, y me muerdo el labio para no soltarle todo lo que pienso.

—No voy a negar su belleza, no tiene sentido. —Me cruzo de brazos—. Pero sí voy a decir esto: cuando le miro solo veo problemas laborales que tengo que solucionar más tarde.

—Perfecto, eso es justo lo que tienes que ver —comenta él satisfecho, y logrando que me sienta insultada. ¿De verdad necesitaba humillarme por sentirme atraída cuando nos conocimos? —. ¿A dónde ibas?

—A casa.

—No. —Saca el móvil y empieza a deslizar— ¿Estás informada de los errores del nuevo motor?

—A medias.

—Necesito un informe con los datos que los ingenieros de telemetría llevan un mes registrando.

—De acuerdo, lo redactaremos mañana.

—Hoy —ordena.

Respiro hondo y miro hacia la puerta automática a diez metros, que parece estar burlándose de mí.

—Los demás ya se han ido.

—Llámalos. Necesitamos enviar una recopilación de los fallos técnicos del nuevo motor de inyección a la FIA, o el equipo no va a poder tomar decisiones a tiempo para la próxima sesión.

Lo fulmino con la mirada, pero no puedo evitar fijarme en cómo la camisa se le ajusta al pecho cuando se cruza de brazos.

—Pero…

Él se mira el carísimo reloj de la muñeca.

—Son las cinco y ocho, no pueden andar muy lejos.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo.

Quince minutos después, nuestro lado de la oficina vuelve a estar lleno.

—Le había dicho a Itsuki que iba a llevarle al parque. —Keiko teclea sin ganas.

Antonio se estira desde su silla.

—Yo había reservado para pilates.

—Al menos Kenta se ha librado —suspira Rafaela.

—Le he dicho a Oni que no me había cogido el teléfono, pero en realidad no le he llamado —susurro—. Solo es un becario… me niego.

—Eres mejor persona de lo que crees —responde mi hermana sin dejar de teclear—. Por eso deberías apoyar mi idea de ayudar al CEO.

Suelto un largo suspiro sin comprometerme con una respuesta. Ya no estoy segura de nada.

Voy a la fotocopiadora y recojo el borrador de la primera página para comprobar que le gusta el formato o si quiere que añadamos alguna otra cosa. Llamo a la puerta de su despacho y entro del tirón.

—Necesito que me diga si vamos por buen camino.

Takeda alarga la mano sin levantar la vista.

Se lo entrego y aguardo en silencio a que lo revise. La luz de la lámpara le ilumina los pómulos y la línea fuerte de la mandíbula.

—Me vale, pero añade el nombre del mecánico.

Asiento, aunque no sirve de nada porque ni me mira. Algo se me retuerce dentro.

—¿De verdad le parece normal esto?

—¿El qué?

—Tener a todo el mundo aquí a estas horas.

—Si hicieran bien su trabajo durante el día, no haría falta —responde, pero su tono es más suave.

Cierro la boca porque sé que este informe debería estar hecho de la semana pasada.

—¿Y usted no tiene planes? —suelto—. ¿Asustar a un grupo de niños? ¿Rebozarse en el lodo?

Rin se echa hacia atrás en la silla y me mira con una media sonrisa peligrosa.

—Te estás volviendo muy impertinente, Aoki.

—Es humor. ¿Sabe para qué sirve?

—¿Para que te despida? —pregunta, tranquilo—. Así cobras el paro.

Abro la boca, pero él se me adelanta.

—No te dejaría ir —dice de repente, volviendo la vista a la pantalla como si no hubiera sido nada.

En el silencio que sigue solo escucho el latido acelerado de mi corazón.

Salgo sin responder. En el pasillo, Rafaela me mira con las cejas levantadas.

—Nada —digo antes de que abra la boca.

Ella sonríe y vuelve a su pantalla.

3

La azotea de Hayabusa Engineering no parece parte del mismo edificio donde se roban horas de vida. Arriba hay césped artificial perfectamente recortado, sofás modulares en tonos grises, mesas bajas de madera clara y plantas en macetas, que alguien riega con más cariño del que recibimos nosotros. El cielo está despejado y demasiado bonito para un miércoles.

Son las ocho de la mañana y estamos todos en filas preparados para el ritual del *Rajio Taiso*. La melodía empieza a sonar desde los altavoces: ese piano lento, casi nostálgico, que todos en Japón conocen desde niños. Mi cuerpo responde igual, aunque lo haya aprendido más tarde. Brazos arriba. Giro, estiramiento. Memoria muscular y tradición aunadas.

—Tengo agujetas de arrastrar tu maldita cómoda ayer —le murmuro a Rafaela sin dejar de mover los brazos.

—De nada.

—No era un gracias.

—Alguien tiene que preocuparse de ejercitar tus músculos.

Delante, Kenta bosteza porque seguro que salió de fiesta, ajeno a que todos tuvimos que volver a la oficina hasta tarde. Por lo menos que se salve él.

—No podemos volver a lo mismo —susurra Keiko en uno de los cambios de postura—. Llegué a casa a las diez y media de la noche.

—Necesitamos que tenga vida fuera del trabajo —dice Mika desde el fondo.

—Una novia —añade Antonio, muy serio mientras gira los hombros—. Algo que lo distraiga…

El piano sigue sonando. Entonces, alguien a quién no veo desde aquí propone:

—Todo se solucionaría si se enamorara.

Miro a Rafaela. Rafaela me mira a mí, una pregunta bailando en sus ojos.

Asiento despacio, sabiendo que no hay más alternativas. Si queremos evitar volver a nuestra antigua vida de tardes encerrados en la oficina, necesitamos ocuparnos de Takeda. Mantenerle ocupado en algo que le motive más que su empresa, y al ser el tipo de persona que solo ama el reflejo en su espejo, necesitamos magia para conseguirlo.

—¿Vamos a hacerlo? —susurra mi hermana, sacándome de mis pensamientos.

—De acuerdo —claudico, esperando no arrepentirme de esta decisión más adelante. Su sonrisa aparece, lenta y satisfecha.

En ese preciso momento, la puerta de la azotea se abre.

Rin Takeda entra y todos contenemos el aliento. Se quita la chaqueta mientras camina, la deja sobre uno de los sofás sin mirar y, sin decir una palabra, se coloca frente a nosotros. Luego se arremanga. No, peor. ¡Se quita la maldita camisa! Se queda con una camiseta negra y ajustada.

Silencio absoluto, mientras las notas del piano parecen hablar de su esplendoroso cuerpo. Mis ojos, traidores, bajan por sus hombros, bíceps y antebrazos tensos. Las venas están marcadas sobre unos músculos mucho más fuertes de lo que recordaba. Y cuando el ejercicio nos pide girar, mis ojos, que ya han decidido actuar por cuenta propia, bajan un poco más. No me queda otra que notar lo bien que se ajustan sus pantalones ejecutivos a la zona de los glúteos. Esa parte también ha mejorado.

—Madre de Dios… —susurra Mika, y por un momento la confundo con la voz de mi conciencia.

Me giro hacia el frente antes de que alguien me atrape en el acto.

—Podría pagarnos las horas extra en carnes —añade Keiko—. Para que nos compense.

—Señoras, por favor. No es para tanto —murmura Antonio, con la poca convicción de alguien que tampoco ha podido evitar mirar.

El codo de Rafaela se clava en mis costillas con muy poco disimulo.

—Por lo menos va a ser fácil que la candidata le corresponda —dice bajito.

—Tiene que ser alguna que sea sorda —murmuro—. Para aguantar su personalidad.

Rafaela rompe a reír en silencio, tapándose la boca con la mano.

Rin realiza los movimientos de forma perfecta y sin esfuerzo, como lo hace todo en su vida. Eso me fastidia. Hay una parte de envidia en mi desprecio hacia él, por su forma de destacar en la multitud. Aparto la vista y mis ojos de detienen en Yui que está dos filas más atrás. Siguiendo los movimientos con el cuerpo, pero su mirada permanece perdida en algún punto entre los edificios del horizonte. Tiene ojeras que el corrector no ha podido tapar del todo y parece que le pesan los brazos. Pobre, no tiene que ser fácil superar una traición doble.

Una bombilla se enciende en mi cabeza.

—Rafaela —murmuro sin girarme.

—Dime.

—Yui.

Hay una pequeña pausa de confusión.

—¿Qué pasa con Yui?

—Su novio la engañó con su mejor amiga.

—Ya lo sé, me lo contó en el baño ayer por la tarde. Me la encontré llorando.

Cambio de postura con el resto.

—Sí, eso es perfecto.

Rafaela me echa un vistazo entre confuso e indignado.

—Ella es la candidata perfecta. Es joven, guapa. Es exactamente el tipo de persona con la que un hombre arrogante querría que lo vieran.

Rafaela tarda un segundo en procesar.

—¿Tu crees?

—Sí.

—Pobre… está pasando por un momento difícil.

—Por eso. —Bajo más la voz—. Necesita olvidarse. Necesita algo que la saque de ese bucle. Y él necesita a alguien que le saque del despacho.

—Estás hablando de sacrificar a Yui.

—Estoy hablando de ayudar a dos personas al mismo tiempo. Él deja de torturarnos con horas extra. Ella deja de mirar el móvil esperando que ese gusano escriba para pedirle perdón.

Rafaela guarda silencio durante dos cambios de postura completos.

—Pues no es mala idea —dice al fin.

—¡Ves!

Rafaela echa un vistazo discreto hacia Yui, que sigue flotando en su propia desgracia a dos filas de distancia.

—Vale —murmura.

—Lo preparamos esta noche

Rafaela suelta el aire despacio.

—Esto es una locura.

—Todo lo que hacemos lo es.

—Podría salir fatal.

La música termina y todos empiezan a ponerse las chaquetas. Mi vista vuelve a posarse en la espalda de Rin, y mientras le observo abotonarse la camisa, no puedo evitar preguntarme si nuestra relación cambiará cuando sea un hombre felizmente enamorado.

Me giro hacia mi hermana, sacudiéndome esos pensamientos con un movimiento de cabeza. Ella está recogiendo su bolso de uno de los sofás con una expresión de duda, que en parte es culpa mía. La machaco demasiado cuando un hechizo no sale bien.

—O podría funcionar y ser la mejor idea que hemos tenido desde que hechizaste a papá para que dejara de fumar. —Le ayudo a ponerse el blazer y recoloco los rizos que han quedado atrapados debajo.

—Ya, pero he cometido fallos con las últimas recetas y…

No le doy tiempo para lamentarse. La tomo por los hombros.

—Te ayudaré con los ingredientes, y tendremos mucho cuidado.

—¿Vas a revisarlo conmigo? —Se sorprende. Normalmente no quiero tener nada que ver con ese libro.

—Sí, esta vez vamos a prepararlo juntas y va a ser el mejor hechizo de amor de la historia. Además, si revisamos bien los ingredientes… ¿qué puede salir mal?

El patio de nuestra vieja casa es uno de mis lugares favoritos en el mundo. Esta noche la madera desprende calor bajo mis piernas, después de recibir rayos de sol durante todo el día. El sonido de los grillos es relajante, y el cerezo en flor que arroja pétalos rosas por todas partes, da la nota de color al principio de la primavera. Además, huelo al *dashi* que el vecino está cocinando y estoy de muy buen humor.

—Tengo un buen presentimiento sobre este hechizo —digo, toqueteando los ingredientes que nos rodean.

—Bien, eso atraerá buenas vibraciones y hará que funcione. —Rafaela prende la llama de la vela roja que ha colocado frente a ella. Está rodeada de pétalos de rosa, canela, miel, un hilo rojo, un cuenco con agua y, por algún motivo que no termino de entender, chocolate.

—¿Esto es para que me lo coma? —Me lo llevo a la boca, pero ella me lo quita de un manotazo.

—Es un hechizo de amor, Malu. No hay nada más amado en este mundo que el chocolate.

—Amén.

Rafaela hojea el libro. Está más tensa de lo normal porque quiere que esta vez salga bien. No quiere cometer fallos.

—Vale, dice aquí: «Para que el hechizo funcione, debe existir intención pura. Debemos pronunciar en voz alta algo positivo sobre la persona que va a consumir el hechizo.»

Me cruzo de brazos.

—¿Y si no hay nada positivo?

—Esa no es la actitud…

—Está para darle duro contra el muro. —Voy a lo obvio—. Tanto que resulta un incordio.

Rafaela suspira y se frota una ceja.

—No pueden ser atributos físicos, si no algo de la persona que lo haga digno de amor.

—Pues lo llevamos claro. —Me cruzo de brazos y apoyo la espalda en una de las columnas que sostiene la zona techada, levantando el rostro al cielo oscuro en busca de inspiración. La luna brillante nos saluda desde el cielo y parece reírse de nosotras y nuestro patético intento de mandar amor a alguien que no tiene corazón.

Mi mente hace un rápido inventario de mi vida junto a él, tratando de encontrar algo.

—Es un buen piloto —murmuro—. Cuando competía no había nadie más rápido que él, Nadie que condujera con menos miedo de estamparse.

—Umm.

Bajo la vista hacia Rafaela y la veo torcer el gesto.

—No estoy segura de que eso valga. No veo que arriesgar su propia vida por dinero, lo haga digno de amor.

—Oh, él nunca lo hizo por dinero. —Una cascada de recuerdos acude a mi mente—. Le daban igual los patrocinadores, ese era uno de mis quebraderos de cabeza.

—¿Por qué crees que lo hacía entonces?

Me encojo de hombros.

—¿Sabes? Creo que nunca llegué a entenderle.

—Umm —vuelve a decir ella—. Piensa en algo, por favor. Esa parte es importante. Si no conseguimos sentir un instante de aprecio por él, esto no va a funcionar.

Un silencio que habla por sí mismo, se extiende entre nosotras.

—¡Ya sé! —celebro, dando una palmada en el aire—. Siempre nos paga a tiempo. No hemos tenido ni un solo retraso de nómina. Eso es algo que amo.

—Umm —vuelve a dudar ella—. No estoy segura de que sea mérito suyo. Más bien del departamento de contabilidad.

Se me escapa un bufido.

—Creo que no vamos a poder elaborar este conjuro. ¡Es imposible!

Rafaela me ignora.

—Empiezo yo. —Coge un pétalo y lo deja caer en el cuenco. Cierra los ojos—. Rin Takeda es increíblemente disciplinado. Y ha construido algo que da trabajo digno y bien pagado a muchas personas. Le aprecio por eso.

El agua tiembla ligeramente. Eso ha sido raro.

—Tu turno.

La fulmino con la mirada. Luego miro el cuenco, la vela, el libro y el chocolate, que aun quiero comerme.

Todo esto es ridículo. Rin Takeda no merece amor.

Cojo un pétalo y lo giro entre los dedos, y me viene un recuerdo en *boxes* de un día que hacia un calor horroroso. El ruido del motor no me dejaba pensar siquiera. Tenía veinte años y poca experiencia. Los cables del micro se me estaban enredando y el jefe del *pit lane* me gritó algo enfadado que ni siquiera llegué a entender.

—Una vez le tiró el café encima a un tipo que había sido grosero conmigo —empiezo, sin mirarla.

Rafaela no dice nada.

—¿Vale eso? —Trago saliva.

—Dímelo tú, ¿qué sentiste en ese momento?

—Agradecimiento… y puede que algo más.

—¿Crees que es suficiente? —indaga.

Tal vez no, pero hay algo más que puedo intentar. Recuerdo la sonrisa que me dedicó después de tirarle el café. La sonrisa de Rin Takeda es algo que, contra toda coherencia, me acerca al imposible sentimiento de quererlo.

Me concentro y Rafaela asiente.

—Bien, impregna el pétalo de ese sentimiento —indica.

Trato de hacerlo y lo dejo caer en el cuenco. Esta vez, el agua vibra más fuerte y la vela chisporrotea casi al unísono.

Rafaela mezcla los ingredientes con cuidado y luego levanta la vista.

—Ahora solo queda una cosa.

—¿Qué?

—Que se lo beba.

Asiento. Puedo echárselo en el café de la mañana igual que hice con el otro. Un pequeño delito por un bien mayor.

—¿Y después?

Rafaela inhala profundamente.

—La primera persona a la que mire después de tomarlo será su objeto de amor.

Me recorre un temblor.

—Vale, así que se lo doy con el café y luego enviamos a Yui a su despacho.

Rafaela asiente.

—Tenemos un plan.

4

El plan empieza a las 8:17 de la mañana. A y cuarto llega Oni y pide café al pasar por mi mesa, sin un triste buenos días. Un minuto más tarde estoy cometiendo un pequeño crimen con la conciencia mucho más tranquila ahora que me ha recordado lo imbécil que es.

Sostengo la taza con una mano y, con la otra, dejo caer el contenido del frasquito. El líquido oscuro no cambia el color del café, ni burbujea. Tal vez, percibo un leve aroma a cacao, pero dudo que él vaya a notarlo, desprevenido como está. Es el crimen perfecto.

—¿Lista? —susurra Rafaela desde su escritorio, sin mirarme.

—No —respondo, pero avanzo hacia su despacho de todas formas. Cada repiqueteo de mis tacones suena demasiado alto.

Llamo a la puerta.

—Adelante.

Mi jefe está revisando papeles y no levanta la vista al escucharme entrar, como de costumbre. La luz de la mañana resalta su mandíbula y el ancho de sus hombros bajo la camisa.

Dejo la taza frente a él con sumo cuidado para que no se derrame ni una gota.

—Café.

El muy maleducado no responde a eso tampoco.

—De nada —suelto con recochineo.

Rin levanta la vista lentamente. Sus ojos oscuros se detienen un segundo más de lo habitual en mis labios, antes de volver a mi pelo rosa.

—¿Por qué aún no has solucionado eso?

—Porque dentro de poco no va a importar.

Rin se queda un momento analizando mis palabras y entonces frunce el ceño. Esa frase no le ha gustado. Me importa una mierda. Giro sobre mis talones para salir de allí antes de que me pueda la presión y me tome yo el café, para ver si así le aguanto más.

—¿Estás pensando en dejar este trabajo?

Sus palabras, o más bien el tono en que las dice me detienen en seco.

—No. —Aunque lo digo con convicción, Rin no es tonto y sabe que mis palabras esconden algo más.

Me observa durante un momento, tratando de desengranar el misterio. Luego coge la taza y mi corazón se dispara. No puedo seguir aquí dentro cuando dé el primer sorbo.

Él se la acerca a los labios.

—Tengo algo urgente —grito y salgo corriendo del despacho cerrando detrás de mi de un portazo.

Una vez fuera, se me escapa una risita nerviosa, imaginando el desastre si yo fuera la primera chica a la que mira después de tomar la pócima.

Mi alivio sale en forma de exhalación larga mientras camino hasta mi mesa.

—¿Qué tal? —pregunta Rafaela en cuanto me siento.

—Acabo de esquivar una bala.

Sus cejas se alzan en una muda interrogación.

—Ha estado a punto de bebérselo conmigo dentro.

Rafaela pone una mueca entre horror y diversión y nos reímos.

—Paso dos.

Rafaela asiente y coge el teléfono sin decir nada más.

—Yui, ¿puedes venir un momento? Necesitamos que lleves unos documentos al despacho del CEO. —Una pausa—. Sí, ahora mismo.

Cuelga. Nos miramos. Y, por alguna razón, las dos nos agachamos ligeramente detrás de nuestras pantallas, como si eso nos hiciera invisibles.

—¿Crees que va a funcionar? —murmura.

—Lo descubriremos pronto.

Esperamos, fingiendo que estamos trabajando pero con toda la atención en la puerta del CEO.

Me tenso al escuchar pasos, sobre todo porque no son tacones. Son los pasos incorrectos.

—¡Mierda!

Antonio va, carpeta en mano, directo hacia el despacho de Takeda.

No. No, no, no.

Saltamos de las sillas al mismo tiempo e interceptamos al hombre con tanta brusquedad que lo empotramos contra la pared.

—¿Qué pasa? —pregunta, desconcertado.

Le quito la carpeta de las manos.

—Tengo que entregar eso a Takeda —se queja él, tratando de recuperarla.

—No —chillamos las dos a la vez.

Antonio parpadea.

—¿Perdón?

—El CEO está de mal humor hoy —improviso.

—Pero si me acaba de pedir que se lo traiga.

—Pues… no te lo recomiendo —añade Rafaela, con seriedad—. Si quieres conservar tu trabajo.

Antonio nos mira como si acabáramos de perder la cabeza.

—Me arriesgaré —se mofa, usando su ventajosa estatura para quitarme la carpeta—. No quiero que el señor Takeda crea que me estoy escabullendo del trabajo.

—Pero…

Decidido, Antonio nos esquiva y sigue su camino hacia el mayor desastre de nuestra historia como brujas aficionadas.

Rafaela y yo intercambiamos una mirada horrorizada. Sin hablarlo, saltamos hacia él, sujetándole de los brazos. A estas alturas, Antonio está dispuesto a forcejear.

—Ni siquiera he firmado el informe con mi nombre —jadea, deshaciéndose de nuestro agarre—. Si no se lo entrego yo, me robaréis todo el mérito.

Rafaela acaba agarrándole por la cintura y, como él sigue andando, hace que se le bajen los pantalones. En ese momento, Yui

aparece y nos encuentra desnudando a Antonio.

—¿Me habéis llamado? —Su cara es una máscara de perplejidad.

Aprovecho que Antonio se está levantando los pantalones, para quitarle la carpeta y dársela a Yui.

—Esto es para que se lo lleves al jefe.

—¿Qué? ¿Y por qué ella sí? —se queja el dueño, enfurruñado —. ¿Es que le pasa algo conmigo?

—Una chica guapa es justo lo que necesita ahora para animarse. —Rafaela, le da palmaditas en la espalda a Antonio para consolarlo. Mientras, yo guío a Yui hacia el despacho de Takeda. Abro la puerta, con cuidado de mantenerme oculta tras la chica, y la empujo al interior como quien arroja una cabra en la jaula de un león hambriento.

Kenta, desde su mesa, nos mira con la taza de café suspendida a mitad de camino entre la mesa y su boca, sin comprender nada de lo que acaba de presenciar.

—Esto no está bien —se queja Antonio.

—Sí lo está —responde Rafaela—. Confía en nosotras.

El hombre se aleja rechistando, nada conforme con lo ocurrido.

Nos quedamos quietas junto a la puerta cerrada de Oni, conteniendo la respiración y esperando que se escuchen gritos de animalillo siendo devorado o el cántico típico de los rituales de sacrificio de una virgen.

Pero no se oye nada. Ni siquiera cuando pego la oreja a la puerta.

—Por favor… —murmura Rafaela—. Que funcione…

Pasan unos segundos que se sienten como años. La puerta se abre y Yui sale como si nada, mientras yo me escondo detrás de la puerta.

—Eso ya no es necesario —se burla Rafaela.

—No quiero ser la segunda persona a la que mira tampoco, por si acaso.

Rafaela pone los ojos en blanco.

Interceptamos a Yui antes de que pueda dar dos pasos.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

—¿Algo de qué?

—¿Ha dicho algo raro? ¿Te ha mirado diferente? —interroga Rafaela.

Yui frunce el ceño.

—No… Se ha comportado como siempre.

Nos desinflamos las dos a la vez.

—Ah.

—Vale.

—Genial.

Yui nos mira como si estuviéramos locas.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente —decimos a la vez.

Ella se va, no muy convencida. Y nosotras volvemos a nuestro escritorio con mucho menos brío.

—Ha fallado —murmuro.

—No ha fallado. Solo no ha activado aún.

Asiento por no romper la confianza de mi hermana, pero no me siento muy positiva.

Pasan los minutos sin que nada ocurra. Rin no sale del despacho para ir a buscar a Yui y pedirle que se case con ella. La ansiedad de no saber si han funcionado o no me carcome, así que decido enviarle un e-mail.

De: María Luiza Aoki.

Asunto: ¿??

Señor Takeda: Yui ha entregado los documentos solicitados. Quería mencionarle, puramente a efectos de gestión del equipo, que está atravesando un momento personal difícil. Cualquier gesto de reconocimiento profesional hacia ella sería muy bien recibido. Es, por cierto, una de las incorporaciones más valiosas del departamento en todos los sentidos.

Saludos cordiales.

Le doy al botón de enviar y me muerdo las uñas mientras espero una respuesta que me aclare si el hechizo ha funcionado o no. Tal vez un poco de interés en su reciente ruptura, o algún

reconocimiento de la belleza de Yui. Algo. Pero pasa media hora sin que él responda.

Me pongo a revisar otros correos, demasiado distraída y nerviosa como para responder ninguno. Y entonces me entra una notificación de él, que casi me hace caer de la silla.

De: Rin Takeda
Asunto: ¿??
En quince minutos nos reunimos, espero que este despliegue de tiempo libre signifique que tienes todo listo para la carrera del sábado.

El bufido que suelto podría haber tirado su puerta abajo. Mi forma violenta de teclear hace que Rafaela me eche un vistazo curioso.

De: María Luiza Aoki.
Asunto: ¿??
Dígame solo si le parece guapa o no.

De: Rin Takeda
Asunto: ¿??
Deja de forzar el despido. Ya te he dicho que no te voy a dejar ir.

—¡Este hombre es insoportable! —grito, atrayendo varias miradas curiosas.
Diez minutos después, el intercomunicador suena.
—Sala de reuniones. Ahora. —No hay nada de amor en esa voz fría. Nada.
Con toda la eficiencia posible, llenamos la mesa alargada de la sala de reuniones contigua a su despacho. Él entra por la puerta que comunica ambas estancias, revisando papeles sin mirar a nadie.
Empieza a hablar antes de que Kenta pueda cerrar la entrada del pasillo y sentarse.

—El evento de Fórmula 1 de este sábado. —Levanta la vista y sus ojos van a parar justo a mi rostro. Se quedan ahí, paralizados. Como si el CEO hubiera olvidado lo que iba a decir o yo tuviera el rostro de su abuela fallecida.

Frunzo el ceño. Él también parece confundido. Pestañea, carraspea y aparta la mirada.

—…necesitamos tener toda la documentación lista antes del viernes.

Sigue hablando, pero parece distraído. Se equivoca en una cifra, se corrige. Hace pausas donde no las hacía, sus ojos posándose en mí y escapando en cuanto alzo las cejas. Como si no quisiera hacerlo, pero no pudiera evitarlo. Cada vez que me mira siento un cosquilleo en la piel. Es la misma mirada que tenía cuando discutíamos en *boxes*… justo antes de que me pasara la noche girando entre mis sábanas y soñando con él.

Me remuevo en la silla, pero entonces algo maravilloso sucede. Rin se aproxima a Yui, que está sorbiendo por la nariz a cada poco, seguramente porque ha venido de llorar del baño, y le ofrece un pañuelo.

—Oh, gracias, señor Takeda —dice la joven, sorprendida por el gesto.

Rafaela y yo intercambiamos una mirada esperanzada y contenemos una sonrisita. ¡Ha funcionado! Su corazón se está llenando de amor, es solo que tenía tan poco dentro que le va a llevar un rato volver a latir.

La reunión termina y todos se levantan.

—Aoki, quédate un momento.

Suspiro y espero a que la puerta se cierre.

—Asegúrate de que toda la documentación del evento esté correcta —murmura, pero su voz es más baja e íntima—. Los pases VIP… deberíamos solicitar unos cuantos extra, por si acaso.

—Buena idea.

Asiente y levanta la vista. Sus ojos se posan en algún lugar de mi rostro con una fijeza poco habitual, en alguien que siempre rehúye todas las miradas.

—Tienes… —murmura y su mano se alza hacia mi mejilla—. Una pestaña caída.

Después del instante de shock de notar sus dedos cálidos y firmes sobre mi piel, parpadeo y recuerdo las nociones de cortesía básica.

—Gracias —musito.

Sus ojos se quedan enganchados en los míos un instante que se me hace extraño y largo. Entonces traga saliva y se afloja el primer botón de la camisa, como si de repente le apretara.

—¿Se encuentra bien? —pregunto.

Él asiente frotándose la nuca y mirando hacia la puerta.

—Eso es todo —me despacha.

—Bien. Hasta ahora —me despido y me dirijo hacia la salida.

—¿Aoki? —Su mirada se aparta en cuanto se encuentra con la mía—. ¿Puedes cogerme cita con el médico?

—Claro.

Salgo. En el pasillo me detengo un segundo con la mano todavía en el pomo, aun notando la piel de mi mejilla donde me ha tocado. El corazón me va a mil por hora, mientras repaso la lista de ingredientes mentalmente, tratando de comprobar si es alérgico a alguno de los componentes.

No, no que lo recuerde. Aun así, lo primero que hago al volver a mi mesa es cogerle una cita con su médico de cabecera.

—¿A qué viene el ceño? —La voz de mi hermana me llega desde su mesa—. Creo que ha funcionado.

—No sé, me ha dado la impresión de que no se encontraba bien y ha pedido ver un médico.

Rafaela hace un aspaviento desechando la idea.

—Es normal que se sienta raro, de pronto está enamorado. Esas cosas suelen ser progresivas. Dale un momento al pobre chico.

Exhalo y trato de relajar los hombros. Todo va a ir bien. No hemos envenenado al CEO, le hemos llenado de amor. Es solo que los sentimientos bonitos no son naturales para él. Es como ponerle lacitos rosas a un escorpión.

—Supongo —susurro y me concentro en el proceso de solicitar más pases VIP a la FIA.

Confiar y soltar… es lo único que puedo hacer ahora.

5

Por la tarde, la ausencia de Rin Takeda tiene un efecto inmediato en la oficina: el aire pesa menos, y entra más fácil por la nariz.

A las 16:32 el ambiente está animado, las charlas y las bromas flotan entre los escritorios. Y por primera vez en días, nadie mira el reloj con miedo.

—Entonces… —empieza Antonio, girándose en su silla— ¿esto significa…?

—Si tenía cita con el médico a las 16:15, no le da tiempo a regresar —dice Keiko, con una sonrisita.

Yo aprieto un poco más el ratón. Rafaela y yo somos las únicas que sabemos por qué ha ido al médico.

—Podríamos salir todos juntos —se anima Kenta.

—¿Salir? —Antonio arquea una ceja—. ¿Un jueves?

—Claro, los jueves son el mejor día para salir.

—Qué joven eres. —Antonio suspira dedicándole una mirada de envidia a nuestro becario.

—Vamos a cenar —propone Mika.

—Yo me apunto —Keiko levanta una mano con manicura roja —. Mi hijo está en un cumpleaños, así que tampoco va a echarme de menos.

—Yo también —se anima Antonio.

Todos empiezan a hablar a la vez. Proponiendo nombres de los *izakayas* del vecindario que les gustan.

—¿Malu? —Rafaela se inclina hacia mí—. ¿Te vienes?

—Sí… claro —respondo distraída. Una idea molesta no deja de dar vueltas por mi cabeza. ¿Y si le ha pasado algo a Rin por nuestra

culpa?

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Rafaela entorna los ojos, claramente sospechando.

—Todo va a ir bien con Oni y su hechizo de amor —me promete con una seguridad que ni siquiera ella siente.

A las 17:05, salimos por grupos de los tres ascensores y convergemos en la recepción. Keiko está intentando convencernos de ir a cenar a un restaurante bastante más caro, pero los demás no comparten sus gustos sibaritas, solo quieren llenarse el buche y beber alcohol por un precio razonable. Atravesamos la puerta del edificio en grupo, y por un momento ridículo pienso que esto es lo que debe sentirse al salir de prisión.

Y entonces…

—¿A dónde vais?

Nos congelamos. Y cuando un grupo tan grande se congela parece la escena de una película en pausa.

Rin Takeda acaba de bajarse de su coche, se ha cambiado el traje por unos vaqueros y un jersey antracita que se ajusta perfectamente a sus hombros y pecho. Y tiene pinta de estar lo opuesto a enfermo. Mi estómago se contrae. Odio lo mucho que me afecta su presencia.

Es el fin del buen rollo y de la alegría. De la libertad y la diversión. Va a decirnos que tenemos que volver a la oficina y repasar lo que sea que tiene en mente.

—Eh… íbamos a… —Antonio es el primero en reaccionar, y el primero en bloquearse.

—A cenar y a tomar unas cervezas —suelta Kenta, que todavía no ha desarrollado el instinto de supervivencia.

Todos le miramos.

El CEO observa al grupo, su mirada deslizándose por todos nosotros, después mira hacia el edificio. Ya sabemos cuáles van a ser sus siguientes palabras. Hemos vivido este momento demasiadas veces…

—Me apunto —suelta, con toda naturalidad.

El silencio que sigue a esa extraña declaración, podría cortarse con los documentos que Keiko sigue sosteniendo en la mano.

—¿Perdón? —murmura ella.

—He dicho que me apunto —repite, como si fuera lo más lógico del mundo. Como si salir a cenar con sus empleados un jueves por la noche, o cualquier otro día, fuera algo que hace constantemente y no algo que nunca, en seis años, había ocurrido.

—¡Claro! —Antonio suelta una risa forzada—. ¡Será un honor!

—Antonio, cálmate —murmura Mika entre dientes.

—Conozco un sitio —continúa Antonio, imparable—. Muy adecuado. Buenísimo. Le va a encantar, Takeda-san.

—Vamos entonces —dice Rin. Y empieza a caminar.

Nosotros le seguimos. Porque nadie sabe qué más hacer. Llamar a los bomberos no se siente como lo más adecuado, por mucho que esa situación parezca una emergencia.

El trayecto hasta el restaurante es surrealista. Kenta, en su entusiasmo juvenil, se convierte en su mejor amigo en cinco minutos.

—¿De verdad pilotó en Silverstone hace poco?

—Sí.

—¿Y qué se siente?

—Es cómo cualquier otro circuito.

—Ah…

Le miro de reojo. No parece enfermo, ni siquiera mareado. Camina con la seguridad de alguien que sabe exactamente como de guapo y eficiente es. Las manos en los bolsillos, respondiendo a Kenta con la misma economía de palabras de siempre. Entonces sus ojos se desvían y me pilla mirándolo.

Aparto la cara inmediatamente, pero ya siento calor en las mejillas.

—¿Qué opinas? —susurra Rafaela a mi lado.

—No estoy segura.

—Oh, vamos, Malu —protesta ella—. Es evidente que ha funcionado. Está intentando acercarse a Yui. Busca excusas para pasar más tiempo con ella, sin ir a saco.

—Eso es lo que me extraña —murmuro—. No le pega tomarse las molestias de ser sutil. Pensé que le mandaría una citación para la iglesia, un vestido de bodas a través de un mensajero, y una nota tipo «Nos casamos mañana a las 9, no llegues tarde».

Rafaela se carcajea y Kenta vuelve la cabeza hacia nosotras. Lo que ocasiona que el jefe también lo haga y me observe con una ceja alzada.

Me encojo de hombros y le hago una mueca que dice: «¿Qué pasa? ¿No podemos reírnos?»

Él se gira de nuevo hacia delante con una expresión perpleja. Tal vez no sabe lo que es la risa.

—Grinch —suelto entre dientes y mi hermana me da un codazo.

—El amor le sienta bien, ¿no crees? —suspira—. Ya parece más humano.

—Yo sigo viéndole verde y con antenas.

Rafaela sonríe hacia el frente.

—Creo que hemos hecho algo bueno.

No estoy tan segura.

Antonio se decide por uno de los primeros i*zakayas* de la calle. Cruzamos la puerta iluminada con el típico *akachōchin* (un farolillo de papel rojo que indica que el restaurante está abierto). Dentro el ambiente es cálido, con luz tenue y madera oscura. Las mesas largas son perfectas para el tipo de caos que traemos.

A la hora de sentarnos empieza la coreografía.

—Yui, siéntate aquí —dice Rafaela, bloqueándole el paso al resto del grupo para que ella y el jefe queden cerca.

—Takeda-san, este sitio tiene mejor ángulo —añade Antonio, llamando al jefe con su tono de voz más lameculos.

—Da igual dónde me siente.

—No, no, aquí se ve mejor la barra —insiste Rafaela, casi empujándole a la silla contigua a la de Yui—. Y la carta. Y todo en general.

Él la mira un poco desconcertado y yo tengo que reprimir una sonrisa.

Gracias al esfuerzo de mi hermana, Yui y Rin acaban uno al lado del otro.

La cena avanza entre bebidas, risas e historias de trabajo que, con él delante, no deberíamos contar así. Rin participa lo justo. Escucha más de lo que habla, lo cual me resulta perturbador, porque en la oficina nunca le presta atención a nadie.

Mi hermana tiene razón, está diferente. Su mera presencia aquí demuestra que el hechizo ha hecho algo.

En algún momento, le veo bajar la voz y girarse ligeramente hacia Yui. No escucho lo que le dice, pero por el lenguaje corporal parece estar dándole el pésame por lo de su novio.

Sorprendente.

Ella baja la mirada hacia su vaso, cohibida, pero la belleza de Rin Takeda no es algo que se pueda ignorar, ni siquiera cuando tienes el corazón destrozado. Yui está sonrojada y tiene una sonrisita nerviosa bailándole en la boca. Siguen hablando, más bajo, dentro de su propio espacio.

Esto es bueno. Lo hemos conseguido. Se están sonriendo. Por fin esa sonrisa tan especial puede hacer feliz a alguien.

Algo en mi estómago se retuerce y me froto el pecho, dejando el tenedor sobre mi plato y dando un trago largo de agua. He comido demasiado rápido, eso es…

Rafaela levanta su vaso hacia mí, con una sonrisa de bruja radiante.

—Por el amor —susurra.

Choco el mío con el suyo.

—Por salir de la oficina antes de las nueve.

En el baño, el agua fría del grifo tarda demasiado en hacer efecto. El espejo me devuelve una expresión tensa. Tengo que relajarme ya. Él está bien, no está enfermo y no le había visto sonreír tanto en… nunca. Yui está flotando en una nube rosa y ha recuperado el color en sus bonitas mejillas. Lo cierto es que es guapa. No lo suficiente para él, nadie lo es, pero valdrá.

—Todo está bien —le digo a mi reflejo—. Está funcionando.

Mi reflejo se niega a relajarse.

Salgo del baño y me choco directamente contra su pecho.

Rin bloquea mi paso con una mano apoyada en la pared. De repente estoy enjaulada por su cuerpo, paralizada por la confusión de encontrarme su bíceps delante de mis ojos.

—¿Qué hace? —pregunto, con la voz más ronca de lo que quisiera.

—Tengo una pregunta.

Se inclina más cerca. Su olor es una mezcla de colonia cara y algo masculino. Me envuelve, y puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—¿Te gusta esto? —susurra, colocando la otra mano al otro lado, atrapándome completamente.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

—¿Está borracho?

—No —responde, bajando la mirada a mis labios—. Pero ahora mismo me siento como si lo estuviera.

Sus ojos recorren mi rostro con una lentitud deliberada.

—¿En qué piensas? —pregunta. Me analiza con la atención de un águila. Él nunca hace eso. Nunca le presta atención a nadie.

—En que está actuando muy raro.

—Me siento raro —admite, sin apartarse ni un milímetro—. Desde esta mañana.

—¿Qué le ha dicho el médico?

—Que seguramente sea el jet lag.

Trago saliva. Él analiza mi rostro durante un instante. Lo malo de eso es que yo puedo hacer lo mismo con el suyo. Siempre he creído que lo que más me gustaba de su cara eran sus labios, o el corte de sus pómulos, pero... acabo de darme cuenta de que son sus ojos. La forma en la que tiene doble párpado, algo tan poco común en Asia. La forma perfecta en la que se alargan hacia los lados como si se los hubiera perfilado un maquillador profesional, pero sin una pizca de maquillaje. Son perfectos, dolorosamente perfectos.

¿Qué mierdas estoy haciendo mirándole así?

—¿Puede... apartarse? —logro decir.

Rin levanta ligeramente la barbilla, desafiante.

—¿Qué pasa si no quiero?

El pulso me retumba en los oídos.

—Señor Takeda...

—Rin —corrige en voz baja, casi ronca. Es la primera vez en años que me pide que lo llame así.

Me cuesta respirar. Su cercanía está despertando cosas que llevaba seis años intentando enterrar.

—Mierda —exhalo porque sospecho lo que está ocurriendo—. Mierda.

Mi subida de volumen le hace parpadear.

—Antes en su despacho, cuando Yui ha ido a dejarle unos documentos de Antonio… ¿la miró?

Esa pregunta sí que logra desconcertarlo lo suficiente como para que baje una mano y se eche un poco para atrás.

—¿Qué?

—Esto es muy importante, señor Takeda —retuerzo las manos para contenerme y no sacudirle de la ropa como me gustaría hacer —. Haga memoria. ¿La miró esta mañana cuando ella entró en su despacho? ¿Sus ojos se posaron sobre ella?

Él se toma un instante demasiado largo para pensárselo. Después esboza una sonrisa ladeada que deja a la vista unos dientes imposiblemente perfectos.

—¿Estás celosa?

—¿Qué? —No, no, no… esa respuesta, esa sonrisa…

—Antes me has preguntado si me parecía guapa —dice—. Ahora, si la he mirado esta mañana cuando entró en mi despacho.

—¿Lo ha hecho?

Él suelta una risa divertida.

—No sabía que eras tan posesiva… —Su dedo índice aparta un mechón de pelo de mi frente.

Me ha vuelto a tocar… La segunda vez en el mismo día después de seis años sin ningún tipo de contacto físico, a excepción de aquella vez que estaba borracho, que he intentado borrar de mi memoria.

—No haga eso —le doy un manotazo y su sonrisa se desvanece.

—Lo siento —murmura, removiéndose sobre sus pies mientras pone una mueca—. No sé qué me pasa hoy.

Yo sí. Maldita sea. La hemos cagado a lo grande.

—¿Puede responder a mi pregunta? —insisto con renovada paciencia, y él parece acordarse de por qué normalmente le parezco molesta.

—No recuerdo haberla mirado —dice y el mundo se sacude bajo mis pies.

—Mierda. —Me desplomo contra la pared.

—¿Qué ocurre, Aoki?

—Nada —miento—. Tengo que irme.

Me escabullo con rápidez antes de que pueda detenerme de nuevo.

—Rafaela. —Le agarro del brazo—. La hemos cagado.

—¿Qué ha pasado?

—Takeda no miró a Yui.

Su expresión se congela.

—¿Cómo?

—No miró a Yui después de tomarse la pócima —repito, aun sintiendo que el suelo bajo mis pies ya no está en horizontal—. Creo que fui la primera a la que vio.

Rafaela se tapa la boca con las dos manos. Un gesto que en otras circunstancias sería cómico.

—No…

—Sí.

—Pero el hechizo era para…

—Ya lo sé.

—Entonces tú eres la…

—No lo digas.

Los ojos de mi hermana podrían competir con los de una lechuza en plena caza nocturna.

—…vale, sí —concede al fin.

Nos quedamos procesando. Al otro lado de la mesa, Takeda ha vuelto a su sitio. No me presta atención, sino que le rellena la copa a Yui.

Rafaela me echa una mirada desconcertada.

—¿Estás segura? —susurra.

—Ah… —¿Lo estoy?—. Sí, se ha comportado de una forma extraña conmigo y me ha reconocido que no miró a Yui esta mañana cuando entró en su despacho.

—Tal vez no sea consciente de que la miró… —Rafaela los señala con un gesto de cabeza. Yui está sonriendo como una tonta mientras Takeda le pone trozos de comida en el plato.

—Yo…

—Creo que le has notado raro porque el hechizo está actuando sobre él. Todos nos comportamos un poco locos cuando estamos enamorados.

Respiro hondo. Tal vez mi hermana tiene razón.

Me concentro fuertemente en ignorar que esa idea me hace sentir otras cosas aparte de alivio.

—Seguimos adelante, entonces —claudico.

—Sí.

Miramos a Yui. Luego a Rin. Luego otra vez a Yui que parece estar en el quinto cielo.

—Intentemos que la lleve a casa —dice Rafaela.

Asiento.

Antonio, que lleva toda la noche desviviéndose para que el jefe vuelva a tenerle en buena gracia, se inclina hacia Rin.

—Takeda-san, ¿quiere continuar la *nijikai* en un karaoke?

—El jefe está cansado —intervengo, haciendo que todos me miren—. El médico cree que tiene jet lag. Es mejor que nos vayamos a casa desde aquí.

Rin me echa una mirada en la que parece que está tratando de descifrar mi comportamiento.

—Voy a llamar a su chófer —anuncio, sacando mi móvil de la chaqueta.

—Señor Takeda, ¿podría llevar a Yui a casa? —interviene Rafaela, siempre oportunista—. Me preocupa enviarla en un taxi sola siendo tan guapa.

Yui parpadea, sonrojada.

Y Rin acaba por asentir.

—Gracias… —digo, irritada. Porque ese es el efecto que él tiene en mí, incluso cuando hace lo que quiero.

Después de pagar la cuenta, nos levantamos, recogemos las chaquetas y salimos del *izakaya*, a una lluvia fina que ha refrescado el ambiente. El coche del CEO ya está aparcado junto a la acera y Yui sonríe encantada, sintiéndose una princesa con el trato especial.

Rafaela entrelaza su brazo con el mío.

—Vamos a por un taxi —dice.

Asiento dejándome arrastrar, mientras me concentro fuertemente en no volver mi rostro hacia el coche de Rin, que se aleja por el asfalto mojado sin preocuparse de que los demás estemos bajo la lluvia.

Justo como debe ser.

6

Estoy sentada frente a mi bandeja en la cafetería de Hayabusa Engineering, removiendo mi café con la mirada perdida a través de la ventana.

—¿Por qué tienes cara de que se ha muerto alguien? —Rafaela está a mi lado, untando tres toneladas de mantequilla en una tostada.

—Porque es así. Mientras hablamos, muere alguien en el mundo a cada segundo.

—Guau, esta mañana estás de muy buen humor —comenta ella con evidente sarcasmo.

—¡Buenos días! —La voz de Yui suena ligera. Levanto la vista y está radiante: ojos brillantes, mejillas sonrojadas, el pelo recién planchado. Se deja caer en la silla junto a nosotras con una sonrisa que no le cabe en la cara—. ¿No hace un día precioso?

—Tú sí que estás de buen humor —exclama Rafaela—. ¿Ha pasado algo bueno?

Pongo los ojos en blanco por su falta de disimulo.

—Umm, lo cierto es que sí —dice Yui, apoyando los codos en la mesa.

Rafaela y yo intercambiamos una mirada por encima de su cabeza. Aquí viene.

—El señor Takeda… —baja la voz como si fuera un secreto— fue increíble anoche.

Aprieto un poco más la cuchara.

—¿Sí? —dice Rafaela, tratando de disimular su satisfacción.

—Me abrió la puerta del coche. Me preguntó si estaba bien. —Yui suspira—. Incluso me dijo que no tenía que fingir estarlo.

Suelto un bufido de pura incredulidad.

—¿Takeda te dijo que no tenías que fingir estar bien?

—Lo sé, parece increíble. —Asiente, ajena a todo.

—Hasta parece magia —se carcajea Rafaela, creyéndose muy graciosa.

—Y cuando llegamos se quedó un momento más, para asegurarse de que entraba bien.

La cuchara choca contra la taza.

—Siempre ha sido un hombre considerado —suelto con sorna, ganándome una patada de mi hermana por debajo de la mesa.

Yui se pierde mi sarcasmo.

—¿Verdad? No es como parece en la oficina.

No. No lo es. Porque es un hombre bajo los efectos de un hechizo que lleva el chocolate que debí comerme.

—Creo que… —Yui duda un segundo— creo que le gusto.

Rafaela asiente con suavidad. Yo sigo removiendo el café, y mirando el líquido dar vueltas.

—¿Y tú qué crees, Malu? Eres la que más le conoce.

Levanto la vista y le dedico una sonrisa forzada.

—Que te trate bien habla por sí solo.

Por suerte, no tengo que añadir nada más, porque llegan los demás y nos meten prisa para irnos. Rafaela engulle lo que queda de tostada y yo dejo el café como está, sin una pizca de hambre. La cena de anoche me sentó definitivamente mal.

Llegamos al taller puntuales para la *Kanshasai*. No es que entienda bien el ritual, habiéndome criado en Brasil, pero incluso yo noto el peso del momento. El motor está en el centro, elevado sobre su soporte, limpio como si fuera una reliquia. A su alrededor, ingenieros y mecánicos forman un semicírculo con las manos entrelazadas o los brazos a los costados, en silencio.

—Es raro —murmura Antonio a mi lado. Él tampoco se ha criado en Japón—. Decirle adiós a una máquina.

—No es solo una máquina —responde Keiko—. Es años de trabajo.

Suspiro sin apartar la vista del motor. Me siento melancólica y ni siquiera sé por qué.

—Aoki.

Me giro.

Takumi Sato sonríe apoyado en uno de los bancos de herramientas. Es guapo y alto, y recuerdo bien la presión de sus labios contra mi cuello en la fiesta de nochevieja.

—Cuánto tiempo —dice—. Ya nunca pasas por aquí.

—Es que me tienen liada en las oficinas.

—Ah, el jefe está de vuelta y todos andamos desbordados. —Se acerca un paso—. Aparte de eso, ¿cómo estás?

—Bien.

—Qué escueta.

—Estoy concentrada en el ritual.

Se ríe. Esa risa que sueltan los hombres cuando quieren meterse en tus pantalones.

—Fue el alcohol —digo, antes de que pueda abrir la boca de nuevo.

—¿El qué fue el alcohol?

—Lo que sea que estés a punto de recordarme.

—Nochevieja —dice, con una sonrisa que confirma que ya lo sabía—. Y no fue el alcohol, Malu. Fue que durante unos minutos bajaste la guardia.

—Cosas del año pasado.

—No tienen por qué serlo.

—Umm, ya veremos… —respondo, sin cerrar ni abrir esa puerta. Sus ojos se iluminan con el tipo de interés que no necesito ahora mismo.

—¿Quieres tomar algo hoy después del trabajo? —Cruza los brazos.

—No.

—Ayer salimos y la cena y el alcohol le sentaron mal —interviene Rafaela, apiadándose de él.

—Otro día, entonces —me guiña un ojo. Es un cabrón guapo y lo sabe, solo que… su belleza no es mi debilidad.

No respondo. Estoy más preocupada con el recuerdo del pasillo del restaurante de anoche, que ha aparecido como un flashazo en mi mente, que con lo que está pasando en este momento. Mierda, eso no es buena señal. Tal vez debería aceptar su invitación.

En ese momento llega Rin. Lleva un polo cuyas mangas apenas pueden contener sus bíceps. Se coloca al lado de Yui que lo recibe con una sonrisa brillante.

Noto esa bola en el estómago otra vez. No puedo seguir ignorando lo que es… celos, celos ridículos, enfermizos y abominables que debo destruir en seguida.

Me giro de vuelta hacia Takumi y toco su brazo que tampoco está nada mal en el departamento de músculos.

—Tal vez sí que podemos quedar después del trabajo… —comienzo.

Él me devuelve una sonrisa seductora y abre la boca para responder algo. Pero un chirrido metálico corta la frase. Un gancho del techo desciende de golpe, balanceándose en un arco amplio y perfectamente inesperado. Takumi y yo nos apartamos, y el gancho pasa exactamente por el espacio donde estaba su cabeza un segundo antes.

Después de un instante de silencio absoluto, todos miran hacia el panel de control.

Rin Takeda tiene la mano apoyada en uno de los mandos.

—Lo siento —dice y la aparta.

Takumi frunce el ceño.

—Casi me da en la cabeza.

—Sí, buenos reflejos. —El cumplido del jefe no va acompañado de un tono de admiración, sino más bien de advertencia.

Miro a Rin pero él está concentrado en el motor.

—Comenzamos —anuncia uno de los ingenieros.

Todos se recolocan. Inclino la cabeza junto al resto mientras el ingeniero jefe empieza a hablar de años, de horas, del trabajo que no se ve pero que sostiene todo lo demás.

Escucho a medias. Porque a dos metros, Rin también ha inclinado la cabeza y mis ojos no paran de desviarse hacia él.

Nadie en esa sala cree que haya sido un accidente. Yo tampoco. Pero si lo digo en voz alta tengo que hacer algo al respecto, y no estoy lista para eso.

Keiko se inclina hacia Antonio.

—Se nota, ¿verdad? —susurra, con los ojos en Takeda y Yui, que están uno al lado del otro al otro extremo del semicírculo.

—Totalmente —responde él, en voz igual de baja.

—Hay tema entre esos dos.

—Es evidente.

Vale, no le ha dado al botón a propósito. Todo está bien. Tengo que dejar de imaginarme cosas de una vez y relajarme. Tal vez así, hasta pueda disfrutar de una cita con Takumi. Sí, eso suena como un buen plan. Un poco de sexo con un tipo atractivo para recolocarme las neuronas a golpe de cabecera.

Paso el resto de la tarde mirando la pantalla sin ver nada. Después hago cosas que me recuerdan a mi antiguo trabajo cuando era la agente de un piloto. Tenemos una reunión breve sobre el evento del sábado en la que tomo notas con letra ordenada para crear la ilusión de que tengo mi vida bajo control. Pero por debajo de todo eso, no me quito la sensación constante de estar fuera de mi eje.

Rin me convoca a su despacho. Está sentado tras su mesa revisando algo en el portátil. Ni siquiera levanta la vista como cualquier otra tarde de nuestras vidas. Qué tonta he sido al pensar que estaba hechizado por mí.

—Lo de la carrera de mañana está doblemente revisado —le informo—. ¿Puedo irme ya? Tengo una cita.

No sé por qué he dicho eso último.

Pasamos un segundo de silencio seguido de un gesto vago con la mano, que resulta un poco desdeñoso, como si espantara una mosca. Aprieto los dientes. Hechizado o no, sigue igual de encantador.

—Gracias.

Me giro y camino hacia la puerta. Una parte de mí, ridícula y molesta, esperaba algo. Una reacción, una pregunta… Cualquier cosa.

Agarro el pomo.

—¿Es con Takumi Sato?

Me quedo quieta unos segundos. Después me giro despacio. Él sigue mirando la pantalla. La luz azulada le marca la línea ligeramente apretada de la mandíbula. Sus dedos ahora están inmóviles sobre el teclado.

—Sí —respondo.

Un leve asentimiento. Ni una palabra extra, ni una mirada.

Le observo un segundo más, esperando no sé qué, y luego salgo antes de descubrirlo.

El parking está medio vacío cuando llego. Me cruzo de brazos mientras espero, mirando el móvil sin procesar nada de lo que hay en la pantalla.

Takumi me ha dicho que terminaba a las seis y media y faltan cinco minutos. De pronto, escucho que se acerca un coche, pero no le hago mucho caso, segura de que no va conmigo. Al menos hasta que noto que se detiene justo a mi lado.

El Aston Martin negro y brillante baja la ventanilla y tras el volante está mi jefe con los labios apretados en una línea fina.

—Sube.

—¿Perdón?

—Sube. —Su voz suena baja y autoritaria. Esa voz que siempre logra metérseme debajo de la piel.

—¿Qué ocurre?

No me responde, pero me echa una mirada irritada. Le estoy haciendo perder su precioso tiempo.

—¿Es algo del trabajo? —insisto.

Tampoco responde a eso, así que me cruzo de brazos.

—Ya le he dicho que tengo una cita.

Cuando ve que no me muevo, sale del coche con movimientos decididos. La llave inglesa en su mano y esa expresión oscura lo

hacen lucir peligrosamente atractivo. Sin decir nada, camina hacia un Lexus RC aparcado a unos metros. Elegante, caro y perfectamente cuidado. Levanta la llave inglesa.

—¿Qué hace? —Alzo la voz.

—Es su coche.

El estómago se me cae a algún sitio cerca de los pies.

—¿Está de broma?

—Entra en el coche, Malu —repite con calma— o le rompo la luna y no vais a ningún sitio igualmente.

—Está completamente loco. —Mi voz sale chillona. No sé si quiero matarlo o que me bese hasta que me olvide de por qué lo odio—. Eso es vandalismo, es un delito. Es…

Rin levanta la herramienta en el aire para coger impulso.

—¡VALE! —Lo señalo con un dedo—. Vale, deje ese coche en paz.

Camino rápido hacia el Aston Martin y me meto dentro, con el pulso desbocado y las mejillas ardiendo de la indignación. La puerta se cierra. Él vuelve, se sienta y arranca. El coche sale del parking con una suavidad absurda, como si nada hubiera pasado. Como si secuestrar a tu secretaria en el aparcamiento fuera una actividad de tarde perfectamente razonable.

Las luces de la ciudad empiezan a encenderse.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunto al fin, con la voz más controlada que puedo.

—No quiero que salgas con él.

Le miro. Tiene los ojos en la carretera, las manos en el volante, la mandíbula con esa tensión que le conozco de las negociaciones difíciles. Solo que esto no es una negociación. O quizá sí.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Porque no. —Lo repito despacio para tratar de darle más sentido—. ¿Puede ser más específico?

Takeda aprieta la mandíbula.

—Usted nunca se había comportado de esa forma.

Él se detiene en un semáforo en rojo, y me echa un vistazo fugaz.

—No sabía que Daichi te había besado, ni Sato.

Eso me deja en silencio un instante.

—Eso no tiene sentido —replico, girándome hacia él en el asiento—. Daichi y Takumi son adultos. Yo soy una adulta. Es mi vida personal, y usted no tiene ningún derecho…

—Me da igual.

—Aún es el niñato que mordía micrófonos. —Señalo el exterior con un gesto—. Aún le gusta montar escenas.

El semáforo cambia y él arranca, pero para mi sorpresa conduce con calma. No le han enfadado mis palabras.

—Se supone que era sexy.

Le miro sin saber a qué se refiere.

—Lo del micrófono —completa—. O eso decían los comentarios en internet.

—Morder un micrófono no tiene nada de sexy. —Me cruzo de brazos indignada—. La gente dijo eso solo porque era usted y cualquier cosa que haga…

Me callo de golpe al darme cuenta de lo que estoy diciendo. Él me echa una mirada curiosa antes de volver al tráfico.

—No era un cumplido —suelto de carrerilla, totalmente arrepentida. Mi vista se pierde en la ciudad que casi no percibo a través de mi ventanilla.

—Tampoco era lo opuesto a un cumplido —remarca él, con un toque de humor.

—¿Por qué ha hecho esto? —insisto.

Él suspira y se frota la cara como si le doliera tener que admitirlo.

—No quiero que salgas con esos tipos, Malu.

—¿Esos tipos? —Frunzo el ceño

—Daichi, Sato…

—¿Porque trabajan con usted?

—Sí.

Le observo de perfil. El perfil que años de trabajo compartido me han enseñado a leer mejor de lo que me gustaría. Hay algo debajo de esa respuesta.

—Entonces no pasa nada si salgo con alguien que usted no conozca.

El coche frena en seco.

El cinturón se me clava contra el pecho. Mi corazón da un salto que no tiene nada que ver con la frenada. Detrás de nosotros, alguien toca el claxon, pero Rin no se mueve. Solo me observa y hay algo en sus ojos, que no he visto antes o que he estado intentando no ver.

—No quiero que salgas con nadie.

Me quedo quieta. Detrás de nosotros, vuelven a tocar el claxon y ninguno de los dos se mueve.

—¿Por qué? —Ni siquiera sé cómo he conseguido susurrar esas palabras.

Rin traga saliva y su expresión es casi de dolor.

—No tengo la jodida idea —responde al fin.

7

La puerta corredera de mi casa emite un sonido chirriante que solo me acuerdo de arreglar cuando es de noche y estoy demasiado cansada.

Rafaela está sentada en el suelo del salón con el libro de hechizos abierto frente a ella, y me pregunto si ha presentido algo. Levanta la vista en cuanto entro.

—¿Qué ha pasado?

No me molesto en quitarme la chaqueta. Me quedo de pie con el bolso todavía en el hombro y la sensación de haber sobrevivido a algo que no sé cómo clasificar.

—El hechizo está mal.

Rafaela frunce el ceño.

—Tenía razón. No se ha enamorado de Yui. Creo que… —Ni siquiera puedo terminar la maldita frase.

Rafaela entiende lo que no soy capaz de comunicar, y en su cara ocurre ese proceso que conozco bien: la negación, el cálculo, la aceptación.

—¿Qué ha ocurrido?

Lanzo el bolso sobre la mesa y me dejo caer frente a ella, con las piernas cruzadas y la espalda recta.

—Me ha secuestrado en el parking.

—¿Perdón?

—Ha amenazado con destrozar el coche de Takumi Sato si no me subía al suyo.

—¿QUÉ?

—Y luego, en el coche, me ha dicho que no quiere que salga con nadie.

Sus ojos parpadean varias veces y le dejo un momento para asentar la noticia.

—Vale —dice Rafaela—. No sé si eso es por el hechizo. Se supone que es de amor, no de comportamiento tóxico.

Me abrazo las rodillas mordiéndome la lengua para soltarle un «ya te lo dije».

—¿Pero llegó a mirar a Yui?

—Es evidente que no.

Rafaela traga saliva.

—No lo sé, ha sido muy amable con ella últimamente. Que es justo lo que haría mi hechizo. Ese despliegue de celos y control no es amor.

—Bueno, como dijo Toni Morrison: El amor no es nunca mejor que el amante. Alguien retorcido como mi jefe, por supuesto, va a amar de forma retorcida.

Mientras medita sobre mis palabras, sus dedos acarician su preciado libro de hechizos. Después sacude la cabeza en negación total.

—Bueno, pero tiene que ser por el hechizo —protesto—. Él nunca había hecho esas cosas.

Mi hermana se lleva las manos a la cara.

—Tampoco te había visto nunca con otros… —insiste, desesperada—. ¿No te dijo cosas raras después de verte con Daichi? Ahí ni siquiera le habíamos dado la pócima.

—¿Estás insinuando que ya sentía celos de mi antes?

—Eso parece.

El fuego de la vela que ha encendido antes de que llegara chisporrotea una vez, aunque no sé si es para darle la razón o para indignarse por lo ridícula que es esa noción.

—Mierda —susurra.

—Es el hechizo —digo con determinación, porque la idea de que mi jefe tenga sentimientos de verdad por mí me inquieta demasiado—. ¿Cómo lo solucionamos?

Rafaela se inclina sobre el libro pasando páginas, con una urgencia que no le he visto desde la primera vez que mezclamos ingredientes sin leer las instrucciones completas.

—Tiene que haber algo… aquí… no, esto es para atracción leve… esto es reconciliación… esto requiere luna llena y ya pasó…

Me recuesto hacia atrás apoyando las manos en la madera del suelo, mirando el techo. Las vigas viejas que presencian otra sesión de la bruja desastre y su agente patética.

—Está intensificado —digo.

—Sí —admite sin levantar la vista—. Eso también lo veo.

—No es normal cómo ha actuado hoy. Nunca pierde el control.

—No. Tal vez, si ya tenía sentimientos por ti antes… y fuiste la primera a la que miró…

—Por favor, deja de decir eso. —Mi reacción al escucharlo es digna de discutir con un psiquiatra.

Rafaela se detiene. Sus dedos se quedan quietos sobre una página. Hay algo en su expresión que no me gusta.

—Malu…

—¿Qué?

—Creo que sí que es eso.

Me incorporo.

—El hechizo está amplificado. —Traga saliva.

—¿Por qué?

—En lugar de generar algo desde cero… —busca las palabras, y el hecho de que le cueste encontrarlas me inquieta— ha potenciado sentimientos que ya existían.

El salón se queda muy quieto.

—No digas tonterías.

—Lo dice aquí, que, si el objeto de amor ya está presente en el corazón del hechizado, la reacción puede ser un poco desproporcionada.

—No había nada que potenciar. Él ni siquiera tiene corazón.

Me levanto y voy a la cocina a buscar agua que no necesito.

Rafaela me mira. No dice nada. Y ese silencio suyo, cargado y cuidadoso, es exactamente el tipo de respuesta que no quiero recibir.

—Malu. Seis años trabajando juntos es mucho tiempo para que no haya nada.

La risa seca que escapa de mi boca crea un sonido raro en la habitación.

—¿Qué hay de aquella vez?

—Ya te lo dije, estaba medio dormido y borracho. Me confundió con otra chica.

—Y si solo estaba usando la borrachera como excusa para abrazarte.

—Dijo literalmente el nombre de otra chica —espeto. Aún recuerdo la decepción de estar entre sus brazos por primera vez, después de haber fantaseado con ello tantas veces, para escuchar el nombre de otra.

—¿Qué nombre? —quiere saber ella, como si eso importara.

—Hikari. —Me cruzo de brazos, fastidiada por recordarlo todavía.

—Luz. —Mi hermana saborea la traducción de la palabra— ¿Conocía él alguna chica que se llamara así?

—Yo qué sé. —Me encojo de hombros—. No estaba con él todo el día. Era su agente, no su sombra.

—Ummm —murmura ella, pensativa.

—¿Se puede revertir? —pregunto.

Rafaela pasa páginas. Lee y su expresión cambia de la concentración a la preocupación genuina.

—…no.

—¿Cómo que no?

—Escucha. —Lee en voz alta, con el dedo siguiendo las líneas —: «Romper un hechizo de amor una vez activado puede generar rechazo extremo, aversión o daño emocional irreversible en el sujeto».

Se me seca la boca.

—¿Y si ya me tiene rechazo extremo?

—Malu… —me regaña ella—. Por mucho que te guste decir que Oni te odia, él te contrató para ser su secretaria cuando dejó la Fórmula 1. ¿Crees que eso lo hace alguien que no soporta a su agente?

Cierro los ojos un segundo. Detrás de los párpados veo a Rin con el pelo más corto en el callejón frente a mi casa, al alba.

—Te pagaré el doble —había dicho sin mirarme—. Y no tendrás que lidiar con la prensa.

Y yo había aceptado, solo por el dinero…

Vale, no fue solo por eso. Nunca he sido muy buena mintiéndome a mí misma. Recuerdo perfectamente, sentir un cosquilleo en el pecho al ver que no quería separarse de mí. Pero también recuerdo haber aplastado ese sentimiento para no malinterpretarlo y que me causara problemas.

—O sea que si lo rompemos…

—Podría odiarte. —Hace una pausa tensa—. O peor.

—¿Peor?

—Podría… romperse algo en él. Su capacidad de amar.

El largo silencio que sigue se interrumpe con mi suspiro.

—¿Me estás diciendo que no podemos hacer nada?

—Lo único que se me ocurre es iniciar un ritual de debilitamiento del hechizo y esperar a que surta efecto.

—¿Y cuánto tarda eso? —Me cruzo de brazos. Por la expresión de mi hermana me temo que la respuesta no va a gustarme nada.

—¿Un par de semanas? —Que lo diga a modo de pregunta y con el rostro contraído no es muy tranquilizador que digamos.

Suelto el aire por la nariz.

—Genial. Así que durante dos semanas tengo que soportar el amor falso y no deseado de un jefe al que no soporto.

—Sí. Básicamente. —Rafaela cierra el libro despacio, con las dos manos.

Tengo ganas de arrancárselo y tirarlo a una hoguera, pero lo cierto es que ahora lo necesito más que nunca.

—Empieza el ritual de debilitamiento ya. —Mi voz es prácticamente un gruñido.

Ella asiente con vehemencia y se pone a rebuscar entre las páginas.

—Vas a tener que… tener paciencia con él —dice Rafaela.

—Siempre la tengo —murmuro, pero las dos sabemos que Rin Takeda es mi maldito talón de Aquiles.

Las mañanas de carrera tienen algo eléctrico. No importa cuántas veces haya estado en un circuito: el aire, con su olor a combustible y a goma caliente, me hace vibrar. Hay una energía específica en los *paddocks* que no existe en ningún otro sitio del mundo. Una adrenalina que te entra por la piel antes de que seas consciente de que está ahí.

Hoy, además, tengo un problema muy específico entre manos: Un CEO hechizado.

—Recuerda ser paciente con él —dice Rafaela a mi lado mientras caminamos con las acreditaciones colgando del cuello.

—Es mi jefe, ya sé cómo tragarme mi opinión y fingir que lo tolero.

—Ya pero… ahora también es tu pretendiente.

No contesto porque llevo desde que sonó el despertador con esa tensión instalada en la base del cráneo, que no se va con café ni con la música que he puesto demasiado alta en el metro.

El *box* de Hayabusa Engineering está en plena actividad. Mecánicos moviéndose alrededor del coche, ingenieros con auriculares revisando telemetrías en tiempo real, pantallas encendidas por todas partes con datos que cambian antes de que puedas procesarlos. El olor a goma y aceite es más intenso aquí dentro.

Todo está en orden y bajo control. Excepto él.

Rin Takeda está al fondo hablando con el ingeniero jefe. Lleva el uniforme negro ajustado al cuerpo. Las mangas remangadas dejan ver sus antebrazos fuertes. Levanta la vista, pero no para hacer un barrido general o revisar el *box*. La levanta porque sabe exactamente dónde estoy antes de mirar. Y no es una habilidad que le haya dado el hechizo, es algo que siempre ha sabido hacer. Como si tuviera cámaras integradas por todo el cráneo que le envían información sin necesidad de usar los ojos. Así es como sabía que me había teñido de rosa.

—Vale —murmura Rafaela—. Te ha visto, pero sigue trabajando. Eso es buena señal. No está tan fuera de control como pensábamos.

—Que va, romper el coche de uno de sus mecánicos con una llave inglesa es un comportamiento muy normal.

—Pero no lo hizo, solo te dejó pensar que iba a hacerlo.

—Eso, tu ignora las *red flags* —le suelto con sarcasmo—. Te vendrá genial para encontrar novio.

—El pobre está hechizado por alguien que ya le gustaba…

Tomo a mi hermana del hombro.

—Hemos hablado sobre esto. —La zarandeo—. Tienes que dejar de decir esas cosas.

—¿Por qué? —me provoca ella con una sonrisita malvada— ¿Te gusta demasiado escucharlo?

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

—Ve a ver si los pilotos necesitan algo —le ordeno, recordando con satisfacción que soy su jefa.

—No, por favor —ruega ella, con las manos en gesto de plegaria—. ¿Puedes hablar tú con ellos?

Es extraño, Rafaela no suele rechistar ni escabullirse de las tareas.

—Tengo que supervisar que todo está bien.

—No me gusta tratar con los pilotos —murmura, pero ya está de camino hacia ellos.

La observo un instante acercarse a los dos, que están ajustándose los trajes. Va con los hombros hundidos y la cabeza agachada, tratando de hacerse invisible. Cuando los tiene delante, se gira hacia el más bajito, Gogatsu, y se dirige a él, ignorándo a Watanabe. Tendré que hablar con ella más tarde sobre sus modales.

Aparto la vista y activo la tablet que llevo en la mano. Reviso los horarios, el orden de los actos, la lista de prensa, cualquier cosa que tenga texto y requiera atención. Durante un rato, logro concentrarme tanto en el trabajo que me olvido de donde estoy.

—Malu.

Cierro los ojos un segundo antes de girarme.

—Takumi, ¿qué tal?

—Bien. —Él me ojea con cierta cautela. Lleva el uniforme de los mecánicos del equipo, y le queda especialmente bien.

—¿Estás mejor? — Se apoya en la estructura metálica junto a mí. Por la expresión de sus ojos, no se cree del todo la excusa que le di anoche por mensaje, sobre que me había sentado algo mal.

—Sí —hago un aspaviento con la mano—. Fue algo que comí a mediodía.

—Ah, entonces tal vez podamos hacer algo hoy después de la carrera…

—No, no puede.

Pego un grito cuando Rin aparece de detrás de una pancarta. Takumi pestañea desconcertado.

—¿Qué?

—Aoki no puede quedar después de la carrera. Ni ningún otro día —suelta Rin con voz grave y cortante.

Su presencia es imponente. Hay una clara advertencia en su postura y en la forma en que mira a Takumi.

¿Cómo ha sabido que estábamos ahí? ¿Cómo ha sabido que estábamos hablando?

—¿Y eso? —Takumi intercambia una mirada confusa entre ambos—. ¿Estáis juntos?

—¡No! —gritamos los dos al unísono. Nos miramos y apartamos la mirada de golpe.

—Por favor, secretaria y jefe… no soy tan cliché —me burlo, soltando una risita nerviosa.

—Ah… ¿entonces? —El mecánico está cada vez más confuso.

—No tiene tiempo para salir con nadie —responde mi jefe—. Tiene un contrato de exclusividad con su trabajo.

Takumi se queda mirando al CEO con la boca abierta.

—Eso… ¿existe? —sus ojos regresan a mí en busca de confirmación, pero lo único que quiero es taparme la cara con la mano.

Rin tampoco parece muy dispuesto a explicarle nada más. Se gira hacia mí.

—Vamos, Aoki —ordena, y echa a andar sin comprobar si lo sigo.

—Lo siento —me disculpo con Takumi de forma rápida y sigo al poseído de mi jefe hasta una de las zonas laterales del *box*, lejos del

ruido principal pero dentro del perímetro visible. Por un momento temo que sea capaz de hacer algo extraño como intentar besarme en algún rincón. ¿Podría el hechizo provocar que hiciera algo tan loco?

—Quiero que te quedes aquí durante la carrera —dice, señalando una posición concreta cerca de su puesto de mando.

Parpadeo.

—Normalmente estoy con el equipo de comunicación.

—Hoy no.

—¿Hay algún problema con el protocolo de…?

—No.

Nos quedamos en silencio, o al menos todo el que el ruido del circuito permite, mientras alguien grita instrucciones en otro idioma y un motor ruge a lo lejos.

—Entonces ¿por qué?

Sostiene mi mirada un segundo de más.

—Porque quiero que estés a la vista —suelta, sin molestarse en enmascararlo en una instrucción razonable. Su voz baja y autoritaria me provoca un calor traicionero en el vientre.

Aprieto los dedos alrededor de la tablet. «Ten paciencia con él», susurra la voz de mi conciencia (que se parece irritantemente a la de mi hermana)

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene. —Un pequeño destello de irritación brilla en sus ojos. Se da media vuelta para alejarse, no sin antes añadir—: Y mantente alejada de ese mecánico.

Su aliento cálido roza mi oreja al hablar. Me quedo quieta, luchando contra el impulso de inclinarme hacia él.

—Chalado —murmuro para mí misma.

Por supuesto, no me quedo donde me ha indicado. Regreso con el equipo de comunicación para ver la carrera y poder supervisar que está todo bien, porque para eso me paga, no para estar a la vista.

Una cosa es tener paciencia con un hombre hechizado y otra ser su muñeca de trapo. Para esa última, no me paga lo suficiente.

8

Solo hay una forma de que las hermanas Aoki limpiemos la casa los domingos por la mañana, y es con la música demasiado alta para los gustos de nuestros vecinos.

—¡Sube eso! —grito desde el pasillo, con una camiseta vieja y el pelo recogido en un moño improvisado.

—¡Ya está al máximo! —responde Rafaela desde el salón.

La casa vibra con un tema noventero que ya no recordaba, y el suelo de madera cruje bajo nuestros pasos mientras arrastramos muebles, sacudimos cojines y abrimos ventanas de par en par. El aire entra fresco, llevándose el olor a vela, a magia y a decisiones cuestionables acumuladas durante la semana.

—Te tocan las alfombras —dice Rafaela, bailando con la escoba.

—Me da pereza sacar la aspiradora. Te lo cambio por la colada —negocio, mientras paso un trapo por la estantería.

—Trato.

El sol entra por las ventanas abiertas en franjas anchas que calientan la madera del suelo. La casa parece menos embrujada cuando la tenemos así. Es casi una casa normal, de una familia normal.

La ilusión se esfuma un minuto más tarde cuando noto vibrar un mensaje en el móvil. Lo llevo en el bolsillo de mis *joggers*.

Rin Takeda:
¿Puedes venir a trabajar hoy?

Mi bufido queda ahogado por el sonido de la aspiradora de mi hermana. Eso sí que es nuevo, hacernos trabajar un domingo es un nivel al que nunca había llegado Rin Takeda.

María Luiza:
Lo cierto es que no. Estoy en un barco.

Me guardo el móvil en el bolsillo sin sentirme ni una pizca de culpable con la mentira, pero tengo que volver a sacarlo porque vuelve a vibrar.

Rin Takeda:
¿Qué haces en un barco?

María Luiza:
Zarpar.

Rin Takeda:
Vuelve cuanto antes. Avísame cuando estés en tierra y voy a recogerte.

Su insistencia debería irritarme, pero hay algo en esa forma dominante de pedir las cosas que me altera por otras razones.

María Luiza:
No recuerdo que en mi contrato pusiera nada de estar disponible los domingos.

Rin Takeda:
Es una emergencia.

María Luiza:
Lo solucionaremos mañana.

Activo la opción de «no molestar» y lanzo mi móvil sobre el sofá, donde aterriza entre cojines. Si no lo vuelvo a ver en todo el día, mejor que mejor.

Sigo pasando el trapo con tanta brusquedad que tiro una de las figuritas de marfil de mi padre. Por suerte, el barrigón del dios Hotei no se rompe con el impacto. Vuelvo a colocarle en su lugar, y le acaricio la calva para que se acuerde de traerme mejor suerte. La necesito más que nunca.

Cuando Rafaela por fin termina con las alfombras y apaga la aspiradora me pongo delante de ella con los brazos en jarra.

—¿Cómo va el hechizo de debilitamiento? —la interrogo—. Takeda acaba de contactarme para trabajar hoy.

—¿Un domingo? —se espanta.

—Creo que es solo una excusa para vernos.

Rafaela asiente pensativa. Tiene sentido, un día entero sin verte le debe parecer una tortura ahora mismo.

—Aquí la única torturada soy yo —murmuro.

Porque cada vez que se acerca, mi mente se llena de imágenes peligrosas.

—Vale —dice Rafaela de pronto, bajando el volumen de la música—. Ven.

Se arrodilla junto a una de las columnas de madera del salón. A simple vista no hay nada, pero cuando me agacho veo un círculo dibujado con algo más fino que tiza. Hilos rojos cruzándolo, pequeños símbolos que reconozco del libro y, en el centro, un cuenco diminuto con agua y arroz.

—¿Esto es…?

—El ritual de debilitamiento. —Hay cierto orgullo en su voz—. Está activo desde anoche.

—¿Y funciona?

Hace una mueca.

—Tomará dos semanas.

—Genial —murmuro—. Porque no sé si puedo aguantarlo mucho más tiempo.

—Oye, no te vengas abajo. —Me señala con el dedo—. Aún queda domingo.

Trato de contagiarme de su actitud y centrarme en el presente, pero es difícil cuando el demonio se manifiesta incluso en el día del señor.

Rafaela suspira con resignación.

—Le he dicho a Yui que vayamos a ver esa romántica que han estrenado. Para animarla.

—Perfecto. Amor falso viendo amor ficticio. Todo en orden.

Rafaela se carcajea.

—Cualquier tipo de amor es mejor que nada de amor —dice, aunque ella nunca se aplica el cuento.

El cine está lleno de gente que ha tenido exactamente la misma idea que nosotras: esconderse en una sala oscura un domingo por la tarde y fingir que sus problemas no existen durante dos horas.

Yui llega cinco minutos tarde, con el pelo suelto y las mejillas sonrosadas por haber corrido desde el metro.

—¡Perdón! —dice, acercándose al trote—. El metro iba con retraso.

—Tranquila, aún no ha empezado —responde Rafaela.

—Esto es para ti. — Le paso un cubo de palomitas del tamaño de su cabeza para que ahogue sus penas en él.

—Para compartir —aclara Yui.

—Vale —digo, agarrando un puñado.

Entramos en la sala y subimos las escaleras. Yui se inclina hacia delante sin poder contenerse más.

—Le he escrito.

Mastico más despacio.

—¿A quién?

—A Takeda-san.

A mi otro lado, Rafaela se queda muy quieta.

—Solo para darle las gracias —dice Yui rápido, como si anticipara la pregunta—. Por el otro día, por ser tan amable. Y le he dicho que veníamos al cine.

—¿Veníamos? —repito, comenzando a ponerme nerviosa.

—Sí, le he dicho que venía con vosotras dos al cine.

—Qué bien —dice Rafaela, con una sonrisa que parece pegada con cinta adhesiva.

—No creo que venga, obviamente. —Yui baja la voz y en ese «obviamente» hay la esperanza de alguien que en realidad sí cree que podría venir.

—Esta es nuestra fila —digo, torciendo por uno de los pasillos.

Encontramos nuestros asientos. Yui en medio, Rafaela a su izquierda, yo a su derecha. Las luces empiezan a bajar. El murmullo de la sala se apaga gradualmente, mientras una pareja discute en voz baja tres filas más abajo. Alguien abre un envoltorio ruidoso que me hace saltar como un soldado recién vuelto del frente.

—Ahí está —celebra Yui, levantando la mano para saludar alguien al pie de la sala.

Rin Takeda acaba de aparecer por la esquina, lleva una sudadera blanca, las manos metidas en los bolsillos de sus chinos y una expresión de saber que no debería estar aquí. Incluso vestido casual resulta intimidante y absurdamente atractivo.

Cuando nos ve, avanza hacia las escaleras y no viene solo. Lo siguen nuestros pilotos de Hayabusa: Gogatsu y Watanabe, con cara de no saber qué hacen ahí.

La presencia de los tres revoluciona la sala, atrayendo miradas. No necesariamente porque los han reconocido del mundo de la Fómula 1, sino porque son dolorosamente guapos.

—Buenas —dice Gogatsu al llegar a nuestra fila.

Yui se queda congelada. Luego se descongela de golpe.

—¿Takeda-san? —Su voz es un susurro emocionado—. Ha venido…

—A ver la película —responde él, con una naturalidad que da a entender que viene todos los domingos.

Claro, porque eso es lo que hace un CEO un domingo. Ir al mismo cine de barrio al que van sus secretarias. Por casualidad.

—¿Podemos? —pregunta Gogatsu, señalando los asientos libres de nuestra fila con una sonrisa coqueta.

Rafaela y yo intercambiamos una mirada por encima de la cabeza de Yui. Una conversación entera en dos segundos. Estamos perdidas.

—Claro —dice Yui, moviéndose para dejar espacio con una sonrisa que ocupa toda su cara.

El reordenamiento ocurre con la inevitabilidad de una catástrofe natural: Gogatsu al extremo, luego Rafaela, Yui, Takeda, yo y al final Watanabe, que se sienta con la actitud estoica de quien ha aprendido a no hacer preguntas.

—Qué casualidad —murmuro, sin mirarle.

—Sí —responde, acomodándose en el asiento—. ¿Qué tal el barco?

Giro la cabeza.

—Se ha hundido.

—Pero veo que sigues viva.

—Yo soy la sirena que lo ha hundido. —A pesar de que lo digo en broma, él gira la cabeza hacia mí y me observa como si se planteara la veracidad de esa opción.

Reprimo una sonrisa. Su enamoramiento repentino resulta confuso para él también. No comprende cómo ha ido de la indiferencia a la obsesión que lo consume en solo un día. Por un instante, veo los beneficios de esta situación. Podría torturarle, podría vengarme de años de desagravios emocionales.

Los anuncios empiezan a desfilar, aunque ninguno de los dos está prestando atención a la pantalla.

—No había ninguna emergencia en Hayabusa —susurro, sin mirarle—. Quería verme.

—No.

—Reconózcalo —insisto—. ¿No le parece extraño ese interés repentino que tiene en mí?

No sé por qué lo hago. No es que tenga intenciones de explicarle nada sobre el hechizo, pero quiero escuchar lo que opina al respecto.

Takeda no responde y le echo un vistazo.

—¿No tiene novia?

—¿Crees que una mujer saldría con alguien que trabaja tantas horas?

Me cruzo de brazos ignorando las miraditas de soslayo que nos echa Yui, aunque dudo que escuche lo que estamos diciendo.

—Sí —respondo—. Es guapo y rico, lo aceptarían.

Sus ojos conectan con los míos por un instante.

—No quiero una mujer que esté conmigo por dinero o estatus —dice en voz baja—. Quiero algo real.

El peso de sus palabras cae directamente en mi estómago.

—¿Qué hay de Hikari?

La mirada anonadada que me echa, casi me hace reír.

—¿Quién? —murmura, y por su expresión parece que le hubieran preguntado por un fantasma.

—La mencionó una vez, estando borracho. Me… confundió con ella.

Takeda me contempla por un instante. El brillo extraño en sus ojos azuza aún más mi curiosidad.

—No es una novia —dice al final.

—¿Entonces qué es para usted? —no puedo evitar insistir. Necesito saberlo, solo porque ese nombre me ha perseguido durante años como un fantasma. Siempre que lo veía irse a casa me preguntaba si iría a verla—. ¿Es una vecina? ¿Una mascota? ¿Un osito de peluche?

Le escucho soltar una risa seca mientras sus ojos se iluminan por la luz azulada de la pantalla.

—Es una amiga —responde, sin inmutarse.

—Eso es lo que dicen los hombres de las mujeres a las que usan para el sexo sin compromiso.

Esboza una sonrisa de broma privada sin apartar la vista de la pantalla.

—Tal vez…

¿Ni siquiera se va a molestar en negarlo?

—Pobre Hikari. —Me cruzo de brazos al decirlo y por el rabillo del ojo veo que me observa.

—¿Por qué?

—Seguro que está enamorada de usted y esperando un compromiso que nunca va a llegar.

—Lo dudo —es su escueta respuesta.

Tengo ganas de sacudirle para que me lo cuente todo, pero me contengo. Su cercanía es peligrosa. Puedo oler su colonia y sentir el calor que irradia su cuerpo. Cada vez que susurra, su aliento roza mi oreja y me provoca un cosquilleo que baja por mi columna.

—¿Alguna vez la lleva al cine o a cenar, o ella es como Pizza Hut para usted?

—¿Pizza Hut?

—Llama y la tiene caliente en la puerta diez minutos más tarde, lista para ser consumida y desechada igual de rápido.

Me parece escuchar que ríe por la nariz.

—¿No va a responderme?

—No quiero hablar de Hikari ahora.

—¿Entonces de qué quiere hablar?

—En realidad —susurra demasiado cerca de mi oreja para mi gusto—. Estamos en un cine. Se supone que no tenemos que hablar.

—Oh, vamos… ha venido a verme a mí, no a la película.

Eso le arranca una mirada horrorizada.

—¿Ocurre algo? —Yui nos mira con preocupación.

—Estamos hablando de trabajo —respondo más alto.

Alguien sisea agresivamente desde las filas de atrás porque acaba de empezar la película, así que me hundo en el asiento y me decido a guardar silencio. Aun así, soy incapaz de concentrarme en los diálogos. No puedo ignorar su presencia, porque es imposible relajarse con un caimán al lado. La manga de su sudadera casi roza mi brazo.

Hacía tiempo que no le veía vestido con ropa casual. No suele llevar traje a la oficina, a no ser que tenga reuniones con inversores o clientes, pero siempre va formal. Ese modelito le hace parecer más joven y me recuerda al piloto problemático que empecé a representar hace años.

Un instante después me echa un vistazo de soslayo y me pilla observándolo. Me remuevo en el asiento y se me calientan las mejillas. Encima tengo la impresión de que él sí que estaba pendiente de la trama y se había olvidado de que yo estaba ahí. Increíble... menudo hechizo de amor más flojo.

Por el rabillo del ojo le veo revolverse inquieto y parece dudar un momento de algo. Después se inclina hacia mí.

—Podemos seguir hablando fuera —susurra. El brillo en sus ojos y su expresión medio avergonzada me dejan claro sus intenciones detrás de esa petición.

No le contesto de inmediato. Primero porque necesito procesar la reacción de mi cuerpo y enviarla a un recóndito lugar de mi mente donde pueda ignorarla. Después, necesito un momento para recordarme que está hechizado y por eso cree que quiere estar a solas conmigo. Realmente no quiere hacer… lo que sea que se le está pasando por la cabeza.

—No, gracias… quiero ver la película —mascullo con la mano delante de la boca. Es probable que ni siquiera me haya entendido, pero parece deducir que mi respuesta es negativa, porque se deja caer contra el respaldo.

La siguiente hora y media es una tortura. Una historia de amor con miradas largas y silencios cargados. Protagonistas que orbitan el uno alrededor del otro durante noventa minutos sin terminar de decirse lo que es evidente para todo el mundo excepto para ellos.

Sigo la trama con la parte del cerebro que queda libre después de destinar el resto a ser conscientemente inconsciente de la persona que tengo a treinta centímetros.

Su calor, su respiración, el movimiento mínimo cuando cambia de postura. La forma en que ocupa el espacio sin invadir el mío, pero sin retirarse tampoco.

Nuestras manos se rozan en el reposabrazos. El contacto es breve pero eléctrico. Ambos retiramos la mano al mismo tiempo, como si nos hubiera quemado. Siento el corazón latiéndome con fuerza.

En la pantalla, los protagonistas se besan bajo la lluvia. La música llega al clímax. A mi izquierda, Yui suspira con anhelo mientras yo me retuerzo de la incomodidad. Por lo menos, Gogatsu come palomitas de forma ruidosa, restándole romanticismo al ambiente.

Cuando termina la película casi salto del asiento y arrastro a Rafaela fuera de la sala con la excusa de que nuestro padre necesita que lleguemos cuanto antes. No miro atrás.

Cuando salimos a la calle, el aire frío me golpea la cara. Rafaela no dice nada. No hace falta.

Camino tres pasos por delante de ella todo el camino a casa.

9

El baño de la oficina está en silencio cuando salgo del cubículo. Solo el zumbido sordo del extractor y la luz fría de los fluorescentes devolviéndome una cara cansada. Me estoy lavando las manos cuando la puerta se abre y Yui entra casi flotando.

—Hola —dice, como si no nos hubiéramos visto en toda la mañana. Se coloca a mi lado frente al lavabo. Me ha seguido hasta aquí a propósito.

—Hola.

El agua corre entre mis dedos, mientras le echo una mirada de soslayo.

—Ayer… —empieza, y ya sé por dónde va—. Fue increíble.

Cierro el grifo.

—¿El qué?

—El cine. —Se muerde el labio conteniendo una sonrisa—. No esperaba que viniera.

Asiento despacio, porque cualquier otra reacción sería demasiado honesta.

—Ya.

—Creo que vino por mí —comenta, pero hay una sombra de duda. Habla con una ilusión que me revuelve el estómago. Mientras ella fantasea, yo no puedo dejar de recordar cómo me miró Rin en el cine, ni cómo su mano rozó la mía en la oscuridad.

Levanto la vista despacio. Yui se mira en el espejo mientras se recoloca un mechón detrás de la oreja, pero está pendiente de mí, de mis reacciones.

—Le escribí solo para darle las gracias —continúa—. Ni siquiera le invité abiertamente.

Hace una pausa pequeña para retocar su pintalabios.

—No es el tipo de persona que hace esas cosas a menos que…

Lo deja colgando en el aire sin terminar, pero no es necesario, ambas sabemos lo que está insinuando.

Siento un pinchazo de culpa en el estómago. Acaba de pasar por una ruptura difícil y demoledora para su autoestima, y ahora la he metido en esto. Soy una persona terrible, incluso cuando no es mi culpa que no la mirara a ella primero. Rafaela me lo dijo, me dijo que Yui estaba demasiado vulnerable para que la escogiéramos y yo insistí.

—Me alegro por ti —respondo, con una sonrisa que no llega a los ojos.

Yui se gira hacia mí, más seria de pronto.

—Es una pena que tuvierais que hablar tanto de trabajo antes de que empezara la película. Podríamos haber aprovechado ese momento para conocernos mejor.

—Sí. —Cojo una toalla de papel—. Pero que alguien haga el esfuerzo de aparecer dice bastante.

Sobre todo, cuando ese alguien está bajo los efectos de algo que nosotras pusimos en su café y no tiene la menor idea de lo que está haciendo.

—Gracias, Malu —dice, haciéndome sentir peor.

Asiento y salgo antes de que mi cara decida ser honesta sin mi permiso.

La sala de reuniones está llena cuando llegamos. En la pantalla están los gráficos, clasificaciones y proyecciones que mi equipo ha organizado. Rin está junto a ella, esperando a que tomemos asiento.

No me mira, ni cuando entro ni en los primeros veinte minutos de reunión, durante los cuales hablo dos veces.

Su padre está sentado a mi lado. Me encanta el aura de tranquilidad que lo rodea siempre, mientras observa lo bien que crece lo que construyó de la nada. A su otro lado está sentado Watanabe, demasiado joven para entender la presión que se le viene encima ahora.

—Superar al campeón del mundo en la clasificación general en este punto de la temporada —dice Hiroshi Takeda— no es algo menor.

—No —responde Rin—. Significa que tendremos todos los ojos sobre nosotros.

Watanabe endereza su postura y su sonrisa se diluye.

«Muy bien, jefe, métele presión» pienso con ironía. Quiero comunicárselo con la mirada, pero sigue ignorando el espacio que ocupo, como en los viejos tiempos.

—Los patrocinadores ya están reaccionando —continúa el padre—. Vamos a tener nuevas propuestas esta semana. Necesitaremos gestión directa desde las oficinas.

Se hace un silencio breve al entender que eso supondrá más trabajo para nuestro departamento. Varias cabezas se giran levemente hacia ninguna parte concreta, ese gesto colectivo de quien espera que alguien más se ofrezca primero.

—Puedo encargarme yo —digo automáticamente. Y en cuanto lo digo sé que no es factible. Ya tengo bastante encima coordinándolo todo, pero necesito a alguien de confianza—. O… Rafaela podría llevarlo.

A mi lado, Rafaela se queda completamente inmóvil y con la cabeza agachada.

—Rafaela —insisto en voz baja.

Nada, sigue mirando la pantalla con una concentración que no le he visto ni con los informes de fin de trimestre.

Y entonces, sin girar la cabeza, empieza a hacerme gestos minúsculos con la mano bajo la mesa. Me está pidiendo que escoja a otra persona.

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios le pasa?

—¿Rafaela? —repite el señorTakeda.

—¿Eh? —Levanta la cabeza con la expresión de alguien que acaba de volver de otro planeta—. Sí, claro. Lo que haga falta.

Watanabe deja caer la mirada sobre ella un segundo más, evaluando. Se ha percatado de su reticencia, aunque vuelve la atención a los documentos sin decir nada.

—Perfecto —cierra Rin—. Rafaela se encarga de los patrocinadores de Watanabe.

Durante el resto de la reunión sigo sin existir en su radar. Habla, decide y corta intervenciones con la misma concentración de siempre. Ya nada queda del hombre que balbuceaba en la última reunión y no podía parar de mirarme. De hecho, yo no recibo ni una instrucción, ni una pregunta, ni un segundo de esa atención directa, que estos últimos días se había vuelto tan constante que casi había empezado a considerarla normal.

Es extraño. Incómodo casi, como un sonido al que te has acostumbrado y de repente desaparece y el silencio que deja es más ruidoso que el propio sonido.

El bolígrafo de Yui cae al suelo.

Antes de que nadie reaccione, Rin se aproxima, se inclina, lo recoge y se lo tiende.

—Gracias —dice ella, con una sonrisa suave.

—De nada.

Lo observo con el ceño ligeramente fruncido. ¿Ha empezado ya el debilitamiento? ¿Se fijará en Yui de forma natural cuando se le pase el efecto por completo?

La idea debería tranquilizarme. Debería…

De vuelta en la oficina, el murmullo habitual regresa poco a poco. Teclados, sillas, el sonido de Kenta abriendo algo que probablemente no debería estar comiendo a estas horas.

Me giro hacia mi hermana, que está medio escondida detrás de la planta que le regalamos en su cumpleaños.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—No querías lo de Watanabe.

—Claro que sí.

—Rafaela. He visto tus gestos bajo la mesa.

—No sé de qué hablas. —Abre un cajón con demasiada determinación.

Abro la boca para seguir tirando del hilo, pero Watanabe aparece junto a su mesa con su metro noventa de presencia masculina.

—Me han dicho que tengo que firmar unos papeles.

Rafaela se queda rígida por un momento lo suficientemente largo para que él se dé cuenta y enarque una ceja.

—Sí, claro. Un segundo. —Abre cajones, cierra de golpe, levanta carpetas, aparta objetos que no pertenecen a un escritorio —. Tenía un bolígrafo aquí…

—Puedo usar el mío.

—No, no, prefiero el mío, es que siempre lo dejo en el mismo sitio y hoy no sé dónde…

Tira el vaso de agua y el líquido se desparrama por toda la mesa con una eficiencia devastadora, empapando dos carpetas y el borde de su teclado.

—¡Mierda!

—No pasa nada. —Watanabe rodea su escritorio para ayudarla a apartar documentos.

—Lo siento mucho… —empieza a limpiar con papeles, torpe, chocando con el vaso, chocando con el teclado, chocando con las manos de Watanabe cuando los dos intentan recoger lo mismo al mismo tiempo.

—Cuando puedas —dice él, soltando la carpeta despacio.

—Sí… claro.

Se va. Rafaela sigue con la mano extendida sobre la carpeta mojada durante un segundo que se hace largo. Después la retira despacio y coge el bolígrafo que estaba buscando desde el principio, perfectamente visible en el primer cajón.

—¿Qué ha…

—No digas nada —interrumpe sin mirarme.

El resto de la tarde transcurre en calma con correos, llamadas. El sol baja por las ventanas y la oficina va perdiendo luz gradualmente sin que nadie se levante a encender las de arriba, como si hubiera un acuerdo tácito de quedarse en penumbra para forzar al jefe a irse a casa.

A las 19:30 el ambiente cambia. Espaldas que se estiran, miradas al reloj, teclados que suenan cada vez más despacio. Todos quieren irse. Pero Rin sigue en su sitio, y mientras el CEO esté en su sitio nadie se mueve. Es la ley irreversible de esta oficina.

Cuando Rin pasa por el pasillo desde el baño, Kenta decide hacer un movimiento arriesgado. Se levanta, se estira y se acerca a la trayectoria del CEO con las manos en los bolsillos, mientras los demás contemplamos la escena como el que ve un accidente a cámara lenta.

—Takeda-san… ¿no tiene planes para esta noche?

Algunas cabezas se levantan con discreción. Yo sigo mirando la pantalla, aunque hace cinco minutos que no proceso nada de lo que hay en ella.

—No.

—¿No tiene hambre?

Silencio breve. Nadie mueve un músculo ni se ofrece a salvar al pobre muchacho.

—¿Por qué? —Takeda nos echa un vistazo—. ¿Vais a pedir cena?

Mierda, lo ha empeorado. Ahora tendremos que hacer un pedido y quedarnos hasta que llegue el repartidor.

—¿Aquí? No, voy a cenar con unos amigos —suelta el joven kamikaze seguido de una risita y una mirada hacia los demás—. Seguro que los demás también tienen planes.

—Ahí va un héroe sin capa —murmura Rafaela a mi lado.

Kenta ajeno al peligro que corre, apoya un brazo en mi escritorio.

—Hay un restaurante de barbacoa coreana que me recomendó Malu al otro lado de la calle —Se gira hacia mí entonces en busca de apoyo—. ¿A que al señor Takeda también le gustaría?

Rin se gira hacia mí y me mira por primera vez en todo el día.

—¿Quieres ir ahora? —pregunta, y el silencio que sigue es el más profundo que he escuchado jamás en estas oficinas. Hasta la fotocopiadora se ha detenido para escuchar mi respuesta.

—¿Qué?

Rin aparta la mirada un momento, como si debatiera internamente consigo mismo. Después, vuelve a depositarla sobre mí con una expresión de determinación.

—¿Qué si quieres ir a cenar conmigo? —pregunta, y su voz grave resuena en toda la sala.

El mundo se detiene. Todas las miradas están sobre nosotros. El bolígrafo de alguien choca contra el suelo. Keiko se tapa la boca y Antonio se inclina tanto sobre su silla que acaba cayéndose.

—Ah…

—Yo invito —añade mi jefe, como si mis reparos fueran por motivos financieros.

Kenta da un pequeño paso atrás, para apartarse de la trayectoria de la bomba que él mismo ha detonado.

Siento todas las miradas clavadas en mí con la intensidad de focos en un escenario.

—Ah…

—Eso es un sí —susurra Antonio, el traidor.

—Di que sí mujer… Con lo que te gusta el cerdo frito del coreano —interviene Keiko, asintiendo vehemente y atravesándome con sus ojos implorantes. Me están lanzando al agua helada para no hundirse ellos. Soy el jodido Leonardo DiCaprio de este Titanic.

Rafaela no dice nada, pero en su rostro hay un «lo siento» que no puede decir en voz alta.

Aprieto los dedos contra el borde de la mesa sabiendo que no puedo culpar a nadie más que a mí misma por este lío. Suelto el aire.

—Vale —digo, sin mirarle—. Vamos.

Un murmullo de aprobación recorre la oficina como una pequeña ola. Rin no sonríe, sus hombros están más tensos que antes de que yo dijera que sí. Él mismo sabe que esto es una locura, que algo no encaja. Él y yo en una cita… Que Dios me ayude.

—Recoge tus cosas, nos vamos ya.

Me levanto, cojo el bolso. Y cuando paso junto a la silla de Yui y veo su expresión descorazonada, el instinto me hace reducir el paso un segundo, porque quiero decirle algo y no sé qué. Porque no hay nada que decir que no la haga sentir peor.

No me detengo. Salgo con él sin mirar atrás y sintiendo el peso de todos los ojos. Ahora entiendo por qué quemaban a las brujas en la Edad Media. Tal vez, solo tal vez, alguna se lo merecía un poquito.

10

El Aston Martin se desliza por la ciudad como si el tráfico no fuera con él. Luces rojas, semáforos, gente cruzando. Todo parece apartarse con una docilidad que en otras circunstancias encontraría irritante. Esta noche, sentada en el asiento del copiloto con el codo apoyado en la puerta y los pensamientos en desorden, me resulta casi envidiable.

Miro a Rin de reojo. Tiene las manos firmes en el volante y la mandíbula apretada.

—¿Esto es una cita? —pregunto. Consciente de su presencia imponente y del silencio cargado que hay entre nosotros. No sé si quiero que el hechizo se rompa pronto… o si una parte de mí quiere disfrutar un poco más de esta versión de Rin Takeda que me mira como si fuera la única mujer en el mundo.

Se remueve ligeramente en el asiento, sin quitar la atención del tráfico.

—No. Es que quiero probar esa barbacoa coreana. Y tú ya conoces el sitio.

Giro la cabeza despacio hacia la ventanilla.

—Ah… Entonces estamos aquí solo por eso.

No responde, claro. No entiende sus propios actos.

El coche se detiene frente al edificio. Abro la puerta antes de que diga nada más y salgo. El aire de la noche es más fresco de lo que esperaba en primavera.

Rin sale un segundo después. Su presencia a mi lado tiene esa cualidad de ocupar más espacio del que físicamente ocupa, algo que

con los años he dejado de intentar ignorar y he empezado a simplemente gestionar.

Tomamos el ascensor que nos lleva al restaurante de la azotea. Las puertas se cierran con un sonido suave.

—Quiero que cenes conmigo todas las noches.

Parpadeo y giro la cabeza lentamente hacia él.

—¿Por qué?

Rin se pasa una mano por el pelo. Un gesto tan fuera de su repertorio habitual que por un momento no sé si lo he visto bien. Está incómodo, poco acostumbrado a estar fuera de control.

—Considéralo parte de tu trabajo.

Lo observo un segundo.

—¿Me está pidiendo salir pero disfrazándolo?

El ascensor sigue subiendo. En el espejo de las puertas, su reflejo muestra esa tensión que intenta esconder.

No responde, así que pongo los ojos en blanco. Pulso el botón de apertura cuando llegamos al último piso y avanzo en cuanto las puertas empiezan a abrirse. Pero su mano rodea mi muñeca y me detiene.

—Sí —admite, casi de mala gana—. Eso es lo que estoy haciendo.

Bajo la vista a su mano, y suelto el aire por la nariz, recordándome que esto no es real.

—Vale —digo, porque mis compañeros se merecen eso al menos. Que les dé dos semanas de salir antes mientras el hechizo de debilitamiento surte efecto.

Su agarre se relaja apenas.

—Pero tengo condiciones —añado.

Él se mete las manos en los bolsillos y se estira a la espera de la negociación.

—No puede despedirme cuando se le pase… el encaprichamiento —empiezo, porque sé cuánto va a odiarme cuando todo esto acabe—. Y quiero que me trate bien a partir de ahora.

Rin frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué significa eso?

Salgo del ascensor y él me sigue.

—Significa que ya no quiero que actúe como si fuera un dios y yo la garrapata de una rata con la que se ha cruzado.

—Nunca he hecho eso.

Me río. Una risa corta, incrédula, que sale sola.

—Claro que no. —Me giro hacia él mientras caminamos—. Nunca mira a nadie, no saluda, no pregunta cómo estamos, no reconoce un logro ni aunque se lo pinten en la pared. Es un jefe terrible. Como novio debe ser catastrófico.

Por la mueca que hace, no está muy conforme con lo que escucha, pero tampoco discute, lo cual ya de por sí es algo nuevo. Por mi parte, estoy encantada de haber podido decirle eso a la cara, por fin.

—De acuerdo —claudica, sorprendiéndonos a ambos.

Llegamos a la entrada. Un camarero se acerca con esa sonrisa profesional.

—Mesa para dos.

Antes de seguirle, me detengo y cruzo los brazos.

—Empiece por cederme la silla con vistas a la ciudad. Normalmente la cogería usted sin pensar.

Rin ladea ligeramente la cabeza.

—¿Y ahora quieres que te ceda la silla buena? —comprueba.

—Sí.

—Eso no es muy feminista de tu parte.

—No digo que tenga que hacerlo siempre, pero tampoco tiene que quedar usted siempre por encima.

—¿Entonces cómo lo hacemos?

Me encojo de hombros.

—Yo qué sé. El que llegue primero se queda con lo bueno —propongo, notando lo ridículo que es tener que educar a alguien en estas cosas.

El camarero señala la mesa desde el fondo con una sonrisa amable. Rin y yo nos miramos un segundo, y entonces salimos disparados, pasando por el hombre cuya expresión cambia a la perplejidad al ver cómo dos adultos perfectamente funcionales compiten por el asiento. Él tiene las piernas más largas, pero yo conozco el local, y eso, esta noche, marca la diferencia.

Me dejo caer en la silla con el *skyline* extendiéndose frente a mí.

—He ganado.

Rin exhala por la nariz, sacudiendo la cabeza mientras rodea la mesa y toma el asiento frente a mí. Su expresión es la de un hombre que cuando pierde algo pequeño, necesita que no parezca que ha perdido nada.

—Enhorabuena —el sarcasmo gotea de su voz. Debe ser la primera vez que es el más lento en una carrera.

Cojo la carta con una sonrisa satisfecha, la abro y la ojeo sin leer nada porque estoy más pendiente de fastidiarle. Tengo años que recuperar.

Mis ojos le encuentran por encima del menú.

—¿Cómo se siente saber que una simple secretaria tiene mejores vistas que usted?

—No es cierto que las tengas.

Alzo una ceja, confundida por su respuesta. Él sostiene mi mirada, y no aparta los ojos de los míos ni un segundo. La intensidad en ellos aterriza en algún sitio bajo mis costillas.

Trago saliva, al entender a lo que se refiere.

—¿No cree que es extraño que no le pareciera guapa hace una semana?

—Tampoco es verdad —responde sin dudar—. Siempre me has parecido guapa.

Eso no me lo esperaba, y tardo un momento en recuperarme, en poder hablar de nuevo.

—Claro. Por eso nunca me miraba.

Rin apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos.

—Piensa en una sola ocasión en la que, tras diez segundos de entrar a una sala, no supiera dónde estabas, con quién, qué llevabas puesto y qué estabas haciendo.

Me quedo quieta y mis labios se separan por cuenta propia. No puedo creerme nada de lo que dice estando embrujado, aunque sea cierto que siempre sabe dónde estoy y lo que estoy haciendo.

—¿Por qué nunca le pillaba entonces? —murmuro.

—Porque evitaba que nuestros ojos se encontraran.

El ruido del restaurante sigue ahí. Voces, vajilla, música instrumental. Pero el volumen de todo eso ha bajado en mis oídos.

—Y tú me miras bastante —añade—. Así que no me quedaba mucho margen para hacerlo yo.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo puede saber que le miro sin estarme observando primero?

Sus ojos permanecen clavados en los míos mientras responde.

—No necesito hacerlo. —Su voz baja un poco—. Te lo he dicho. Noto tu mirada, Aoki. La noto por todo mi jodido cuerpo.

El restaurante desaparece por un instante.

Me quedo con la carta entre las manos sin leer una sola palabra, completamente quieta. Tengo la sensación de que algo que pensaba que controlaba se ha dado la vuelta para sacudirme.

Porque está hablando de antes del hechizo, y mi escudo anti Takeda se está derritiendo con cada palabra.

Trago saliva y aparto la mirada hacia la ciudad. Me quedo contemplando las luces un momento, dándome el tiempo que necesito para que mi cara vuelva a hacer lo que yo le digo.

—Pida —murmuro—. Me da igual, lo que sea.

La cena transcurre entre conversaciones que empiezan en terreno neutral y terminan en algún sitio al que ninguno se había aventurado antes. Él intenta controlarse. Yo intento no reaccionar. Ninguno lo consigue del todo, pero ambos parecemos igual de asustados y fascinados por esta nueva dinámica.

Le pregunto por Londres y me cuenta lo que sintió al volver a pilotar. Inclina la cabeza sobre la mesa y traza la curva con el índice, explicando el ángulo de entrada, la frenada, el punto exacto donde hay que soltar. Sus manos se mueven despacio al principio y luego más rápido, siguiendo un ritmo que solo él escucha.

Le brillan los ojos. No de la misma forma que cuando lee un informe o cierra una negociación. Con una chispa que llevo años sin ver. Esta versión de él nunca aprendió a ocultarse del todo.

—Lo echa de menos —lo afirmo, aunque él parece creer que es una pregunta porque lo medita un instante.

—Todos los días.

Si es así, no entiendo por qué se retiró tan joven. No le pregunto porque creo que hemos superado el cupo de comunicación y familiaridad por esta noche.

De vuelta en el coche caemos en un silencio cómodo. Las luces de la ciudad pasan rápidas por la ventanilla y yo tengo la cabeza apoyada contra el cristal, mirando sin ver. Proceso una cena, que ha resultado ser algo completamente diferente a lo que esperaba, cuando salí de esa oficina hace dos horas.

—Quédate a dormir conmigo.

Giro la cabeza de golpe.

—¿Perdón?

—No me apetece conducir lejos.

Lo miro durante un segundo completo, preguntándome si él piensa que eso es una buena excusa para invitarme a pasar la noche.

—Mi casa está a quince minutos.

—La mía está antes —tiene un brillo juguetón y descarado en los ojos que puedo ver cuando una farola pasa por encima del coche y la luz le cruza la cara un momento.

—No es verdad, sé dónde vive. Su casa está más lejos que la mía.

—¿Apuestas algo? —me reta.

—¿Qué?

—Si llego en menos de quince minutos a mi edificio —dice, y su voz adquiere un tono travieso que invita a jugar —te quedas.

Una risa incrédula se me escapa sola.

—Está completamente loco.

No responde. Solo se posiciona en el asiento y coloca ambas manos en el volante, transformándose en el piloto al pisar el acelerador. La ciudad se convierte en un circuito que solo él ve. Gira, tuerce y acelera con precisión y control absoluto. Las calles como curvas, los espacios entre coches como trayectorias calculadas al milímetro.

—¡Takeda! —me agarro al asiento cuando gira demasiado rápido.

—Diez minutos —murmura, con la concentración de quien está en otra parte completamente—. Estamos cerca.

Me río. No debería. La adrenalina me sube por el pecho igual que aquella vez que me quedé de pie en el *box* con los auriculares puestos y el pulso a mil, viendo entrar su coche a trescientos kilómetros por hora. Preguntándome qué clase de persona elige voluntariamente eso.

—¡Nos va a matar!

—Sabes qué clase de piloto soy.

—¡Pero esto no es un circuito de Fórmula 1! —Agradezco al menos que haya poco tráfico a estas horas.

—Todo lo es.

Semáforos, giros, un cambio de carril imposible que le sale perfecto. Todo encaja y fluye. Es absurdo. Es irresponsable. Es lo más viva que me he sentido en años.

—¡Doce minutos! —grita, y su voz suena desinhibida, ligera. Se está divirtiendo tanto como yo.

Cuando frena frente a su edificio, el motor se apaga en un ronroneo satisfecho. El silencio después es total.

Miro el reloj. Hemos llegado un minuto antes de lo acordado.

Respiro hondo, esperando a que mi corazón desacelere también. Él gira la cabeza hacia mí y el peso de estar a solas con él en un lugar tan íntimo como su coche, en el aparcamiento de su edificio es aplastante.

—Has perdido —dice.

Aprieto los labios, abro la puerta y miro el asfalto bajo mis pies un segundo.

—Odio admitirlo —murmuro y hago una pausa, bajándome del coche—. Pero siempre cumplo mis apuestas.

11

El edificio de Rin es exactamente lo que cabría esperar de un japonés joven y forrado. Cristal, acero, líneas limpias. Todo demasiado ordenado y vanguardista. El tipo de lugar donde nada está fuera de sitio porque nadie se lo permite.

Subimos en el ascensor sin hablar, pero bullendo de energía nerviosa por dentro. Esta vez no hay provocaciones ni apuestas ni carreras. Solo ese silencio que queda después de haber cruzado demasiadas líneas en una sola noche, y ninguno de los dos se ha habituado todavía al cambio.

Cuando las puertas se abren, él sale primero. Casi escapando de la tensión tangible del ambiente. Aunque no creo que en el interior de su apartamento vaya a ser mucho mejor. Lo sigo mirando alrededor con una curiosidad que no intento disimular.

El apartamento es amplio. Demasiado para una sola persona, aunque eso no me sorprende. Lo que sí me sorprende son los detalles que no encajan: un libro abierto sobre la mesa baja, una taza olvidada junto al sofá. Pequeñas pruebas de que es humano.

—¿Siempre está así de ordenado? —pregunto, dejando el bolso sobre una superficie que parece demasiado cara para ser usada como perchero improvisado.

—No.

—Me siento decepcionada.

El amago de sonrisa pasa tan rápido que podría haberlo imaginado.

Camino despacio por el salón, rozando el respaldo del sofá con los dedos, asomándome al ventanal. Las luces de Tokio se extienden

en todas direcciones. La generosidad de los pisos altos hace que todo parezca manejable desde arriba.

—Guau, qué vistas. —Me giro, pero él no me está mirando. Está en la cocina, abriendo armarios en busca de un vaso. Lo reconozco: es la versión doméstica de lo que hace en la oficina cuando necesita no mirar algo.

Y su incomodidad es contagiosa.

—¿Dónde está el baño?

Responde con un gesto de cabeza hacia el pasillo.

—Necesito que me deje ropa. —Vale, esto es demasiado incómodo, y más cuando él parece arrepentido de haberme invitado.

Sin decir una sola palabra, entra en un cuarto y demora el tiempo suficiente como para que yo eche un vistazo a la puerta y me plantee salir corriendo.

—La tienes en el baño —murmura al pasar por mi lado al volver del pasillo.

Genial, ni siquiera me la entrega en mano. Hay hoteles de cinco estrellas con un trato más familiar que esto.

Su ducha es larga, y cuando digo larga me refiero a que podría hacer splits y volteretas dentro. El agua caliente me relaja los músculos, pero no la cabeza. No puedo dejar de imaginarlo desnudo y mojado en este mismo espacio.

Hundo el rostro bajo el agua, recordando lo que dijo en el restaurante sobre sentir mis ojos por todo su cuerpo. Tal vez los esté sintiendo ahora mismo por lo vívidas que son las fantasías que está elucubrando mi cabeza.

—Es el hechizo —murmuro, dirigiéndome al azulejo—. Él nunca había dicho nada por el estilo.

El azulejo no opina, pero esa otra vocecita en mi cabeza que se parece a Rafaela sí:

—Mentira, dijo justo eso aquel día en la recepción con Daichi, antes del hechizo.

Cuando ya no puedo retrasarlo más, salgo y me seco con la toalla que ha dejado perfectamente enrollada para mí.

La camiseta me queda enorme, cubriéndome hasta la mitad del muslo. Los shorts se sostienen en la cintura por pura fe. Huele a él.

Ese aroma limpio y caro que siempre lleva. Me abrazo a mí misma un segundo, odiando lo mucho que me gusta estar envuelta en su fragancia.

Salgo al pasillo y escucho un piano.

Rinestá de espaldas al fondo del salón, sentado tocándo. La luz tenue cae sobre él desde un lateral.

Mis pies se frenan solos cuando veo que no lleva camiseta. La visión de su espalda desnuda me golpea como un puñetazo. La cicatriz bajo el omóplato derecho que no sabía que tenía. Y la forma en que se tensan sus hombros con cada nota.

Cuando me ve, no se detiene. Tan solo un segundo para palmear el asiento varias veces en una muda invitación.

Avanzo despacio y me coloco a su lado en el banco, dejando el hueco necesario para que no nos rocemos. O para que no ocurra algo peor como que me vuelva loca y me ponga a lamerlo, por ejemplo. No las tengo todas conmigo, así que trato de no mirarlo.

La melodía continúa. Sus manos se mueven con seguridad, pero aquí hay algo menos controlado, como si el piano fuera el único sitio donde se permite no ser impecable.

Pulso una tecla al azar. Suena fatal, pero él sonríe sin detenerse.

—No es lo mío —murmuro.

Suelta un sonido breve por la nariz, que en otra persona sería una risa.

—Ya veo.

—Eh.

Vuelvo a intentarlo con el optimismo de quien no aprende. La melodía se rompe en algo que no existe en ninguna escala conocida.

—Estás saboteando la canción —dice.

—Estoy aportando.

Se gira hacia mí en el banco, cruzando una pierna para quedar de frente, y el movimiento lo acerca.

Alza la mano despacio, para apartar un mechón del pelo rosa que está aprendiendo a tolerar. El roce de sus dedos detrás de mi oreja me provoca un escalofrío agradable por la piel. Su mirada se

oscurece. Baja lentamente hasta mis labios, y el aire entre nosotros se vuelve pesado, cargado de algo que lleva años creciendo.

Él lo nota. Claro que lo nota, tengo más tensión dentro que la arteria de un anciano.

—Lo que cree que va a pasar —digo atropelladamente—, no puede pasar.

Su ceño se frunce mínimamente.

—He venido a dormir. Solo eso. La apuesta era dormir aquí.

Pasa un momento de silencio, durante el cual él evalúa mi declaración. Después dibuja una lenta sonrisa ladeada. Una peligrosa, pero no dice nada.

Mis ojos huyen del peso de su mirada, y acaban dándose un festín por su torso. Mierda, tengo cero autocontrol.

—Siéntete libre de comprobar el tacto también —propone él en una vibración baja.

—No es necesario…

Antes de que pueda reaccionar, toma mi mano y la coloca sobre su pectoral derecho.

Me quedo quieta, en lugar de apartarla de golpe.

Su piel es cálida y tersa sobre músculo firme. Es fascinante cómo se tensa con cada respiración. Debajo de mi palma, su corazón late más rápido de lo que su expresión contenida sugiere. Sus dedos guían los míos un centímetro más abajo. Solo uno.

—Takeda… —La débil protesta no va acompañada de respaldo físico. No me aparto, no lo detengo.

—Quiero que me tutees de aquí en adelante —dice. Su otra mano se posa sobre mi muslo, justo donde el borde del short deja la piel al descubierto. La diferencia de temperatura entre su palma y el aire del salón me pone la piel de gallina.

Debería apartarme. Sé perfectamente que debería apartarme.

—Quiero escucharte decir mi nombre —continúa en un susurro grave—. Borra eso, quiero escucharte gemir mi nombre.

Mi respiración se vuelve irregular. Siento calor concentrándose entre mis piernas. Su mano en mi muslo quema. Cada palabra suya suena más grave, más ronca, y mi cuerpo responde aunque mi cabeza grite que esto está mal.

Cuando se inclina hacia mí, lo hace despacio, dándome tiempo para apartarme. Pero no lo hago. Por un segundo me quedo congelada, mirando sus labios y sintiendo su aliento cálido contra los míos. El deseo es tan fuerte que duele.

Salto hacia atrás del banco justo antes de rozarnos, y me pongo de pie con torpeza.

—¿Dónde puedo dormir?

Él se recuesta ligeramente, frotándose la nuca.

—Podemos ver la tele un rato.

Echo un vistazo hacia la zona de estar y me siento. El sofá es más seguro, en teoría. Al menos lo va a ser si construyo una barricada.

Me envuelvo en una manta y coloco dos cojines entre nosotros.

Él observa todo el proceso sin moverse.

—¿Eso te hace sentir mejor?

—Mucho.

—Bien.

Escogemos una película después de diez minutos de negociaciones. La película empieza y comentamos los fallos de la trama y las decisiones absurdas de los personajes.

Por un momento me relajo y empiezo a divertirme. Para cuando termina estoy dichosamente adormilada.

El pasillo está en silencio cuando caminamos hacia la habitación de invitados. La moqueta amortigua los pasos. Las luces bajas del pasillo hacen que todo tenga esa calidad irreal de las horas que no deberían estar ocurriendo.

Nos detenemos en la puerta y nos miramos durante un instante demasiado largo. Estoy atrapada por sus rasgos faciales, por la belleza de su piel que está tan expuesta. Sus palabras de antes dan vueltas por mi mente, mareándome.

«Quiero escucharte gemir mi nombre».

—Buenas noches —digo, demasiado alto para el silencio del pasillo. Me giro, entro y cierro de un portazo. Me quedo apoyada contra la puerta en la oscuridad, escuchando sus pasos alejarse hasta que desaparecen. Todavía siento el calor de su mano en mi muslo y el peso de su mirada.

Cierro los ojos. Necesito meterme en la cabeza que su interés se debe al maldito hechizo y que tengo que controlarme mientras el debilitamiento surte efecto.

Lo que no sé es cómo voy a olvidar todo esto cuando ocurra.

12

A la mañana siguiente, bostezo por quinta vez al cruzar las puertas automáticas del vestíbulo de Hayabusa.

—Bueno —empieza Rafaela, demasiado casual—. Llegaste a casa… ¿a qué hora?

Pulso el botón del ascensor sin mirarla.

—Al alba.

—Eso me pareció —responde con un brillo curioso en los ojos —. ¿Vas a contármelo?

Las puertas se abren y entramos.

—Dormí en la habitación de invitados —digo, cortando de raíz cualquier posible interrogatorio.

Rafaela gira la cabeza lentamente hacia mí.

—¿Solo dormir?

—Rafaela.

—¿Qué? Estoy preguntando como hermana, no como cómplice de delitos mágicos.

—Dormí. —La miro por fin—. En la cama de invitados sola. Fin.

Ella entrecierra los ojos, claramente no convencida, pero no le da tiempo a seguir porque, justo cuando las puertas están a punto de cerrarse, una mano se interpone.

El sensor reacciona y estas se abren de nuevo.

Watanabe entra llevando una camisa blanca remangada, y gafas de pasta transparentes. Dos detalles que pegan entre sí, pero no con los anillos y pulseras de plata y los varios pendientes en sus orejas, y los tatuajes de su antebrazo. Entiendo perfectamente por qué Rafaela se tensa visiblemente a mi lado. Watanabe, con esa

mezcla de intelectual y chico malo, resulta intimidante incluso en un ascensor. No me extraña que mi hermana esté actuando raro. Se queda rígida un segundo, luego da un paso extraño hacia mí. Después otro. Hasta que, sin venir a cuento, me coloca literalmente entre ella y Watanabe.

Le echo un vistazo desconcertado a mi hermana.

—Buenos días —dice él, con tono tranquilo.

—Buenos días —respondo yo.

Rafaela no dice nada. Ni siquiera lo mira. Se pega a mi espalda usándome de escudo humano.

Frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —le susurro.

—Umm —murmura, aunque no suena nada convincente.

El ascensor sube en silencio.

Watanabe observa el panel de botones, luego a nosotras, y luego otra vez al frente. No dice nada, pero claramente está notando que algo no cuadra.

Cuando las puertas se abren en nuestra planta, Rafaela sale prácticamente disparada.

—Baño —murmura. Y desaparece.

Watanabe se queda mirándola marcharse un segundo. Luego vuelve su expresión perpleja hacia mí.

—¿Le pasa algo?

—Le ha sentado mal el desayuno —improviso.

Él asiente despacio, aunque no parece tragárselo.

—Tengo que escoger a los nuevos patrocinadores.

—Sí, ven —le hago un gesto—. Te ayudo yo.

Lo llevo a uno de los despachos con paredes de cristal. Sobre la mesa ya hay varios contratos organizados.

Nos sentamos.

—Estos son los principales —le explico—. Marcas deportivas, tecnología… y uno de automoción que puede interesarte más a nivel de imagen.

Él hojea los documentos con atención.

—¿Tendré que hacer muchas apariciones?

—Algunas. —Me encojo de hombros—. Es el precio de ir primero.

Él sonríe levemente.

—Vale la pena.

Mientras hablamos, el reflejo del pasillo se mueve detrás del cristal y veo a Rin salir del ascensor. Pasa frente al despacho con ese paso seguro. Lleva una camisa ligeramente abierta en el pecho, el pelo aún un poco húmedo. El tiempo se ralentiza y le veo caminar en cámara lenta con una canción sexy de fondo.

Levanta la vista y me pilla de lleno, con la boca abierta y todo. Mierda. Siento algo incómodo en el pecho, familiar y peligroso. Pensaba que ya había superado mi enamoramiento juvenil.

Él entra en su despacho y desaparece.

Trago saliva y me masajeo el cuello.

—¿Todo bien? —pregunta Watanabe. ¿Qué va a pensar este chico de nosotras?

—Sí —respondo demasiado rápido. Pero mi mente sigue atrapada en el recuerdo de su mano en mi muslo anoche y en cómo casi me besó—. Perdona, he desayunado lo mismo que mi hermana.

—¿Ella es tu hermana? —indaga él sorprendido.

—¿Rafaela? Sí, media hermana —esclarezco—. Distintas madres, la mía japonesa y la suya brasileña. Por eso no nos parecemos.

—Tu hermana… siempre hace eso cuando me ve —comenta, medio divertido, medio frustrado.

—Es complicada —respondo.

—Me gusta lo complicado —dice él en voz baja, con una intensidad que me sorprende.

Concentrarme en sus patrocinadores después de eso es todo un reto.

De vuelta en mi mesa, tardo unos minutos en darme cuenta de que Yui no está en la suya.

La encuentro en la sala de descanso, frente a la máquina del café, con la taza llena y sin tocar. No está mirando nada en

particular. Solo está ahí, de pie. La quietud de alguien que está pensando tan fuerte que el mundo exterior ha dejado de existir temporalmente.

—¿Yui?

Levanta la vista. Sonríe, y es una sonrisa perfectamente funcional que no llega a los ojos.

—Hola. —Hace el gesto de coger la taza—. Estaba a punto de volver.

No se mueve.

Me apoyo en la encimera sin presionarla.

—El señor Takeda ha estado diferente esta semana —dice al fin, con una naturalidad tan calculada que me duele.

—Sí —respondo, porque no tengo nada mejor.

Ella asiente despacio, mirando el interior de su taza.

—Pensé que era por mí. —Se humedece el labio—. Al principio.

No digo nada. No hay nada que decir que no sea cruel o mentira.

Yui levanta la vista. No hay reproche en su expresión. Solo esa clase específica de lucidez que viene después de que alguien ha decidido ver lo que llevaba un rato mirando sin ver.

—No importa —dice, y suena como si lo dijera en serio—. Solo quería... no sé. Decirlo en voz alta, supongo.

Coge la taza por fin y sale de la sala sin esperar respuesta.

Me quedo apoyada en la encimera un momento, notando que me pesan los hombros.

El resto de la mañana pasa entre correos, un smoothie verde sanísimo que me ha traído Keiko, que he sido incapaz de terminarme, y las miraditas curiosas de mis compañeros. Quieren saber cómo fue mi cena con el jefe anoche, pero no se atreven a preguntarlo. Intento interrogar a Rafaela sobre lo del ascensor y Watanabe, pero huye de su mesa y se pasa todo el día por ahí, liadísima.

A las doce y media, recibo un email.

De: Rin Takeda
Asunto: Q2

El Q2 está mal. Ven a mi despacho.

Levanto una ceja.

—Qué sorpresa —murmuro.

Cojo la tablet y me levanto. Cruzo la oficina sintiendo miradas curiosas. Nadie dice nada, pero todos están pendientes del drama.

Llamo a la puerta.

—Pasa —me indica su voz desde dentro.

Entro y cierro a mi espalda. Rin está leyendo algo con tanta atención que ni levanta la vista. Me acerco despacio a su escritorio. El corazón me late demasiado fuerte. Intento mantenerme profesional, pero estar a solas con él después de lo de anoche cambia todo el aire de la habitación.

—¿Qué le pasa al informe? —voy al grano, porque estoy segura de que lo he revisado bien—. Los parámetros…

No termino la frase porque él me hace un gesto con los dedos para mostrarme lo que está viendo en sus papeles.

Doy la vuelta a su enorme escritorio y me aproximo por su lado derecho.

—¿Qué?

Él por fin levanta la cabeza hacia mí con media sonrisa inesperada, me toma de la muñeca y me sienta en su regazo.

—¡¿Pero qué hace?!

La silla gira ligeramente.

—Conduciendo —responde, con las manos alzadas alrededor de mi cintura como si sostuviera un volante invisible.

Me quedo sentada en su regazo, mientras él gira la silla. Su pecho está pegado a mi espalda, sus brazos rodeándome. Puedo sentir el calor de su cuerpo y cómo su respiración se vuelve más pesada, cuando mi culo se frota contra él sin querer.

—¿Perdón?

Él asiente y se impulsa con los pies. Hace un sonido con la boca como el de los Fórmula 1 al pasar. La silla empieza a moverse por el despacho.

—El piloto toma la curva a alta velocidad —narra, serio—. Ese cabello rosa podría suponer una penalización.

Me río, no puedo evitarlo.

—¿Esto es lo que hace mientras nosotros trabajamos ahí fuera?

—Todos nos escabullimos del trabajo a ratos —responde—. Incluso el jefe.

La silla gira bruscamente.

—Cuidado. Vummm…

Acelera y va directo hacia los ventanales.

—¡Takeda!

—Recta final.

—¡Nos vamos a matar! —grito conforme giramos a toda velocidad hacia el cristal. Me encojo y me preparo para el impacto.

—La chica siente que el corazón se le sale del pecho —sigue él con voz de narrador.

—¡RIN!

—así que el piloto aprovecha para robárselo.

Frena en seco.

Mi cuerpo se inclina hacia delante… pero su brazo ya está rodeándome el estómago y evita que caiga. Me sostiene contra él.

—Y guardarlo aquí —murmura, presionando su propia mano contra el pecho.

—Salida de pista —añade más bajo. La silla gira en círculos rápidos que me hacen chillar y reír a la vez—. El coche da vueltas de campana…

Por un momento solo se escuchan nuestras respiraciones, pero entonces él mueve la silla de nuevo.

Nuestras sonrisas se desvanecen. Estamos demasiado cerca. Su mirada baja a mis labios con hambre descarada y mi pulso se dispara. Sé que debería apartarme, pero no quiero. Llevo demasiado tiempo preguntándome cómo sería besarlo. Tengo un límite de autocontrol y si él intenta algo ahora… No, no está bien. ¡Está hechizado!

—Esto no es… —empiezo para darme una oportunidad de evitar el desastre, pero no termino.

Porque Rin Takeda se inclina y me besa. No es un roce accidental. No es la tentativa cautelosa de alguien que no sabe cómo va a ser recibido. Es una explosión contenida. Sus labios atrapan los

míos, y su lengua roza mi borde una sola vez, casi por accidente. Solo para frustrarme y hacerme desear más.

Su mano sube despacio por mi cuello hasta posarse en mi mandíbula para abrirla. Cuando lo hago, él entra con todo. Me besa con urgencia contenida, como si hubiera estado reprimiendo esto durante años. Profundo, cálido y posesivo. Se me escapa un gemido y sus dedos se clavan ligeramente en mi cintura para apretarme contra él. Estamos en llamas, nuestra piel desprendiendo un calor febril.

Mi cuerpo responde sin consultarme. Mis manos, que hace un momento no sabían dónde estaban, encuentran su camino: una en su pecho, sintiendo el latido acelerado; la otra en el borde de su mandíbula, donde la piel está cálida y suave.

Me inclino hacia él antes de decidir hacerlo. Él lo nota porque el brazo que rodea mi espalda aprieta un centímetro más, y el ritmo del beso cambia a algo más deliberado. Nuestros labios se acarician y nuestras lenguas se entrelazan.

El ruido del edificio sigue al otro lado de la puerta, pero aquí dentro no existe nada más allá de nuestros cuerpos y sus puntos de unión. Las cosquillas placenteras que se despliegan por toda mi piel, encienden cada terminación nerviosa de mi cuerpo, activan cada zona erógena. Estoy flotando en sensaciones deliciosas.

Me rindo durante un instante, y solo dejo que pase. Ese beso que, si soy sincera, he deseado tanto tiempo.

Hasta que la parte de mi cabeza que todavía funciona con criterio se activa de golpe, como una alarma que lleva intentando sonar desde hace rato y por fin consigue volumen suficiente. El hechizo, el jefe que nunca me ha querido de esta forma, Yui, los poderes de Rafaela… Todas las razones por las que ese beso no debería estar pasando.

Me separo, y cuando el contacto se rompe y el aire frío del despacho entra en el espacio que ocupaba su boca. Me quedo mirándole con los dedos todavía en el borde de su mandíbula. Los retiro de golpe, sintiendo que es un pecado tocarle de esa forma. Uno maravilloso, pero terrible. Salto de su regazo con la respiración descompasada.

—No puedo hacer esto —murmuro, más para mí que para él.

Casi corro hacia la puerta sin girarme cuando él me llama.

Salgo con los labios hinchados y el pulso desbocado. Al otro lado del cristal, la oficina sigue existiendo como si nada.

Eso me parece lo más injusto de todo. Qué la realidad esté ahí, esperándome con su cruda verdad.

13

La noche en el barrio tiene el brillo suave de las farolas reflejándose en el asfalto húmedo. Las bolsas de la compra me cortan la circulación en los dedos, pero me niego a pedirle ayuda a Rafaela y reconocer que tenía razón sobre que deberíamos haber traído el carrito de la compra.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —murmuro, al ver que llevamos cien metros en silencio.

—Nada —responde Rafaela a mi lado.

La miro de reojo.

—Mejor di que no quieres contármelo —me quejo—. Decir «nada» después de actuar esta mañana en el ascensor como si nuestro piloto fuera un escorpión venenoso…

Sigue caminando en silencio, fingiendo que no va con ella.

—Rafaela.

—¿Qué?

—Explícame lo de Watanabe de una vez.

Ella emite un suspiro largo y dramático. Después, se detiene en seco en mitad de la acera. La gente nos rodea con el arte japonés de esquivar conflictos.

—Vale —claudica, mirando al suelo.

Cruzo los brazos.

—Para contarte ese secreto, tengo que contarte otro primero, uno más antiguo. Hace muchos años hice un hechizo para ver los hilos rojos del destino de los demás…

—¿El que une a las personas destinadas a estar juntas? —Frunzo el ceño. Me extraña que hiciera algo así sin contármelo—.

¿Por qué?

Ella cierra los ojos un segundo.

—Quería reconciliar a papá con mi madre —confiesa, abatida —. Estaba convencida de que eran almas gemelas y que tenían que estar juntos. Creí que si veía sus hilos podría probárselo a ambos.

La observo durante un segundo completo.

—Dime que estás de broma.

—No. Era un hechizo sencillo.

—Ya, siempre lo son… —exhalo, irónica.

Hace una mueca.

—Pensaba que no había funcionado. No veía nada. Ningún hilo en nadie. —Traga saliva—. Hasta que me crucé con Watanabe.

Su tono cambia a uno de arrepentimiento.

—¿Es que ves su hilo?

No responde de inmediato. Y eso ya me lo dice todo.

—¿Está unido al tuyo? —Mi voz se eleva lo suficiente como para que una señora que pela ajos en la puerta de su tienda nos eche un vistazo curioso.

—No, no están unidos —se apresura en decir ella.

El aire se queda un poco más quieto entre nosotras. Alguien nos esquiva por la derecha sin mirarnos.

—¿Y?

—No es como pensaba. —Se abraza a sí misma—. No es una línea estática. Se mueve. Reacciona… Cuando está cerca...

Se calla.

—¿Cuándo está cerca qué?

Mi hermana cierra los ojos y se frota la frente.

—Intenta unirse a mí.

Una risa corta e incrédula sale antes de que pueda filtrarla.

—¿Perdón?

—Cada vez que estoy cerca de él, su maldito hilo rojo viene a por mí. Como si quisiera engancharse. —Hace un aspaviento frente a su pecho—. ¿Cómo se supone que gestiono eso en un ascensor de dos metros cuadrados?

Mi mano tapa mi boca. Nos quedamos paradas en mitad de la acera mientras la gente nos esquiva.

—Perfecto —digo al fin—. El CEO obsesionado conmigo por un hechizo, su piloto quiere unir su hilo rojo a tu corazón… Todo muy normal en esta familia.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene, pero si no nos reímos al menos, vamos a perder el juicio.

Reanudamos la marcha en un silencio pensativo.

—Así que tengo que evitarle a toda costa —dice, con la convicción de alguien que ya sabe que no lo tiene fácil.

—¿Pero tú no tienes hilo rojo? —Sigo dándole vueltas a los detalles—. Lo hubieras visto antes de conocerle a él.

Rafaela suspira y me rehúye la mirada.

—¿Rafaela?

—Cuando él… está cerca y su hilo viene hacia mí… yo… —Su rostro se contrae como si sintiera dolor—. Otro sale de mi pecho —confiesa al fin, a duras penas.

Me detengo y la miro con la boca abierta.

—Eso significa que…

—¡No lo digas! —chilla, sacudiendo las manos delante de mi cara.

—Pero…

—¡No! —me apunta con un dedo a la cara para no dejarme hablar.

—Voy a esquivarle hasta que… salga de nuestras vidas.

—¿Y si es el hombre de tu…

—No quiero nada de eso —me interrumpe categórica—. Quiero perderlo de vista.

—Es piloto de Hayabusa.

—Podemos fichar a otro.

Resoplo.

—Acaba de igualar al campeón del mundo. Es una joven promesa.

Mi hermana pone una mueca y encoge los hombros.

—Lo esquivaré.

—Mide metro noventa.

—Tú solo no me encargues ser su representante… —ruega— y yo haré el resto.

Giramos la esquina de nuestra calle. Estoy buscando la forma de convencer a mi hermana de que no debe cerrarse al amor, cuando veo un recordatorio de por qué es mejor vivir sin corazón, aparcado frente a nuestra casa.

—Oh, no.

Rafaela sigue mi mirada.

—Pobrecillo. No puede estar sin ti.

El motor está apagado. No hace falta verle para saber que está ahí dentro. Esperando pacientemente, cuando esa nunca ha sido una de sus cualidades.

—Yo entro —dice Rafaela, demasiado rápido.

—Eso… abandóname a mi suerte.

—Iré a echar más agua al arroz del hechizo de debilitamiento —promete, quitándome las bolsas de la compra—. Es todo lo que puedo hacer. Desaparece escaleras arriba antes de que pueda responder.

Me quedo sola en la acera frente al coche, con los dedos doloridos. Respiro hondo y camino hacia él.

La puerta del copiloto se abre desde dentro antes de que llegue, porque Rin me está observando.

—Buenas noches —digo al sentarme.

—Buenas noches. —Me dedica un vistazo fugaz y regresa la atención a la calle por la que he venido.

Lleva una chaqueta universitaria, estilo *varsity*, que combina un cuerpo central de color rojo vibrante con mangas contrastantes en tono blanco. Debajo asoma una sudadera gris clara con capucha. Su ropa casual le hace verse más joven y peligrosamente accesible. El tipo de hombre al que una podría acostumbrarse a ver al final del día. Sacudo la cabeza. Es el hechizo. Solo es el hechizo. Se inclina ligeramente para ajustar algo del asiento y el movimiento hace que un mechón de su pelo negro caiga sobre su frente. No lo aparta, lo deja ahí, tal vez porque sabe el efecto que tiene.

Sus manos bronceadas… Dios. Una se queda cerca de la cremallera de la chaqueta, la otra descansa un segundo sobre su

muslo antes de girar la llave. Huele limpio. A algo fresco, con un fondo cálido que me obliga a respirar más hondo de lo normal.

—¿Siempre aparece así sin avisar?

—Te pedí que me tutearas.

—Ya, el caso es que prefiero no hacerlo —respondo, también evitando mirarle—. En vista de que esta… situación va a durar poco.

—¿Eso crees? —pregunta, seco.

Asiento y me fijo en que las luces del taller de mi padre aún están encendidas.

Doy un respingo cuando noto su mano atrapando la mía y giro la cara hacia él. No me está prestando atención a mí, sino a las marcas que las bolsas pesadas han dejado en mis dedos. Entonces su pulgar las masajea con cuidado, tratando de aliviar la zona. Su tacto es sorprendentemente suave. Cada caricia de su pulgar envía pequeñas descargas de calor por mi brazo. Intento ignorar cómo mi cuerpo reacciona a algo tan simple como él sosteniendo mi mano.

Mi barbilla desciende por cuenta propia.

—¿Por qué no encargáis que os lleven la compra a casa? —pregunta, ceñudo y sin dejar de acariciar mis dedos.

—Creo que solo los ricos lo hacen… —murmuro, notando que me falla un poco la voz.

Estamos un rato en silencio, los dos con la vista puesta en nuestras manos e intentando no recordar que nuestras lenguas han explorado la boca del otro. No sé si es algo en lo que vaya a poder evitar pensar cada vez que le vea.

—¿Quieres dar una vuelta? —propone entonces, dejando ir mi mano. La echo de menos de inmediato, porque las mías están frías y él la estaba entibiando.

—De acuerdo.

Rin pone el coche en marcha y avanza despacio por las estrechas calles de mi barrio. Es tan extraño verle aquí, en mi ambiente. Y peligroso… por un momento siento que importo lo suficiente como para descender a un mundo al que no pertenece.

Durante cinco minutos conduce en silencio, y me dedico a observar las luces de la ciudad al atardecer.

—¿Vas a decirme por qué te has ido esta mañana así? —suelta de pronto.

—No podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

Suspiro dejando salir parte de la tensión. Hay tanto que quiero decir que si empezara creo que me sorprendería hasta a mí misma de lo que sale por mi boca.

—Porque eres mi jefe —simplifico.

Rin me echa una mirada de lado y veo una sonrisa incipiente en sus labios. Mi ceño se frunce en confusión. ¿Es que no entiende que le estoy diciendo que no?

—Me has tuteado —comenta a modo de explicación, y por su expresión parece que se lo toma como una pequeña victoria que pesa más que todo lo demás que he dicho.

El coche se detiene en una zona elevada con vistas a la ciudad extendiéndose en luces infinitas. Hay un banco solitario ligeramente apartado, que, deduzco, es el sitio al que quería traerme.

Rin se sube, poniendo los pies en el asiento y el culo en el respaldo.

—Ahora es cuando me dices que vienes aquí cuando quieres pensar —bromeo, conforme hago equilibrio en el borde de la acera, tomándome mi tiempo para llegar hasta él.

—Si quisiera pensar no te hubiera traído —responde él, con una sonrisa maliciosa—. Eres demasiado ruidosa.

—Una de las razones por las que te gusto. —Mi tono cargado de sarcasmo amargo hace que me eche un vistazo curioso.

Me siento a su lado. Estamos solos, con la ciudad brillando a nuestros pies. La luz de las farolas llega desde lejos, lo suficiente para ver, pero no lo suficiente para que nada parezca demasiado real. La brisa le revuelve el pelo y por un segundo parece menos el CEO intocable y más un hombre que podría besarme en cualquier momento.

—Lo siento —le escucho decir cuando llevamos un momento, callados.

—¿Qué?

—Debe ser confuso para ti que después de seis años trabajando juntos decida actuar ahora.

Respondo con una carcajada, que acabo enterrando en las palmas de mis manos.

—Confuso para mí… —continúo riendo, conforme alzo la cara hacia la luna burlona—. ¿Te estás divirtiendo?

—¿Con quién hablas? —Rin levanta la cara hacia el cielo y me echa una mirada casi preocupada.

—Con la luna. —La apunto con un dedo acusatorio. Estaba presente la noche del hechizo—. Ella tiene parte de culpa de todo esto.

Él frunce el ceño sin entender a qué me refiero. Yo suelto una última risa, negando con la cabeza por lo ridículo que es todo esto. Lo ridículo que es que me sienta enfadada... si soy sincera, me hubiera gustado que esto pasara sin hechizos.

Me levanto y avanzo hacia la valla que protege de caídas. Me inclino sobre ella y respiro el aire de la noche joven. Las luces de la ciudad continúan a lo suyo, algunas fijas, otras en movimiento, todas ajenas a que mis emociones están a punto de desbordarse.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta mi jefe a mi espalda. De pronto se ha aproximado.

Me giro.

—¿Hacer?

—Para que me des una oportunidad. —No está siendo irónico ni burlón. Me lo pregunta de verdad.

Apoyo la espalda en el quitamiedos. Y entonces sonrío levemente, porque me acabo de dar cuenta de que puedo sacar algo de todo esto.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Vale. —Me giro hacia él—. Quiero que me cortejes.

Por la mueca que pone debe creer que estoy bromeando.

—¿Cómo?

—Quiero que te lo trabajes. —Cruzo los brazos—. Citas, libros, bombones, flores... Todo el paripé.

Estoy segura de que va a mandarme a la mierda en cualquier momento, pero el hechizo debe ser fuerte porque en lugar de eso dice:

—¿Algo más?

—Sí. —Una pausa—. Quiero que rescates un animal de un refugio y lo cuides.

Silencio.

—¿Un… animal?

—Un perro, decido. Pero lo tienes que cuidar tú en persona. No encargárselo a nadie más.

Me mira con la boca abierta. Creo que he encontrado la raya de hasta donde está dispuesto a llegar. Tal vez no vaya a necesitar el hechizo de debilitamiento después de todo porque lo voy a romper yo misma.

—De acuerdo.

Parpadeo.

—¿Has dicho que vale?

—Sí.

Lo miro sospechando que me ha dejado ganar demasiado rápido.

—Pruébalo, entonces —reto, apartándome de la valla—. Vamos.

—¿Ahora?

—Ahora.

Media hora después estamos en el único refugio que ha aceptado vernos a esa hora. El aire está cargado de una mezcla de desinfectante y pienso.

—De pequeño tenía un pastor alemán —dice, observando los compartimentos—. Me gusta esa raza.

Paso de largo sin responderle nada, porque no es lo que tengo en mente. Me detengo al ver un perro pequeño y blanco de orejas puntiagudas que no terminan de decidir si apuntar hacia arriba o hacia los lados.

—Este.

Rin se coloca a mi lado y frunce el ceño.

—Es muy pequeño.

—Vives en un piso —le recuerdo.

—Puedo dejarle en casa de unos amigos durante el día, viven en las afueras y tienen un jardín enorme.

—Ni hablar, quiero que te lo lleves a la oficina.

Mi jefe entorna los ojos y se cruza de brazos.

—¿Qué te hace pensar que puedes pedir todo eso?

«Un hechizo que se coció bajo la luna» pienso, pero no se lo digo. En lugar de eso me cruzo de brazos imitando su postura.

—He trabajado para ti durante seis años y nunca has tenido un solo gesto de afecto.

—Eso no es cierto, lo que pasa es que solo te fijas en lo malo.

—Si no eres capaz de cuidar de un perrito por mí, entonces creo que no tengo nada más que hacer aquí. —Hago el amago de regresar por donde he venido, pero él me bloquea el paso interponiéndose en mi camino.

—¿Estás siendo difícil a propósito?

Sí.

—No, solo quiero que me demuestres que eres capaz de cuidar de alguien más que de ti mismo antes de plantearme una relación contigo.

Takeda suspira y el westie, que se ha despertado al escucharnos, se acerca a los barrotes. Menea el rabo con una velocidad que sugiere que ya ha tomado su propia decisión al respecto.

—No impone ningún tipo de respeto —murmura Rin.

—Tú ya impones suficiente por los dos. Lo que necesitas es dulzura.

El perro le ladra, tratando de convencerle también. Rin no responde de inmediato. Se queda mirando al animal con cara de evaluar una inversión de alto riesgo. El westie le devuelve la mirada con la lengua fuera, completamente ajeno a la seriedad del momento.

—No es práctico —dice al final, más para sí mismo que para mí —. No tengo tiempo para esto.

El perro ladra una vez, agudo, en protesta.

Rin exhala por la nariz, tenso, y pasa una mano por su nuca. Por un segundo parece debatirse entre algo más grande que la simple logística. Luego me mira.

—Esto no tiene nada que ver con demostrar nada —añade, bajando un poco la voz.

—Entonces no lo hagas —respondo, encogiéndome de hombros, aunque por dentro contengo la respiración.

Su mirada vuelve al perro. El animal mueve el rabo con una fe absurda.

—…De acuerdo —cede al fin, como si acabara de perder una discusión consigo mismo. Verlo ceder, aunque sea a regañadientes, hace que algo peligroso se mueva en mi pecho. No debería gustarme tanto verlo hacer cosas por mí.

Hay un Don Quijote a veinte minutos que está iluminado como si fueran las tres de la tarde y vendiera todo lo que un westie recién adoptado puede necesitar.

Terminamos los dos en el pasillo de mascotas con un carrito que llenamos a toda velocidad: Cama, comida, cuencos, correa. Un juguete con forma de pollo que Rin sostiene con una expresión resiganda, antes de lanzarlo al interior.

El perro lo muerde desde el suelo del carrito.

—Dos contra uno —digo con una sonrisa victoriosa.

—Seguro que estabais compinchados de antes —responde él, mientras le rasco la oreja.

Me río. Esta ha sido mi mejor decisión de la semana.

De vuelta en el coche, el perro se duerme en el asiento trasero hecho un ovillo sobre la cama nueva, con el pollo de peluche entre las patas delanteras.

—Mañana tienes que llevarle al veterinario —le recuerdo, mientras conduce por la ciudad, ambos más tranquilos y relajados que al principio de la noche.

—¿Quieres compartir custodia? —Su semblante serio está traicionado por el brillo divertido de sus ojos.

Miro hacia mi ventanilla para que no me vea sonreír.

—No, quiero ver cómo te apañas tú solito.

Cuando se detiene frente a mi casa, ninguno de los dos se mueve de inmediato.

—Te has portado muy bien esta noche —comento tratando de imprimirle una condescendencia maternalista a mi tono.

Su risa seca y la forma en la que niega con la cabeza me dice que he dado en el clavo.

—He cumplido con mi parte.

No sé si es cosa mía o detrás de esa afirmación hay una insinuación de que después me va a tocar a mí cumplir con «algo». Trato de no pensar en ello porque me provoca un revoltijo de nervios en el estómago, y porque seguramente el hechizo se acabe antes de que yo termine con él.

—Digamos que estás en ello. —Le doy palmaditas en el brazo y él aprovecha para enganchar mi mano.

Se inclina despacio, dándome el tiempo suficiente para que yo pueda apartarme si quiero.

No lo hago. Dejo que sus bonitos labios se acerquen a los míos, mientras analizo de cerca el arco que forman sus ojos. Es el tipo de mirada por la que cualquiera pagaría una fortuna en clínicas estéticas, y él la tiene de fábrica.

La anticipación calienta el aire entre nosotros antes de que nos toquemos, ese segundo específico en que los dos sabemos lo que va a pasar y ninguno lo detiene, y que resulta ser casi tan intenso como el beso en sí. Casi.

Sus labios aterrizan en el sitio exacto sin que ninguno de los dos haya tenido que ajustar nada. Mi mano encuentra su brazo, porque necesito agarrarme a algo mientras él apresa mi boca, despacio, con una intensidad que no tiene nada que ver con el beso del despacho, y que es, por eso mismo, mucho más difícil de manejar. Ese fue impulso. Este es intención.

Siento su respiración acelerada contra mi boca y el calor de su cuerpo invadiendo el espacio reducido del coche.

Su sabor es una versión profunda de su olor. Podría embotellarlo y bebérmelo. Podría quedarme aquí el tiempo suficiente

para aprenderlo de memoria y eso, precisamente eso, es lo que me dice que debería parar.

Pero no lo hago. Su mano sube despacio por mi mandíbula hasta perderse en mi pelo, sin tirar, solo sostener, con presión mínima para que no me vaya a ninguna parte. Siento el calor de su palma contra mi mejilla. Me inclino hacia él un centímetro más y él lo nota. Lo interpreta como sumisión porque el ritmo cambia, los movimientos de lengua se vuelven más intensos. Su respiración sale irregular contra mi boca y a mí se me escapa un gemido de la garganta.

Me detengo al escucharlo, horrorizada. Esto se me está yendo de las manos. Me aparto de golpe pegando la espalda a la puerta. Trato a duras penas de recobrar la compostura, y que no se me note tanto que me va el corazón a mil y me tiemblan las piernas.

—Esto no puede seguir pasando —digo, aunque mi voz carece de la firmeza que me gustaría.

Rin no se mueve del asiento, pero sus ojos no se apartan de mí.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en mí misma cerca de ti, y mucho menos puedo confiar en ti mientras estés así. —Trago saliva—. Necesito un límite y que no lo cruces hasta que…

Él entrecierra los ojos, calculando.

—¿Hasta que qué?

—Hasta que se completen los quince días —digo, acercándome peligrosamente a la verdad—. Nada de besos, nada de... esto. Hasta que pasen los quince días.

—¿Y por qué quince?

Mierda, soy una bocazas.

—Porque es el tiempo que necesito para creerme que quieres esto de verdad, después de años de trato frío—miento a medias—. Si después de eso sigues queriendo besarme, hablamos. Pero hasta entonces, nada.

Puedo ver como su escasa paciencia se agota y la frustración ocupa su lugar.

—Quieres que espere quince días para besarte —repite, despacio, comprobando el peso exacto de la frase en su boca.

—Así es.

Le conozco, conozco esa expresión y sé que quiere protestar y discutirme. Sé que no está acostumbrado a esperar por lo que quiere, y ahora mismo, con el hechizo, me desea con todo su ser. Lo noto en que me observa de forma casi depredadora.

—De acuerdo. —Su voz suena tensa, pero no discute—. Tenemos un trato.

Asiento, aliviada y decepcionada a partes iguales. Estoy lista para el loquero.

—Buenas noches, jefe.

Abro la puerta y prácticamente me tiro del coche.

—Buenas noches —dice a mi espalda, su tono claramente decepcionado.

Esa reacción me provoca mariposas en el pecho, aun cuando sé que no es real. Lo mio es increíble.

Antes de cerrar la puerta, miro al asiento trasero. El perro sigue dormido, ajeno a todo, con una confianza absoluta en que el mundo donde ha aterrizado esta noche es seguro.

—Cuídalo bien —le digo.

Él asiente y cierro la puerta.

Me tiemblan las manos al meter la llave en la cerradura, mientras mi corazón hace cosas que ya no intento clasificar.

Lo único que me queda claro es que, definitivamente, tengo que evitar los besos de mi jefe.

14

El ascensor de la planta 4 de Hayabusa Engineering se abre con su discreto ding habitual. Lo que no es usual es el silencio absoluto que se hace cuando el CEO sale, seguido de un pequeño bulto blanco de orejas indecisas que trota detrás de él.

Nadie respira. El perro se detiene un segundo en mitad del pasillo, evalúa a los empleados, olfatea el aire, y satisfecho con lo que percibe, continúa detrás de su humano moviendo el rabo.

Rin no se gira. Camina como si traer un westie a la oficina un martes por la mañana fuera algo que hace a diario.

—¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo? —susurra alguien cerca de recepción.

—No lo mires —responde otra voz—. Si no lo miras, no existe.

Rafaela levanta la vista desde su mesa justo cuando pasan frente a ella. Su expresión atraviesa cuatro fases en dos segundos: confusión, reconocimiento, incredulidad y diversión.

—¿Oni tiene perro? —De alguna forma sospecha que estoy involucrada en el extraño suceso.

—Es mi venganza —respondo, sin poder evitar la sonrisa de pura satisfacción.

Al pasar por mi mesa suelta un «vamos» sin saludar, ni mirarme.

Me levanto con toda la calma del mundo, ignorando el peso de las miradas clavadas en mi espalda, y le sigo hacia su despacho. Voy a tener que recordarle mi lista de peticiones.

En cuanto la puerta se cierra, el westie realiza una inspección profesional del espacio: olfatea el perímetro, evalúa las esquinas,

determina que el sofá es exactamente lo que estaba buscando, y salta encima con una agilidad que desmiente su tamaño.

—Ahí, no —protesta Rin.

El perro le dedica una mirada desafiante mientras se acurruca.

—Hemos hablado sobre esto, Senna. Te he dicho que nada de sofás —insiste, con el tono que en reuniones hace que ejecutivos con veinte años de experiencia reconsideren sus posiciones.

El perro ya está roncando.

Me apoyo en la puerta con los brazos cruzados, disfrutando cada segundo de esto con una intensidad que probablemente no es profesional.

—¿Senna?

Rin me lanza una mirada que podría congelar el infierno.

—Por Ayrton Senna.

—Me lo imaginaba.

Senna. El piloto más brillante de su generación, que murió haciendo lo que amaba. El tipo de nombre que eliges cuando admiras a alguien, pero también cuando lo entiendes.

—Tu perro no me obedece —se queja, visiblemente frustrado.

—No es mío, es tuyo.

Rin se frota la mandíbula con el pulgar, y parece resignarse a no tener esta situación bajo control.

—La semana que viene es el cumpleaños de mi padre y tres semanas más tarde el trigésimo aniversario de cuando abrió la empresa —me informa, mientras se quita la chaqueta y la deja en el perchero—. Quiero que organicemos un evento en su homenaje.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

—El día de su cumpleaños.

—¿Qué? —grito—. Has dicho que es la semana que viene.

—No tienes que organizar nada demasiado elaborado.

Mis ojos se entrecierran mientras fantaseo con poner mis manos alrededor de su cuello y apretar.

—De hecho, él estará encantado de ayudarte y formar parte de los preparativos.

Genial, encima de que tenemos poco tiempo, su padre va a querer meter las narices en todo.

El westie levanta la cabeza. Sus ojos oscuros y brillantes se mueven entre los dos, percibiendo la tensión en la sala.

Rin vacila un momento, pero luego extiende la mano con la incomodidad visible de quien está haciendo algo que no debería, y le rasca detrás de la oreja.

El westie se derrite bajo su mano sin ninguna dignidad.

—En eso nos parecemos —suspiro. No me doy cuenta de que he hablado con el perro en voz alta hasta que Rin levanta el rostro hacia mí.

—¿En qué? —se interesa, pero es evidente por el brillo travieso de sus ojos y la forma en la que se está aproximando a mí que intuye por qué lo he dicho.

Mi instinto de supervivencia me hace dar varios pasos hacia atrás mientras él avanza decidido. Mi espalda da contra la puerta y su mano se apoya en la superficie a mi lado. La otra se levanta hacia mi oreja y acaricia mi cabeza con los dedos como estaba haciendo con el perro, pero esta vez es mucho más lento e íntimo.

—¿Así? —susurra cerca de mi oído, con voz más grave. Solo un milagro evita que suelte un ronroneo.

—Vete a la mierda... —hablar en un jadeo hace que no suene muy convincente.

Rin sonríe de lado. De cerca, su perfume invade mis sentidos y me marea.

Su mano se desliza por el lóbulo de mi oreja y baja por mi cuello provocando una orgía de cosquillas que se extienden por todo mi cuerpo. Y él sabe perfectamente lo que me está haciendo. El calor sube desde mi estómago, por el pecho, y el pulso se me acelera en sitios donde no debería hacerlo en el despacho de mi jefe.

Nuestros labios están a milímetros. Puedo sentir su aliento cálido, el calor de su cuerpo pegado al mío y el latido fuerte de su corazón. Por un segundo quiero rendirme, abrir la boca y dejar que me bese hasta que se me olviden todos los hechizos del mundo.

Y entonces oigo a Senna gruñir en sueños, lo que me recuerda que mi jefe el ogro ha rescatado a un perro porque se lo he pedido, porque está hechizado.

Eso me hace reaccionar. Echo la mano hacia atrás en busca del pomo. Lo giro, abro la puerta y ésta cede a mi espalda.

Escapo justo cuando sus labios están descendiendo sobre los míos. Salgo corriendo y no paro hasta llegar a la cocina. Me apoyo en la encimera y respiro hasta que el pulso empieza a negociar con la razón.

—¿Te encuentras bien?

Watanabe está apoyado en el otro extremo con una taza en la mano. Hoy lleva unas gafas negras y una camisa a medio remangar del mismo color.

—Sí —respondo.

Su mirada se desvía un segundo hacia el pasillo, hacia el despacho del que acabo de salir con demasiada rapidez, y luego vuelve a mí sin comentar nada.

—He visto al perro —dice.

—Es nuevo.

—Se nota. —Una pausa— ¿Es de Takeda?

—Larga historia.

Asiente, sin presionar y le da un sorbo a su taza.

—Tiene buena mano con los animales —comenta, pensativo, quizá perdido en algún recuerdo.

Levanto una ceja.

—¿Ah, sí?

—Hace un año patrocinó un programa de rehabilitación para perros de rescate.

—¿Takeda? —Mi ceño se frunce.

Él asiente.

—No puede ser, no recuerdo organizar nada de eso.

—Lo hizo sin publicidad.

Parpadeo, perpleja.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Colaboro con ellos cuando puedo. Así le conocí. Curiosamente no tuvo nada que ver con los coches, ni con la Fórmula 1. —Se encoge de hombros con la facilidad de quien no encuentra nada extraordinario en lo que acaba de decir—. Entreno a

algunos de los más difíciles antes de que los asignen a familias. Es más fácil que tratar con mecánicos.

Le sonrío, pensando en las gafas y los tatuajes y los perros difíciles.

Me acerco al armario y cojo mi taza favorita, la que pone Asistente del Villano. Rafaela me la regaló junto con la novela por razones obvias.

—¿Todo bien con Yui? —Me intereso, mientras echo una bolsita de infusión al interior.

Él asiente.

He escogido a Yui para sustituir a Rafaela y creo que otro tipo guapo puede distraerla un poco de su fiasco con nuestro jefe.

—Me imagino que Rafaela se habrá quedado a gusto ahora que no tiene que tratar conmigo —añade entonces, con una naturalidad fingida.

Le miro.

—¿Qué?

—No soy tonto. —No hay reproche en el tono—. Me cambiasteis de secretaria.

—No es personal.

—Tu hermana prácticamente se cuelga de las lámparas cuando me ve aparecer —responde, riéndose de sí mismo.

—No es personal —repito, pero ambos sabemos que sí lo es. Terminamos el café en silencio y después se despide con una sonrisa cómplice. Le observo alejarse con la sensación de que no es una persona más con la que te cruzas, me parece un tipo especial. Y saber que su hilo rojo del destino está a la búsqueda me provoca cierta ternura.

De vuelta en mi mesa, Rafaela no levanta la vista de la pantalla.

—¿Has visto a Watanabe? —pregunto.

Ella me ignora.

—Creo que tengo un *crush*.

Ahora sí levanta la cabeza.

—¿Perdón?

—Es sexy, encantador, tiene sensibilidad y entrena perros de rescate en su tiempo libre. —Me inclino levemente hacia ella—. ¿Estás segura de que su hilo no busca el mío?

Su expresión se cierra de golpe, como una persiana bajando.

—Es un piloto —dice, seca—. Engreído y problemático. Como Takeda. Como todos.

—No tiene nada que ver con Takeda —me burlo, dejando claro con mi tono que es un cumplido para Watanabe.

—Por eso tu hilo no reacciona con él.

Toda la sangre se me agolpa en la cabeza.

—¿Qué has dicho? ¿Es que has visto mi hilo…

Ella niega con la cabeza y me dedica una mirada tranquilizadora.

—No veo tu hilo ni el de nadie más —su tono baja, cargado de preocupación, aunque no lo quiera admitir—. Solo el de nosotros dos.

Tiro del respaldo de mi silla para abrirme hueco.

—Y no crees que eso…

—Ya te he dicho que no quiero hablar del tema —me interrumpe ella, cortante.

Suspiro y me dejo caer en mi silla.

—Tú misma… —murmuro, aunque después de hablar con él en la cocina me da rabia que no quiera darle una oportunidad. Si no puedo tenerlo de novio, no me importaría nada tenerlo como cuñado.

Tengo una excusa perfecta para volver al despacho de Rin una hora después. Un documento que necesita su firma. Un motivo perfectamente legítimo. Llamo y me da permiso para entrar en un tono bajo.

Me detengo en el umbral al ver que no está en su mesa. Mis ojos recorren el despacho que está vacío. Debe estar en el baño. Es la oportunidad perfecta de dejar el documento y huir antes de que me vuelva a ver en una situación complicada.

Cuando giro para volver a la puerta veo que el perro está hecho un ovillo en el sofá y que encima tiene echado el jersey que llevaba Rin esa mañana a modo de manta.

Sonrío y cierro la puerta despacio para no despertarle.

15

Rafaela baja la ventanilla para dejar entrar la brisa fresca, cuando el coche reduce la velocidad. Vamos por una calle flanqueada de árboles frondosos.

—El arroz ha cambiado de color —me informa. Le pedí que revisara el hechizo de debilitamiento antes de salir de casa.

—¿Es bueno o malo?

Hace una pausa demasiado larga para ser tranquilizadora.

—Depende de lo que quieras que pase.

Quiero preguntarle más, pero nuestro taxi se detiene frente a una fachada de líneas limpias, piedra oscura y cristal. Minimalismo japonés llevado al extremo, si ese extremo incluyera jardines con iluminación que sale de las piedras del suelo y muebles de catálogo.

—Guau —murmuro al bajar—. Con este escenario siento que Hiroshi me va a tirar un sobre de dinero a la cara para que no me acerque más a su hijo.

—Si lo hace, cogemos el sobre y salimos corriendo —responde Rafaela, ajustándose el abrigo—. No entiendo por qué las protagonistas nunca lo hacen.

La puerta se abre antes de que podamos tocar el timbre.

—Malu-san.

Hiroshi Takeda aparece con una sonrisa tranquila, ropa informal, pero incluso así hay algo en su forma de ocupar el umbral que impone más que cualquier traje.

—Señor Takeda. —Inclino la cabeza ligeramente.

—Hiroshi —corrige con suavidad—. Aquí no estamos en la oficina.

—Hiroshi —repito, con cierto esfuerzo que él percibe y que claramente le divierte.

Su mirada se desplaza hacia Rafaela.

—Gracias por venir hasta aquí. A los viejos nos va costando cada vez más salir de casa.

—De nada —responde ella, con una media sonrisa—. Si mi casa fuera así tampoco querría salir nunca.

Su carcajada es genuina. Es un hombre sencillo a pesar del imperio que ha construido. Nada que ver con su hijo.

El salón es amplio y cálido pese al diseño moderno. Madera, tonos neutros, vistas al jardín. Cada objeto en su sitio y sin una mota de polvo.

Rin ya está allí, apoyado contra uno de los ventanales, manos en los bolsillos, observando la ciudad. No se ha girado al oírnos entrar, pero la ligera tensión en sus hombros me dice que sabe que estamos aquí desde antes de que la puerta se abriera.

Levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran y la tensión flota entre nosotros. Él con su «no sé por qué de pronto siento lo que siento por ti» y yo con mi «te odio porque, en parte, esto es lo que siempre he querido de ti». Sentimientos que, en este salón, delante de su padre, resultan todavía más inconvenientes. Por un segundo siento que todos en la sala pueden notar cómo mi cuerpo reacciona a su presencia: el pulso acelerado y el calor que me brota de dentro, cada vez que Rin me mira así.

—Siéntate, Malu —interviene Hiroshi, por suerte ajeno—. Tenemos mucho que organizar.

Nos acomodamos. Rafaela elige el asiento más discreto y me deja a mí de frente al dueño de la empresa.

La conversación fluye con más facilidad de lo que esperaba. Catering, invitados, formato del evento. El aniversario de Hayabusa Engineering requiere algo que esté a la altura sin parecer que lo está intentando, que es exactamente el tipo de equilibrio más difícil de conseguir.

Hiroshi escucha más de lo que habla, lo que en un hombre de poder es toda una sorpresa. ¿Cómo ha podido criar a un hijo tan egocéntrico?

—No quiero algo ostentoso —dice—. Quiero algo significativo.

—Esa es la parte más complicada —respondo—. Pero la que merece más la pena.

—Por eso Rin te ha escogido. Necesitábamos a alguien de confianza.

Sonrío. Desde el ventanal, Rin no dice nada, pero siento su mirada quemándome el perfil. Es pesada, posesiva, cargada de todo lo que no podemos decir delante de su padre. Aprieto los muslos bajo la mesa sin darme cuenta.

En algún punto, Hiroshi se inclina ligeramente hacia mí con un brillo emocionado en los ojos.

—He estado pensando en tu papel en la empresa.

Me tenso al escucharlo. Me he acostumbrado tanto a Hayabusa y a los Takeda que tengo la fantasía de que me jubilaré con ellos.

—Llevo muchos años —respondo con cautela.

—Llevas el mismo tiempo que mi propio hijo.

Rin exhala por la nariz. Creo que sabe por dónde va esto y ha decidido no intervenir.

—Eres parte del éxito de Hayabusa tanto como él… —continúa Hiroshi.

—No es para tanto…

—Lo es. —Una pausa—. Este también es tu aniversario y quiero recompensarte. Mi hijo dice que no tienes coche, ¿es así?

Parpadeo.

—No.

—Genial, eso va a cambiar hoy.

—¿Cómo dice?

—Ven. —Se levanta, dejando claro que no es una sugerencia—. Acompáñame.

—¿A dónde? —Mi voz suena como una gallina.

—Ve, Aoki —ordena Rin a mi espalda. Me giro y veo que tiene las manos metidas en los bolsillos y una expresión de resignación.

—Voy a acompañarle —le digo a Rafaela, que me observa tan perpleja como me siento yo.

—Tómate tu tiempo —murmura.

Paso junto a Rin.

—No es buena idea decirle que no.

—Ya me he dado cuenta.

Su voz baja, solo para mí:

—Si mi padre te regala algo, acéptalo.

—No necesito que me compres cosas —respondo en el mismo tono.

Rin se detiene un segundo, su mano roza la parte baja de mi espalda al guiarme entre las puertas para que siga a su padre.

—No quiero comprarte. Quiero que tengas lo que mereces… y yo quiero dártelo —declara, antes de regresar al salón.

El camino hacia el garaje atraviesa pasillos bien iluminados por la luz que se cuela por los ventanales, aquí no hay vecinos que puedan espiarte, solo jardines y árboles alrededor de la casa. Hiroshi camina despacio, sin prisa. Es alguien que ha aprendido que la mayoría de las cosas importantes ocurren en los pasillos y no en los destinos.

—¿La idea ha sido de su hijo? —pregunto. Porque robarle un par de besos a tu jefe hechizado ya está mal, pero que te regalen un coche porque le tienes bajo un encantamiento roza la criminalidad.

—Mía. —Una pausa—. Bueno, yo dije de hacerte un homenaje y él propuso lo del coche. Dijo algo sobre bolsas pesadas que dañan tus manos.

Suelto una risa seca sin poder creer que siga con eso.

—Eres directa con él.

—Alguien tiene que serlo.

—Por eso me gustas. —La sinceridad de sus palabras puede leerse en sus ojos. Un momento después adquieren un brillo travieso —. Y por eso le gustas a mi hijo.

Mi estómago se retuerce en un nudo molesto. No es por eso que le gusto, es por una combinación extraña de ingredientes mezclados por una bruja brasileña bajo la luna.

Nos detenemos frente a una pared. Hiroshi se queda quieto un momento, mirándola, como si estuviera decidiendo algo.

—Antes… —se atraganta con el silencio y sé que lo que va a decir a continuación tiene mucho peso para él—¿Sabes qué me gustaría realmente por mi cumpleaños?

—¿Un coche también? —Pongo atención porque Rin me ha pedido que intentemos sonsacarle lo que quiere.

Hiroshi sacude la cabeza en negación, y esboza una sonrisa pequeña.

—Un nieto. Y ver a mi hijo feliz. —Su tono no tiene ningún drama. Es honesto de la forma en que solo pueden serlo las personas que han llegado a una edad en que el tiempo importa más que la ambición.

—Eso parece más complicado que organizar un evento —digo.

—Lo es. —Baja la cabeza y hace una pausa melancólica—. Y gran parte de la culpa es mía.

Frunzo el ceño.

—¿A qué se refiere?

Hiroshi no responde con palabras. Presiona un punto en la pared con una soltura que sugiere que lo ha hecho miles de veces. Algo se abre. No una puerta normal, sino un panel que la pared escondía con tanta perfección que nunca habrías sabido que estaba ahí si no lo hubieras visto abrirse.

Dentro hay un retrato enorme. Una mujer elegante con un vestido rosa. Hay algo en la composición de su cara, en la forma en que el pintor ha capturado la dirección de su mirada, que produce la sensación de que todavía está presente en algún sitio de esta casa, guardada detrás de las paredes.

—¿Has visto alguna vez una casa donde se esconden las fotos? —pregunta Hiroshi, en voz baja.

No aparto la mirada del retrato.

—No.

—Yo tampoco… hasta que construí esta. —La tristeza en su tono es antigua, del tipo que ha tenido tiempo de asentarse en su alma.

—¿Quién es ella?

—Es la madre de Rin. —El silencio que sigue tiene un peso específico—. La amé más de lo que debía —dice, sin apartar los ojos del retrato. —Y de formas que no supe manejar. Y él lo vio todo. Aprendió cosas que no debería haber aprendido de mí.

No explica más y tampoco me hace falta. Hay historias que se entienden sin necesitar la secuencia completa.

Pienso en el Rin Takeda que llevo seis años observando. El que evitaba que nuestros ojos se encontraran. El que conducía como si no tuviera nada que perder.

Quiero preguntarle dónde está ella ahora, pero todo lo que importa es que no está. No ha estado en la vida de Rin desde que le conozco.

Hiroshi cierra el panel y la pared vuelve a ser una pared. Yo me quedo mirándola, como si el retrato pudiera seguir viéndose a través de ella.

—Vamos —dice, retomando el tono de antes. Ha debido de practicar esa habilidad durante años—. Tengo dos opciones para ti y mucha curiosidad por saber cuál escoges.

El garaje se ilumina solo al entrar. Dos hileras de coches de lujo impresionantes que parecen tener alma propia. Hiroshi se detiene entre dos modelos de gama alta de Hayabusa ridículamente caros.

Los miro, le miro a él. No puede ir en serio.

—¿Y si no quiero ninguno?

—Entonces eliges el que menos te disguste.

Se me escapa una risa breve.

—No es eso… claro que me gustan, pero esto es demasiado.

—Si no escoges uno, pondré ambos a tu nombre, María Luiza.

Le observo horrorizada y él me devuelve una expresión de absoluta determinación, así que suspiro y señalo el menos escandaloso de los dos. Un deportivo negro, elegante, que al menos tiene un tamaño modesto.

—Buena elección.

—No lo es. Es el que menos probabilidades tiene de darme un ataque de ansiedad cada vez que lo aparque.

—Te acostumbrarás.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Hiroshi sonríe satisfecho, sabiendo que ha ganado. Se acerca a un panel de la pared y toma la llave, que es en realidad un rectángulo de plástico y metal.

—Le pediré a uno de los chicos que te lo lleve a la entrada principal.

Salimos al jardín por una puerta lateral. El aire es fresco y limpio y solo se escuchan los pájaros. Hay una mesa baja de madera, una tetera humeante, tazas a la espera de ser usadas. Todo preparado, como si Hiroshi hubiera sabido exactamente cuánto tiempo íbamos a tardar.

Rin ya está sentado.

Levanta la vista cuando nos acercamos. Sus ojos pasan de su padre a mí y se detienen ahí.

Me siento frente a él. Rafaela está al otro lado, incómoda por estar a solas con el jefe en la casa de su padre.

Hiroshi sirve el té con una sonrisa distraída.

—Cuando Rin era pequeño —empieza—, no hablaba casi nada.

Levanto una ceja.

—¿En serio?

—Era muy observador.

—Eso no me sorprende —murmuro, llevándome la taza a los labios.

Rin, frente a mí, no se queja, pero sostiene la taza con una fuerza que sugiere que no le gusta el rumbo de la conversación.

—A los diez años desmontó un motor entero —continúa Hiroshi — porque quería ver sus tripas.

—Encantador.

—Lo volví a montar —añade Rin, seco.

—Sobró una pieza —corrige Hiroshi, sin inmutarse.

—Era irrelevante.

—El coche no volvió a arrancar.

Rafaela y yo nos carcajeamos.

—Un detalle menor, ¿verdad, jefe? —lo provoco. Él aprieta los labios, pero se nota que está conteniendo una sonrisa.

Se aproxima lentamente a mí, observando cómo me divierto a su costa.

—Te gusta reírte de mí, ¿verdad? —Hay un brillo oscuro en sus ojos.

—Un poco —admito, sosteniéndole la mirada.

—Algún día te haré pagar cada risa —responde en voz baja, solo para mí.

No sé en qué momento exacto cambia el ambiente.

Watanabe aparece en el umbral de la puerta lateral sin que ninguno de nosotros lo oyera llegar. Está de pie con la expresión de alguien que no se esperaba encontrarnos en esa casa.

Lleva una camiseta blanca que marca cada músculo de su torso. El flequillo despeinado sobre la frente con un efecto húmedo, las manos adornadas por sus habituales anillos de plata, igual que sus muñecas y los muchos pendientes de sus orejas que me desentonan tanto con sus gafas, de la mejor manera posible.

Se aproxima a nosotros con cierta cautela.

—Perdón por interrumpir —dice—. Hiroshi-san, ¿quería verme para…?

No termina la frase, porque Rafaela se levanta de golpe o lo intenta. La silla no coopera. Su peso se distribuye mal, el equilibrio falla en el momento en que más lo necesita, y mi hermana cae de lado, directa al césped.

Se hace un silencio durante el cual todos la observamos perplejos.

—¿Estás bien? —Se preocupa Watanabe, acercándose e inclinándose hacia ella para ofrecerle ayuda.

Rafaela no responde, sino que empieza a rodar, alejándose de Watanabe por el césped con determinación.

Watanabe parpadea y da un paso hacia ella mientras intenta procesar lo que está viendo.

—Oye... ¿te has hecho daño? —Le tiende la mano.

Rafaela, desde el suelo, ve la mano acercarse. Ve su sombra proyectarse sobre el césped y algo en su cara toma una decisión que el resto de su cuerpo ejecuta antes de que nadie pueda anticiparlo. Se impulsa y se lanza a la piscina.

El *splash* es considerable. El agua salpica en un radio generoso, alcanzando la mesa, las tazas, los bordes del jardín cuidadosamente diseñado de Hiroshi Takeda.

En el silencio absoluto que deja, nadie se mueve.

Watanabe se queda de pie al borde de la piscina con la mano todavía medio extendida hacia donde Rafaela estaba hace dos segundos. Observa el agua removida con una expresión que contiene incredulidad y desconcierto.

Rafaela emerge, empapada, con el pelo pegado a la cara y el rimmel formando dos líneas oscuras bajo los ojos, y nada hacia el otro lado de la piscina poniendo toda la distancia que puede entre ambos.

Nos mira a todos con una sonrisa forzada.

—Tenía calor —dice.

El silencio se extiende de forma incómoda.

Y entonces Hiroshi suelta una carcajada profunda. La risa de alguien que llevaba demasiado tiempo sin reírse así y que en este momento no tiene ninguna intención de contenerla.

—Me caes bien —dice, cuando recupera algo de compostura—. Hacía mucho que no veía algo así en esta casa.

Rin no se ríe, está observando a mi hermana con el ceño fruncido. Y Watanabe se ha quedado plantado donde está, demasiado atónito como para moverse. No aparta la mirada cargada de sospecha y confusión de Rafaela, que se recoloca el pelo detrás de las orejas con la dignidad de alguien que no ha hecho nada que requiera explicación. Se aupa en sus brazos a duras penas, para salir de la piscina con la ropa calada pesándole. Porque eso era mejor que aproximarse a las escaleras donde está él.

Los ojos de Watanabe recorren su cuerpo mojado y se oscurecen un poco. Ella, empapada, evita mirarlo. Pero su pecho sube y baja rápido.

—¿Puedo pasar al baño a secarme? —le pregunta a Hiroshi.

—Claro, querida. Date una ducha. Le pediré a Kiku que te lleve ropa seca.

Mi hermana abre la boca como si quisiera decirle que no es necesario, pero después le echa un vistazo de reojo a Watanabe y ejecuta una reverencia.

—Gracias, señor Takeda. —Se larga a toda prisa por la puerta. Dejándolos a todos confusos menos a mí.

Y lo peor es que cuando mis ojos se cruzan con los de Rin, esa es la parte que más le extraña. Mi falta de confusión.

16

No es que el desayuno sea el momento más charlatán de los Aoki, pero la calma de hoy es rara. El sol entra oblicuo por las ventanas del comedor dibujando líneas doradas sobre la mesa de madera. Tostadas, té verde, arroz recién hecho que todavía suelta vapor. Todo colocado en silencio.

Papá es el primero en romperlo.

—¿Os habéis quedado sin lengua esta mañana?

Rafaela no levanta la vista del móvil.

—Trabajo —murmura.

—Eso no es habitual en vosotras durante el desayuno. —Toma un sorbo de café e intercala la vista entre ambas—. ¿Debería preocuparme?

—No pasa nada —le tranquilizo, apartando la taza. Mi voz no suena convincente porque no es cierto. No sé con qué está liada Rafaela, pero yo hace una semana que mi mente no visita esta casa. Últimamente siempre está en otra parte… Un comportamiento nada sano si preguntas a cualquier especialista.

Rafaela sigue tecleando, su pulgar se mueve con una urgencia nerviosa y su rostro está contraído. Llevo dos minutos observando el movimiento sin decir nada.

Nuestro padre se inclina levemente, intentando ver la pantalla.

—¿Quién es Watanabe?

El silencio es inmediato y absoluto.

—¿Es que tienes novio?

Mis ojos se abren de forma exagerada. Una muy buena táctica para despertarme de golpe.

—¿Te estás escribiendo con Watanabe? —Mi sonrisa maliciosa se apunta hacia ella.

Rafaela bloquea la pantalla y aparta el móvil como si fuera una araña.

—No es nada —susurra ella, pero sus mejillas están rojas. Se levanta tan rápido que la silla protesta contra el suelo—. Llego tarde a la oficina.

Es una tontería poner esa excusa cuando trabajamos juntas. Aunque estos últimos días Rin viene a buscarme y ella se niega a ir con nosotros.

—Rafaela.

—Tienes que echar el agua al arroz —añade, sin mirarme.

El comentario flota en el aire y mi padre frunce el ceño.

—¿Qué arroz?

Mierda.

Papá deja la taza despacio, procesando algo que preferiría no haber escuchado.

—Malu —gruñe, bajando medio tono—. No me digas que estáis otra vez con ese maldito libro de hechizos.

Las dos nos quedamos congeladas. Bajo la mirada a la mesa. Sé que mi padre está pensando en aquella vez que el jardín del vecino amaneció convertido en gelatina cuando intentamos agrandar la casa. O los dos meses que pasamos teniendo que cortar maleza de la puerta antes de poder salir, porque se me metió en la cabeza que quería un jardín como el de las hermanas Owens en Practical Magic.

—No estamos haciendo nada —miente Rafaela.

Papá se levanta. Serio de verdad, no suele enfadarse a menudo, y por eso pesa más cuando lo hace.

—Eso decíais la última vez que casi convertís el vecindario en un estanque de peces flotantes.

—Fue un accidente —murmuro.

—Pensé que habíais tirado el libro —nos recrimina.

El aire adquiere esa densidad de las conversaciones que todos preferiríamos evitar.

Rafaela no espera más. Coge el bolso y desaparece por la puerta antes de que alguien pueda detenerla. El sonido de sus pasos bajando las escaleras se aleja hasta quedar en nada.

Aguardo en silencio a que mi padre respire, que la discusión caiga por su propio peso y lo acepte. Cuando lo veo girarse hacia el taller, aprovecho el momento. Me levanto sin hacer ruido y lleno un vaso de agua. El sonido del grifo es demasiado normal para lo que estoy a punto de hacer.

De camino al lugar donde el conjuro escondido sigue trabajando, mi mente hace esa cosa que ha empezado a hacer cuando no la vigilo de cerca. Recibo un flashazo del rostro de Rin, acompañado del recuerdo de su aroma y su tacto, y mi estómago se deshace en cosquillas nerviosas.

Mierda. La que va a necesitar un conjuro de debilitamiento voy a ser yo.

Me agacho en el suelo y destapo la caja de zapatos donde Rafaela lo ha escondido. El mejunje debería tener moho o un aspecto desagradable, pero sigue en perfectas condiciones y hasta emite un ligero olor a jazmín. Inclino el vaso sobre el cuenco, pero antes de que caiga una sola gota me quedo paralizada.

Mi mente vuela al sábado pasado, cuando Rin vino a recogerme para que le acompañara a llevar a Senna al parque. El westie correteó encantado entre pétalos rosas caídos de los cerezos. Hasta que nos llevamos un buen susto, cuando un perro apareció desde detrás de un seto. Enorme si lo comparas con Senna. Era un akita inu, una raza de caza que perfectamente podría confundir a un westie con un conejo. Por el entusiasmo que traía no estuve segura de si quería jugar con Senna o comérselo. Así que me agaché sin pensar y lo recogí en mis brazos.

—¡Eh! ¡Tranquilo!

El perro grande no ralentizó. Vino directo y se alzó en las patas traseras. Solté un grito y me tambaleé, segura de que iba a morderlo, a arrancarlo de mis brazos y despedazarlo delante de mis narices.

Pero nada de eso sucedió, porque el fuerte brazo de Rin me rodeó la cintura, me levantó a mí junto con el perro en un

movimiento rápido, y nos subió a un muro de piedra, lejos del alcance del akita.

El perro grande se detuvo a nuestros pies, ladrando y evaluando la situación. Rin le sostuvo la mirada, con calma a la vez que se plantaba frente al animal y lo hizo retroceder y, tras pensárselo un poco, marcharse de vuelta a donde su negligente dueño le hubiera dejado.

Tras un instante de recobrar la calma, bajé la vista a Senna, que aún temblaba en mis brazos.

—Guau, ¿no te sientes protegido ahora mismo? —le susurré, dirigiéndole a mi jefe una sonrisa que pretendía ser burlona, pero que salió más bien deslumbrada.

Rin no respondió, solo sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco con el fantasma de una sonrisa.

Me doy cuenta de que estoy sonriéndole al conjuro de mi hermana y suspiro tratando de volver al momento presente. Cuando vuelco el vaso con agua sobre el arroz, noto una resistencia por parte de mi brazo que trato de ignorar. Mi cabeza se sacude, decepcionada conmigo misma. No soy una experta, pero estoy segura de que recordar momentos bonitos entre mi jefe y yo no ayuda nada a romper un conjuro de amor.

Después de eso, me meto en el baño. Rin va a pasar a por mí en quince minutos y aún ni siquiera me he duchado.

La ducha es el sitio más peligroso para mí estos días. El agua caliente, mi piel sin barreras, la iluminación tenue y el espacio íntimo, son el cóctel perfecto para que mi mente recuerde algunos momentos que me hacen sentir culpa mezclada con otras cosas.

Antes de ayer, por ejemplo. Veníamos de una reunión en la tercera planta y en lugar de tomar el ascensor usamos las escaleras de incendios. Me tropecé en un escalón y Rin me sostuvo, aprovechando para acorralarme contra la pared.

Nos quedamos mirándonos en silencio, dolorosamente conscientes de que su mano caliente tocaba la piel de mi brazo y que sus caderas estaban contra las mías. De que esa parte de nuestro cuerpo estaba en contacto por primera vez.

—Takeda-san… —musité, cuando noté que llevábamos demasiado tiempo pegados y mirándonos en silencio como para poner mi tropiezo de excusa—. Tenemos un trato.

—Malu… —Sus ojos relampaguearon. Conforme se deslizaron por mi rostro. Su mano ascendió por mi brazo hasta mi hombro, enviando relámpagos placenteros por toda la piel de mi cuerpo—. ¿Por qué me torturas así?

Su rostro descendió hacia mí y lo noté, lo duro que vuelve resistirse al calor que generan nuestros cuerpos, a las cosquillas que su tacto envía por todos mis nervios, al calor húmedo que se acumula en mi vientre cuando le tengo tan cerca.

Sus labios se deslizaron entonces por mi oreja, suaves, una caricia casi imperceptible.

—Ven esta noche a mi casa —susurró contra mi lóbulo.

—No puedo —murmuré.

—¿Quieres que te lo ruegue, Aoki? ¿Es eso? —continuó él, su boca descendiendo por mi mandíbula—. ¿Quieres verme de rodillas?

Sus labios acariciaron la piel de mi cuello y me derretí, casi igual que me está pasando ahora al recordarlo bajo el chorro de agua caliente. ¿Cómo se supone que voy a luchar contra esto? ¿Cómo puede mi conciencia ganar esa batalla?

—Porque si me pongo de rodillas para ti va a ser para algo más que implorar. —Su mano bajó por mi cadera conforme hablaba, y la cerró sobre mi muslo, forzándolo a abrirse un poco.

Fue el jadeo tan alto que solté lo que me hizo despertar y darme cuenta de lo que estaba haciendo. De que estaba a punto de abusar de un hombre que no está interesado en mí.

—De verdad que no puedo, Rin —gemí, empujándolo de los hombros contra mi voluntad.

Su expresión de anhelo y desesperación me provocó un mareo de placer mezclado con autocensura, de lo más molesto.

—Tengo que irme. —Salí corriendo escaleras arriba.

Termino de ducharme y me visto, encontrándome físicamente mal por la tortura a la que llevo semanas sometiendo a mi cuerpo y a mi mente. La culpa y el deseo revueltos en mi pecho.

Me pongo el abrigo y salgo.

El Aston Martin está aparcado frente a la puerta, un santo con dos pistolas en un barrio tan viejo como el mío. El motor está apagado porque debe llevar un rato esperándome. Rin está en el interior, con el móvil en la mano, y levanta la vista cuando oye mis pasos en el asfalto.

La puerta del copiloto se abre desde dentro, siempre lo hace, se toma la molestia de estirarse para abrirme la puerta.

El olor de su colonia me golpea al entrar. Rin me mira de reojo.

—Tienes cara de no haber dormido bien.

—Culpa tuya —murmuro.

Él sonríe con arrogancia.

—Bien. Me gusta ser el motivo de tu insomnio.

Sus palabras me hacen sentir cosas que no me ayudan en este momento.

—¿Qué sentido tiene regalarme un coche si me llevas a todas partes? —me quejo, malhumorada por la frustración.

—Buenos días —responde él con una sonrisa sarcástica.

Después arranca y el silencio entre nosotros es melancólico por mi parte y confuso por la suya.

—¿Qué te pasa? —No han pasado ni cinco minutos, cuando empieza su interrogatorio.

—Nada.

—Malu.

—Me he levantado con el pie izquierdo.

Nos mantenemos en silencio hasta que se detiene en el siguiente semáforo.

—¿El pie izquierdo?

—Sí.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Es una expresión brasileña?

—Sí, algo tipo *Yakubi*: Día de desgracia—le traduzco.

No responde, pero noto cómo procesa la respuesta, ese movimiento mínimo de su mandíbula que en él equivale a archivarlo todo para más tarde.

El resto del trayecto pasa en un silencio íntimo.

Aparca frente al edificio y nos bajamos con Senna pegado a los talones. Caminamos hacia la entrada y él va ligeramente por delante, una señal de que el regreso a la normalidad está al caer. Yo voy dos pasos detrás con las manos en los bolsillos del abrigo y la sensación de que me pesa la cabeza.

—Espera —dice, parándose. Se palpa el bolsillo interior de la chaqueta y frunce levemente el ceño—. Me he olvidado algo en el coche, sube tú.

Mis cejas se alzan.

—¿Qué te has olvidado?

—Algo para terminar con tu *Yakubi* de golpe —esboza una sonrisa misteriosa.

Trato de no sonreír de vuelta, trato de ignorar el calor en mi pecho y la forma en que mi corazón se retuerce.

Cojo a Senna en brazos y entro al edificio con una bola de ansiedad en el estómago. Tengo la sensación de que se me está acabando el tiempo, que voy a morirme o algo, lo que es ridículo porque cuando el hechizo de debilitamiento surta efecto, solo voy a volver a la normalidad.

El ascensor debe estar pillado en otra planta porque tarda un montón en bajar. Cuando por fin llega y se vacía, entro y le doy al número 4 distraída. Las puertas empiezan a cerrarse. Y entonces una mano se interpone. El sensor reacciona y estas se abren.

Rin bloquea la entrada con un ramo de tulipanes rosas y una sonrisa juguetona.

Los sostiene junto a mi cabeza.

—Lo sabía, son del mismo color de tu pelo.

—¿Eso es para mí? —parpadeo y hago el amago de cogerlos.

—No. —Él los aparta de mi alcance y me quita al perro con la otra mano.

—¿Entonces para quién? —Me cruzo de brazos.

—Son para ti si te los ganas.

—¿Cómo?

Sus perfectos dientes blancos me deslumbran.

—Es un reto: Diez besos antes de llegar a la cuarta planta y son tuyos. —Se inclina y me ofrece su mejilla.

Le da al botón y el ascensor empieza a subir suave y silencioso.

—Estás loco.

—Estás perdiendo tiempo.

Miro el color rosa de mi pintalabios en el espejo

—Te mancharía —le advierto.

—Me da igual.

—Odias el rosa.

—Planta 1. Y no puedes repetir lugar…

Y así, en el ascensor de Hayabusa Engineering, a las nueve y cuatro minutos de un lunes en el que me he levantado con el pie izquierdo y un revoltijo de ansiedad en el estómago, mi química cerebral cambia de golpe.

Le beso por toda la cara, besos rápidos, fugaces, torpes, divertidos, tiernos, mientras río y él cuenta con una sonrisa que le va de oreja a oreja. El cuello, la mandíbula, el otro pómulo. Las marcas de mi pintalabios me ayudan a no repetir lugar.

Seis, siete… Rin cuenta cada vez más cerca de reírse del todo, y yo con los pulmones a medio funcionamiento, tratando de no aplastar a Senna en sus brazos.

Ocho…

En el beso número nueve me detengo en la comisura de su boca. Rin gira la cara y captura mis labios y el juego cambia por completo. El beso número diez es profundo, hambriento. Su brazo rodea mi cintura y me aprieta contra él.

—Esto no cuenta —jadeo contra su boca.

—Cuenta doble —responde él, mordiéndome el labio inferior.

El ascensor llega a la cuarta planta y las puertas se abren.

Rin tiene el cuello y el rostro cubiertos de marcas de pintalabios rosa. Yo me estoy tronchando de la risa a pesar de que ese último beso me ha dejado con piernas de gelatina.

—Mi premio. —Extiendo la mano hacia los tulipanes.

—Ah, ah —niega él con un brillo travieso en los ojos—. Has perdido, tenían que haber sido los diez como ese último.

Sale del ascensor y yo me abalanzo sobre las flores.

—Ni se te ocurra.

No me deja quitárselas, las levanta en alto y ni dando saltos salvo nuestra diferencia de estatura.

—Dámelas, me las he ganado. —Le clavo un dedo en el estómago, que se me dobla por lo duros que están sus abdominales. Aun así, funciona, él suelta un quejido y encoge el brazo. Y entonces aprovecho para hacerme con el ramillete como una auténtica ninja.

En ese momento, nos damos cuenta de que toda la planta nos mira, petrificados a mitad de sus funciones y boquiabiertos.

Perfecto para avivar los rumores… En un par de días, tendré que explicar que, tras un romance breve con el ogro de nuestro jefe, me ha dejado mientras intento recomponer mis ilusiones más delirantes.

Ante la atención que estamos recibiendo, yo carraspeo y él se estira, y nos despedimos sin palabras, cada uno caminando hacia su lugar de trabajo. Yo fingiendo que no ha pasado nada y él con toda la dignidad que puede tener alguien con la cara llena de huellas de labios rosas.

De camino a mi mesa me cruzo con Yui. Sostiene un montón de folios que ni recuerda tener en las manos y nos observa con una expresión derrotada.

Genial, por si no me sentía lo suficientemente mal.

Cuando llego a mi mesa, pongo el ramillete sobre mi teclado y me quito la chaqueta.

—Tienes el pintalabios corrido —comenta Rafaela y me ofrece un pañuelo de papel, sin apartar la vista de su pantalla.

Lo acepto. Hay un espejito guardado en alguna parte de mis cajones y lo uso para acicalarme un poco. Después lleno una taza con una botella de agua vieja, que lleva a saber cuánto en un rincón polvoriento de mi mesa, para poner los tulipanes. De la cinta que los mantiene juntos cae algo pequeño. Lo recojo y descubro un colgante de oro con forma de monoplaza, diminuto, con lo que parecen ser diamantes diminutos en las ruedas.

Me quedo mirándolo en la palma de la mano un momento.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me quito la cadena para poder añadir mi nuevo colgante.

—¿No te estarás enamorando? —La voz de mi hermana me pilla acariciando el pequeño coche de Fórmula 1 entre mis dedos.

—Por favor… —Mi risa seca se pasa de exagerada—. ¿Cómo voy a enamorarme de un ogro? ¿Qué soy, Fiona?

—Un poco Fiona sí que eres —se burla mi hermana, a lo que respondo con un «ja, ja» sarcástico.

Mi pantalla se enciende y me concentro en el trabajo que tengo pendiente para la fiesta de Hiroshi, ignorándola concienzudamente. La fiesta es esta noche y necesito ultimar todos los detalles y asegurarme de que todo salga perfecto. Lo que tiene recibir un coche, es que de pronto quieres dar el cien por cien.

Sobre todo, cuando el regalo viene de unos sentimientos que tú misma fabricaste en una olla.

17

La reunión lleva noventa minutos y los tres socios de Londres todavía no han terminado de hablar.

Hiroshi los escucha fingiendo que lo está entendiendo todo, pero yo sé que su nivel de inglés no da para tanto. Rin está a su derecha, con la chaqueta abierta y un gesto concentrado.

Yo estoy al fondo con la tablet, tomando notas, haciendo lo que hago en estas reuniones: ser invisible de una forma útil. Lo cual funcionaría mejor si Rin dejara de mirarme.

La primera vez lo achaco a la casualidad. Está explicando algo sobre la estructura de inversión y su mirada pasa por la sala y se detiene en mí un segundo antes de continuar.

La segunda vez ya no es casual. El socio más mayor, Harrison, está hablando de proyecciones a cinco años y Rin tiene los ojos fijos sobre mí, y una expresión soñadora. Quién sabe lo que se le está pasando por la cabeza.

Bajo la mirada a la tablet, notando que me arden las mejillas, solo de imaginarlo.

La tercera vez ocurre mientras le han hecho una pregunta que no responde porque está totalmente abstraído. Nos miramos y le hago un gesto discreto pero significativo. Él no aparta los ojos. Yo sí, porque soy la única de los dos que parece recordar que hay otras cuatro personas en esta habitación. Pero noto que sigue. Su mirada es tan intensa que siento calor subiendo por mi pecho y concentrándose entre mis piernas. Aprieto los muslos bajo la mesa. Por un segundo, parece que quiere levantarse, cruzar la sala y besarme delante de todos.

Hiroshi, desde la cabecera de la mesa, no dice nada. Pero intercala la vista entre nosotros pareciendo sospechar algo.

La reunión concluye con lo que todos sabíamos que iba a concluir: hay que preparar un análisis comparativo de rentabilidad para presentar a los socios de Londres antes de fin del viernes. Márgenes, proyecciones, el desglose de los últimos tres ejercicios fiscales cruzado con las nuevas líneas de patrocinio.

El tipo de informe que Rin odia preparar. No porque no sepa hacerlo, sino porque requiere sentarse a sistematizar información durante horas en lugar de tomar decisiones, y Rin Takeda es un hombre de decisiones.

Todos van saliendo. Harrison estrecha manos e Hiroshi acompaña al grupo hacia la salida con una sonrisa cordial y cálida.

Rin no se mueve de su silla.

—Aoki, quédate un momento.

Me detengo en el umbral. Los últimos pasos de los demás se alejan por el pasillo. La puerta se cierra sola con un clic fatídico. He estado evitando quedarme a solas con él desde lo de la escalera de incendios. Normalmente arrastro a Rafaela conmigo con alguna excusa tonta que él no se traga en absoluto, o espero a que alguien de mi equipo vaya a hacerle una visita para unirme.

Me giro despacio. Está recogiendo los papeles de la mesa.

—El análisis comparativo —digo, antes de que él lleve ese momento al terreno personal—. Necesitamos tus parámetros antes de empezarlo.

—Los tendrás.

—Odias hacer ese trabajo, me vas a tener esperando hasta el último momento.

—Dime cuando lo necesitas, no es para tanto —se encoge de hombros, restándole importancia.

—Es más largo de lo que crees, no te confíes.

Me ojea como si fuera una mosca molesta rondándole.

—Puedo tenerlo en media hora —dice.

Levanto una ceja.

—Ni hablar —me río—. Han dicho de tres ejercicios fiscales cruzado con las nuevas líneas de patrocinio.

—Sí.

—Necesitas cuatro horas, mínimo.

—¿Quieres apostar? —La sonrisa que me dedica es de todo menos inocente.

Es el momento de huir, pero nunca he sido de las que se rinden. Dejo la tablet sobre la mesa y me cruzo de brazos, para hacerme la dura.

—Si no lo terminas en media hora —digo, despacio—. Quiero cinco días libres para todos. Dios sabe que nos debes mucho más que eso en horas extras.

Sus ojos se mueven por mi cara.

—¿Y si lo termino?

—Tendrás el placer de demostrar que me equivoco.

Rin sonríe de lado, y un brillo perverso se instala en sus ojos, mientras me observa.

—No es que tener razón no me guste, pero hay otros placeres que… —Hay fuego en su mirada conforme me reta—. Me parecen más urgentes.

—¿Urgentes? —suelto una risa seca, repentinamente acalorada.

Rin se mete las manos en los bolsillos del pantalón y levanta el mentón desafiante.

—Si gano, te quedas a dormir en mi casa esta noche.

Aprieto los labios. No puedo hacer eso… no con el estado en el que me encuentro. No con todo el tiempo inesperadamente genial que hemos estado pasando juntos. Pero tengo un truco bajo la manga y sé que esos cinco días de vacaciones les vendrían de perlas al equipo.

—Trato —respondo, aunque mi voz sale un poco ronca.

Él se pasa la lengua por el labio inferior sin darse cuenta. Ese pequeño gesto me acelera el pulso.

Satisfecho y también un poco sorprendido con mi aceptación, Rin se sienta frente al ordenador. Tiene la expresión de un vencedor, aunque el marcador todavía no lo confirme. Abre los archivos. Empieza a teclear con esa eficiencia que siempre me resulta ligeramente irritante.

Me quedo de pie un momento, mirando la pantalla por encima de su hombro.

Y entonces entrelazo las manos, estiro los brazos y me preparo para empezar mi boicot. Hago algo que él no se espera. Sin pedir permiso, me siento en su regazo.

Se detiene al instante.

—¿Qué haces?

—Ayudarte.

—Eso no es ayudar.

—¿He dicho ayudarte? —ronroneo, repasando el arco de su oreja con mis dedos para prender un mechón de su cabello detrás—. Quería decir ayudándome a ganar la apuesta.

Él suelta una risa seca.

—No eres para tanto —murmura, pero noto la tensión de su cuerpo bajo el mío. La forma en la que jadea las palabras. Todo gracias al hechizo, claro.

Me revuelvo en su regazo, notando inmediatamente su calor y la dureza creciente bajo mi culo. Rin se tensa y suelta un gruñido bajo.

—Malu… esto no es justo.

—La vida no es justa —susurro cerca de su oreja, rozándola con los labios.

Muevo las caderas muy ligeramente, frotándome contra él. Rin suelta el aire con fuerza y una de sus manos baja a mi muslo, clavando los dedos.

—Estás jugando con fuego —advierte con voz ronca.

—Me gusta quemarme —respondo, besando el borde de su mandíbula.

Él hace lo que puede por concentrarse conmigo encajada contra su pecho y las ventanas abiertas que ocupan la pantalla. Su barbilla roza mi pelo cada vez que se inclina hacia delante, y el calor de su torso está instalándose en mi costado. La triste verdad es que lo estoy pasando tan mal como él. La temperatura de nuestros cuerpos sube de una forma casi insoportable.

Pasan cuatro minutos, durante los cuales él teclea, echándome solo un par de vistazos inevitables.

Mientras, yo observo el perfil de su rostro, fascinada. Paso mi dedo medio por el relieve de sus pómulos. Él traga saliva, la nuez subiendo y bajando en su bonito cuello moreno. Quiero lamerlo, pero moralmente no puedo llegar tan lejos. Me conformo con mirar y acariciar de forma reverente la obra de arte que la naturaleza ha hecho con su rostro.

Soplo suavemente hacia su oreja y él tiembla bajo mis piernas.

—Si haces trampa, yo también la haré —amenaza, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Perdón —mi voz suena fascinada. Estoy fascinada. Desde el día que mis ojos se posaron sobre él por primera vez, después de haberle visto conducir.

Le toco la nariz con un dedo. Solo eso, el gesto más inocente del mundo.

Me mira de lado con cierta desconfianza.

—Tu rostro es ridículo.

—Pues bien que te gusta mirarlo.

Suspiro.

—Por eso lo digo. ¿Sabes lo que creo?

Sus cejas se alzan mientras sigue trabajando, la única señal de que me está escuchando.

—Creo que debes ser el hombre más guapo de todo Japón. ¿Qué se siente?

—Que no me sirve de mucho si tengo que hacer una apuesta desesperada para llevar a una chica a mi casa —responde en tono amargo.

Me río, porque toda esta situación es surrealista y él ni siquiera lo entiende.

Mis dedos suben por el puente de su nariz y entonces me fijo en sus ojos.

La luz del ordenador cayéndoles de lado, haciendo sus relieves más pronunciados.

—¿Los tienes operados? —pregunto, de repente.

Rin frunce el ceño.

—No.

—Cuesta creerlo, son demasiado perfectos.

Eso le hace poner una mueca.

—¿Qué?

—Nunca me han gustado.

Me aparto, ofendida por el comentario como si estuviera hablando de mi propio cuerpo en lugar del suyo.

—¿Cómo puede ser?

—Son como los de ella —repite, en voz más baja—. Iguales a los de mi madre.

El ambiente se congela.

—¿Tu madre?

Rin ha parado de teclear, así que al final he logrado distraerle de una forma distinta.

—No quiero hablar de eso.

No insisto porque noto la muralla alrededor de su corazón casi como si pudiera verla. Mi mano se mueve sola. Sube hasta su cara y le acaricia el párpado con cuidado, con delicadeza.

—No los odies —susurro—. No hay mucha belleza en el mundo.

Él no responde.

Solo baja un poco la mirada, hacia algún sitio entre mis manos y el teclado. Aprovecho que están casi cerrados para hacer algo que siempre he querido y que pronto ya no podré hacer: le doy un beso suave en el párpado.

Rin cierra los ojos y contiene la respiración, dejándome hacer lo que quiera con este instante tan improbable. Beso el otro ojo.

El silencio que sigue pertenece a otra vida. Un instante de ternura entre nosotros que nunca jamás podré borrar de mi memoria.

—Nunca la habías mencionado.

—No me gusta hablar de ella. —Me mira, y en sus ojos leo miedo. ¿Rin Takeda tiene miedo? ¿De qué?

—Mi madre falleció cuando era pequeña —le cuento, sin añadir nada más. Tristemente ambos sabemos bien lo que significa una madre ausente, por las razones que sean.

Le rodeo el cuello con los brazos, despacio, sin prisa, y apoyo la frente en su sien. Él no se mueve. Pero sus manos, que estaban sobre el teclado, se desplazan hasta mis rodillas y se quedan ahí,

quietas, con algo que no es deseo sino dolor compartido y ganas de borrárnoslo el uno al otro.

En la pantalla, su análisis comparativo lleva cinco minutos sin avanzar, pero ninguno de los dos lo menciona.

18

El apartamento de Rin está igual de limpio y ordenado que la última vez. Las luces bajas se reflejan en el cristal de los ventanales que dan a la ciudad encendida.

—Ponte cómoda —dice, dejando las llaves en la encimera.

Me quito la chaqueta con movimientos más lentos de lo normal, muy consciente de cada segundo. De cada pequeña decisión que me ha traído hasta aquí.

—No me puedo creer que te haya dado tiempo a terminarlo —murmuro—. Seguro que está plagado de errores.

—Te invito a repasarlo.

—Eres mi jefe, no debería tener que repasar lo que haces —me quejo, cruzada de brazos en mitad de su salón y sin saber dónde meterme. Sé perfectamente por qué quería traerme aquí. El hechizo de amor debe tener un componente erótico potente. Y también sé que no puedo permitir que ocurra, por mucho que me tiente la idea.

—¿Qué quieres cenar?

Cuando me giro, ya se ha quitado la chaqueta y tiene el móvil en la mano.

—Se supone que quieres seducirme, ¿no? —le recuerdo, burlona—. Deberías cocinar tú mismo y sin camisa.

Él parece considerar mi petición, aunque ambos sabemos que es una broma.

Entonces, empieza a abrirse los botones.

—¿Qué haces? —consigo decir, tras un carraspeo.

—Todo lo que me pidas —responde él, quitándosela con un movimiento fluido.

Me quedo mirando su torso desnudo. Los músculos definidos, la piel bronceada, la forma en que se tensan sus abdominales al moverse. Trago saliva con dificultad, mientras le veo dirigirse a la cocina y abrir la nevera.

—No tengo mucho— se rasca la barbilla—. Pero creo que puedo preparar *Oyakodon*.

—Ah —respondo distraída. Los pantalones se le ciñen al trasero de una forma maravillosa que su chaqueta suele ocultar—. ¿Te gusta eso?

—¿Qué? —salto, preocupada porque me haya pillado mirándole el culo.

—*Oyakodon* —repite él con paciencia, echándome un vistazo sobre su hombro.

—Sí.

La luz de la nevera arroja luces anaranjadas y sombras sobre sus pectorales. Que Dios me ayude.

Se mueve por la cocina con una soltura inesperada. Saca los ingredientes de la nevera. El pollo, los huevos, la cebolla, el caldo, colocándolo todo sobre la encimera de forma organizada.

Me subo al taburete del otro lado de la barra y apoyo el mentón en la mano, disfrutando del espectáculo. Porque eso es lo que es.

—Deberías ponerte algo —digo, sin mucha convicción, pero temiendo que se queme.

Rin se gira y me dedica una sonrisa lenta.

—¿Te distraigo?

—Mucho —admito—¿Sabes lo que haces?

—Sí.

—¿De verdad? No pareces el tipo de persona que cocina.

—Qué tontería.

—De hecho, esto parece más el principio de una película porno.

Rin levanta la vista de la tabla de cortar y me echa una mirada entre chocada y divertida.

—Eso es justo lo que es —tiene el descaro de contestar con una sonrisa traviesa. Y ni siquiera puedo regañarle porque me lo he buscado yo misma.

Suspiro mientras él coge el cuchillo y empieza a cortar la cebolla en un estilo digno de un espectáculo, y no porque tenga una pericia especial con el cuchillo. El movimiento del antebrazo, la forma en que los músculos del hombro se ajustan con cada corte, la línea de su espalda cuando se inclina ligeramente sobre la tabla… Me muerdo el labio inferior.

—¿A ti te gusta cocinar? —pregunta, sin apartar los ojos de lo que está haciendo.

—No mucho, normalmente mi padre se encarga de la comida, así que Rafaela y yo no valemos para mucho en la cocina.

Pone una sartén al fuego. El aceite tarda en calentar y él aprovecha para cortar el pollo en trozos uniformes.

—¿Quieres darte una ducha mientras termino esto?

—¿Y perderme el espectáculo?

—Después de la cena hay uno mejor —me provoca él, pero no me dejo asustar. Si supiera las cosas que se me están pasando por la cabeza ahora mismo, saldría corriendo.

—Supongo que te refieres a que vas a preparar *Dorayakis* de postre.

Rin suelta una carcajada genuina.

—¿A qué si no?

—¿Cocinas para todas las mujeres que traes a casa? —pregunto, simplemente porque no puedo evitarlo

Una pausa mínima.

—No.

Enarco una ceja a modo de interrogación. Él añade el pollo a la sartén y el sonido del aceite caliente llena la cocina. El chisporroteo tiene algo íntimo y doméstico, completamente fuera de lugar con la imagen que tengo de este hombre en mi cabeza, después de seis años de carreras, despachos y reuniones.

—Seguro que haces exactamente lo mismo —comento más como para mí misma y después imito su gesto de arrancarse la camiseta y pongo un tono de voz grave—. Haré todo lo que quieras, nena.

—Nunca he dicho nena en mi vida —niega él, horrorizado.

Me cruzo de brazos.

—¿Entonces qué me vas a llamar cuando llevemos meses saliendo? —bromeo, sabiendo que eso nunca va a ocurrir.

Rin esboza una sonrisita misteriosa.

—Te lo diré cuando me confieses tu amor.

Pongo los ojos en blanco, ignorando el pinchazo de tristeza que me provoca este juego.

Nos quedamos un momento en silencio, mientras él remueve el pollo en la sartén sin girarse. Añade el caldo. La cocina se llena de ese aroma que tiene el *Oyakodon* cuando empieza a reducirse, el pollo, la salsa de soja, el mirin, ese olor específico que en cualquier otra circunstancia me resultaría simplemente agradable. Esta noche, en esta cocina, con él de espaldas y la luz de la campana extractora cayéndole sobre los hombros, se convierte en un símbolo.

Me apoyo en la barra con la barbilla en las manos.

—De verdad que deberías ponerte una camiseta —insisto.

—¿Por qué?

—Porque puedes quemarte.

—¿Me curarías?

—Sí.

Se gira esta vez del todo. Por su expresión, parece que le he prometido mucho más que eso.

—Tal vez lo consigas —murmura y regresa la atención a la comida. Y ya no estoy segura de qué hablamos.

Bate los huevos en un bol pequeño con eficiencia. Los vierte sobre el pollo en un movimiento circular, cubriendo la sartén con la tapa después, y en los treinta segundos siguientes la cocina se llena del aroma de comida casi lista.

De un salto me bajo del taburete y me aproximo para asomarme por encima de su hombro.

—Huele bien —admito.

—¿Y la comida?

—Muy gracioso…

Coge dos cuencos del armario. Los llena con arroz primero, luego vierte el contenido de la sartén por encima. Me pasa uno. Cojo los palillos y lo pruebo.

—¿Está bueno?

Está muy bueno. Más de lo que esperaba y más de lo que me conviene admitir en este momento.

—Está aceptable para estar hecho por un niño pijo como tú —digo.

Él entorna los ojos y parece dudar entre ofenderse o reírse de mí.

—Viniendo de alguien que no sabe freír un huevo… —Se apoya en la encimera del otro lado con su propio cuenco, aún sin camisa, y con la ciudad entera detrás de los ventanales como fondo. Podría convertir esa imagen en un póster y colgarla en mi cuarto, para cuando ya no se me permita tener momentos así con él.

—¿En qué piensas? —pregunta después de tragar.

—En nada. —Mi rapidez es sospechosa.

—Mentira.

—Estoy pensando en lo injusto que es que lo hagas todo bien.

—¿Quién dice que lo hago todo bien?

—Solía creer que eras tan listo, habilidoso y guapo para compensar una personalidad desagradable, pero… No ha sido nada desagradable pasar tiempo contigo estas semanas.

Rin deja el bol sobre la mesa y se acerca a mí despacio.

—Eso suena casi a una declaración —dice, plantándose delante de mí. Demasiado cerca para mi cordura.

—No lo es.

Sus manos se apoyan en la barra a ambos lados de mi cuerpo.

—No te creo, Malu —murmura, inclinándose hacia delante—. Creo que sientes lo mismo que yo.

—No —exhalo—. Ni siquiera tú sientes lo mismo que tú.

Eso le hace fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Abro la boca y por un instante me planteo la opción de contarle la verdad, porque sinceramente no sé si voy a poder rechazarle si intenta algo de nuevo, pero es demasiado complicado.

—Lo que quiero decir es que en unos días no sentirás lo mismo que ahora —ofrezco, en su lugar.

Él recoge un mechón de mi cabello que me cubre la frente y lo pasa por detrás de mi oreja. La caricia provoca cosquillas que me

bajan por la oreja hasta el cuello.

—¿Crees que acosaría a la mujer con la que llevo seis años trabajando solo para sexo casual?

—Justamente porque llevamos seis años trabajando juntos y nunca te planteaste esto, ni siquiera cuando éramos más jóvenes e impulsivos… Nunca pensaste en mí de esa forma.

Sus ojos examinan los míos con detenimiento.

—¿Quién dice que nunca pensé en ti de esa forma?

Pongo una mueca de irritación.

—Es evidente.

—Malu, he fantaseado con hacerte cosas que me mandarían directo al infierno.

Siento un latigazo de calor entre los muslos. Rin se acerca más, atrapándome contra la encimera.

—Y todas esas fantasías han ocurrido en los últimos doce días… —susurro, casi sin voz.

Eso le hace soltar una risa seca y sacudir la cabeza.

—He soñado con conducir por Suzuka contigo desnuda encima de mí. Cuando me obligabas a llevar la gorra de los patrocinadores, fantaseaba con vengarme de ti doblándote sobre mi coche y levantándote la falda. Cuando volví de Londres y vi el color de tu pelo, me lo imaginé enrollado alrededor de mi puño mientras te arrodillabas debajo de mi mesa… ¿Necesitas que siga?

De pronto, mi barbilla pesa una tonelada y soy incapaz de cerrar la boca. Toda la sangre de mi cuerpo bulle furiosa y me ruge en los oídos. ¿Puede el hechizo estar haciendo esto? ¿Colocar recuerdos de fantasías falsas en su cabeza?

Él está leyendo mi rostro con toda su atención. Levanta la mano y roza los nudillos contra mis mejillas.

—Ahora tus mejillas también están rosas… —murmura—. Necesito saber si es porque te he escandalizado o excitado.

No puedo responder porque me he quedado sin palabras, sin argumentos, sin conciencia… y hasta el suelo debajo de mis pies parece haber desaparecido.

Rin inclina la cabeza tratando de ver mejor mis ojos e interpretar él mismo la respuesta.

—No me queda claro —susurra—, voy a tener que investigar más.

Dicho eso, toma mi muñeca y conduce mi mano a su pecho. El calor de su piel, el músculo debajo, la respiración que se mueve apenas más rápido de lo habitual, actúan como mi propio hechizo. No respondo de mis actos.

—Te gusta —observa en voz baja. Sin arrogancia.

—Umm. —No es una respuesta. Es una rendición parcial y los dos lo sabemos.

Su mano cubre la mía y la desliza por su torso despacio, dejándome notar todos los relieves de sus músculos abdominales. Es fascinante. Lo mejor que he tocado en mi vida.

Pero él no se detiene ahí, sigue bajando mi mano por la cintura de sus pantalones ejecutivos. Me tapo la boca cuando noto el bulto caliente de su entrepierna. Rin ahueca nuestras manos sobre su pene que está imposiblemente duro y cuando mis dedos pasan por la protuberancia de la cabeza, lo oigo inhalar de golpe como si le hubiera quemado.

—¿Duele?

—No.

Mi voz no tiene ninguna fuerza. Mis piernas, todavía menos.

Se acerca un poco más, reduciendo la distancia hasta que el espacio entre nosotros arde con el calor de nuestros cuerpos.

Su mano abandona la mía y vuelve a apoyarse en la encimera. Este es el instante en el que tendría que retirarla, pero parece que estoy pegada. La muevo un poco, frotando su largura y lo veo inclinarse hacia delante y cerrar los ojos.

—Esto no está bien —digo para mí misma. Abro el primer botón de sus pantalones y él se apresura en ayudarme. Introduzco la mano por debajo de la tela de sus calzoncillos con un sentimiento de culpa que quema tanto como mi deseo.

—Está… perfecto —gruñe cuando nuestras pieles se tocan.

Muevo la mano de arriba abajo una vez, convencida de que voy a ir al infierno.

Rin hace una mueca de sufrimiento, y toma mi muñeca par detenerla con suavidad.

—Mejor no hagas eso aún —jadea, y parece un poco avergonzado consigo mismo.

Me agarra de las caderas y me hace girar. Mi espalda queda acunada por su pecho y mi culo aterriza contra su abultada entrepierna.

Sus dedos están clavados en mi cadera, pero me gusta la intensidad con la que me sostiene. La otra se desliza por mi vientre creando un camino de cosquillas enloquecedoras hacia mi entrepierna. El primer roce sobre ese punto, que ha despertado con la fricción de nuestros cuerpos, me hace retorcerme de placer.

Me froto contra él sin ningún autocontrol. Buscando su tacto y su calor con una desesperación que me sorprende. Es maravilloso escuchar cómo pierde el control de su respiración.

—Soy una mala persona —jadeo.

—Yo también, Malu —susurra contra mi oreja—. Mis empleados me llaman ogro.

La palma de su mano dibuja un círculo entre mis piernas, y se me doblan las rodillas. Por suerte, él sostiene el peso de mi cuerpo sin problemas.

—Seamos malos juntos —dice, contra mi oreja justo antes de besarme el cuello—. Quiero hacerte gritar mi nombre.

Y por un momento me dejo seducir por la idea. ¿Tan malo puede ser algo que se siente tan bien? ¿Tan necesario?

Sus brazos me rodean antes de que mi cuerpo termine de decidir si va a resistirse, y el mundo se reorganiza en un nuevo orden que tiene más sentido que nunca. La presión de su pecho contra el mío, el calor, la forma en que encajo contra él como si nos hubieran creado el uno para el otro.

Mis hombros se relajan sin permiso y él vuelve a girarme y a sentarme sobre el taburete. Mis piernas rodean sus caderas y cuando me frota contra él, ardemos juntos.

—Dios —murmuro contra su pecho.

—Rin —corrige él, mordisqueándome el cuello—, soy el único hombre al que quiero que menciones en este momento.

—Pero es que necesito su ayuda. —Cierro los ojos—. El demonio está intentando reclutarme.

—¿Y estás considerando la oferta? —Sus manos asen mis caderas con determinación y me besa tan profundo, su lengua saboreando cada rincón recóndito de mi boca en un baile que me deja con la cabeza dando vueltas.

Me separo un milímetro. Solo para respirar. Para recuperar algo parecido a la capacidad de pensar.

—Necesitamos —exhalo— un preservativo.

—No, quiero sentirte, quiero que tengas a mis hijos —gruñe él como si nada, y esa frase cae como un balde de agua fría sobre mí.

Le empujo los hombros y le miro a la cara.

—Eso no lo has dicho tú.

Su ceño se frunce.

—Claro que lo he dicho yo.

—No. —El estómago se me hunde. Es el hechizo hablando por él.

Me aparto del todo y me bajo del taburete con el cuerpo aún temblando.

—Llévame a casa.

—Malu…

—Tenemos un trato, nada de besos hasta que terminen los quince días. —Mi voz tiembla. No lo suficiente para que él lo note, o quizá sí, porque acaba por asentir.

Rin apoya la frente contra la mía, respirando con dificultad.

—Me estás matando —susurra—. Pero esperaré. Esperaré lo que haga falta hasta que confíes en mí.

Se pasa la mano por la nuca y suspira resignado.

Cinco minutos más tarde, cuando cruzo el umbral de su casa, murmuro un adiós a su apartamento que me duele en el centro del pecho.

19

El salón de gala del hotel brilla como si alguien hubiera decidido encapsular la ciudad dentro de un techo de cristal. Lámparas suspendidas como constelaciones, mesas perfectamente alineadas, copas que reflejan luz dorada en todas las direcciones posibles. El logo de Hayabusa Engineering preside el fondo con su elegancia minimalista.

Todo está perfecto. Yo lo sé porque lo he organizado hasta el último detalle. El catering, la disposición de las mesas, el orden de los discursos, la iluminación que cambia en tres momentos concretos de la noche, para dar la sensación de que el espacio evoluciona sin que nadie tenga que notarlo.

Y aun así, siento un nudo en el estómago que ninguna inhalación profunda consigue deshacer.

—Respira —murmura Rafaela a mi lado, ajustándose el vestido —. Si te desmayas, hazlo cerca de alguien rico.

—Gracias por el consejo, muy útil.

—Para eso estoy.

Lleva el pelo recogido de una forma que le he visto pocas veces, más formal de lo habitual, y sostiene la copa con tanta fuerza que temo que la rompa. Cuando levanta la vista hacia la entrada, lo entiendo. Watanabe acaba de entrar.

Va con un traje oscuro, sin nada debajo de la chaqueta, con ese equilibrio sexy entre formal y salvaje. Sus ojos recorren la sala con la calma de un simple invitado, y cuando encuentran a Rafaela, ella aparta la mirada.

—¿De qué habláis cuando os mandáis mensajitos? —cuchicheo a su lado—. «Hola, ¿qué tal va tu hilo rojo?» «Bien, y ¿y el tuyo?»

«Fatal, se me ha enredado en una verja». «Bueno, mientras que no se enrede con el mío...».

—Muy graciosa —dice entre dientes, sin mirarme.

—Seguro que es algo así.

—Recuérdame que no te cuente más mis secretos.

Abro la boca, pero antes de que pueda responder nada una voz cálida interrumpe desde mi izquierda.

—Malu. —Hiroshi aparece a mi lado e intercambiamos reverencias.

—Está todo perfecto —dice, analizando el salón.

—Gracias, espero que disfrute de la velada.

—Estoy seguro de que sí. —Asiente despacio—. ¿Cómo va el coche?

Me observa con atención.

—No he tenido mucha oportunidad de usarlo, a su hijo le ha dado por hacer de chófer —Me arrepiento de decirlo en cuanto veo la forma en que se alzan sus cejas.

—¿A sí? —Su sonrisa incipiente va acompañada de un brillo animado en los ojos.

—Quiere asegurarse de que llego a mi hora a la oficina.

—Claro, debe ser eso —murmura él, pero la sonrisita taimada no desaparece.

—Es parte del trabajo de ser jefe —añado, porque el silencio suena incómodo después de ese comentario.

—¿Y sabes cuál es el trabajo de un padre? —La atención de Hiroshi se pierde en algún punto del centro del salón—. Asegurarse de que su hijo progresa hacia la felicidad.

Hiroshi me mira de reojo y siento ese comentario en un sitio más profundo de lo que esperaba. Y entonces, con esa soltura suya que convierte las bombas en observaciones, añade:

—Serías una buena elección. Para él.

Parpadeo.

—Señor Takeda, espero que no haya malinterpretado mi comentario…

—No tienes que explicarme nada. —Levanta la mano despacio —. Solo estoy diciendo que, por primera vez en mucho tiempo, le

veo diferente. Contento.

Mi pecho se tensa. No sé si reírme o llorar.

—Ahí está Rin —Su tono de voz se llena de cariño.

Me doy la vuelta y lo diviso cerca de la barra. Apoya el peso de su cuerpo en el taburete, una pierna larga extendida y la otra flexionada. En la mano que descansa en el muslo, sostiene el móvil mientras lee la pantalla. Se me corta la respiración al ver lo sexy que está esta noche. Lleva un traje negro que no es del todo convencional: la tela cae fluida y está salpicada de pequeños bordados de flores que rompen la seriedad y le dan un toque original. Tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, el cabello oscuro cayéndole sobre la frente.

No puedo apartar los ojos de él, pero tampoco puedo acercarme porque me cuesta respirar.

En ese momento, ella aparece y le coloca una mano en el hombro, haciendo que Rin levante la vista. Es preciosa, elegante y perfecta para este tipo de eventos. La reconozco de otras reuniones, trabaja para una de las petroleras que nos patrocina.

Se inclina levemente hacia Rin cuando le habla y coloca la mano en su brazo, sin molestarse en disimular que su interés por él es algo más que profesional.

No puedo culparla. Yo intentaría lo mismo en su lugar.

Rin responde educado, sin apartarse, pero sin dar señal de que el interés sea mutuo.

—¿Quién es? —No puedo evitar la pregunta.

—Es directiva en Nippon Flow —responde Hiroshi—. La petrolera con la que estamos asociados.

Vamos, que sería la novia perfecta para alguien como él.

Observo cómo ella vuelve a tocarle el brazo. Rin dice algo y ella se ríe otra vez, inclinándose un centímetro más hacia él.

Algo se retuerce en mi pecho, que se parece mucho a un cuchillo serrado entrando en mi corazón. Genial, ahora estoy celosa, como si yo tuviera posibilidades con él una vez se acabe el hechizo.

Nos sentamos para la cena con puntualidad, que para eso llevo dos semanas planeándola. Hiroshi y Rin presiden la mesa a ambos lados, y por supuesto Miss Gasolina se sienta al lado de Rin. Me

sorprende que no se haya sentado encima, aunque supongo que está planeando eso para más tarde cuando haya menos gente alrededor y menos ropa entre ellos.

Rafaela está sentada junto a mí, toqueteando las etiquetas con los nombres de los comensales a su alrededor. Creo que está haciendo una comprobación de que están todos correctos, hasta que veo que coge la etiqueta de la persona que va a sentarse frente a ella y la mira con horror.

Kenji Watanabe, dice la etiqueta.

—Te dije que pusieras a Watanabe cerca de Rin —regaña a Yui, sacudiéndola delante de sus narices.

—No, dijiste Gogatsu —replica Yui, arrugando el ceño y sin parecer muy convencida.

Watanabe aparece justo en ese momento. Con un traje gris antracita cuya textura es de lo más interesante. También lo es el hecho de que parece que no lleva camisa debajo, así que se intuyen unos desarrollados pectorales por la abertura.

Sin inmutarse, le quita el papel con su nombre a Rafaela. Ella hace el amago de levantarse, pero él la frena con un gesto de su mano.

—No se moleste, señorita Aoki —dice sin mirarla y se aleja hacia el extremo de la mesa, donde le susurra algo a Gogatsu al oído. Este nos echa un breve vistazo y se levanta para venir a ocupar el lugar de Watanabe.

—Buenas noches, señoritas —saluda Gogatsu con una sonrisa de oreja a oreja—. Kenji quiere estar cerca del señor Takeda para hacerle la pelota, pero yo prefiero estar con las mujeres más guapas de la mesa.

Yui suelta una risita, Rafaela está mirando a Watanabe al otro lado de la mesa con una mueca de culpa y yo, en mi ridícula obsesión, me estoy preguntando si eso significa que los hombres no opinan que Miss Gasolina es la más atractiva de la sala. Nada enfermizo.

—¿Es que le has contado lo del hilo rojo? —le susurro a Rafaela cuando Gogatsu y Yui entablan una conversación.

Ella niega con la cabeza, obligándose a apartar la vista de él.

—¿Entonces él simplemente ha aceptado que no le quieres cerca, sin saber la razón?

Rafaela se recoloca la servilleta de tela sobre el regazo y asiente.

—Guau —comento—. Eso debe ser un golpe para su autoestima.

—Estoy segura de que su autoestima está bien, teniendo en cuenta… —Rafaela deja la frase sin acabar, y parece un poco azorada.

No puedo evitar torturarla un poco.

—¿Teniendo en cuenta… —la aliento a seguir, haciéndome la inocente.

—Que es un hombre atractivo y deportista de élite —murmura ella de mala gana.

Le echo un vistazo a Watanabe que está levantando una copa de champán, en esa mano sexy con anillos y brazaletes. Se la lleva a unos generosos labios que son aún más sexys.

—Atractivo es quedarse un poco corta, ¿no crees? —suspiro.

Alguien me está perforando con los ojos. Deslizo la vista hacia la derecha de Watanabe y descubro que Rin me está acribillando con la mirada.

Aparto la vista y trato de ocultar mi sonrisa en un vaso de agua. Mi corazón hace una coreografía de k-pop dentro de mi pecho, hasta que recuerdo que sus celos son falsos y que desaparecerán pasado mañana.

Me lleno el vaso de vino y me dejo la botella cerca.

Los platos empiezan a circular y para mi alivio todo el mundo parece estar disfrutando de la degustación. Discursos, brindis, aplausos. Hiroshi habla de los veinte años de Hayabusa y como empezó con tres mecánicos engreídos y un sueño imposible.

Después del postre y de que Hiroshi abra su regalo. Rin se levanta y anuncia que va a otorgar cinco días de vacaciones extra a todos los trabajadores con motivo del aniversario. Aunque él y yo intercambiamos una sonrisita al otro lado de la mesa, sabiendo que esa idea fue mía. Se lo pedí en la apuesta que perdí, y no esperaba que cumpliera su parte sin que nada le obligue a ello.

Después de cansarme de ver a Miss Gasolina toquetearle el brazo y cuchichearle al oído, y, ¿porque no admitirlo?, de pasarme con el vino, me levanto y salgo al balcón. La noche de primavera es fresca y me eriza la piel de los brazos, pero eso es justo lo que estaba buscando. El ruido del salón llega desde dentro como un murmullo continuo.

Apoyo las manos en la barandilla y respiro.

—¿Te da igual? —La voz de mi jefe me hace darme la vuelta despacio.

Rin está en el umbral de la puerta con la chaqueta abierta y esa expresión que pone cuando se le está acabando la paciencia.

—¿El qué? —Echo un vistazo preocupado hacia el salón pensando que me he olvidado de algo.

—Que ella… —se corrige antes de terminar— que Samantha esté intentando ligar conmigo.

—¿Se llama Samantha? —Mi ceño se frunce porque es japonesa. Aunque no tiene sentido que me extrañe por algo así porque yo también lo soy y me llamo María Luiza.

—Trabajó en Texas, y le quedó el nombre. Aunque eso no es lo importante, Malu. —Se acerca un paso y vuelvo a ser golpeada por lo insoportablemente guapo que está esta noche—. Lo importante es que deberías venir y decirle que quite sus manos de mí. Que soy tuyo, que vas a sacarle los ojos si se me acerca.

Una risotada incrédula se me escapa de entre los labios.

—Estoy segura de que me despedirías si hiciera algo así con uno de nuestros socios.

—Vale, a lo mejor no tienes que decirle que vas a arrancarle los ojos —concede él, encogiéndose de hombros—, pero podrías haberte acercado para mostrarle de forma sutil que no estoy disponible.

Suelto otra risa seca y me froto la cara.

—Esto es ridículo —murmuro para mí misma.

—No, no lo es —se queja—. Le hubiera roto la luna al coche de Takumi Sato para dejarle claro que eres mía, ¿por qué actúas como si nada cuando otra mujer se me ofrece?

No lo entiende. Claro que no. Para él todo esto llega sin contexto, sin el libro de Rafaela, sin el cuenco con chocolate y la luna brillante.

—Quiero que te importe —dice, acercándose otro paso—. Que te pongas celosa y te vuelvas loca cuando alguien se acerca demasiado. —Su voz baja—. Quiero que seas mi mujer delante de todos.

Se me doblan las rodillas. No puedo soportarlo, es demasiado. Escuchar esas cosas de su boca… Nunca me había arrepentido tanto de haberle dado esa pócima como en estos momentos, porque sé que mi corazón nunca va a recuperarse de todo esto.

—Ella te va mejor —murmuro, notando lo mucho que duele decirlo.

—Joder, Malu. —Rin me toma por los hombros y me mira con una desesperación con la que puedo identificarme—. ¿Por qué me torturas de esta forma?

Respiro hondo, mientras las razones por las que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer se suceden por mi mente. Las ignoro todas.

—Te hemos hechizado. —Las palabras caen entre nosotros como granizo.

Rin parpadea.

—¿Qué?

—Mi hermana es bruja, viene de un linaje de brujas brasileñas. Tiene un libro de hechizos que funcionan de verdad si los preparas bien. Hicimos un hechizo de amor y lo pusimos en tu café. —Hago una pausa después de vomitar todas esas palabras de carrerilla—. Tenía que funcionar con otra persona. Con la chica a la que dedicaras la primera mirada después de tomártelo. Pero salió mal, y yo fui la primera sobre la que cayeron tus ojos.

En el silencio que sigue lo veo reconstruir todo aquello que no le cuadraba de las últimas semanas.

—El día que fui a cenar con vosotros —murmura.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Querías saber si había mirado a Yui en mi oficina…

Asiento, notando que se me parte el corazón en mil pedazos.

—Se supone que tenías que enamorarte de ella.

Rin se echa para atrás y aparta las manos de mis brazos. Inmediatamente siento su ausencia como algo doloroso.

—¿Por qué? —dice tras unos instantes de cavilar en silencio— ¿Por qué querías que me enamorara de Yui?

Mis ojos se cierran conforme mis órganos parecen desintegrarse en mi interior, la culpa, la tristeza y el malestar se mezclan en un cóctel que me arde dentro.

—Pensamos que si estabas más feliz y ocupado nos dejarías salir antes de la oficina.

El dolor relampaguea en sus ojos conforme se mueven por mi cara, analizando mi expresión en busca de veracidad.

Entonces, Rin suelta una risa amarga y agacha la cabeza.

—Yo queriendo verte celosa y resulta que haces conjuros para liarme con otra.

—Rin… —doy un paso hacia él, pero se aparta. Aún no ha terminado de procesar.

Tras un instante de silencio, le veo suspirar y cuadrar los hombros.

—Me da igual.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—He dicho que me da igual. —Su voz no tiene duda—. No importa cómo haya empezado.

—Eso es el hechizo hablando.

Pasa una mano por su cara.

—¿Y si no lo es?

—Rin.

—¿Y si solo me empujó a dar el paso? —Acorta la distancia entre nosotros y me arrincona contra la barandilla de piedra.

Niego con la cabeza, porque sé que la voz me fallaría.

—Es cierto que he cambiado de actitud contigo desde que me distéis la pócima. —Sus ojos se clavan en los míos con intensidad—. Entiendo que dudes por eso, pero lo único que ha hecho el hechizo

es darme un empujón hacia donde yo ya quería ir. Llevo años soñando contigo, pero el miedo…

Mi respiración se vuelve irregular.

—No es verdad, el hechizo te está confundiendo.

Sus rápidas inhalaciones parecen acompasarse con las mías.

—¿Sabes por qué dejé de competir?

Mi curiosidad se activa, siempre he querido saber por qué dejó las carreras cuando era el mejor y parecía amarlo tanto. Así que niego con la cabeza.

—Mi padre me lo pidió. Tenía miedo de que me sucediera algo cuando soy lo único que le queda —explica, su tono cargado de anhelo y tristeza—. No quería parar, amaba la Formula 1, pero había visto sufrir mucho a mi padre cuando ella se fue, y no quería causarle ese dolor yo también. Así que decidí retirarme.

Me quedo quieta. Detrás de él, las luces de la ciudad siguen a lo suyo.

—Pero lo primero que se me pasó por la cabeza es que dejarías de trabajar conmigo y no que estaba abandonando mi sueño.

Sus palabras me golpean, pero trato de recordar que el hechizo tal vez esté poniendo recuerdos irreales en su mente. Una parte de mí se siente tentada de creerle, pero otra tiene miedo de hacerlo y después descubrir que es como la carroza de cenicienta que desaparece a media noche.

—Yo… No sé…

—¿Recuerdas el día que te pedí que fueras mi secretaria? —continúa él, tomando mi mentón entre sus dedos para obligarme a mirarle.

—Te presentaste en mi casa a las seis de la mañana porque venías de fiesta —respondo recordando lo mucho que me irritó su comportamiento en aquel momento.

Rin niega con la cabeza.

—Dejé que pensaras que venía de fiesta, pero la verdad es que venía de mi casa, de dar vueltas entre las sábanas sin poder dormir. Porque haber zanjado nuestra relación laboral me había dejado con un agujero en el pecho y una ansiedad de caballo. Por eso salté de la cama y fui antes de que saliera el sol en un impulso loco.

—¿Qué? ¿En serio? —Decir que estoy anonadada es poco.

—Malu. —Su frente baja para posarse contra la mía—. No quiero volver a antes. No quiero que el miedo vuelva a importar más que ser feliz.

Mi corazón da un vuelco.

—Puede que no tengas elección —murmuro.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

—Porque ya hemos hecho un conjuro para revertirlo y está a punto de surtir efecto.

Silencio.

—Páralo —dice.

—Rin.

—Dime que no has sido feliz estos días y te dejaré en paz…

No puedo decirlo, porque no es verdad. He sido ridículamente feliz con él estas últimas semanas, pero eso no quiere decir que debamos dejar el hechizo activo.

—No puedo estar con un hombre hechizado, lo entiendes ¿verdad?

—Sí puedes si yo estoy de acuerdo. —Sus ojos no se mueven de los míos.

Niego con la cabeza despacio, notando que esto nos duele a los dos aunque sea por razones distintas.

—El lunes estarás libre de conjuros y entonces puede que descubras que no sientes lo mismo, pero al menos serán tus pensamientos reales. Y nos merecemos eso. Nos merecemos amar de verdad.

20

El fin de semana dura una eternidad y, a la vez, no lo suficiente.

No he dormido bien y no me siento bien. Me he pasado el domingo mirando el techo de mi habitación y revisando mi móvil a cada quince minutos. Ni siquiera sé para qué, cuando le he pedido a mi jefe que no me contacte. Yo misma he insistido en que no tiene sentido que hablemos hasta que se le haya pasado el efecto del hechizo de amor.

Rafaela no ha sacado el tema desde que volvimos del evento, y se lo agradezco, porque no puedo enfrentarme a mis emociones ahora mismo. Las tengo embotelladas y selladas bajo presión. Su única mención a todo este desastre llega el domingo por la mañana del último día, cuando me llama al rincón donde tenemos escondido el conjuro de debilitamiento, aprovechando que papá ha salido a dar un paseo.

—¿Qué significa? —Observo el cuenco con una mueca.

El arroz ya no está blanco, se ha vuelto rosa y entre los granos han surgido pequeños brotes pálidos que por su tamaño necesitarían días para crecer. Pero ambas sabemos que ayer no estaban ahí.

—Que el hechizo de debilitamiento se ha completado —responde ella con suavidad—. El conjuro de amor queda anulado.

Asiento despacio, mientras el suelo duele contra mis rodillas. Agradezco ese dolor y trato de concentrarme en él.

—Lo siento, Malu —la escucho decir a mi lado—. Todo esto es mi culpa.

—No tienes nada por lo que disculparte, el plan fue de las dos. Salió mal y ahora ya está arreglado. No hay de qué lamentarse. —

Las palabras suenan huecas.

El lunes, cuando me bajo del coche y levanto la vista hacia el edificio de Hayabusa Engineering, noto una energía nerviosa moviéndose por debajo de mi piel. Es la esperanza. La ridícula esperanza de que todo lo que dijo Rin fuera verdad y no el conjuro. La ridícula esperanza de que cuando entre en su despacho me diga que sus sentimientos son reales, que quiere que salgamos de verdad.

Improbable, lo sé. Y aun así, mi corazón late como si fuera a recuperar la chispa y a dejar de doler en cuanto cruce esas puertas.

El vestíbulo está igual que siempre. Gente entrando, saludos mecánicos, el sonido de los tacones sobre el mármol. Todo sigue exactamente como lo dejé el viernes. El mundo no ha recibido el memorándum de que hoy se decide si la vida es de color rosa o gris.

Me preparo para otra decepción. La primera ha sido al despertarme y no encontrar un mensaje suyo en el móvil, avisándome de que aún me ama. La segunda cuando he salido de casa y no he visto su Aston Martin aparcado bajo la sombra del cerezo.

Subo en el ascensor con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de lana. Mi reflejo en el espejo metálico me devuelve ojeras y labios sin pintar. Hoy no me he puesto pintalabios rosa y tampoco hay un ramo de tulipanes. Hoy no hay juegos, solo la ansiedad de querer arrancarme esta tirita cuanto antes y dejar que la herida sangre.

Las puertas se abren en la cuarta planta. Inspiro y recorro el pasillo. Yui levanta la vista al verme pasar, pronto vamos a poder llorar nuestra decepción juntas.

Me detengo frente a la puerta del despacho de Rin y trago saliva antes de llamar. Mi pulso se acelera siguiendo el ritmo de cada golpe.

—Adelante —Su voz trae recuerdos cálidos ahora. Me provoca mariposas y ganas de sonreír. No puede ser. No puede todo haber

sido un conjuro. Él va a confirmarme que sigue sintiendo lo mismo y voy a conseguir respirar de nuevo.

Abro. Rin está detrás del escritorio revisando documentos. No levanta la vista de inmediato y ese pequeño detalle me provoca una bola en el estómago.

Cierro tras de mí. El despacho huele igual que siempre. A él, a papel, a la colonia que ya sé identificar a tres metros.

Me acerco un poco y espero.

—¿Sí? —dice sin apartar la vista de la pantalla. Está de vuelta. El antiguo Takeda que no se molesta en mirarme está de vuelta.

—Quería hablar contigo —digo.

—Habla. —Su vista baja al documento que hay sobre su mesa.

¿De verdad va a hacerme esto?

Respiro hondo.

—El hechizo de debilitamiento se completó ayer. —Mis dedos se entrelazan solos—. Supongo que lo has notado.

Rin pasa una página, mientras yo estudio su rostro en busca de señales. El sonido del papel en el silencio del despacho es demasiado alto y hace aún más dolorosa la evidencia de su falta de respuesta.

—No va a volver a ocurrir —añado, más bajo—. Te lo prometo.

Un instante se prolonga, demasiado largo. Después deja el documento sobre la mesa, pero no me mira. Solo asiente.

—De acuerdo. —Sus únicas palabras.

Me había preparado para todo: para el enfado, para el reproche, para el despido. No para esto. No para que no pesara nada. Como si lo de las últimas dos semanas no hubiera existido, o importado lo suficiente para merecer ni siquiera su ira.

Asiento también, aunque no sé para qué. Mis ojos barren la estancia hasta que dan con la bolita de pelo blanca que está enroscada en el sofá.

—He pensado que debería quedarme yo con Senna, ya que te obligué a adoptarlo durante… el embrujo.

Rin niega con la cabeza y se pone a rebuscar algo en uno de sus cajones, porque al parecer no puede esperar a terminar nuestra

conversación para hacerlo. Me duele, me duele tanto su indiferencia que no puedo ni respirar.

—Senna es mío, no voy a devolverlo, ni a desatenderlo, ni nada por el estilo —asegura, sacando el mando del aire acondicionado y apuntando hacia el aparato para conectarlo.

—De acuerdo, si cambias de idea… —Mis palabras flotan en el aire entre nosotros de una forma desagradable, una referencia a su reciente cambio—. Me pongo a trabajar.

Doy media vuelta y llego a la puerta sin que él añada nada.

—Malu.

Me quedo quieta con la mano en el pomo.

—Gracias.

Mi corazón da un salto estúpido agarrándose a la esperanza de que las cosas no hayan vuelto a ser exactamente igual que antes.

—¿Por qué?

No me giro.

—Por no tener en cuenta las cosas que dije el sábado.

El suelo bajo mis pies se hunde.

Asiento sin poder mostrarle mi rostro, aunque seguro que ni siquiera me está mirando.

¿Las cosas que dije? ¿Así es como llama a dos semanas de citas?

—Claro. —Abro la puerta, salgo y la cierro de forma sigilosa.

Camino en piloto automático. Doblo la esquina al fondo del pasillo. Y ahí, en ese rincón donde no hay nadie y el zumbido de los ordenadores llega amortiguado desde la oficina abierta, se me rompe la respiración. Me apoyo contra la pared. Las lágrimas se derraman calientes, sin permiso, con la urgencia de todo lo que he estado conteniendo. Me tapo la boca con la mano para no hacer ruido.

Es ridículo. Lo sabía. Sabía exactamente que esto iba a pasar. Que el décimo quinto día llegaría y el hechizo se habría ido. Sabía que él sería él de nuevo y yo me quedaría con todo lo que acumulé durante estas semanas sin un lugar donde ponerlo.

Lo sabía. Pero no esperaba lo limpio que iba a ser al respecto. Un cirujano extrayendo un tumor de forma quirúrgica.

Cierro los ojos y respiro. No funciona del todo, pero es lo único que tengo.

—Muy bien, Malu —murmuro, con una risa rota—. Enamorarte de tu jefe embrujado. Muy inteligente.

Me limpio las lágrimas con la manga del abrigo, pero siguen saliendo. Porque hay algo peor que perder a alguien, y es descubrir que lo que perdiste nunca fue tuyo.

Apoyo la cabeza contra la pared fría y trato de recomponer el desastre que yo misma he creado para seguir con mi vida.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, apoyada contra la pared, respirando como si hubiera corrido una maratón. Lo suficiente para que el nudo en la garganta deje de apretar tanto, aunque no para de doler.

Cuando vuelvo a mi mesa, Yui me echa una ojeada y por un momento me da la impresión de que sabe que ahora pertenezco a su club de corazones rotos.

Enciendo el ordenador. Dejo que el ruido familiar del sistema al arrancar me ancle un poco y me sumerjo en el trabajo. Correos, informes, la lista de tareas para la próxima carrera no se va a completar sola. Y ahora que no tengo «novio» el trabajo es lo único que puede ocupar mi mente.

A ratos funciona. Pero de vez en cuando, mi mente hace lo que quiere y me lanza imágenes sin pedir permiso. Risas compartidas en la azotea del edificio, porque él había triturado el contrato con un actor coreano engreído para que publicitara nuestro último modelo en Corea, y quería que lo grabara lanzando los pedazos por el aire para enviárselo. Sus interrupciones a media mañana para que le acompañara al parque para sacar a Senna a dar un paseo. Los almuerzos en Kingen Zen, donde pedíamos demasiado y nos reíamos de cosas que no eran tan graciosas.

Cuando me vienen esos recuerdos, aprieto los dientes, vuelvo a la pantalla, y elijo el correo más aburrido de la bandeja de entrada.

El día avanza a trompicones y el esfuerzo de fingir que estoy bien y que no me falta nada, me deja drenada de energía. Mi cabeza pesa dos toneladas, y noto un pellizco en el corazón cada vez que

refresco la bandeja y veo que no tengo uno de sus e-mails tonteando.

Soy incapaz de conectar con las conversaciones a mi alrededor, y el entusiasmo de los demás me sienta mal. Preferiría que estuvieran todos callados.

Cuando el reloj se acerca a la hora de salida, la energía en la oficina cambia como es habitual. Sillas moviéndose, ordenadores apagándose. Las conversaciones que han estado contenidas durante la última hora empiezan a surgir en voz baja. Aún no saben que lo mío con Rin ha terminado y que Oni está de vuelta.

—¿Tienes planes hoy? —pregunta Keiko, con una sonrisa pletórica.

Kenta aparece detrás de ella, cargando con una caja llena de folios.

—¿A dónde te lleva Takeda-san a cenar hoy?

Las palabras caen una detrás de otra, ligeras y sin mala intención. Cada una como una aguja pequeña en el mismo sitio.

Rafaela aparece a mi lado antes de que pueda responder.

—Dejadla en paz —dice cortante.

—Eh, solo preguntábamos… —Keiko levanta las manos.

—Pues dejad de hacerlo.

El silencio que sigue es incómodo. Siento las miradas curiosas sobre mí y me entran ganas de llorar de nuevo. No puedo sostener el peso de todos esos ojos esperando.

Levanto la vista.

—Hemos roto. —Lo suelto sin adornos y sin la voz firme que habría querido usar. Al menos mi tono es definitivo, porque lo último que quiero es que me anden preguntando si lo hemos arreglado.

El efecto es inmediato. Yui se queda quieta con los dedos todavía sobre el teclado. Antonio carraspea y dirige la mirada hacia algún punto neutro del techo.

Nadie dice nada. El murmullo de la oficina sigue al fondo, completamente ajeno, pero aquí alrededor de mi mesa el aire se ha quedado suspendido.

—Ah… —empieza Keiko.

Rafaela apoya una mano en el respaldo de mi silla para mostrar que está a mi lado.

La puerta del despacho se abre y todos miramos. El instinto de miedo es colectivo e inmediato. Si ya no tiene novia significa que volvemos a las jornadas largas de trabajo y lo saben.

Rin sale con un gesto sereno que me pregunto si es ensayado o de verdad el hechizo funciona así, con ese nivel de indiferencia y calma.

Sus ojos recorren el grupo. No es la mirada de estas semanas, pero tampoco es exactamente la de antes. Estamos ante una tercera versión de Rin Takeda y no tengo ni idea de qué esperar.

—Ya es la hora —dice, con el tono neutro de siempre—. Podéis iros a casa.

Nadie discute. Keiko es la primera en moverse, casi como si tuviera miedo de que el jefe cambie de idea.

—Sí, bueno. Mañana más —canturrea Kenta, con una sonrisa complacida.

Antonio murmura algo en español y Yui recoge sus cosas y las mete en su bolso despacio.

El grupo se dispersa y la planta recupera ese murmullo ordinario de fin de jornada.

Rafaela me aprieta el hombro una vez para instarme a despertar.

—Vamos —murmura.

Asiento, aunque me quedo un momento más, con los dedos sobre el teclado y la pantalla del ordenador en proceso de cierre, fingiendo que necesito terminar algo.

Cuando levanto la vista, Rin ya no está en el pasillo, pero la puerta de su despacho no está del todo cerrada. Esa rendija de luz que sale por el umbral no debería significar nada. Es una puerta. Las puertas se cierran mal a veces. No hay ninguna razón para que ese detalle concreto se me instale en el pecho.

Me quedo mirándola un rato, esperando que salga y me confirme que es una invitación. Luego apago el ordenador, recojo el bolso y camino hacia el ascensor con la sensación de que algo está tirando de mi corazón.

Quizás es solo que mi hermana lleva días hablándome de hilos rojos del destino.

O quizás no.

21

Unos días después, la rutina ha hecho su trabajo. No ha arreglado nada, pero lo ha cubierto todo con una capa lo suficientemente gruesa como para poder respirar sin que duela a cada segundo. Trabajo, gimnasio, casa, supermercado… Las redes sociales llenan mi cabeza de ruido en los momentos entre actividades, para que no queden huecos para pensar.

El almuerzo cae tibio en mi piel gracias a un soleado día de primavera. Estoy sentada en una manta para picnics, rodeada de pétalos rosas que el viento arrastra en dirección a nuestra comida. Los cerezos están en su punto máximo. El mundo ha decidido ponerse bonito exactamente cuando menos lo necesito, porque al mes de abril le importa una mierda mi estado de ánimo.

—Odio la primavera —murmuro, apartando un pétalo de mi túper.

—Mentira —responde Rafaela, estirando las piernas sobre su manta—. Solo estás deprimida.

No respondo porque tiene razón y no tengo energía para discutirlo.

El parque está lleno de gente de oficina. Corbatas aflojadas, tacones hundiéndose ligeramente en la tierra, conversaciones que suben de volumen al salir del edificio. Todos metidos en una cotidianidad que de pronto me parece sin sentido.

Mastico sin ganas y entonces escucho un ladrido que me suena.

Levanto la vista y veo que Senna viene corriendo hacia nosotras, una pequeña bola blanca atravesando el mar de pétalos sin miedo. Se lanza directamente a mis piernas.

—¡Eh! —suelto, sorprendida, justo antes de que empiece a lamerme las manos con una devoción que no ha perdido intensidad desde la última vez que nos vimos—. ¡Senna!

Su cola es un ventilador descontrolado y sus patitas no paran. Es pura felicidad destilada en un cuerpo de cuatro kilos.

Rin se detiene a unos metros con la correa suelta en la mano. Lleva una camiseta blanca de manga corta, su versión de mediodía. Observa la escena, a Senna prácticamente subiéndoseme encima y yo riéndome. Su mirada recorre mi cuerpo con lentitud.

—Lo siento —dice, acercándose un par de pasos—. No suele irse corriendo cuando le suelto.

—Está bien —respondo, intentando apartar al perro sin demasiado éxito—. Creo que me ha echado de menos.

Rin aparta la mirada y observa el horizonte del parque. El comentario queda flotando sobre los pétalos y el almuerzo y todo lo demás.

Rafaela interviene antes de que el peso de ese silencio se vuelva insostenible.

—Por favor, siéntese señor Takeda —dice, señalando el espacio libre en la manta frente a nosotras.

Rin duda un segundo. Lo suficiente para que sea visible, pero no lo suficiente para ser una negativa. Se sienta demasiado cerca. Su rodilla roza la mía accidentalmente y ninguno de los dos se aparta. El contacto envía una descarga eléctrica por mi muslo. Levanto la vista y lo pillo mirando la abertura de mi camisa. Aparta los ojos rápidamente.

Senna, que no entiende de hechizos ni rupturas, se acomoda entre los dos con la cabeza en mi muslo. Un nexo de unión.

—¿Quiere? —Rafaela le ofrece su túper.

—No, gracias.

—No es *kaiseki* precisamente. —Trato de que suene a broma, pero el efecto es distinto.

—Es solo que no tengo hambre —se apresura en decir él.

Nos quedamos en silencio entonces y ni siquiera el canto de los pájaros hace que sea agradable.

—Watanabe —dice Rin de pronto.

Rafaela se queda quieta con el tenedor a mitad de camino.

—¿Qué? —responde, demasiado rápido para ser casual.

—Tengo entendido que eres… que tienes… ciertos poderes y llevas semanas actuando raro cada vez que está cerca. —Su tono es tranquilo, sin acusación—. Y teniendo en cuenta lo que me contaron sobre tus hechizos, pensé que podría estar relacionado.

Rafaela gira la cabeza despacio hacia mí y me contempla con los ojos muy abiertos.

—Sí, se lo he contado —confirmo.

A ella le lleva un momento procesarlo.

—Ya veo… —Su forma de decirlo me avisa de que más tarde, cuando estemos solas, me va a caer una buena bronca.

Se pasa una mano por los rizos y enfrenta a Rin con resignación.

—No es exactamente un hechizo —empieza—. Existe algo llamado el hilo rojo. Una conexión entre dos personas destinadas a enamorarse. Normalmente no puedo verlo pero…

Mientras habla, vuelvo a notar ese tirón extraño en el pecho, la clase de sensación que normalmente uno descartaría como indigestión si no estuviera en este contexto específico. No es lo mismo que ver. Es solo una presión.

Mis ojos se cruzan con los de Rin y me pregunto si él también lo ha notado. Aparto la vista primero. Su mirada sobre mí es pesada, cargada. Como si estuviera recordando todas las veces que me tocó, me besó, me susurró cosas que ahora parecen prohibidas. Aprieto los dientes y finjo concentrarme en mi comida.

—En el caso de Watanabe —continúa Rafaela, ajena o fingiendo serlo— puedo ver el hilo, saliendo de su pecho.

—¿Y a quién le lleva? —pregunta Rin.

—A nadie todavía. Está… buscando. —Hace una pausa y noto que se sonroja.

Rin tarda un instante en procesar toda esa información.

—¿Buscando?

—Sí. Se mueve y trata de… unirse a… —Rafaela es incapaz de terminar la explicación, pero a nuestro jefe no le hace falta.

—A ti —completa por ella—. Por eso huyes de él.

Rafaela asiente y baja la cabeza. Rin medita lo que ha dicho durante un instante. Durante el cual, las dos le observamos igual de cohibidas, aunque por distintas razones.

—¿Quiere decir eso que estáis destinados a estar juntos o algo así? —cuestiona al fin.

Rafaela se pone completamente roja.

—No lo creo —murmura—. Tal vez existan varias personas con las que podemos unir nuestro hilo rojo, seguro que aparecerá alguien más para él.

Los tres nos quedamos muy quietos, sopesando esa información. No puedo evitar bajar la vista al pecho de mi jefe y concentrarme, tratando de visualizar algo que sé que no puedo ver.

—Por favor, no le diga nada a Watanabe de todo esto —le pide Rafaela con un tono demasiado autoritario para quien habla con su jefe.

—No voy a hacerlo —asegura él—. Lo último que quiero es distraer a mi piloto justo cuando está a punto de coronarse como el mejor.

—Gracias —musita ella—. Además, estoy trabajando en solucionarlo.

—Rafaela. —Frunzo el ceño— ¿Qué significa eso exactamente?

—Que no os preocupéis. Lo tengo controlado.

No me gusta nada ese tono, porque es el que precede al clavo sin consagrar y a los cuencos con agua de lluvia y al dolor de corazón.

Abro la boca para insistir, pero ella me interrumpe.

—Voy al baño —dice, levantándose con prisa—. Os veo en la oficina.

La vemos alejarse por el sendero entre los cerezos y la gente del almuerzo, hasta que desaparece en algún punto donde ya no puedo seguirla con la vista.

En el silencio relativo del parque, siento que me pesa hasta el aire. El sonido de los pájaros, el viento moviendo los pétalos y la conversación lejana de dos personas en el banco de al lado, no previenen la incomodidad entre nosotros.

—¿Por qué dejas que nos vayamos a nuestra hora? —pregunto, porque necesito llenar el vacío y porque me puede la curiosidad.

Se toma un segundo.

—Desde que me di cuenta de que mis empleados estaban dispuestos a hechizarme para recuperar su tiempo libre.

Una risa pequeña sale antes de que pueda filtrarla. Senna escoge ese momento para ladrarle a las palomas.

—Y —añade, más bajo, sin mirarme— tener algo de ocio fuera del trabajo no es tan mala idea.

Lo dice hacia los cerezos, pero lo dice. ¿Está hablando de nuestras citas? ¿Le han hecho replantearse su estilo de vida? ¿Él también las echa de menos?

Sería muy divertido si se buscara una novia a raíz de nuestro hechizo. Divertido por no decir otra cosa que suena bastante peor.

—Más te vale —respondo, intentando mantener el tono ligero —. O igual te cae un tercer conjuro.

Su expresión cambia a más seria.

—¿Tercero? ¿Ha habido otro?

Parpadeo. La he cagado.

—No. —Pausa—. Bueno, el primero que hicimos no funcionó, así que no te preocupes.

Rin frunce el ceño.

—¿Para qué era?

¿Por qué no me he mordido la lengua?

—Era una tontería pequeña. —Hago un gesto con el dedo índice y el pulgar para restarle importancia—. Intentamos que fueras un poco menos… guapo.

Rin se aclara la garganta.

—¿Por qué?

—Porque nadie con tu personalidad debería tener esa… pinta. No está bien.

El silencio que se instala entre nosotros tiene una textura diferente a los anteriores, es un pelín más ligero.

—¿Fue idea tuya? —Algo pasa en su expresión. No una sonrisa exactamente, pero podría serlo si él no la estuviera conteniendo.

—¿Vas a despedirme? —Mi pregunta es en sí misma una afirmación.

—Debería. —Una pausa—. Pero no voy a hacerlo.

No digo nada. Él tampoco. Senna decide ese momento para lanzarse a perseguir una paloma y los dos le seguimos con la mirada, agradecidos.

Entonces, Rin se levanta cuando el césped empieza a vaciarse y el camino se llena de gente regresando a sus oficinas.

—Tengo que volver —me informa.

—Sí. Yo también.

Caminamos juntos de vuelta al edificio. No hablamos mucho, porque vamos pendientes de Senna y de nuestros pensamientos. Tal vez más parecidos de lo que creemos.

El edificio aparece delante con su cristal y su acero y sus líneas limpias. Cuando entramos, el vestíbulo huele a la comida de mediodía, pizza, como todos los viernes. Porque el mundo sigue su rutina sin saber lo mucho que ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Dentro del ascensor, Rin pulsa el cuatro y las puertas se cierran. El espejo nos devuelve la imagen de dos personas incómodas en el silencio absoluto.

Mi mirada se desvía, inevitable, hacia su perfil. La mandíbula, la línea del cuello y los lugares exactos donde la semana pasada posé mis labios rosas. Han pasado solo unos días y, sin embargo, me parece increíble haberle tocado.

Él se da cuenta de que le estoy mirando y su boca se tensa de forma casi imperceptible.

—Lo siento —dice de pronto.

Mis cejas se alzan.

—¿Por qué?

—Por haberte presionado. Por las cenas, las apuestas, por… —Hace una pequeña pausa—, por no haber considerado que tú tenías razones para mantener la distancia que yo no veía.

El aire del ascensor cambia de consistencia.

Abro la boca para decir que no me presionó. Las palabras se quedan atascadas en algún sitio entre la garganta y la boca. Porque

si digo eso, va a sonar muy mal. Va a sonar a que me gustaba y me aproveché de la situación.

El ascensor se detiene, las puertas se abren y Rin sale.

—Nos vemos —murmura, y se va por el pasillo hacia su despacho, con Senna trotando a su lado, sin mirar atrás.

Yo me quedo dentro del ascensor un segundo más, con las palabras que no he dicho flotando en el espacio donde él estaba.

22

La electricidad que recorre mis nervios hoy no viene de la carrera. Viene de él.

No hemos hablado más de lo necesario desde el parque. Correos, instrucciones, todo muy profesional, exactamente lo que debería ser entre un jefe y su secretaria de dirección. Aunque cada vez que pasa por mi mesa siento su mirada quemándome la nuca. Es la misma mirada de antes del hechizo… pero ahora sé exactamente cómo se siente su boca contra la mía, y eso lo hace mil veces peor.

Cuando lo veo al otro lado del *box* con el mono medio bajado en la cintura y el auricular colgándole del cuello, mi cuerpo me traiciona. Recuerdo cómo se sentía esa piel bajo mis manos, cómo gemía cuando lo tocaba. Me muerdo el labio y aparto la vista, pero ya es tarde: él me ha pillado.

—No le mires así —murmura Rafaela a mi lado.

Aparto la vista demasiado tarde. Rin ya ha notado mi escrutinio, seguramente porque, como él mismo dijo, nota mis ojos perforándole el cráneo. No hace nada visible con esa información, no sonríe ni cambia de postura. Pero su atención me calienta las mejillas.

—Voy a revisar la lista de invitados —digo.

—Vale —responde Rafaela, distraída.

Camino hacia la zona VIP con la tablet en la mano.

Samantha, la directiva de Nippon Flow, que lleva semanas siendo una presencia en los eventos de la empresa, aparece a su lado con un bonito vestido lila y unas gafas de sol enormes.

—Takeda-san —dice, inclinándose ligeramente hacia él—. Confío en que hoy cumple su promesa.

—Depende de Watanabe —responde él, tranquilo—. Si gana, tendrá su vuelta en el coche.

Ella ríe y le toca el brazo de forma innecesaria. No es profesional y además no sabe si a él le sienta bien el contacto físico. O tal vez sí lo sabe porque ya se han acostado, dice esa voz puñetera en mi cabeza cuando veo que él no se aparta.

—Malu. —Takumi Sato aparece a mi lado con el mono manchado de grasa y una sonrisa relajada—¿Todo listo por arriba?

—Siempre —respondo, echándole otro vistazo a la pareja.

—Entonces deberías relajarte un poco. —Se acerca un paso—. Esta es la parte en la que tú te diviertes porque no tienes que preocuparte de piezas y averías.

Asiento. Y entonces hago algo que ni siquiera sé de dónde sale, me acerco un paso más hacia él.

—Pero un mecánico de tu talla lo tiene todo controlado.

Sato levanta las cejas, gratamente desconcertado.

—Gracias por la confianza —baja un poco la voz—. Aunque creo que ahora estoy más nervioso que cuando solo quería impresionar al jefe.

Suelto una carcajada y le toco el brazo sin pensar. No necesito mirar para saber que Rin nos está viendo. Siento ese tirón en el pecho cada vez que lo tengo cerca.

Cuando levanto la vista, confirmo que está mirándome directamente. Sus ojos bajan a mi mano sobre el brazo de Sato y me da la impresión de que tensa la línea de la boca. O es lo que mi imaginación quiere creer.

Durante los siguientes dos minutos, me concentro en Sato y en no volver a mirar hacia él y Miss Gasolina.

—Takumi, el señor Takeda quiere que revises la temperatura de los neumáticos. —Uno de los mecánicos aparece a nuestro lado y parece incómodo por tener que interrumpirnos.

—Lo he hecho hace un rato —descarta Takumi, volviendo su atención hacia mí.

Pero el piloto no se mueve.

—Ha insistido en que vuelvas a revisarlos —concluye, cruzándose de brazos.

Sato frunce el ceño, desconcertado por la peculiar petición.

—¿Qué mosca le ha picado? —farfulla, pero ya se está dirigiendo al automóvil.

Rin aparece a mi lado sin que le haya visto acercarse.

—Necesito que acompañes a Samantha al baño.

Quiero responderle que debería hacerlo él, en vista de que son tan íntimos, pero me contengo en el último momento.

—Están allí mismo —señalo la puerta a quince metros de la que tenemos buena visibilidad.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, sin hacer daño, pero con la suficiente firmeza para que no pueda negarme.

—Es importante que la tratemos bien, está a punto de concedernos un descuento increíble en carburante.

Me arrastra hacia el pasillo detrás del *box* que está casi vacío. El ruido del *paddock* llega amortiguado, una capa de sonido que hace que este espacio se sienta más apartado de lo que es.

En cuanto giramos la esquina, suelta mi muñeca, pero el calor de su mano permanece sobre mi piel.

—No es mi compañía la que ella quiere —señalo.

—¿Qué?

Me cruzo de brazos notando que me arde la cara de enfado.

—Creo que es obvio lo que quiere que hagas a cambio de ese descuento.

Su forma de evaluarme me dice que no lo tiene tan claro como creo.

—¿Estás celosa?

Una risa seca que no suena nada divertida sale de mi garganta.

—Por favor, lo único que me da es pena —digo tratando de sonar sincera.

Sus ojos se clavan en los míos durante un segundo completo.

—Mantente alejada de Sato —gruñe, y se va sin más.

—Ja —Mi indignación se topa con su espalda que cada vez está más lejos, así que alzo la voz sin pensar en que alguien nos puede estar escuchando—. Tú sí que estás celoso.

No me responde, ni siquiera da señales de haberme escuchado. Me quedo en el pasillo un momento, con el fantasma de sus dedos aún alrededor de mi muñeca y más agitada que el velocímetro de un Fórmula 1.

Cuando regreso al *paddock* hay cierto revuelo.

—No está —dice uno de los ingenieros, apareciendo a mi lado con la cara de quien acaba de descubrir que falta una pieza importante.

—¿El qué? —Me preocupo. Espero que no sea algo necesario para la carrera.

—Watanabe. No está en el *box*, no responde al teléfono y nadie le ha visto desde hace cuarenta minutos.

Rin llega en ese momento y se cruza de brazos.

—Id a buscarle, vamos, repartíos —grita.

En menos de treinta segundos el ambiente del *box* pasa de expectación a tensión pura. Nos movemos como patos mareados de un sitio a otro, mientras Rin trata de llamarle.

—La parrilla se cierra en veinte minutos —dice alguien cuando regreso al *box* y veo que sigue sin aparecer.

—Podemos declarar enfermedad —propongo—. Pero necesitamos justificante médico.

—Y asumir la penalización —añade el director de equipo.

Rin se masajea el puente de la nariz.

—Seguid intentando localizarle —ordena. Después se gira hacia mí—. Preparamos comunicado y activamos protocolo de sustitución.

—¿Qué ocurre? —La voz de Rafaela suena detrás de mí

—Watanabe no aparece —resumo, con el semblante serio.

—¿Qué? Pero si… —Mi hermana levanta el dedo, pero se queda paralizada de pronto mirando el espacio frente a ella— ¿Qué?

Se pone pálida antes de girar el rostro de vuelta a mí y señalar delante de ella.

—Watanabe… —murmura.

—¿Qué ocurre?

Su ceño se frunce aún más ante mi reacción y vuelve a girar la cabeza al espacio a mi lado.

—¿Qué mierdas…?

De pronto se sacude como si estuviera teniendo una convulsión.

—¿Rafaela? —grito—. ¿Qué te pasa?

Su cabeza gira de nuevo hacia mí, pero hay algo muy extraño en su comportamiento.

Le pongo una mano en el hombro y su rostro se desencaja conforme baja la vista a mi brazo, abriendo mucho los ojos.

—No puede ser…

—¿Qué pasa? —Aparto la mano de ella porque no sé qué le está ocurriendo.

Su atención viaja de nuevo al espacio que está a mi lado, pero cuando sigo la dirección de sus ojos no veo nada.

—Rafaela me estás asustando, ¿qué ocurre?

—Yo… no lo entiendo, solo me lo he arrancado. —Le habla al aire a mi lado en lugar de a mí.

—¿El qué te has arrancado?

Esta vez sí que regresa su atención a mí.

—El hilo… me lo he arrancado.

—¿Qué has hecho qué?

La arrastro para apartarnos unos metros, lo suficiente para que el ruido del *box* cubra lo que vamos a decir.

—¿Te has arrancado el hilo rojo del pecho? —pregunto.

Duda, echando otro vistazo por encima de mi hombro.

—Rafaela.

—La he cagado —concluye.

—¿Qué has hecho?

—Un hechizo para… cortar la conexión. —Traga saliva—. Pero el libro no mencionó este efecto secundario.

—¿Qué efecto secundario?

Rafaela cambia el peso de un pie a otro, agitada, y se frota la frente, tratando de memorizar algo que ha leído en ese maldito libro de hechizos.

—Tengo que irme —dice, y sale corriendo.

—Rafaela —grito, pero no se detiene. No puedo ir tras ella y dejarles tirados con la complicación de la ausencia de Watanabe.

Pero nuestro piloto no aparece por ningún lado y la carrera sigue sin él.

El suplente cubre su baja. Rin dirige desde el *box* con cara de que el estrés está a punto de hacer que le salga vapor por las orejas.

Por suerte, Gogatsu llega en tercera posición y el suplente en quinta, lo que mantiene a Hayabusa en un puesto decente del ranking, que aún puede ser salvado por Watanabe cuando aparezca.

Me largo en cuanto termino la carrera porque estoy preocupadísima por mi hermana, que no me coge el teléfono desde hace más de dos horas.

Salgo del circuito casi sin despedirme. El ruido de la gente celebrando, los flashes, los comentarios sobre la carrera, todo me da igual. Solo hay una idea repitiéndose en bucle: debería haberla detenido, debería haberla seguido.

Para cuando llego a casa, mis manos están temblando.

—¿Rafaela? —llamo nada más abrir la puerta.

Pero la casa está en silencio. Dejo el bolso caer en el sofá y recorro el lugar en dos minutos. Salón, cocina, su habitación con la cama hecha y la ventana entreabierta. El baño. El pequeño cuarto donde guardamos los trastos y la plancha. El hueco donde esconde el libro está vacío. Se lo ha llevado.

Saco el móvil y la llamo de nuevo. Me sale el buzón de voz de inmediato, como si el teléfono estuviera apagado.

—Joder, Rafaela.

Empiezo a caminar en círculos, cargada de energía inútil que no tiene a donde ir. La ansiedad me sube por el pecho.

Entonces suena el teléfono. Pero no es ella la que me está llamando sino Rin.

Contesto antes del segundo tono.

—¿Sí?

—Estoy fuera.

Me giro hacia la ventana

—¿Qué?

—He visto que te has largado en cuanto ha terminado la carrera. —Su tono es engañosamente tranquilo—. Sal un momento.

Me acerco a la ventana y aparto la cortina. Ahí está. Apoyado contra el Aston Martin mirando hacia la casa.

Salgo casi corriendo.

—No está —suelto antes siquiera de llegar a él—. Rafaela no está en casa, no contesta, se fue en mitad de la carrera y se llevó el libro. No sé qué ha hecho, pero ha hecho algo, Rin. Porque estaba haciendo cosas muy extrañas en el *box* y…

—Para. —Se incorpora despacio—. Respira y explícame todo desde el principio.

Doy varias respiraciones profundas antes de hablar.

—Se ha arrancado el hilo rojo —explico, consciente de que suena absurdo—. Hizo un conjuro para seccionar la conexión con Watanabe y algo ha salido mal.

—Vale —me corta, y abre la puerta del copiloto—. Vamos a buscarla.

Su templanza me tranquiliza. Me alegra haberle contado lo del libro de hechizos y poder compartir esto con él ahora.

Primero vamos al parque de mi barrio donde solemos ir a tomar el sol y pasear. Los cerezos han llenado el suelo de pétalos rosas, hay niños en los columpios y parejas en los bancos, pero Rafaela no está.

Nuestra siguiente parada es la oficina. La cuarta planta tiene las luces apagadas, aunque nos cruzamos con algún rezagado haciendo horas extras o recogiendo algo olvidado el viernes. Su mesa está vacía, el ordenador en reposo, el bolígrafo en el sitio exacto donde lo deja siempre.

Nada. La casa de nuestra tía, que es el tercer sitio donde Rafaela podría ir.

—No, cariño —responde ella al telefonillo—. Aquí no ha venido. ¿Está bien?

—Sí —miento—. Debe estar en casa. Gracias.

Volvemos al coche. Rin conduce concentrado para ir lo más rápido posible sin ser detenidos, de vuelta a mi casa.

Su móvil vibra sobre el salpicadero y lo coge sin apartar los ojos de la carretera.

—Takeda. —Escucha unos instantes y su rostro se tensa—. No, seguid buscando. Avisadme con lo que sea.

Cuelga.

—Watanabe sigue sin aparecer —me informa con una expresión grave.

El semáforo se pone en rojo y un pelotón enorme de gente cruza por el paso de peatones.

—No puede ser casualidad —murmuro.

—No. —Me echa un vistazo rápido—. Está relacionado con tu hermana.

Tomo una profunda inhalación y me revuelvo en el asiento, preguntándome si esta vez hemos llegado demasiado lejos con ese libro de hechizos y hemos hecho daño a alguien.

—Su casa —decimos, casi a la vez.

El edificio de Watanabe está en una calle tranquila del sur de la ciudad. Subimos sin hablar, demasiado preocupados para entablar conversación.

Rin llama a la puerta y pasan los suficientes segundos como para que creamos que no hay nadie en casa. Entonces, la puerta se abre y aparece Rafaela, con los ojos hinchados y las marcas del rímel corrido dibujando dos líneas oscuras bajo sus ojos. Tiene el libro apretado contra el pecho con las dos manos.

El alivio de verla y la preocupación por su cara llegan al mismo tiempo, y se mezclan en algo que me cuesta gestionar.

—¿Rafaela? —Doy un paso hacia ella— ¿Qué haces aquí?

—Yo… —su voz tiembla—. He venido a buscarlo.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Rin se tensa ligeramente a mi lado, y sus ojos caen sobre el libro.

—¿Para qué has traído eso aquí? —pregunto, despacio.

Rafaela baja la cabeza.

—¿Tienes algo que ver con que haya desaparecido? —pregunta Rin sin rodeos.

Mi hermana se rompe.

—La he cagado —susurra, entre lágrimas.

El sonido es pequeño, pero ocupa toda la habitación.

Doy el paso que faltaba y la abrazo. Ella se aferra al libro y a mi hombro al mismo tiempo.

—Rafaela —digo, con más calma de la que siento— ¿Qué ha pasado?

Se aparta lo suficiente para mirarme, con los ojos todavía brillantes.

—Tenía que arrancármelo con él cerca, cuando se tensara para salir al encuentro del suyo —dice—. Quería hacer el conjuro antes de la carrera para que él estuviera distraído. El libro decía que la conexión cambiaría de plano.

—¿Cambiar de plano? —repito.

—Que dejaría de ser visible en este. —Hace una pausa para secarse las lágrimas con la manga.

Rin, que ha estado escuchando desde el umbral sin moverse, da un paso dentro.

—¿Pero lo que ha desaparecido ha sido él? —deduce.

Rafaela le mira.

—No… Sí.

—¿Dónde está mi piloto, señorita Aoki?

Rafaela se aparta un poco más de mí y señala a su derecha. A un punto en el espacio que desde mi perspectiva está completamente vacío.

—Está aquí —dice, en voz baja—. Ahora mismo. Me siguió desde el circuito.

Mi piel se eriza de una forma que empieza en los brazos y sube.

Miro ese espacio. El aire entre la lámpara y la ventana, que parece vacío y normal.

—Watanabe —digo, en voz baja, sintiéndome completamente ridícula y sin poder evitarlo.

Nada visible ocurre, pero Rafaela exhala despacio, como si algo hubiera cambiado.

—Dice que entréis —murmura.

Rin, desde detrás, habla con la calma de quien ha aceptado que esta conversación es real.

—¿Puede oírnos?

—Sí.

—¿Puede comunicarse?

Rafaela mira el espacio durante un momento.

—No le escucháis —se lamenta.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunto.

—Desde el *box*. —Su voz se quiebra un poco—. Lleva horas así.

Pienso en Watanabe. En su serenidad elegante. Me pregunto qué se siente estar en el umbral entre este plano y el siguiente y no poder decirle a nadie que estás ahí.

—Tenemos que arreglarlo —digo.

—Lo sé.

—Rafaela. —La miro directamente—. Dime que hay algo más rápido que el conjuro de debilitamiento.

—No lo sé —repite, echándole una mirada a donde se supone que él está—. No me dejáis leer.

Rin le quita el libro y avanza para ir a sentarse en el sofá.

Yo entro también y Rafaela me sigue. De camino al salón me detengo un momento, y miro de nuevo ese espacio vacío que no está del todo vacío.

—Lo vamos a arreglar —le digo al aire.

Rafaela exhala.

—Ya no está ahí. —Apunta hacia el sillón.

Me doy cuenta de la ironía de la situación. El hombre al que mi hermana quería evitar a toda costa… y ahora ella es su único enlace al mundo real.

23

Estoy sentada frente a Hiroshi Takeda con una copa de champán en la mano, que no he probado todavía, en un restaurante de esos en los que te atienden cinco personas diferentes.

Rin está a mi lado, con un polo amarillo que resalta su moreno y se ciñe en los bíceps. Cosa en la que no debería estarme fijando en plena crisis. Rafaela está frente a mí, ligeramente inclinada hacia su derecha. Hacia la silla que supuestamente está libre. Solo nosotros tres sabemos que Kenji Watanabe está sentado ahí.

—Esto es inaceptable —dice Hiroshi, su tono es lo suficientemente severo para que no tenga que levantar la voz—. Un piloto que desaparece el día de una carrera clave no tiene cabida en mi equipo.

Siento cómo Rafaela se tensa a mi izquierda y echa un vistazo hacia la silla vacía, seguramente escuchando lo que Watanabe tiene que decir sobre eso.

—Quiero que le despidas inmediatamente —continúa Hiroshi, dando un golpe sobre la mesa.

Una copa de champán se vuelca sola sobre el mantel blanco, justo delante de donde está Watanabe. El líquido dorado se extiende en una mancha inevitable.

Nos sumimos en un silencio absoluto. El camarero se queda congelado a medio paso con la jarrita de agua en la mano. Hiroshi baja la vista muy despacio hacia la copa caída. Luego la levanta y sonríe.

—Sí que estoy fuerte —dice, atribuyendo el accidente a su golpe sobre la mesa.

Rafaela extiende la mano hacia el vacío y me da la impresión de que ha colocado su mano sobre la de él para apaciguarlo.

—Shh —murmura, muy bajito. Su mano se queda ahí.

Hiroshi observa el gesto con una ceja levemente alzada.

—¿Se le ha subido el vino a la cabeza, señorita Aoki?

—No —responde Rafaela. Su semblante se ha vuelto pálido—. Es un tic.

—Si usted lo dice —ríe Hiroshi y, por suerte, no insiste.

Su atención vuelve a Rin.

—Vas a despedir a Watanabe.

—No —replica Rin, y no hay lugar a negociación en su tono.

Hiroshi entrelaza los dedos sobre la mesa manteniendo la calma.

—Dame un motivo.

Se hace un silencio. Miro a Rafaela y ella echa un vistazo al espacio donde está Watanabe, con una mezcla de culpa y preocupación.

—Le ha podido pasar algo —digo, antes de que el silencio se vuelva demasiado pesado—. No es propio de él desaparecer así.

—Eso no es un motivo —responde Hiroshi.

—Lo es —añade Rin—. Es el mejor piloto que tenemos y no toma decisiones irresponsables. Si no apareció, fue porque no pudo.

Hiroshi evalúa en silencio durante un instante. Sus dedos tamborileando sobre la mesa.

—Cuarenta y ocho horas —dictamina al fin—. Si no aparece con una explicación convincente, se acabó.

Me relajo un poco por haber ganado cierto margen, y Rafaela exhala.

Y justo cuando creo que lo más difícil ha pasado, Hiroshi levanta su copa y se prepara para la segunda bomba.

—Ahora, pasemos al siguiente tema.

Ese tono no me gusta nada.

—Rin. Creo que ha llegado el momento de que te cases.

El champán sale disparado de mi boca antes de que pueda impedirlo. No todo, pero suficiente para manchar el mantel en un radio generoso.

Rin pestañea mirando a su padre con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando?

Hiroshi sigue completamente imperturbable, al parecer escupir champán y la reacción colectiva de la mesa era exactamente lo que esperaba.

—De lo evidente —dice—. Eres un hombre solitario, Rin. Y es por mi culpa. Esto se debe terminar y la única forma de que lo haga es si te pongo un ultimátum.

—Papá, creo que has estado viendo demasiados k-dramas —dice Rin con suavidad—. En el mundo real no puedes obligarme a casarme.

Rafaela se cubre la boca con la mano para ocultar su risa.

—Necesitas un empujoncito —continúa el dueño de Hayabusa como si nada—. Te observo. Te has metido a ti mismo en una burbujita y te matas a trabajar para no notarlo, pero… estas últimas semanas has vivido un poco. He visto un cambio en ti al que no estoy dispuesto a renunciar.

Su padre me echa un vistazo nada disimulado y a Rin se le marca un músculo en la sien.

—No necesito…

—Tienes miedo —continúa Hiroshi, más bajo—. Estás aterrado y es por mi culpa. Ahora es cuando subsano mi error. Porque cuando mi esposa se fue, me vine a bajo en lugar de ser fuerte y ayudarte a sobrellevar el golpe de perder a tu madre. Te enseñé que el amor puede destrozar a una persona. Pero también es lo que nos hace más fuertes, lo que nos hace florecer y tú estas últimas semanas habías florecido, hijo.

Rin cierra los ojos y se frota la cara con una mano, mientras yo noto que se me suben los colores. Hasta su padre había notado el efecto del hechizo, solo que él piensa que era por mí.

—Papá…

—No puedes hacerme cambiar de idea — le corta, sin brusquedad—, quiero que superemos este miedo juntos. Yo voy a buscar novia y tú vas a casarte.

El silencio que sigue contiene la mezcla extraña de nuestras distintas reacciones.

Mi mirada se cruza con la de Rin un segundo, pero él la aparta como si le quemara. No quiere que me haga ilusiones, no quiere que malinterprete lo que su padre está diciendo de nosotros.

Hiroshi deja la copa sobre la mesa.

—Así que sí. Te vas a casar.

—Papá. —Rin usa un tono de advertencia.

—O te casas o despides a Malu.

Me lleva un segundo reaccionar a lo que acaba de decir. Rin está observando a su padre con la boca abierta y Rafaela tiene el rostro desencajado.

—¿Te has vuelto loco?

—No, estoy más cuerdo que nunca. Este es mi ultimátum, hijo. O te casas con ella o la despides… veamos si tienes agallas de dejarla ir.

Me he quedado completamente paralizada, y aunque mi boca está abierta ningún sonido consigue salir de esta.

—¡Papá!

—Ten agallas por una vez en tu vida, hijo. Ten el valor que has tenido estas últimas dos semanas… ¿qué paso para que reaccionaras? ¿y por qué has vuelto a lo de antes?

Por supuesto nadie le responde, aunque todos los que estamos en la mesa sabemos exactamente lo que ha pasado.

—Esto es una locura, papá —murmura Rin—. Estás asumiendo muchas cosas. Estás asumiendo que ella está interesada.

—Oh, vamos, hijo, esta chica te mira como si fueras la última patata frita de la bolsa desde que te vio la primera vez. Y a ti se te suben los colores cada vez que ella te mira. Lleváis seis años siendo ridículamente obvios, pero no iba a meterme. Al menos, hasta que he visto vuestras sonrisas tontas estas dos últimas semanas.

Rafaela me echa una mirada, que ahora no puedo gestionar, porque tengo el cerebro a punto de explotar.

Hiroshi se levanta.

—Cuarenta y ocho horas —repite y se va sin importarle cómo nos hemos quedado con su bomba atómica.

Después de un momento de silencio anonadado, Rafaela carraspea y da un trago largo de champán. Luego mira a su

derecha.

—Sé que necesitáis un momento para procesar… todo eso —dice, con una mueca—, pero hay algo más que necesito contaros.

Ninguno de los dos decimos nada, pero es evidente que estamos deseando que nos distraiga de lo que acaba de pasar, así que Rafaela prosigue.

—Esta mañana, cuando he llegado a casa de Watanabe él… estaba… parpadeando. —Su voz baja un poco—. Como si se deshiciera por momentos y luego volviera.

—¿Qué? —me preocupo— ¿Cómo si fuera a desaparecer del todo incluso para ti?

Ella asiente con una expresión grave.

—Pero cuando le he tocado ha vuelto a verse nítido...

—Entonces, tenemos que traerle de vuelta cuanto antes —concluye Rin.

—Sí —responde Rafaela—. Creo que no podemos esperar los quince días del conjuro de debilitamiento. Tenemos que buscar otra manera.

Miro el espacio vacío junto a Rafaela. Pobre muchacho.

—¿Has encontrado algo en el libro?

—Solo que el contacto conmigo es lo que le está manteniendo anclado a este mundo.

—¿Contacto físico? —indaga Rin.

Mi hermana duda.

—Supongo que todo tipo de contacto, hablar conmigo, que le vea, es lo que le está sujetando aquí.

—Podemos ayudar —digo.

—¿Qué? —pregunta Rafaela.

—Contactar con él también. Tal vez ayude.

Hay un pequeño momento de silencio meditativo.

—Su mano está... —señala— aquí.

Muevo los despacio hacia ese punto en el aire que desde mi perspectiva está completamente vacío.

Rin me agarra del brazo y me lo impide.

—Yo lo hago —dice, y da varias palmadas reconfortantes al lugar donde le ha indicado Rafaela.

—Ah… eso parece —murmura Rafaela de pronto, mirando hacia la silla de Watanabe.

—¿Qué ha dicho? —pregunto.

Rafaela reprime una sonrisita, y parece reacia a comunicárnoslo.

—¿Y bien? —insiste Rin con el ceño fruncido.

—Umm… dice que estás celoso y que deberías hacer lo que dice tu padre y casarte con Malu.

En el silencio que sigue, Rin evita mi mirada y yo no sé qué hacer con las manos.

—Le he explicado lo del hechizo de amor —añade mi hermana.

—Rafaela… —la regaño, aunque no sé por qué. Watanabe es invisible por uno de sus conjuros, ¿qué importa que sepa lo que le hicimos al jefe?

—Quédate con él todo el tiempo —ordena Rin, entonces—. No os separéis y asegúrate de tocarle de vez en cuando.

Mi hermana trata de mostrarse impasible, pero se nota que está mortificada. Aun así, asiente, sabiendo que todo esto en parte es culpa suya y que no puede permitir que Watanabe se desvanezca en el olvido.

El trayecto de vuelta es más incómodo que ver una escena de sexo en una película con tus padres. Todo lo que nos han dicho en el restaurante se ha quedado suspendido en el interior del coche, ocupando cada centímetro disponible entre los dos asientos.

Rin conduce con una mano en el volante y la otra cerca de la palanca de cambios. Sus dedos rozan mi muslo accidentalmente, y aunque es inocente, mi cuerpo se incendia.

Parece relajado en la superficie, pero no ha dicho ni una sola palabra en todo el camino.

No me atrevo a mirarle demasiado, y casi no respiro.

Cuando llegamos a mi calle, aparca frente a la puerta y apaga el motor. Ahora sí que estamos en silencio. Y me gustaría que Rafaela estuviera con nosotros, pero se ha llevado mi coche al

apartamento de Watanabe, donde va a quedarse hasta que le traigamos de vuelta.

Estamos solos. Me desabrocho el cinturón, pero no abro la puerta.

—Rin.

—¿Umm?

Me giro lo suficiente para mirarle.

—¿Por qué estabas celoso?

La pregunta aterriza sin adornos, sin la capa de ironía que a veces uso para hacer que las preguntas directas parezcan menos directas de lo que son.

Exhala despacio. Apoya la cabeza un segundo contra el respaldo, concediéndose un momento antes de responder.

—¿De qué hablas?

—De que no me has dejado tocar a Watanabe ni para mantenerle con vida —murmuro—. Y de que mandaste a Sato a revisar los neumáticos tres veces durante la carrera.

Se mantiene en silencio durante un instante corto.

—Dos.

Le miro.

—De acuerdo, le hiciste revisarlos dos veces.

La comisura de su boca se mueve apenas, pero más que de mí, parece que quiere reírse de sí mismo.

—Tal vez mi cabeza todavía piensa que eres mi novia.

Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me hace contener el aliento.

—¿Sí?

Cuando su atención baja un momento a mis labios, se me acelera el pulso. Puedo ver los detalles de sus ojos desde aquí. La forma en que respira. Esa tensión contenida en la mandíbula que llevo semanas aprendiendo a leer como el indicador más honesto de lo que está pasando debajo de la superficie.

Se inclina apenas y el aire del coche se caldea. Dios, he echado tanto de menos tenerlo cerca. La textura de sus labios, el calor de su boca…

—Lo siento.

Eso no es lo que quiero escuchar. No quiero que me pida perdón por mostrar celos, quiero que confiese que tiene sentimientos reales por mí.

—No lo sientas, solo dime qué significa.

—No puedo. —Se aparta y mira hacia afuera.

Me quedo quieta un momento. Procesando su reacción, porque es cierto que tiene celos, porque acaba de mirarme como si él también quisiera volver a besarme. De eso estoy segura.

—Tu padre —digo.

El cambio en su postura es inmediato.

—¿Qué pasa con él?

—Lo que ha dicho esta noche. Sobre tu madre. —Dudo un segundo—. Creo que quizá verla podría…

—No —me interrumpe tajante—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Necesitas zanjar ese asunto… —Lo sé por experiencia propia, porque yo misma estuve enfadada con mi madre durante mucho por haber muerto.

—No —repite, y esta vez hay algo debajo que no es solo rechazo. Está enfadado—. No vuelvas a sacar ese tema.

No deja espacio para el debate.

Asiento.

—Vale.

Me quedo mirando el salpicadero un momento. Hay una fotocopia del grimorio doblada en el asiento de atrás que ninguno de los dos ha recogido.

Abro la puerta y salgo, percibiendo que mis huesos pesan más.

—Buenas noches, Takeda-san.

Los seis años de trabajo comprimiéndose en dos palabras formales, que esta noche suenan a exactamente lo que son: una puerta cerrándose entre nosotros.

No miro atrás mientras camino hacia mi casa. Rebusco las llaves en mi bolso y las encuentro al segundo intento.

Y durante todo el tiempo noto dos cosas, su mirada en mi espalda y ese tirón en el pecho. Más fuerte que de costumbre, como

si fuera a llevarse mi corazón con él, arrastrado y sangrante por el asfalto de Tokio.

24

Al día siguiente, después del trabajo, nos reunimos en el apartamento de Watanabe para investigar juntos. La cálida iluminación y la decoración acogedora no ayuda a contrarrestar el hecho de que el salón está hecho un desastre. Libros abiertos sobre la mesa, hojas con anotaciones que se superponen unas a otras, bolígrafos sin capucha, tazas de infusiones frías. Rafaela está sentada en el suelo con las piernas cruzadas hojeando el grimorio, a una velocidad que cuesta creer que esté leyendo nada.

Frente a ella, hay un espacio vacío donde supuestamente está Watanabe.

Sigo sin acostumbrarme del todo. A veces casi puedo imaginarlo ahí, sobre todo cuando Rafaela reacciona a cosas que ninguno vemos.

—Eso no ayuda —murmura al aire.

Una pausa.

—Pues descansa más rápido.

Rin levanta la vista desde el sofá.

—¿Qué le pasa?

—No le gusta que Malu ponga los pies en la mesa de café.

—Dile que me cae mejor invisible —respondo, pero los retiro.

—Te escucha —me recuerda Rafaela justo antes de poner los ojos en blanco con la resignación de un intérprete

—Dice que opina lo mismo de ti.

Sonrío antes de poder evitarlo.

La tensión de ayer sigue ahí, pero esta noche está cubierta por el agotamiento, o tal vez, es la sensación de hermandad porque

compartimos una crisis.

Rin está sentado a mi lado en el sofá. Nuestras rodillas se han rozado al cambiar de postura y casi me provoca un cortocircuito, a pesar de que debería estar concentrada en la lectura. Hemos fotocopiado el libro para poder analizarlo todos a la vez, pero está en portugués lo que dificulta la interpretación por parte de los chicos.

Los chicos… me río pensando que parecemos dos parejas, pero que es ridículo que mi hermana y yo «estemos» con dos hombres en esas circunstancias. ¿No podíamos tener novios de la forma tradicional?

—¿En cuántos hechizos se menciona el hilo rojo? —pregunta Rin interrumpiendo mis pensamientos.

—Sesenta y tres —dice ella sin levantar la vista.

—Buff… —intervengo yo, pensando que vamos a estar aquí toda la noche— ¿Cuántos has revisado ya?

—Unos diez.

—Genial —murmuro, mi tono cargado de ironía.

Mi estómago elige ese momento para recordarnos a todos que a las necesidades básicas de mi cuerpo les trae sin cuidado nuestras crisis existenciales.

Rafaela levanta la cabeza, pareciendo fijarse en ese instante de que ya ha caído la noche y se estira.

—Ah, cierto, es la hora de la cena.

—De nada de parte de mi estómago.

Rin cierra el libro con un suspiro, se pone de pie y desaparece hacia la cocina. Escuchamos abrir armarios durante unos segundos, luego cajones, luego más armarios.

—¿Watanabe solo tiene ramen instantáneo?

—Sí —confirma Rafaela.

—Umm, interesante —murmuro.

Rin me echa un vistazo curioso desde la cocina.

—Eso prueba que es un romántico. —Me apoyo en el respaldo del sofá.

—¿El ramen? —replica él, su tono cargado de incredulidad.

—Claro, en los k-dramas siempre comen eso cuando están ligando.

—El ramen instantáneo es sodio y glutamato —responde Rin—. Eso no es muy romántico.

Rafaela, desde el suelo, oculta una sonrisita.

—Watanabe quiere que os diga que no es un mujeriego y que definitivamente no invitaría una chica a comer ramen para llevársela al catre.

—Sí, seguro que es a nosotros a quien va dirigido ese mensaje —dice Rin.

Rafaela se pone roja y yo no puedo evitar sonreír.

Observo desde el sofá mientras pone el agua a hervir. Lleva las mangas remangadas hasta los antebrazos y el pelo un poco menos ordenado de lo habitual, después de pasarse las manos por él toda la noche.

Suspiro sin querer.

—Discrepo —murmuro—. Creo que un hombre preparando ramen para una chica es lo más sexy del mundo.

Él gira la cabeza y nuestros ojos se cruzan durante un segundo demasiado largo como para ser neutral.

Una alarma nos interrumpe. Es del móvil de Rafaela y lleva sonando una vez a cada hora desde que hemos llegado.

—Hora del contacto —dice ella, y levanta una mano hacia el espacio vacío a su derecha, sin dejar de mirar su libro.

De pronto la veo hacer una pequeña inclinación hacia delante, casi como si hiciera una reverencia. Y se queda completamente quieta. Sus ojos se abren mucho y encoge los hombros, mientras el rubor le cubre las mejillas.

Aunque no veo a Watanabe sé con seguridad que la está abrazando por detrás.

Rin aparece desde la cocina con cuatro cuencos humeantes en una bandeja.

—Listo, ¿alguien por aquí tenía hambre?

—Kenji suéltame —protesta Rafaela, echando un vistazo por encima de su hombro.

Silencio.

—No, no es necesario para mantener el vínculo —murmura mi hermana poniéndose de pie.

Rin deja los cuencos sobre la mesa ignorándola y toma asiento.

Yo me muerdo el labio inferior para no reírme.

—Alguien se está aprovechando de la situación —susurro, divertida.

Rafaela, que sigue roja, se recoloca el pelo fingiendo que está sola en el salón.

Me inclino para coger dos palillos y una servilleta de la bandeja, y entonces Rin se acerca a mí por detrás.

—Espera.

—¿Qué?

No responde. Simplemente me recoge el cabello en un moño y lo ata con algo que ha debido encontrar en la cocina. Sus dedos rozan mi cuello apenas un instante al apartar un mechón. Siento su aliento cálido en mi cuello y tiemblo.

He hecho ese gesto mil veces delante de él antes de comer, pero nunca pensé que se ofrecería a hacerlo por mí.

Rafaela nos observa con los ojos muy abiertos.

—Odio que se te meta el pelo en mi comida —se explica él, de pronto incómodo por nuestra reacción. Baja la vista y coge su propio cuenco.

—Gracias. —Mi voz sale un poco aguda. El aleteo en mi pecho corrobora mi teoría sobre que el ramen siempre acaba siendo romántico.

Rafaela rompe el momento.

—Vale, esto va a ser humillante para todos.

La observo coger los palillos con una concentración exagerada.

—¿Qué haces?

—Kenji no puede comer solo. A no ser que yo haga de enlace entre él y la comida.

Mis cejas se alzan, aunque trato de ocultar mi reacción.

—Ah —digo.

Rin se tapa la boca con la mano y me echa una rápida mirada de diversión.

Con resignación, Rafaela toma ramen con los palillos y lo acerca cuidadosamente al aire.

—Abre la boca —murmura—. No voy a hacer el avioncito.

Los hombros de Rin se sacuden por la risa silenciosa y yo oculto la mía detrás de una servilleta.

—¿Está bueno? —consigo preguntar.

—Umm —dice Rafaela, seca—. Dice que se nota que Rin le ha echado doble ración de amor.

Nuestro jefe le lanza una servilleta arrugada al aire y nosotras nos reímos conscientes de que esta es la cena más extraña de nuestras vidas.

Después de la cena, nos movemos al sofá. Bueno, tres personas y una presencia fantasmal que solo confirma su existencia cuando Rafaela le responde.

Rin hojea sus fotocopias del libro apoyado contra el respaldo. Yo estoy a su lado con las piernas dobladas bajo una manta, leyendo por encima de su hombro y traduciendo lo que no entiende del portugués, que en el caso de un grimorio es casi todo. Rafaela discute con el aire de vez en cuando.

—Conjuro de lengua bífida —lee Rin, deteniendo el dedo en una página—. ¿Le habéis hecho esto a alguien?

—No le des ideas —advierto.

—Conjuro de los cien forúnculos… —continúa él—. Recuérdame que no vuelva a enfadarla.

—Tarde —murmura Rafaela, sin levantar la vista.

Las horas pasan y mi visión se vuelve borrosa. Me froto los ojos mientras Rafaela bosteza. El cansancio va ganando terreno gradualmente. Rafaela acaba medio dormida en una esquina del sofá, con el libro en el regazo y la mano extendida hacia el lado derecho de una forma que ya es automática.

—No estoy dormida —murmura.

Pausa.

—Cállate.

Otra pausa y luego ella esboza una sonrisa pequeña, casi involuntaria.

Al final Rafaela se queda dormida en el sofá, con el brazo extendido y la mano en forma de garra porque debe estar enganchada a la de Watanabe. Es la única manera de que puedan dormir sin ponerse una alarma a cada hora. Así que apagamos la luz y Rin y yo nos desplazamos al dormitorio, con un montón de fotocopias entre los dos y la mejor intención de seguir trabajando.

La cama no es individual, pero tampoco es lo suficientemente amplia para abarcar a dos personas que se odian, se necesitan, han salido juntas y han roto.

Nos sentamos apoyados contra el cabecero y seguimos leyendo. A cada poco él me pregunta qué significa una palabra. A veces nuestras piernas se rozan al alcanzar más folios. Ninguno comenta nada.

—Aquí habla de vínculos emocionales —murmuro.

—En el mío solo explica cómo petrificar la comida de tu cocina para que nada se te ponga malo.

—Buen truco de ahorro.

Rin deja escapar una risa cansada, y yo noto que me escuecen los ojos, así que los cierro un momento. Lo último que recuerdo es el calor de su hombro contra el mío y los dibujos exotéricos del libro danzando en mi mente.

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, tardo unos segundos en entender por qué estoy tan cómoda. Luego noto el peso y me quedo completamente inmóvil.

Estoy pegada al pecho de Rin y su brazo rodea mi cintura. Siento su erección mañanera presionando contra mi muslo y un calor líquido se acumula en mi vientre.

Rin abre los ojos y tarda un instante en enfocar. Me mira.

—¿Esto es un sueño? —susurra.

Durante un instante ninguno se aparta. Nuestras caras están demasiado cerca y puedo ver que hay una fotocopia doblada debajo de su hombro. La luz de la mañana entra oblicua por la ventana, y cae de una forma preciosa en el dormitorio de Watanabe a las siete de la mañana.

Luego los dos reaccionamos a la vez y nos separamos con una torpeza rápida.

—Perdón —dice él, con la voz todavía media dormida.

—No pasa nada.

El silencio incómodo se extiende como un chicle.

—Creo que nos dormimos.

—Sí.

Salimos del dormitorio tratando de evitar que se crucen nuestras miradas.

Rafaela está en el sofá con el libro abierto sobre las piernas y una expresión que me borra toda la vergüenza residual de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Levanta la vista hacia mí, y luego de vuelta al libro, evaluando cuánto tiempo tiene antes de tener que decirlo.

—Creo que he encontrado la solución. —La buena noticia no cuadra con su tono funesto.

Le quito el libro con suavidad y ojeo el párrafo que estaba señalando con el dedo. Lo leo en voz alta.

—«Cuando un alma queda suspendida entre planos debido a la ruptura forzada de un hilo del destino…» —frunzo el ceño mientras las palabras llegan— «…solo un nuevo vínculo emocional genuino podrá restaurar su existencia física en el plano material».

Rin se acerca y lee por encima de mi hombro.

—¿Qué significa eso? —pregunta.

Sigo leyendo.

—«La persona que rompió el hilo deberá establecer un vínculo emocional sincero y no forzado con el afectado, para anclarlo de nuevo. Dicho vínculo no puede ser simulado ni inducido mágicamente. Solo el amor genuino actúa como ancla suficiente».

Miro a Rafaela que tiene expresión de llevar un rato procesando la información sin mucho éxito.

—O sea —digo, despacio, para asegurarme de que he entendido bien— que para traer a Watanabe de vuelta…

—Tengo que enamorarme de él —termina Rafaela, en voz tan baja que casi no la escucho—. Y no puedo usar el hechizo de amor, tiene que ser de verdad.

Qué ironía. La única forma de salvarlo es hacer justamente lo que le da miedo.

—¿Cuánto tiempo tienes? —pregunta Rin y si está chocado o preocupado por la noticia no da muestras de ello.

Rafaela mira el libro.

—El texto dice que cada vez que el hilo se debilita más, el desplazamiento se vuelve más permanente. —Su voz es completamente plana—. Si no se restaura antes de que el vínculo se disuelva del todo…

No termina la frase… pero todos entendemos las consecuencias a la perfección.

Desde algún punto invisible del salón, algo cae al suelo. Una taza de café que Watanabe ha debido lograr mover, y que resuena en el silencio de la mañana de forma estridente.

Rafaela mira hacia ese punto en el aire con una expresión afligida.

—Lo he oído —dice, en voz baja.

Hay una pausa en la que él debe responder algo.

—Lo sé, Kenji… No, no vas a morir. —Rafaela se frota la frente —. Vamos a encontrar una solución, ¿vale?

Rin y yo intercambiamos una mirada grave. No he dudado ni un momento de que mi hermana pudiera solucionar este desastre de una forma mágica, pero ahora que sé que para salvar a Kenji Watanabe tiene que permitirse a sí misma amarle… empiezo a dudar de que vaya a ser posible salvar a nuestro piloto del olvido.

25

El desayuno ocurre fuera, porque nadie quiere volver a desayunar ramen y eso es todo lo que el apartamento de Watanabe contiene.

Acabamos en una cafetería pequeña cerca de la estación, con mesas de madera y ventanas con persianas francesas. Nunca he estado en Francia, así que me siento como una turista en mi propia ciudad.

La camarera deja los platos sobre la mesa y antes de que pueda tocar nada, Rin aparta los tomates del mío en un gesto automático.

Me quedo perpleja y él también parece sorprendido de sus propios actos.

—Los odias —se excusa finalmente, sin levantar la vista.

Asiento, igual de despacio.

Normalmente a Rafaela le divertiría ver que nos comportamos como una pareja, pero ahora mismo solo parece exasperada.

—Bueno —dice, dejando la cuchara—. Tenemos un problema.

—Varios —corrijo.

—Uno principal. —Señala el asiento vacío—. Tengo que enamorarme de él, de verdad, sin trucos ni hechizos. Y eso es imposible.

La señora mayor, de la mesa de al lado, nos echa un vistazo, que mezcla confusión y diversión.

—¿Por qué es imposible? —Rin da un sorbo a su café—. Es atractivo y exitoso.

Rafaela baja la mano despacio.

—No estoy interesada en esas cosas.

—También es rico —añade Rin, haciéndome poner los ojos en blanco.

—Y todos sabemos que esa es la base del amor verdadero. Tenemos a Melania y a Trump como ejemplo.

—Necesitamos acelerar el proceso —prosigue Rin, haciendo oídos sordos a mi sarcasmo.

—¿Perdón?

—¿Qué hace que la gente se enamore?

Rafaela le mira.

—No es mala idea, Rafaela —intervengo, sin sentir una pizca de culpa por ponerme de parte de nuestro jefe. Al fin y al cabo, el hilo rojo ya la unía a Watanabe, se supone que están hechos el uno para el otro—. Pensemos en las cosas que funcionan en las novelas románticas.

—¿Disculpa?

—El «de enemigos a amantes», la «proximidad forzada», el «solo una cama», el «chico rico y su asistente», el «grumpy vs sunshine»… eh, acabo de darme cuenta de que todos esos ya se cumplen… Deberíais estar enamorados ya.

Rafaela pone cara de que quiere ahogarme con sus propias manos.

—El caso es que no lo estamos —gruñe.

—Ummm… —Quiero decirle que no es tan indiferente como le gusta aparentar, pero lo cierto es que si estuviera enamorada todos podríamos ver a Watanabe, así que tengo la prueba de que no lo hace delante de mis narices—. Vale, quizá necesitamos algo más.

—¿Qué proponéis? —Rafaela se muestra dispuesta, aunque de mala gana.

—En *Fatalidad a tu servicio* montan varias escenas típicas para que ella se enamore de Fatalidad —empiezo.

Rin me mira con esa expresión de paciencia calculada.

—¿De qué estás hablando? Las palabras que salen de tu boca no tienen sentido.

—Es un drama coreano —le explica Rafaela, y ella sí parece tenerlo en cuenta como una buena propuesta.

—Deja de usar dramas coreanos como referencia.

—¿Y tú qué propones, señor el-ramen-no-es-romántico?

—Sigo teniendo razón con eso.

—Discrepo.

—¿Es que querías desnudarme anoche cuando preparé la cena? —Rin me reta con la mirada.

Pero tengo la venganza perfecta: la sinceridad.

—Siempre quiero desnudarte, jefe —confieso con una sonrisa, sosteniéndole la mirada.

La expresión chocada de Rin y el leve endurecimiento de su mandíbula me dicen que he ganado esta ronda.

Rafaela golpea la mesa con los nudillos.

—Por favor. Dejad de coquetear delante del fantasma y yo.

—No estamos coqueteando —decimos los dos a la vez.

Quiero desaparecer. Rin extiende la mano para alcanzar su taza de café, pero tira la botella de agua sin querer. Rafaela suelta una risotada, y no intenta disimular el hecho de que se está riendo de nuestra incomodidad.

—Vale —digo, sacando el móvil para cambiar de tema antes de que la situación empeore—. Lluvia de ideas para enamorarse.

—Citas, supongo —dice Rafaela, con esa resignación de quien está aceptando un tratamiento médico desagradable.

—Mirarse a los ojos durante treinta segundos —añado.

—Eso no funciona de verdad.

—Sí funciona, aumenta la intimidad emocional. Lo vi en un estudio.

—¿En TikTok? —dice Rin.

—En TikTok basado en un estudio.

—¿Cómo no fiarse?

—También podéis bailar juntos —continúo, ignorando el tonito de mi jefe—, compartir un paraguas bajo la lluvia, ver fuegos artificiales, actividades con adrenalina…

—*Kabedon* —añade Rafaela, completamente seria.

Me atraganto con el café.

—Así que te va el *Kabedon* ¿eh? —Le dedico una sonrisita maliciosa a mi hermana, cuando me recupero. Normalmente no es nada romántica y ni siquiera ve películas si la trama contiene

romance, a no ser que yo le insista, como es el caso de *Fatalidad a tu servicio*, que, por cierto, le encantó.

—¿Alguien puede explicarme qué significa eso? —interviene Rin, y me da la impresión de que se está divirtiendo con nosotras, aunque no lo admitiría ni bajo tortura.

—Malu puede mostrártelo cuando estéis a solas —dice Rafaela. Por la cara que pone nuestro jefe, debe estar imaginándose algo mucho más pervertido de lo que es en realidad.

—Significa «golpear la pared» y viene del manga, normalmente cuando un chico pone la mano en la pared y atrapa a la chica con su cuerpo —le explico para que no crea que estamos hablando de cosas peores.

Él parece algo decepcionado por la inocencia de la descripción.

Rafaela, resignada, se gira hacia el asiento vacío.

—Podemos intentar lo de mirarnos fijamente.

Watanabe debe responder afirmativamente, porque se queda mirando el punto en el aire frente a ella con una intensidad perturbadora, para el que no sepa que hay alguien ahí. Al principio la expresión de mi hermana es impasible, pero poco a poco su muro empieza a desmoronarse, puedo ver como se le dilatan las pupilas, se le entreabren los labios y se le sonrojan las mejillas, hasta el punto en el que siento que tengo que apartar la vista y darles intimidad.

Mi hermana traga saliva, perdida en los ojos del piloto.

—¿Seguimos con la lista? —le susurro a Rin

Juntos apuntamos varias actividades románticas de las que nunca pensé que hablaría con mi jefe.

Dos horas después estamos en el acuario porque es el número dos de la lista que hemos elaborado entre los cuatro.

Hay mucha gente. Niños corriendo, parejas haciéndose fotos. La luz azul de los tanques reflejándose sobre el cristal y sobre todas las caras, con esa calidad de otro mundo que tienen los acuarios. Rafaela camina por delante, hablando con Watanabe. Varias personas le lanzan miradas de reojo al verla conversar con el espacio.

—Piensan que estoy loca —murmura.

Pausa de escucha.

—No me tranquiliza que pienses que parezco adorable hablando sola.

Rin me toma del brazo y ralentiza nuestro paso.

—Vamos a dejarles espacio —sugiere. Por un momento les perdemos de vista porque el lugar está a reventar.

Cada vez que alguien pasa empujando, Rin me protege automáticamente con su cuerpo. Mi corazón se retuerce cada vez que lo hace.

Llegamos al túnel oceánico. La luz azul cubre todo, los tiburones pasan despacio sobre nuestras cabezas, y el lugar tiene esa calidad irreal que convierte momentos ordinarios en algo diferente.

Observo a Rafaela desde lejos, que se detiene frente al cristal. Está negando con la cabeza hacia el vacío, pero sonríe. Y entonces parpadea el aire a su lado y diviso una figura difuminada, apenas un instante. Lo suficiente para ver la forma de sus hombros, el ángulo de su cabeza, inclinado hacia mi hermana. La imagen desaparece.

Watanabe. Me quedo sin respiración.

Rafaela sigue charlando con él inconsciente del cambio.

—¿Has visto eso? —susurro.

Rin alza una ceja.

—¿El qué?

Rafaela está poniendo los ojos en blanco, mientras sonríe sin querer.

Lo entiendo todo de golpe. Está enamorándose. No de la forma en que se enamoran los personajes de los libros, de golpe y con música de fondo. De la forma real, esa que ocurre despacio y que de repente está ahí, cuando ya es demasiado tarde para decidir si querías que estuviera.

—Creo que está funcionando —le susurro a Rin, sin apartar los ojos de mi hermana—. Has tenido una buena idea, este es el lugar perfecto para enamorarse.

Para darme la razón, un grupo de turistas pasa por una zona estrecha y empujan a Rin por la espalda, que estaba justo delante de mí.

Quedo atrapada entre él y el acuario. Su cuerpo está muy cerca del mío, mientras los tiburones pasan, con total indiferencia al otro lado del cristal frío contra mi espalda. Aunque lo que estoy sintiendo con su proximidad es mucho más peligroso que ellos.

Nos quedamos completamente quietos mientras pasa el grupo. La luz azul del acuario le cae de lado, marcándole los pómulos, y está tan cerca que puedo ver todos los detalles que amo en sus ojos.

Los veo bajar a mis labios y sé que está pensando en lo mismo que yo. En lo bien que se sentían nuestras lenguas enroscadas.

Me noto arder, y debo tener las mejillas a la temperatura de Marte.

—Perdón —murmura él, sin moverse.

—No pasa nada —respondo.

El grupo se dispersa, pero él no se aparta. Sus labios están a una distancia que no tiene excusa.

—Rin…

—Lo sé —confiesa, muy bajito—. Algo ha fallado con vuestro conjuro de debilitamiento, porque no consigo controlarme como antes.

—¿Controlarte? —Me falta el aliento al hablar.

Un niño pasa corriendo entre nosotros y el hechizo, que irónicamente no es ningún hechizo, se rompe.

Rin pestañea, retira las manos del cristal y da un paso atrás. Y tan rápido como había caído en ese mágico instante de intimidad azul, el muro que usa como armadura se alza de nuevo.

Después del almuerzo, damos un paseo por el parque. Allí, Rafaela y Watanabe se hacen las treinta y seis preguntas para enamorarse de Arthur Aron, bajo una lluvia de pétalos rosas. El siguiente destino es la feria nocturna del puerto.

Las luces de los puestos iluminan la calle con una calidez anaranjada, y el aire huele a *takoyaki* y algodón de azúcar.

Rafaela y Watanabe van unos pasos por delante. O Rafaela va unos pasos por delante hablando con el espacio a su lado. Aquí

resulta todavía más visible que en el acuario, pero ella ya ha superado la vergüenza de parecer una demente.

Rin camina a mi lado con mis bolsas en la mano. En algún momento me las quitó sin preguntar, a pesar de mis protestas. ¿Cómo se supone que debo superar nuestro romance falso, si no vuelve a comportarse como el jefe egocéntrico de antes?

Ahora se inclina hacia mí sin previo aviso y sin que haya gente empujándole, y mi corazón da un salto desbocado.

—Creo que le he visto por unos segundos —murmura bajito con la vista al frente, tal vez con miedo de gafarlo.

—¿A Watanabe?

Él asiente y me echa una mirada de reojo. Parece un poco cohibido ahora que estamos al aire libre.

—¿Me lo habré imaginado?

—No, yo también le he visto en el acuario.

Rin suspira aliviado. Está más preocupado por lo de Watanabe de lo que creía. Con esa capacidad de esconder sus sentimientos… ¿puede que algo de lo que me dijo estando hechizado fuera cierto?

—Entiendo por qué tiene miedo —dice Rin, sin que yo haya preguntado nada.

Le miro. Su expresión se ha vuelto distante, perdido en recuerdos.

—El divorcio de su madre y nuestro padre fue muy duro para ella —explico—. Rafaela no cree en el amor.

Él tarda unos segundos en responder mientras caminamos entre el gentío de los puestos.

—No es que no crea, es que le tiene miedo —dice al fin. Y por su forma de hablar creo que se refiere a sí mismo también—. Querer a alguien y acostumbrarte a tenerle en tu vida te pone en una posición muy vulnerable.

La tristeza en su voz hace que se me retuerza el corazón.

Me viene a la memoria el retrato detrás de la pared. En lo que dijo Hiroshi aquella noche: *la amé más de lo que debía*, y él lo vio todo. Pienso en los ojos que no le gustan porque son los de ella. Y entiendo, de la forma en que se entienden las cosas cuando ya se

tiene toda la información, que la herida de Rin no es la distancia. Es que asumió la distancia como protección y ya no sabe estar sin ella.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco distraídamente. Y el corazón me sube a la garganta al ver de quién se trata.

Kaori Takeda:
He estado pensando en lo que dijiste. Puedo verle hoy si crees que es buena idea.

Miro la pantalla y después a Rin, que sigue caminando a mi lado sin saber nada, con mis bolsas en la mano porque no es tan egoísta como yo pensaba. Veo la tristeza que asoma por detrás de su belleza y su arrogancia, y tomo una decisión. Tecleo antes de que pueda pensármelo demasiado y arrepentirme.

María Luiza Aoki:
Perfecto. Te mando la dirección.

Guardo el móvil. Y cuando él mira el gesto con curiosidad, no digo nada.

Ya es noche cerrada cuando Rin se detiene frente a mi casa.

Los lugares que hemos visitado, las conversaciones de antes, todo ha dejado esa calidez específica que se instala entre dos personas cuando han pasado demasiado tiempo juntas, y los bordes se han ablandado sin que nadie haya dado permiso.

El coche se sume en el silencio cuando el motor se apaga. Esta vez él no hace el gesto de arrancar inmediatamente.

Se queda con la mano en el volante y me echa una mirada de duda, que hace que mi corazón de un salto mortal en mi pecho.

—Tengo un problema, Malu —empieza a decir en un tono grave e íntimo que me eriza la piel, y se me abre la boca. Su mirada lo registra y le brillan las pupilas—. Todas estas citas para que tu hermana se enamore de Watanabe me están…

Me inclino un poco más hacia él, no porque quiera si no porque su cuerpo es un imán y yo soy el polo opuesto.

Y entonces algo cambia en su expresión. Se endurece gradualmente, enfocada al otro lado de una ventana.

Sigo su mirada hasta una mujer frente a mi portal.

Tiene esa clase de elegancia que hace que te sientas una rata de cloaca por comparación. Lleva un abrigo abotonado hasta arriba a pesar de que no hace tanto frío. Las manos juntas delante, dan la impresión de que lleva un rato esperando.

Debe ser Kaori.

Rin se queda inmóvil y todo el calor del coche desaparece de golpe.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta. Su voz ha perdido todo lo que tenía hace treinta segundos.

Bajamos del coche. Mi plan sonaba considerablemente mejor en mi cabeza, pero, con su reacción, me lo estoy replanteando.

Kaori nos ve y esboza una sonrisa tensa.

—Rin…

Él no responde al saludo.

—Pensé que quizás necesitabais hablar —digo, con cautela. Su expresión enfurecida hace que me arrepienta del todo.

La mujer da un paso hacia él.

—Sé que probablemente estás enfadado, pero solo quería…

—¿Qué haces aquí? —la corta él, sin una pizca de calor.

Ella vacila y esa reacción me dice que no tiene la voluntad de arreglar las cosas.

—Hace tanto que no hablamos… —murmura—. Quería saber cómo te iba.

Rin suelta una carcajada amarga e incrédula.

—Por favor, nunca te ha interesado saber cómo me va —replica mordaz—. Dime la verdad.

—Hijo…

A eso, Rin suelta un bufido.

—¿Cuánto quieres? —espeta, sacándose el móvil del abrigo.

Mi cuello gira hacia él sin poder creer que haya dicho eso.

—Rin —le regaño.

—Los alquileres están por las nubes hijo, me gustaría quedarme en Tokio y verte a menudo, pero con los precios de la

ciudad me temo que tendré que marcharme.

Mi ceño se frunce al escuchar lo que sale de la boca de la mujer que le dio la vida a uno de los hombres mejor hechos del país.

—¿Qué quiere decir? —intervengo.

—Te he preguntado que cuanto quieres —repite Rin haciendo caso omiso a mi pregunta.

—Con unos diez millones de yenes podría dar una entrada para una casa en algún lugar barato de la ciudad —murmura ella con la cabeza gacha, haciéndose la víctima.

—Pero… ¿de verdad le está pidiendo dinero? —Mi voz va aumentando conforme crece mi indignación—. ¿Lleva años sin verle y eso es lo primero que se le ocurre decir?

Ella se lleva una mano al pecho.

—¿Cómo vamos a arreglar las cosas si tengo que marcharme de la ciudad? ¿O quieres que viva en la calle mientras mi hijo, al que di la vida, tiene un imperio?

Estoy tan indignada que de primeras no puedo responderle nada.

—Pero será desalmada… —comienzo a chillarle. Doy un paso hacia ella. Rin me rodea la cintura antes de que pueda llegar.

—No te acerques mucho o te demandará por daños físicos, aunque no existan —me advierte él, apartándome de su madre.

Ella se hace la ofendida.

—Rin, yo quería verte, de verdad, pero también hay una situación con mi casero… Quiere subirme el alquiler a una suma que no puedo afrontar. Y no hay nada… los alquileres están imposible. Me están echando de la ciudad.

—Usted es increíble. —Sacudo la cabeza profundamente decepcionada y dolida por él—. ¿Solo ha accedido venir aquí para eso?

—Es mi hijo, si no me ayuda él, ¿quién va a ayudarme?

—Ni se te ocurra contactar a mi padre para esto —gruñe Rin—. Te daré el dinero yo.

—¿Qué? ¡No! —me opongo, sintiéndome responsable. Soy responsable.

Rin hace caso omiso de mi protesta.

—¿Cuánto necesitas?

Ella baja la mirada al suelo y le da una cifra.

Rin teclea en su teléfono y le hace una transferencia sin condiciones, ni siquiera la juzga. Su falta de enfado me rompe el corazón aún más.

Kaori intenta añadir algo. Una explicación, una disculpa para llenar el espacio entre el dinero que acaba de recibir y la persona que se lo ha dado.

Él ya está retrocediendo. La mira un segundo con una expresión de quien ha visto exactamente lo que esperaba ver y aun así le duele.

Kaori le da las gracias y promete llamarle, pero Rin no reacciona a esas promesas. Me hace sospechar que ya las ha escuchado otras veces.

La mujer se da la vuelta para marcharse. La decepción me invade. Hasta el último instante, había anhelado que mostrara señales de que le importa su hijo.

—Un momento, señora Takeda —grito a su espalda. Ella se detiene y me mira solo de lado, como si le estuviera quitando un tiempo que no tiene—. Creo que no es consciente de lo que está perdiendo con esa actitud. ¿Sabe por qué su hijo era el más rápido de la pista?

Kaori no responde, pero tampoco se retira, así que aprovecho para seguir hablando.

—Porque Rin Takeda es cien por cien eficiencia. Porque antes de salir recorría la pista a pie y se aseguraba de memorizar cada curva, cada bache. Y esa es la forma en la que lo hace todo en su vida. Por eso hizo florecer la empresa de su padre en tiempo récord. Si le dedicara media hora de su apretada agenda a pasar algo de tiempo con él, vería que merece la pena. Rin lo da todo y acaba siendo el mejor piloto, el mejor CEO y podría ser el mejor hijo, y usted se lo está perdiendo. Pero ni siquiera le importa porque tiene el corazón seco.

Después de soltar todo eso, noto cierto alivio, sobre todo cuando veo un brillo de duda e incomodidad en los ojos de ella, que me llena de satisfacción.

Kaori no responde nada, porque simplemente no tiene una buena contestación a la verdad.

Al final, tras un instante de duda, baja la cabeza y se aleja por la calle con paso lento, pero firme.

Cuando giro para enfrentarme a Rin, descubro que ya no está detrás de mí. Ha entrado en su coche

Doy un paso hacia el vehículo, pero entonces el motor arranca y el Aston Martin desaparece por la calle sin que el conductor mire atrás.

Me quedo sola frente a mi puerta, y noto un peso en el estómago. La he cagado, y esta vez no hay hechizo que pueda solucionarlo.

26

El trayecto hasta el templo es incómodo. No porque Rafaela vaya en el asiento de atrás manteniendo una conversación con alguien invisible. A eso ya me he acostumbrado. Es incómodo porque Rin no ha dicho de pasar a buscarnos, que es lo que hubiera hecho normalmente. Llevo sin verlo desde anoche, cuando se marchó sin decir nada, mientras yo le chillaba a la interesada de su madre.

El templo está escondido en una zona arbolada, y el suelo está embarrado porque lleva lloviendo toda la mañana. Los farolillos rojos en la entrada y el humo de incienso que sale por las ventanas en espirales, nos mete en el ambiente de inmediato.

—¿Ese es el chamán? —Rafaela señala a un gato blanco que se resguarda de la lluvia bajo el tejado del templo y nos observa con apatía.

—Muy graciosa.

Saco mi móvil del bolso para llamar a Rin y avisarle de que ya hemos llegado. Pero antes de que pueda hacerlo, me encuentro con un mensaje suyo:

Rin Takeda:
Ha surgido algo de trabajo. No puedo ir.

Y ya está, sin pedirme que le llame cuando salga ni nada.

—Kenji dice que hueles a ansiedad. —Mi hermana enarca una ceja y baja la vista al móvil que sostengo entre mis manos— ¿Ocurre algo?

—Él no huele a nada.

—Ha respondido que técnicamente es nada.

Me guardo el móvil en el bolso y trago saliva.

—A Rin le ha surgido algo en el trabajo, podemos entrar sin él.

El interior del templo está repleto de campanas de distintos tamaños y tiras de papel con símbolos colgando del techo. Y en el centro de todo eso, sentada sobre un cojín morado con la espalda completamente recta, hay una mujer diminuta con un kimono amarillo chillón y el pelo cardado al estilo tradicional japonés.

Nos observa entrar sin moverse y entrecierra los ojos.

—Ahhhhhh —su grito repentino, nos hace dar un salto—. Vosotras sois las del hombre roto.

Rafaela se detiene.

—¿Cómo lo sabe?

La mujer se señala la sien con una uña larguísima pintada de dorado.

—Soy chamana.

—Ya… —La voz de mi hermana está cargada de incredulidad.

—Y además él está aquí.

Eso logra que intercambiemos una mirada.

—¿Puede verle? —pregunto.

La chamana pone los ojos en blanco con cara de que está harta de ser subestimada.

—Claro, está apoyado junto a esa pared intentando parecer intimidante.

Rafaela gira la cabeza hacia el rincón vacío y por su expresión impresionada veo que la mujer dice lo cierto. Se me eriza la piel, pero mi momento de emoción mística es roto bruscamente por una palmada de la chamana que resuena en toda la sala.

—¡Bien! Contadme el drama.

Nos sentamos frente a ella en cojines que huelen a incienso y a ácaros. Durante los siguientes diez minutos, Rafaela resume nuestra situación, mientras la mujer asiente con expresividad exagerada, bebe té de una taza con un dragón dibujado y de vez en cuando murmura cosas como:

—¿A quién se le ocurre arrancarse el hilo rojo?

Cuando Rafaela termina, la chamana suspira satisfecha con la cantidad de información que le ha dado.

—La respuesta es obvia.

—¿Puede ayudarle o no? —pregunta Rafaela.

La mujer la señala con esa uña dorada.

—Tu libro decía lo cierto. Solo volverá del todo si le quieres.

—Eso ya lo sabíamos… ¡Eso es lo que estoy intentando!

—No. —La chamana le dedica una sonrisa de condescendencia —. No puedes intentar que te guste alguien, eso crea el efecto contrario.

La boca de mi hermana se cierra de golpe y la mujer se inclina hacia delante.

—Solo permítete sentir, y empieza por los detalles: ¿Te parece guapo? ¿Te gusta cómo huele? ¿El sonido de su voz?

Rafaela abre la boca y se tensa. La veo concentrarse en no mirar hacia el lugar donde se supone que está Watanabe.

—Yo… —El silencio se estira—. Sí.

Le tiene que costar la vida reconocer esos detalles tan particulares delante de él, porque suenan mucho más reales que un simple: enamórate.

—¿Puedes desarrollarlo un poco?

Rafaela parece querer desaparecer en el cojín morado inmediatamente después de haberlo dicho.

—¿Qué quiere que diga exactamente?

—Lo que te gusta de él. Dame detalles.

—¿Bromea?

—En absoluto.

Ella suelta un bufido y duda por un momento.

—Yo… me gusta… —murmura de mala gana.

—¿Sí? —La chamana la alienta a seguir con un movimiento de mano.

—Dios… esto es humillante…—Se tapa la cara con las manos.

La chamana hace vibrar la campana que tiene en la mano.

—Vamos, niña, para amar hay que ser valiente.

—De acuerdo, de acuerdo. —Rafaela alza las manos en el aire para que la mujer deje de sacudirla en su cara—. Sus labios… su cuerpo, obviamente. Me gustan sus manos, la forma en que le cae el pelo sobre la frente, me gusta el olor de su ropa, la curva de su

cuello cuando inclina la cabeza contra el respaldo del sofá, me gusta como hace bromas de todo y su resiliencia. No puedo creer que no me haya increpado ni una sola vez por volverle invisible…

La chamana se pone de pie y sacude la campanita otra vez.

—¿Es suficiente? —pregunta Rafaela desesperada.

—Dímelo tú, yo no necesito esa información para nada, solo quería que te lo admitieras a ti misma.

Se pone de pie de un salto que resulta sorprendente para alguien de su edad y su kimono, casi tirando una vela en el proceso. Me inclino rápido y la levanto antes de que salgamos todos ardiendo y esto se convierta en un lugar maldito.

—¡Ritual de compatibilidad espiritual! —Da una palmada fuerte en el aire otra vez.

—Eso suena caro —murmuro.

La mujer empieza a dar vueltas alrededor del espacio vacío donde está Watanabe, agitando campanitas y un manojo de amuletos que suenan como un accidente en una joyería.

—Energía masculina fuerte… un pequeño trauma también, como todo el mundo… ah, sí, muy controlado por fuera, pero se ve que arde en cuanto se apagan las luces…

La chamana alarga entonces una mano hacia el aire y aprieta algo.

—Vaya. —Parpadea.

—¿Qué está tocando? —pregunto, despacio.

La chamana carraspea.

—Los pectorales están en su sitio, sí señor.

Rafaela parece a punto de hundir el rostro en el cojín polvoriento.

—¿Es esto necesario? —Arrugo la nariz.

—Bueno, sería más beneficioso si lo hiciera su hermana, pero… ya que no se decide ella...

Suelto una risa seca y sacudo la cabeza, sin poder creer lo que estoy viendo.

La chamana sigue con su exploración con una concentración admirable.

—Mucho gimnasio, eso apunta a que es muy disciplinado y ambicioso. —Y entonces baja la mano considerablemente más.

—¡Señora! —Rafaela pega un grito que hace maullar al gato de fuera.

—Las personas tenemos mucha energía en esa zona.

—Pero, no puede tocarle ahí —protesta mi hermana, dispuesta a salir del templo y llevarse a su fantasma con ella.

La chamana se aparta con expresión de agravio.

—¿Cómo voy a interpretar la tensión espiritual completa sin una exploración exhaustiva?

Tengo que taparme la boca para ocultar la risa.

Resignada, la chamana vuelve a sentarse finalmente con la dignidad intacta.

—Hay sentimientos…

—De acuerdo… —digo cuando pasa un momento sin que nadie añada nada.

—Pero son inestables. —La señala—. Tú sigues frenándote.

—He hecho todo lo que está en mi mano, me he mudado a su casa, hemos pasado un día entero de citas.

La chamana resopla.

—¿Qué tal es el sexo?

Rafaela se queda helada. Yo también.

—¿Qué?

—¿Qué parte no entiendes, niña? El ñacañaca —repite, como si nos creyera irritantemente ignorantes— ¿Es satisfactorio para ambas partes?

Mi hermana la fulmina con la mirada, pero la chamana es completamente inmune.

Abro la boca para informarle de que no ha habido nada de eso, pero la vuelvo a cerrar, porque realmente no puedo estar segura.

—¿Y bien? —insiste la mujer, sacudiendo la campana de nuevo hacia Rafaela, que parece a punto de hacer algo muy violento.

—No nos hemos acostado.

—¿Disculpa? ¿Y dices que has hecho todo en tu poder? —La mujer levanta ambas manos en el aire, y parece darnos por perdidos —. ¿En qué clase de compromiso no hay sexo?

Mi hermana baja la mirada y tiene la mandíbula tan tensa que le va a doler mañana.

—No pensé que fuera necesario.

—¿Para amar a este hombre? —La chamana lo señala indignada—. La piel es importante, mi niña. El amor son muchas cosas, pero esa es de las básicas.

Durante un segundo Rafaela deja de parecer irritada. Ahora solo parece cansada.

—¿Entonces qué hago?

La chamana sonríe.

—Afianzar el vínculo. Compromiso emocional. Intimidad… Confianza.

—No estará insinuando…

La carcajadade la mujer hace temblar las campanas del techo.

—El sexo debería bastar.

El silencio absoluto y la expresión de mi hermana anima a la mujer a continuar con sus argumentos.

—El vínculo físico genera anclaje emocional cuando ya existen sentimientos previos. —Parece convencida de que esa es la solución —. Total, por la tensión que hay en este cuarto, diría que las dos partes llevan días pensando en ello.

Rafaela aprieta los dientes y mantiene una expresión cáustica.

—¿Va a cobrarnos por esa mierda de consejo? —suelta mordaz.

La chamana parece orgullosísima de su trabajo.

—Mi diagnóstico aquí ha terminado.

Nos levantamos con distintos grados de trauma emocional. Antes de que lleguemos a la puerta, la mujer me llama.

—Tú, María Luiza. —No sé cómo sabe mi nombre. Cuando me giro, ha dejado de agitar las campanitas.

—Mientras sigas siendo su refugio, nunca serás su elección.

Se me corta la respiración.

—¿Qué?

—Creo que sabes de lo que hablo.

El corazón me golpea las costillas. Sí, creo que lo entiendo.

Sonríe, no con la teatralidad de antes sino con algo más parecido a la compasión.

—A veces la persona que necesitas dejar ir eres tú misma. —Y entonces vuelve a ser la chamana del kimono amarillo—. Ahora largaos. Tengo una maldición intestinal a las cuatro.

Cuando volvemos al apartamento de Watanabe ya es de noche.

Por la violencia con la que Rafaela tira el bolso sobre el sofá, está imaginando que es la cara de la chamana.

—Cien mil yenes a la basura.

—Nos dijo cosas útiles —ofrezco.

—Esa pervertida nos ha cobrado por manosear al hombre invisible.

—Podía verle, no es una farsante.

—No importa porque no ha solucionado nada

Me dejo caer en el sofá, derrotada. Llevo todo el trayecto con las palabras de la chamana instaladas en algún sitio entre el pecho y la garganta, donde no terminan de acomodarse.

Mientras sigas siendo su refugio, nunca serás su elección.

Miro el móvil para comprobar si Rin ha contestado mi mensaje, pero ni siquiera lo ha leído.

El vacío en mi pecho amenaza con tragárselo todo dentro de mí.

Rafaela sigue refunfuñando mientras abre el grifo y llena un vaso de agua.

—¿Qué clase de solución es «acuéstate con él»? Eso no es espiritualidad. Eso es ser una pervertida.

Tras una pausa, mira hacia el aire.

—¿Qué ha dicho?

Silencio de escucha.

—¡No estoy celosa de una vieja!

Más silencio.

—¡Pues claro que me puse roja! ¡Cualquiera se pondría roja!

Les observo desde el sofá.

—Necesito subtítulos para Watanabe —murmuro y Rafaela me acribilla con la mirada.

—Es una pena que mi propia hermana se divierta con mi sufrimiento —se queja Rafaela, cruzada de brazos y con cara de dolida.

—¿Sabes lo que es una pena? —contrataco con calma para que le moleste más—. Que mi hilo rojo no vaya con el de Kenji, así seríamos una pareja feliz, mientras tú y Rin huis del amor en direcciones opuestas.

Watanabe ha debido coincidir conmigo, porque mi hermana mira al espacio a su lado con una mueca.

—Necesito una ducha —gruñe y se dirige hacia el baño.

Watanabe debe responder algo a eso porque ella le muestra el dedo de en medio sin girarse a mirarlo.

Es extraño quedarme a solas con un fantasma, pero como nuestras opciones de comunicación son nulas, me pongo a toquetear mi móvil. Ojeo mis redes sociales, mientras finjo que no estoy pensando en Rin.

No sé cuánto tiempo pasa, pero de pronto escucho la voz de mi hermana por el pasillo.

—¿Kenji? —aparece en el salón con el pijama puesto y pelo mojado sobre una toalla blanca, que descansa en sus hombros— ¿Kenji?

La veo asomarse a la zona de la cocina que no es visible desde el salón, y hay cierta urgencia en sus movimientos.

—Esto no tiene gracia, Watanabe —su voz se vuelve más y más apremiante—. Deja de jugar.

Me levanto también, aunque no hay mucho que pueda hacer por encontrarle.

Rafaela cruza el salón, abre la puerta del baño, recorre el pasillo y enciende la luz del dormitorio. La sigo por el apartamento mientras llama su nombre en distintos tonos, con una desesperación creciente.

Nuestras miradas preocupadas se cruzan al ver que tampoco está en el cuarto de invitados. Y vamos corriendo hacia la terraza, el único lugar donde aún no hemos mirado.

—¡Kenji! —Su voz ya no tiene ni pizca de ironía.

Me tapo la boca con la mano, temiéndome lo peor. Que hemos asesinado a Kenji Watanabe, que ha desaparecido para siempre, por culpa de nuestro maldito libro de hechizos.

Y entonces, se detiene frente a la pared del salón y se queda completamente quieta. Sus ojos se llenan de algo que creo indetificar como alivio.

—No estabas… —murmura sin aliento. Da dos pasos rápidos y abraza el aire.

Solo que ya no parece aire. Por un segundo, por un instante breve y tembloroso aparece Watanabe. Su imagen nítida y real como antes de que nada de esto sucediera.

Se está dejando envolver por Rafaela con una expresión petrificada. No quiere mover un músculo para no romper el hechizo de que ella lo esté abrazando.

Se me corta la respiración.

—Rafaela.

Ella gira la cabeza hacia mí y se aparta de él, y en cuanto el contacto se interrumpe, él vuelve a desaparecer.

—Le he visto —murmuro.

Rafaela baja la mirada hacia el lugar donde deberían estar los ojos de Watanabe. Algo se mueve en su cara, y se transforma en determinación.

Traga saliva y se aparta un mechón de pelo detrás de la oreja con torpeza. Y entonces, dice hacia el espacio donde acabo de ver a Watanabe.

—Acostémonos.

27

Salgo del apartamento de Watanabe antes de que mi hermana pueda arrepentirse de lo que acaba de proponer. O antes de saber si él está de acuerdo con el plan.

Tokio está húmedo y brillante cuando salgo a la calle. Los neones se reflejan sobre el asfalto mojado, aunque en estos momentos no está lloviendo. Me ruge el estómago, pero ni en broma pienso regresar a ese apartamento, después de lo que acabo de escuchar. Así que camino por el barrio de Watanabe en busca de una tienda de conveniencias que esté abierta a estas horas.

Sin poder evitarlo, compruebo de nuevo mi teléfono. Nada. Rin estuvo a punto de confesarse en el coche, antes de ver a su madre. Pero ahora, se ha alejado de nuevo, convirtiéndose en el mismo de siempre.

Las palabras de la chamana vuelven a rondarme la mente. Quizá llevo demasiado tiempo siendo el lugar cómodo al que volver. La persona que está ahí, siempre ahí, exactamente donde él puede tenerme sin arriesgar nada.

Y quizá por eso nunca ha tenido que elegir.

Mi estómago ruge de nuevo, con sus propios dramas. Me detengo frente a un *konbini* iluminado con fluorescentes blancos. El pitido de la puerta suena cuando entro. El calor artificial me golpea la cara con el olor específico de las tiendas de conveniencia japonesas, café y plástico.

Compro ramen instantáneo y una bebida caliente. Después, me siento junto a la cristalera mientras espero que el agua hierva. Afuera empieza a llover, primero suave y luego con fuerza. El cristal

se llena de líneas de agua, que distorsionan los neones en formasque resultan ser más bonitas que los neones mismos.

Apoyo la barbilla en la mano mientras doy vueltas a los fideos.

Qué deprimente. La chica que defendía que el ramen era romántico está cenando sola en un *konbini* bajo la lluvia.

La puerta automática se abre y varias personas entran apresuradamente. Un oficinista empapado que va directo a los *onigiri*. Dos estudiantes que se ríen de algo en un móvil. Una pareja que se agita la lluvia mutuamente y no parece importarles salpicar todo.

Y entonces una voz que reconozco dice:

—¿Malu?

Levanto la cabeza.

—¿Daichi?

Daichi Kimura se sacude el agua del pelo y me dedica una sonrisa afable. Va con una gorra negra y una sudadera amplia, pero incluso así tiene la presencia de un deportista famoso.

—Cuánto tiempo. —Se acerca a la barra donde estoy sentada con un café recién comprado— ¿Puedo?

Señala el taburete de al lado.

Asiento.

—¿No cenas con Rin esta noche? —Sus ojos brillan de curiosidad conforme se acomoda—. Vi fotos en la prensa de los dos juntos en el parque.

Algo se me encoge en el pecho.

—No estamos juntos.

Daichi pestañea.

—Ah, ¿no?

Niego y mis ojos regresan a la lluvia en el cristal.

—Sigo siendo solo su secretaria.

—Vaya. —Suelta una risa suave—. Por un momento creí que por fin le había echado huevos a la vida y se había confesado a nuestra Hikari.

Mi cabeza gira hacia él de golpe.

—¿Hikari?

Daichi asiente con media sonrisita juguetona.

Parpadeo.

—¿Hikari la chica que le gustaba hace años? —Estoy confusa.

Daichi empieza a reírse.

—Se podría decir así.

—¿Qué tiene que ver ella? —insisto, preguntándome si Daichi la conocía y si puede hablarme de ella. Siento una curiosidad malsana por la mujer que consiguió rondar los pensamientos de mi jefe durante sus borracheras.

—Espera. ¿Tú pensabas que Hikari era otra persona?

Mi estómago aletea furioso, y ni siquiera sé por qué.

Daichi se apoya en la barra. Me dedica la sonrisa de quien está a punto de decir algo que no puede creerse que sea necesario decir.

—Malu, Hikari eras tú. Siempre fuiste tú. —Trato de buscar señales en su rostro de que me está gastando una broma, pero no los veo por ninguna parte—. Rin y yo te llamábamos así porque eras como una luz en el *paddock*. Siempre corriendo de un lado a otro, arreglando nuestros desastres sin perder el ánimo, iluminando el caos. Nuestra chica sol.

El suelo parece moverse bajo mis pies, y no estoy segura de cómo sigo de pie.

Daichi me dedica una sonrisa nostálgica.

—Sabía que le gustabas, pero como no se decidía, me lancé yo y te besé con el subidón de la victoria. Luego me sentí mal porque lo de Rin contigo era bastante más profundo. Aunque si me dices que después de seis años sigue sin dar el paso, voy a replantearme esa decisión.

El mundo se queda completamente quieto. Incluso la lluvia parece bajar de volumen. El ramen se me enfría en el cuenco. La tienda sigue siendo exactamente la misma que hace treinta segundos, y sin embargo todo parece haber cambiado de escala.

Me viene un recuerdo de aquella noche. Rin borracho tirado en una hamaca de la piscina del hotel donde se celebró el evento, abrazado a una botella de champán. La herida en el labio después de la pelea con aquel piloto belga. Yo limpiándosela mientras creía que estaba demasiado borracho para enterarse. El momento en que tiró de mí hacia él y quedé tumbada sobre su cuerpo. Él murmuró

contra mi oreja algo que yo entendí como el nombre de alguien a quien no podía superar.

Hikari: Luz

Yo creyendo durante años que hablaba de otra mujer. No hablaba de otra mujer. Hablaba de mí, me abrazó a mí.

—No lo sabías —dice Daichi, observando la procesión de sentimientos que sin duda están pasando por mi rostro.

Niego tan despacio que apenas es un movimiento.

Dios mío. Todo este tiempo creyendo que era otra, que yo nunca le había gustado…

Daichi exhala algo entre risa e incredulidad.

—Ese hombre va a matarme por decirte esto.

—No, tranquilo, no voy a contárselo. —Me pongo de pie tan rápido que el taburete protesta—. Necesito hacer algo.

—Eso parece.

Voy directa al mostrador.

—¿Tiene papel y bolígrafo?

El dependiente parece algo exasperado con mi petición, y el hecho de que tiene una cola de compradores que solo quieren resguardarse de la lluvia, pero me entrega ambas cosas sin comentarios.

Y allí mismo, en la barra de un *konbini* mientras llueve sobre Tokio, escribo mi carta de renuncia a mano tratando de que no se note que me tiembla el pulso.

Porque la chamana tenía razón, Rin nunca va a elegirme mientras yo siga siendo el sitio al que puede volver sin consecuencias. Y si quiero que eso cambie, tengo que quitarme de en medio. Aunque me cueste todo. Aunque me aterre.

Cuando llego al edificio de Rin estoy completamente empapada. El agua chorrea de mi chaqueta en el portal y el pelo rosa se me pega a la cara. El papel de la carta está húmedo en las esquinas, aunque lo haya guardado dentro del bolso.

El portero automático suena y tarda menos de un minuto en abrir. Para cuando salgo del ascensor él ya tiene la puerta abierta. Se

queda inmóvil al verme.

—¿Malu? —Me observa de arriba abajo, viendo lo calada que estoy— ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Lleva ropa cómoda, el pelo algo despeinado, ojeras que dicen que tampoco ha dormido bien. Durante un segundo casi olvido por qué he venido, pero me obligo a avanzar.

Saco la carta del bolso con las dos manos y se la entrego.

Él baja la vista, la abre y lee. Su rostro pierde el color y parece chocado.

—¿Qué es esto?

—Mi renuncia.

Levanta los ojos hacia mí.

—¿Qué?

—Dejo la empresa.

—Malu...

Da un paso hacia fuera del piso, con una urgencia que no ha calculado y que es lo más honesto que ha hecho esta semana.

—Gracias por todo este tiempo, Takeda-san.

Intento hacer una reverencia profesional, pero me tiembla el cuerpo y me caen gotas de agua por todas partes, así que debe resultar un tanto patética. Él ni siquiera procesa el gesto. Sigue con la carta en las manos, mirándome anonadado.

Me voy antes de que pueda reaccionar, y convencerme de algo que me va a dejar estancada en un lugar demasiado doloroso.

Bajo en el ascensor sin mirar atrás y noto que estoy jadeando. Me concentro en el número de planta bajando. El vidrio empañado de la recepción y la ciudad mojada están esperándome fuera. Conforme camino siento que he cometido el peor error de mi vida y que he hecho lo correcto al mismo tiempo.

Lo que acabo de hacer no tiene vuelta atrás y puede que le pierda para siempre. Si Rin no reacciona ni siquiera le veré como su secretaria, no le veré en absoluto y eso me asusta tanto que me tiemblan las piernas. Trato de convencerme de que era necesario y que duele de todas formas porque necesario y sin dolor nunca han sido lo mismo.

Ocurre algo curioso cuando llevas seis años seguidos trabajando, y es que descubres que tu casa tiene una vibración diferente en horario de oficina. Papá está en su taller, Rafaela está cuidando de Watanabe… con lo que sea que eso significa. Trato de no imaginármelos teniendo sexo en la cama de Watanabe serios e incómodos, sabiendo que no es diversión si no una situación de vida o muerte.

La casa tiene mucha luz a estas horas, pero no el ruido de los fines de semana y esa combinación extraña es lo que hace que la sienta diferente.

Pongo la tele en volumen bajo para que me haga compañía y me siento en el sofá para terminarme mi té y leer un libro. Sigo en pijama a pesar de que son casi las once, pero es mi primer día como desempleada y puedo permitírmelo.

No llego a sumergirme en la lectura, porque llaman a la puerta y mi corazón da un vuelco. Me levanto, diciéndome que probablemente sea papá que viene a picotear algo, Rafaela o algún vecino. Cuando abro me encuentro a mi hermana con una bolsa enorme y cara de que lleva un mes sin dormir.

Intento tragarme la decepción o un rinconcito muy recóndito de mi interior.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Ayer volvió a desvanecerse unos segundos. —Suspira y entra apresurada—. Y sigue convencido de que acostarse conmigo sería aprovecharse de la situación.

Parpadeo.

—¿Lo intentaste? —La sigo hasta su habitación.

—Solo intenté crear el ambiente adecuado.

—¿Eso que significa?

—¡Me acerqué un poco y él entró en crisis!

No puedo evitarlo, la risa sale antes de que pueda filtrarla.

—¿Kenji Watanabe te ha rechazado cuando su vida depende de ello?

—Dice que me estoy forzando para salvarle. —Se cruza de brazos—. Que no quiere que lo haga por obligación.

Pienso en Watanabe, eligiendo no tomar algo que quiere porque le importa más cómo llega que el hecho de llegar.

—No me extraña, saltaste a una piscina para que no se te acercara.

Ella aparta la vista.

—Sí, pero ahora es diferente porque si no nos acercamos va a morir —dice bajito.

—Ya… es que eso no suena muy alentador —murmuro, pensativa—. No sé si podría acostarme con alguien que lo hace solo para salvarme la vida.

—Eso es una tontería, ya escuchaste mi discurso en el templo cuando enumeré algunas de las cosas que me gustan de él. Es obvio que… —Rafaela se aclara la garganta y sus siguientes palabras salen en un murmullo casi ininteligible—. No es un sacrificio precisamente para mí.

—No me tienes que convencer a mí de eso, si no a él.

—Necesito lencería.

Me atraganto con el café.

—¡¿Qué?!

—¡No grites!

—¿Para qué la quieres?

—¡Tengo un hombre desapareciendo en mi salón!

—¡La lencería no va a hacer que aparezca más!

—Quizás haga que quiera aparecer más deprisa.

Me río tan fuerte que me duele el costado.

Ella pone los ojos en blanco, pero no consigue mantener la cara seria del todo.

—Por cierto, ¿qué haces aquí a estas horas?

El café se enfría entre mis manos.

—He dejado la empresa.

Rafaela se queda quieta durante un segundo completo.

—¿Qué has hecho qué?

—No quiero hablar de ello.

—Joder Malu, tengo prisa. ¿No podías esperar a que termine mi drama existencial para empezar con el tuyo?

—No, el mío lleva seis años desarrollándose.

Rafaela suspira, coge la bolsa y se acerca a besarme la frente porque ambas sabemos que no podemos hablar de esto ahora mientras Watanabe se desvanece.

—No hagas ninguna estupidez mientras no estoy.

—Lo mismo te digo.

Se marcha apresurada, y diciendo algo de que más le vale a Watanabe estar en el coche cuando salga.

Mi hermana se marcha. Me siento en el sofá y empiezo a preguntarme si he cometido el error más grande de mi vida adulta, cuando vuelven a llamar.

—¿Qué has olvidado? —murmuro, levantándome.

Abro y el aire abandona mis pulmones como si alguien los hubiera apretado de golpe.

Rin está parado en el rellano, con un jersey remangado, el pelo revuelto y la respiración ligeramente alterada.

—¿Por qué no has venido a la oficina?

Suelto una risa seca e incrédula.

—Te lo explico en la carta que te di anoche —respondo con cierta guasa, aunque me tiemblan las manos y me cuesta respirar con calma.

Él se saca mi carta arrugada del bolsillo del vaquero.

—No puedo tomarme esto en serio.

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué está escrita a mano? —dudo—. Te enviaré una digitalizada por e-mail.

Él sacude la cabeza con una mezcla de incredulidad y enfado.

—No puedes irte. —La voz le sale rota de una forma que no le había escuchado en seis años.

Parpadeo despacio.

—Rin…

—No voy a aceptarla.

—No es una petición.

Da un paso dentro antes de que pueda impedirlo, y de repente el salón se vuelve más pequeño todavía.

—Malu, por favor.

Esa palabra, por favor, en seis años de reuniones y despachos y distancia calculada, nunca la había escuchado en su boca y con ese tono de ruego.

Aprieto los dedos contra el marco de la puerta para mantenerme donde estoy.

—¿Por qué? —pregunto.

Él abre la boca, pero no sale nada. Solo ese silencio, que muestra su incapacidad de encontrar las palabras, para decir algo que le da demasiado miedo.

—Sabes por qué —murmura y sus ojos muestran desesperación genuina.

Mi primer instinto es acercarme y decirle que no importa, que está bien, que me quedo, porque necesito aliviar el tormento que veo en sus ojos, pero ese instinto es exactamente el problema.

Trago saliva.

—No lo sé, Rin. Cualquiera puede hacer mi trabajo… no necesitas que sea yo. —Hago el amago de cerrar la puerta, pero él alarga la mano y la estampa contra la superficie evitando que lo haga.

—Sí que lo necesito —susurra, implorándome con los ojos que deje de torturarlo.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber que voy a verte todos los días —comienza con visible esfuerzo—. Necesito saber que estás a pocos pasos y que no vas a irte a ninguna parte.

Mis labios se abren y mi pulso se acelera.

—Esas palabras no suenan a la descripción del puesto de una secretaria —musito, notando que se me humedecen los ojos.

Los suyos también brillan.

—Malu… no me hagas esto ahora. —Nunca le he visto rogarle así a nadie. Estoy tan chocada que casi no puedo cerrar la boca.

—No quiero ser solo tu secretaria, Rin… No quiero verte solo en la oficina, ni quiero tener que aguantarme cuando Miss Gasolina tontea contigo en el *paddock.* ¿Recuerdas cuando estabas hechizado y me pediste que mostrara mis celos, que te reclamara? Pues eso es lo que quiero ahora…

El silencio que sigue dura demasiado. Entiendo que no va a venir nada más. Que sigue sin poder decirlo, aunque lo sienta. Doy un paso atrás.

—Adiós, Rin. —Cierro la puerta y me apoyo contra ella en el silencio de mi casa.

De primeras no escucho nada, pero un instante después sus pasos resuenan en las escaleras cada vez más lejanos. El motor de su coche me indica que se está marchando.

Las lágrimas llegan solas, sin dramatismo.

Me siento en el sofá y las dejo caer.

Le quiero y sé que él también. Y a veces querer a alguien significa dejar de ser el sitio donde se esconde. Aunque duela.

28

Mi plan de quemar toda mi ansiedad y frustración en el gimnasio fracasa. Pensaba que correr hasta que me ardieran las piernas serviría para apagar algo de lo que llevo dentro desde anoche, pero resulta que las emociones no salen por el sudor. Solo te dejan agotada y triste al mismo tiempo, que es una combinación bastante ofensiva.

Cuando llego a casa todavía tengo el pelo húmedo de la ducha del gimnasio y las zapatillas colgando de una mano.

Papá está en la cocina. El sonido del cuchillo sobre la tabla y el olor a ajo sofrito me reciben antes de verle. Lleva las gafas viejas sobre la nariz y corta verduras con una habilidad que yo no he heredado.

—Has vuelto tarde —comenta sin girarse.

—Había mucha gente.

—Mmm.

Dejo la bolsa junto a la entrada y me apoyo en la encimera, observándolo. Siempre me olvido de lo sólido que parece hasta que paso un rato en silencio a su lado.

—¿Qué cocinas?

—Curry.

—Te quiero.

—Lo sé.

Sonrío un poco. La primera vez en todo el día.

Él sigue removiendo la olla y luego me lanza una mirada lateral.

—¿Problemas con el jefe?

Casi me atraganto.

—¿Cómo sabes que es por él?

—Cuando estás triste por otras cosas comes helado. Cuando es por él haces mucho ejercicio como si estuvieras preparándote para echarle una carrera.

Me dejo caer en una silla.

—He dejado la empresa.

Ahora sí se gira.

—Vaya. —No suena enfadado, solo sorprendido. Supongo que nadie esperaba que me fuera de Hayabusa después de seis años.

—Entonces supongo que puedo volver a llamarle niñato arrogante sin miedo a que te despida.

Suelto una risa cansada.

—Todavía puede despedir a Rafaela.

Apaga el fuego un momento y se apoya contra la encimera con los brazos cruzados.

—¿Le quieres?

De todas las cosas que podía decirme, esa es probablemente la última que me esperaba.

Miro la mesa sin ganas de mentirle.

—Sí.

Por la forma en la que asiente, probablemente lo sospechaba desde hace tiempo.

—Entonces, entiendo por qué te has ido.

Parpadeo.

—¿Lo entiendes?

—Claro. A veces quieres tanto a alguien que seguir cerca empieza a hacer daño.

—¿Te pasó con Renata?

Su expresión cambia un poco y por un momento le veo más viejo.

—Con las dos.

El curry sigue humeando en el fuego apagado. Fuera, algún vecino camina por la calle con pasos que se alejan. Me gustaría pensar que es él, pero sé que Rin es incapaz de darme su amor y que prefiere pasarse toda la vida guardándoselo en la caja fuerte.

—Tu madre biológica era el amor de mi vida —dice, y sé que su serenidad ha llevado mucho tiempo de conseguir—. Y murió, sin aviso, sin preguntar si estaba preparado para vivir sin ella.

Trago saliva.

—Luego conocí a la madre de Rafaela y pensé que quizá el amor podía construirse distinto. Y durante un tiempo fue bonito también.

—Pero os divorciasteis.

—Sí. —Sonríe un poco—. Porque querer a alguien no siempre significa que podáis quedaros juntos.

Me abrazo las rodillas sobre la silla.

—Eso no es muy esperanzador.

—La parte esperanzadora viene ahora. —Me señala con la cuchara—. Sobreviví a las dos cosas y seguí teniendo una vida feliz.

Le observo en silencio.

—La gente cree que enamorarse es encontrar a alguien y ya está. Pero el amor también consiste en elegir. Elegir quedarse. Elegir arriesgarse. Elegir hablar, aunque dé miedo.

Me viene un flash de Rin abriendo la boca en el umbral de su apartamento y no saliendo nada.

Papá vuelve al fuego.

—Si ese chico te quiere de verdad, acabará entendiendo que no puede tenerte a medias.

El nudo de mi garganta se afloja un poquito.

—¿Y si no lo entiende?

—Entonces dejará espacio para alguien que sí sepa hacerlo.

El móvil vibra encima de la mesa, interrumpiendo nuestro momento profundo con una videollamada entrante de Rafaela.

La acepto, pero casi se me cae el teléfono de la mano al ver que está en el baño de Watanabe con un conjunto de lencería negra bastante provocativa. Lleva el pelo suelto, sus bonitos rizos le caen a un lado de la cabeza y el efecto está potenciado por un maquillaje suave pero intenso.

—No grites —susurra ferozmente.

—¡RAFAELA!

—¡He dicho que no grites!

Papá me mira desde la cocina. Le hago un gesto vago para que no se preocupe y me retiro al pasillo.

—¿Qué te has puesto?

—Internet dice que los hombres son criaturas visuales.

—Internet también dice que el agua con limón cura enfermedades graves.

—¡No tenía más opciones! —Mueve el móvil y me enseña la encimera del baño llena de productos abiertos—. He usado como diez distintos.

Lo que para alguien que normalmente solo se echa crema hidratante de noche y brillo de labios es mucho decir.

—Estoy orgullosa y aterrada simultáneamente —le digo boquiabierta—. Se suponía que yo era la hermana ligona, pero creo que es porque nunca lo has intentado.

—Necesito ayuda.

Frunzo el ceño sin entender con qué, cuando es evidente que ha conseguido un look de película ella sola.

—Sabes que no tengo mucha experiencia con los hombres —admite, ansiosa.

—Tampoco es que yo sea una experta en seducción.

—Malu, hace dos semanas Takeda y Sato estaban peleándose por ti delante de toda la empresa.

—Ya, bueno, se te olvida que uno de ellos estaba embrujado.

Eso hace que mi hermana hunda los hombros en redición.

—Bueno. ¿Qué quieres que haga exactamente?

Rafaela baja la voz al máximo.

—¿Cómo camino sexy?

La carcajada me sale tan fuerte que papá asoma la cabeza al pasillo.

—¡No te rías! ¡Estoy sufriendo!

—Vale, vale. —Intento recomponerme—. Trata de relajarte, ¿vale? No tienes que sentir confianza, solo fíngela. No encorves la espalda, camina como si tuvieras el cielo entre las piernas.

Rafaela pone una mueca que me hace carcajearme. Lo siento mucho por ella, pero todo esto es muy divertido. Si ignoro la parte en la que «su chico» está en peligro de muerte, claro.

—Relaja la cara, pareces un sicario aproximándose a un objetivo.

—¡No puedo relajarme! ¡Kenji Watanabe está sentado en el salón posiblemente semidesnudo!

—¿Cómo sabes que está semidesnudo?

—He puesto la calefacción a tope.

Me río tanto que me duele algo.

—Escucha, deja de pensar en «seducirle». Solo habla con él.

—Eso ya lo hacemos.

—No, habla de verdad, dile lo que sientes.

Mi hermana guarda silencio un momento, parece más asustada con esa idea que con la de salir en lencería negra y tirarse a su cuello como una depredadora vestida de encaje.

—¿Y si desaparece mientras lo intento? —Suena derrotada.

—No va a desaparecer.

—No lo sabes.

—Creo que todo se arreglaría si te sinceraras con él.

Ella se pone la sudadera de cremallera encima y suspira.

—Deséame suerte.

—Todo va a ir bien.

Cuelga antes de que pueda seguir.

La cena con papá es tranquila. El sabor del curry tiene algo que me reconforta. Cuando empiezo a recoger la mesa, miro el móvil por primera vez en una hora. Las notificaciones se han acumulado, pero ninguna es de él.

Primero leo el e-mail de recursos humanos.

Estimada Señorita Aoki:

El señor Takeda nos ha informado de que no debemos tramitar su renuncia aún, y el señor Hiroshi Takeda nos ha pedido que le mantengamos el sueldo de momento. Dice que está haciendo un trabajo más importante que el de secretaría. ¿Tiene idea de a qué posición se refiere exactamente?

Esperamos su respuesta.

Atentamente
Yuki – RR.HH.

Querida Aoki:
Tu jefe da más miedo de lo habitual cuando no estás. ¿Cuándo vuelves?
Haruto – Marketing

Después compruebo los mensajes a mi móvil personal con un peso en el estómago.

Keiko:
Malu, por favor vuelve. Ha rehecho una presentación cinco veces por las comas.

Kenta:
Hola Malu, ¿cómo va el descanso? Por cierto, ¿cuándo vuelves? El señor Takeda solo ha tomado dos cafés y cero comida durante todo el día. No tiene buena cara.

Bloqueo el móvil y me quedo mirando la pantalla negra.
Papá recoge los últimos platos sin decir nada. Siempre me ha gustado que sea una persona con tacto que sabe cuando necesitas silencio y espacio. Quizá por eso sigo viviendo en casa. Por eso y porque, si en algo tenía razón la madre de Rin, es que los precios de los alquileres en Tokio son terroríficos.
Me encierro en mi cuarto y cierro los ojos un momento, tratando de decidir cómo me siento al descubrir que Rin se está viniendo abajo sin mí, al punto de que toda la empresa está notando mi ausencia.
El hecho de que Hiroshi quiera patrocinar mi ataque terrorista contra su hijo, quiere decir que alguien más piensa que he hecho lo correcto. Incluso aunque sea el hombre que pretendía casarnos a la fuerza. No estoy sola, le tengo en mi equipo. Los dos queremos «curar» a Rin de su miedo.
Cuando me preparo para acostarme voy a correr las cortinas de mi habitación y entonces lo veo. El Aston Martin negro de Rin

está aparcado frente a la casa.

Mi corazón se para durante un instante.

Bajo las escaleras casi corriendo y salgo a la calle con la sudadera encima del pijama. La noche está fría y húmeda, lo noto en el aire que se me mete por el cuello.

Me acerco despacio y veo que Rin está dentro, con el asiento ligeramente reclinado, una mano sobre el pecho y los ojos cerrados.

¿Qué mierdas está haciendo ahí?

Hay vasos de café vacíos en el asiento del copiloto y un envase de comida para llevar medio aplastado, con palillos sobresaliendo. ¿Es que ha cenado ahí?

Se me rompe el corazón por verle así. Golpeo suavemente la ventanilla.

Sus ojos se abren al instante, completamente alerta de inmediato, y se incorpora de golpe.

Baja el cristal.

—¿Qué haces aquí? —susurro.

Tarda un segundo en responder. No porque no sepa qué decir, sino porque está eligiendo cómo.

—¿Molesto?

—Eso no es lo que he dicho. Te he preguntado por qué estás aquí, aparcado en frente de mi casa.

Me mira con esas ojeras marcadas y el pelo ligeramente aplastado de un lado.

—No podía dormir.

—¿Y has conducido hasta aquí para pasar la noche en la puerta de mi casa?

Una sonrisa cansada aparece un instante y desaparece.

—Lo siento, no creí que me verías.

Me aprieto más los dedos contra las mangas.

—Esa no es la cuestión, Rin. La cuestión es… ¿por qué necesitas estar aquí?

El silencio que cae entre nosotros empieza a sonar redundante. Tomo una profunda inhalación tratando de llenarme de paciencia.

—¿Has dormido algo desde ayer?

No contesta nada y eso es suficiente respuesta.

—Rin, no puedes…

—No sé hacer esto bien —susurra y me quedo quieta.

Él baja la mirada al volante con una expresión contrariada. Es evidente que no se entiende a sí mismo. Parece un hámster dando vueltas en una rueda de la que se ha cansado, pero de la que no sabe cómo escapar.

—¿Podéis volver a hechizarme?… —aprieta la mandíbula.

—¿Qué? —murmuro.

—Todo era más fácil cuando estaba hechizado. —Se interrumpe y respira—. El miedo no estaba, solo quedaba la otra parte.

—¿Qué otra parte?

—La parte en la que me gustas, en la que siento que se ilumina la habitación cuando entras, las ganas de estar contigo sin que el miedo lo esté oscureciendo todo.

Levanta la vista hacia mí.

—Cuando me diste la carta sentí… —prosigue—. Sentí pánico. Sentí que me estaba ahogando, Malu. Y ahora no sé qué hacer. Tengo tanto miedo a que te vayas de mi vida, y sé que si te dejo acercarte aún más ese miedo va a crecer. Va a doler más.

Mi respiración se vuelve inestable.

Él suelta una risa que no tiene nada de alegre.

—Ridículo, ¿verdad? Un hombre de treinta años entrando en crisis porque una persona deja su trabajo.

—No es por el trabajo.

Sus ojos suben hasta los míos.

—No —susurra—. No, no es por el trabajo. El trabajo es la forma en la que te tengo en la distancia justa para equilibrar mi miedo con mi apego.

El silencio que sigue a esa confesión tiene algo mágico. La luz de farola brilla preciosa sobre el asfalto y hace relucir su chasis, el aire nocturno trae el aroma de las flores de jazmín de unos árboles cercanos. Mi pecho está removiendo algo en su interior que parece un hechizo de amor en sí mismo por cómo me estoy sintiendo.

—Entra —digo—. Papá ha hecho curry y me han dicho que no has comido mucho hoy.

Rin me mira y en su cara veo puro alivio mezclado con miedo.

—¿Segura?

—No —respondo—. Pero entra de todas formas. Además, no voy a dejar que duermas en el coche. Eres demasiado pijo para eso.

Rin abre la puerta del coche. Se pone de pie frente a mí, y esta vez, cuando doy un paso hacia la puerta, él me sigue.

29

Papá levanta la vista cuando entro seguida de Rin y tarda unos segundos en evaluar la situación. Tiene el paño de cocina sobre el hombro y una cerveza en la mano. Nos observa, primero a mí, en pijama y sudadera. Luego a Rin, despeinado, agotado, y con la ropa arrugada.

Esboza media sonrisa.

—Ah, el niñato arrogante.

Rin, que en cualquier otra circunstancia respondería con algo elegante pero devastador, baja la cabeza.

—Sí, señor.

Papá parece satisfecho con esa actitud.

—Vaya, sí que estás mal.

—Papá…

—¿Qué? Llevo seis años esperando que alguien le bajara los humos y no a su coche de Fórmula 1 precisamente.

Rin ni siquiera parece tener energía para ofenderse, lo cual me preocupa más que cualquier otra cosa que haya pasado esta noche.

Papá hace un gesto hacia la cocina con la cerveza.

—Bueno, pasa antes de que los vecinos crean que trafico con empresarios rotos.

Rin entra despacio. Es muy extraño verle en mi casa, su sola presencia desentona con la antigüedad del mobiliario. Y aun así, cuando se quita los zapatos en la entrada sin que nadie se lo haya pedido y se remanga el jersey, me da la impresión de que está encantado.

—¿Has cenado? —pregunta papá, ya moviéndose hacia la olla.

—No mucho.

—Estás de suerte, Rafaela no ha venido a cenar. Está cuidando de una amiga enferma.

Rin me echa una ojeada, pero, por suerte, no lo corrige.

Cinco minutos después, está sentado a nuestra mesa con un bol de curry delante, mientras papá le sirve una segunda porción sin que él se lo haya pedido.

—De verdad, es suficiente.

—Estás demasiado delgado para discutir conmigo.

—Papá, mide uno ochenta y ocho de puro músculo.

—Pues por eso tiene que comer —Le echa otra cucharada más —. Y tú deja de mirar sus músculos, que eso es lo que te pierde.

Me gustaría que la tierra me tragara ahí mismo, en la cocina de mi casa.

Rin acepta la comida. La escena tiene algo tan absurdamente doméstico que me cuesta ubicarla en la realidad. Rin Takeda, heredero de Hayabusa Engineering, ex piloto que incendiaba ruedas de prensa, hombre capaz de congelar una sala de reuniones con una sola mirada, sentado en nuestra cocina mientras mi padre le obliga a comer y él lo acepta sin rechistar.

Y lo más extraño de todo es que parece relajarse. Muy poco, pero lo suficiente para que se note en sus hombros.

Me siento frente a él con una taza de té y le observo comer sin contenerme. Tiene las mangas remangadas hasta los antebrazos. El pelo ligeramente revuelto de haber dormido en un coche. Sus movimientos siguen siendo elegantes y eficientes incluso agotados. Cuando papá le hace una pregunta sobre el taller de Hayabusa, responde con atención genuina, pero hay algo distraído en él al mismo tiempo.

Está mirando alrededor. La cocina, las fotos familiares en la pared, el imán de la nevera que es un racimo de bananas que pone Bahía. La forma en que papá protesta porque he puesto mal una cuchara en el lavavajillas. La taza con el asa rota, que ninguno de los dos tira, porque estamos acostumbrados a las cosas viejas.

Le tiendo una servilleta a Rin justo cuando alarga la mano para cogerla. Sus ojos se quedan en mi mano y luego suben a mi cara. Brillan de una forma que me hace sonrojar.

Papá sigue contando lo del cliente de la silla coja, pero ninguno de los dos le estamos escuchando del todo. Nuestras miradas no paran de chocarse y la temperatura de la habitación ha subido varios grados.

Cuando se termina la comida, mi padre recoge su plato y Rin empieza a levantarse para ayudar.

—Quédate sentado.

—Puedo hacerlo yo.

—Las visitas no friegan.

—No me importa, vivo solo. Estoy acostumbrado a recoger mi propia cena —dice Rin.

—Si estás intentando hacer méritos para dormir en el cuarto de mi hija, no te molestes —responde mi padre.

Me escondo en la cocina antes de que mi cara me delate.

Coloco los platos en el lavavajillas. Desde aquí llegan sus voces en el salón, bajas a propósito porque no quieren que los escuche.

—Siento haber aparecido de esta manera —dice Rin.

—Malu te ha traído a casa. Eso ya me dice bastante.

Una pausa.

—Mi hija soporta mucho por la gente que quiere. —La voz de mi padre se mantiene en calma—. A veces demasiado y durante demasiado tiempo.

Mis manos se detienen sobre un plato mojado.

—Pareces un hombre inteligente, así que me ahorro el discurso. —Se escucha otra pausa—. Pero si vas a entrar en su vida de verdad, entra del todo, porque quedarse a medias también hace daño.

Hay un silencio vacilante después de eso.

—Lo sé —admite Rin con una voz tan rota que tengo que cerrar los ojos por un instante.

Termino de recoger despacio, dándoles el tiempo que necesitan, aunque ya haya escuchado todo.

Cuando vuelvo al salón, papá está levantándose.

—Voy a dormir. Sed responsables o al menos silenciosos.

—¡Papá!

—¿Qué? Soy moderno.

Desaparece por el pasillo silbando y con la conciencia tranquila.

Rin se pasa una mano por la cara.

—Es tarde, debería irme.

—Creí que querías dormir cerca.

Eso le hace guardarse lo que estaba a punto de añadir.

Miro la hora. Es tardísimo y él tiene ojeras.

—Quédate esta noche.

Levanta la vista.

—¿Qué…

—Ibas a dormir en el coche. Mi sofá no puede ser peor.

—No quiero incomodar.

—Mi padre ya te ha adoptado, puedes venir a cenar todos los días. —En cuanto lo digo me arrepiento, porque lo último que quiero es activar su fobia al compromiso, pero en lugar de rechazo lo que leo en su rostro es esperanza.

Le preparo el sofá. Él se cambia en el baño con ropa vieja de papá que le queda ajustada en los hombros y corta en las piernas, de una forma cómica y adorable a partes iguales.

—No digas nada —dice al salir.

—Todo millonario debería pasar por este ritual de humildad.

—Voy a irme.

—Ya sabes dónde está la puerta. —Le doy la manta.

Él se deja caer en el sofá agotado y creo que nunca le había visto tan vulnerable en mi vida. Ni siquiera aquella vez que curé su labio partido mientras dormía la borrachera en la hamaca de una piscina, justo antes de que me abrazara y me llamara «luz».

Apago la lámpara principal y la luz de la lamparilla pequeña queda tenue y cálida.

—Buenas noches, Rin.

Me mira desde el sofá.

Hay algo en su cara que lleva un momento ahí, creo que es alivio.

—Buenas noches —murmura al fin.

No consigo dormirme. Soy demasiado consciente de que está al otro lado del pasillo. Demasiado consciente de todo lo que hay entre el sofá y mi cama.

Cerca de las tres de la mañana escucho un ruido suave. Salgo de la habitación adormilada y veo que Rin se ha movido mientras dormía. Está mal apoyado contra el brazo del sofá, con la cabeza en un ángulo que va a dolerle mañana, y la manta en el suelo.

Me agacho a recogerla y la extiendo sobre él con cuidado, Me recuerda a Senna cuando se destapa sin querer, un ser indefenso.

La camiseta gris se le ha subido un poco durante la noche y deja al descubierto parte de su abdomen firme, la línea marcada de sus caderas y la piel cálida que contrasta con la oscuridad del sofá. El pelo negro le cae desordenado sobre la frente y dormido así, con las facciones relajadas y la boca apenas entreabierta, parece mucho más joven, el chico del que me quedé prendada. Solo que más maduro y corpulento. Me hace querer acariciarle la cara y besarle la comisura de los labios solo para comprobar si suspira mi apodo otra vez dormido.

En cuanto la manta le roza el pecho, su mano sale de debajo y atrapa mi muñeca. Me quedo completamente inmóvil. Sus ojos están cerrados y su respiración es regular y profunda. Está dormido, pero sus dedos rodean mi muñeca con una presión firme.

Porque cuando Rin Takeda está despierto puede controlar todo lo que deja ver.

—No me dejes —murmura, con la voz espesa. Frunce levemente el ceño, luchando contra algo en sueños—. Por favor.

Mi corazón galopa salvaje. Me quedo ahí de pie sin moverme, con su mano alrededor de mi muñeca y la oscuridad del salón y el sonido de su respiración, pensando que he pasado seis años creyendo conocer a este hombre por todo lo que hace cuando está despierto. Y que quizás lo más real de Rin Takeda es lo que hace de forma inconsciente. Aferrarse a mí, tirar de mí, pedirme que no me vaya de su lado. Lo que hace cuando no sabe que lo está haciendo.

No me aparto. Me siento en el suelo, apoyada contra el sofá, con su mano todavía en mi muñeca.

Y me quedo ahí hasta que la respiración de los dos se vuelve lenta y regular y la noche se convierte en esperanza sin que ninguno haya tenido que confesar nada.

30

Por la mañana me despierto con el olor a café y el sonido de la televisión baja en el salón.

Abro los ojos despacio y durante unos segundos me cuesta recordar qué hay un hombre durmiendo en mi sofá. Cuando salgo del baño veo una pierna larga sobresaliendo de la manta azul. Los detalles de la noche anterior me golpean de pronto: su mano cerrada sobre mi muñeca, el «no me dejes» susurrado en la penumbra.

Rin está boca abajo con un brazo colgando hacia el suelo y el pelo completamente aplastado de un lado. Se va a levantar con un buen dolor cervical.

Me apoyo en el marco de la puerta y le observo unos segundos sin hacer ruido. Es extraño verle así de relajado y humano.

Papá aparece detrás de mí con una taza de café en la mano.

—Sigue vivo —murmura.

—¿Por qué has puesto la televisión?

—Ni se ha enterado —resopla divertido, y se va a la cocina—. Está teniendo dulces sueños ahora que te tiene cerca.

Pongo una mueca de vergüenza porque no quiero que mi padre haga comentarios románticos sobre mi vida.

Justo cuando voy a acercarme, Rin se mueve ligeramente y entreabre los ojos. Tarda unos segundos en enfocarme y veo exactamente el instante en que recuerda dónde está.

Mi salón, con mi manta. Yo mirándole en pijama a las siete y media de la mañana.

Se incorpora con la lentitud de quien ha dormido de verdad por primera vez en días, frotándose la cara con una mano.

—Buenos días —murmura. Su voz ronca del sueño provoca cosas que no deberían ser legales antes de las ocho de la mañana.

—Mi padre ha hecho café —informo. No sé por qué de pronto me siento tan vergonzosa. Debe ser la luz del día que lo hace todo diferente, bastante más real y con consecuencias.

Parpadea un par de veces como procesando la información.

—Lo necesito en vena —bromea, evitando mi mirada también. Parecemos dos chiquillos en su primer flechazo.

Cuando entramos en la cocina, mi padre levanta la vista del periódico.

—Buenos días, Rin.

Él se queda quieto un segundo.

—Sí, cuando duermes en mi casa pierdes los honoríficos.

Me tapo la boca para esconder una sonrisa.

Papá señala la cafetera con el periódico.

—Sírvete. Aquí no hay asistentes.

Rin abre la boca en un reflejo automático, pero enseguida agacha la cabeza y baja los hombros.

—Sí, señor.

Es surrealista. Rin Takeda, obedeciendo instrucciones domésticas mientras lleva una camiseta vieja de mi padre.

No voy a fijarme en la forma en que el algodón dado de sí abraza sus músculos, ni en cómo el fino pantalón de pijama lo marca todo.

Me siento en la mesa mientras él se sirve café, de probablemente la primera cafetera italiana que ve en su vida.

—¿Has dormido algo?

—Un poco.

Papá dobla una página del periódico.

—Ha hablado dormido.

La taza de Rin se congela a mitad de camino.

—¿Qué? —dice, muy despacio.

Mi padre se carcajea y pasa de página.

—Nada interesante —murmura, mientras esboza una sonrisita de broma privada a su periódico.

—No nos queda miso, y no hay arroz hecho —Le informo poniéndome de pie— ¿Te importa desayunar tostadas con mantequilla?

—No, pero no esperes una buena puntuación después. —La broma va acompañada de una sonrisa torpe.

Le acribillo con la mirada.

—Seguro que eres de los que le ponen una estrella a las reseñas de los hoteles.

—Solo si no tienen sábanas de algodón egipcio y un mayordomo que me abanique mientras duermo. —Rin deja la taza sobre la mesa con un tintineo suave.

—Ya veo —continúo—. ¿Te gusta que vaya enmascarado mientras te observa?

Papá nos mira alternativamente con cara de que quiere esfumarse o golpearnos con el periódico, una de dos.

Después del desayuno me acuerdo de que tengo cita en el taller para hacerle una revisión al coche que me regaló Hiroshi. Quiero dejarlo perfecto antes de llevárselo a su dueño.

—No vas a devolverlo —dice Rin por cuarta vez, mientras me pongo las zapatillas.

—No puedo quedármelo si ya no trabajo para Hayabusa.

—Mi padre tiene dos Ferraris que no conduce.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—¿Qué tengo que decir para que aceptes quedártelo?

—La gente normal no acepta coches de lujo como regalo.

—Tú no eres gente normal —se le escapa, y nos quedamos mirándonos en el silencio del vestíbulo de mi casa—. Eres parte de Hayabusa, incluso si no… vienes a la oficina ahora mismo.

—¿Si no voy a la oficina? —Suelto una risa seca—. No te queda otra que aceptar mi dimisión, Rin.

Su respuesta es apretar los dientes tanto que casi los escucho crujir.

Terminamos yendo juntos al taller. El mecánico, un hombre de unos cincuenta años con mono azul, sale al exterior cuando

aparcamos y suelta un silbido largo al ver el Hayabusa Sora 3.

—Joder… —murmura, rodeándolo—. Esto sí que es una belleza.

Le dedico una sonrisa mientras apoyo la mano en el techo que es casi una despedida.

—Necesita una revisión completa. Frenos, suspensión, y quiero que revisen el turbo porque hace un ruido específico al subir de vueltas en frío.

El hombre me mira por encima de las gafas. Y me dedica esa sonrisa condescendiente que todas conocemos bien. La de «esta chica no tiene ni idea de lo que está diciendo, pero es mona.»

—Claro, claro. Tú déjalo en mis manos, preciosa, que esto requiere un diagnóstico completo.

Rin, a mi lado, mete las manos en los bolsillos.

Yo sonrío más.

—¿Qué cree que tiene exactamente?

—Difícil saberlo sin abrirlo. Pero seguramente haya que revisar el sistema completo.

—¿El sistema completo? —Asiento despacio. Creo que quiere aprovecharse, porque piensa que estoy forrada.

Se rasca la barbilla, echándole otro vistazo al chasis.

—Te llamo en cuanto sepa algo, ¿de acuerdo?

Cuando salimos del taller, Rin le echa un vistazo considerativo al cartel.

—¿Alguien te ha recomendado este lugar?

—Google… ¿Tu también crees que quiere timarme?

—Quiero verle intentarlo —dice, sacándome los colores.

—¿Por qué no lo has llevado a nuestro taller? —continúa.

Suspiro.

—Por enésima vez, porque ya no trabajo en Hayabusa, pero eh, tómate tu tiempo para aceptarlo.

Eso le hace quedarse callado un momento y mirar al suelo mientras andamos. Ahora me siento mal por haberlo dicho de esa forma.

—Tal vez debería, Takumi es el mejor con los motores de Hayabusa —lo provoco, solo para que no parezca tan decaído.

Funciona, su rostro se endurece.

—No vayas al taller —decide.

—¿Por qué no? —Mis pestañas suben y bajan con inocencia fingida—. Pagando, claro. Seguro que Takumi me hace un precio especial de amiga.

Rin se detiene de golpe. La calle está llena de la actividad normal de un sábado por la mañana. Gente con bolsas de la compra, niños, alguien paseando un perro enorme. Un ciclista aparece desde una esquina a una velocidad imprudente, obviando que la acera no es un carril bici.

La mano de Rin se cierra sobre la mía antes de que yo haya procesado que el ciclista existía. Me aparta hacia él con sus reflejos de piloto élite.

El ciclista pasa, pero Rin no me suelta.

Me doy cuenta de sus dedos entrelazados con los míos al mismo tiempo que él lo hace. Baja la vista a nuestras manos. Se queda ahí un segundo, evaluando algo que solo él puede ver.

—No vayas al taller —repite, en un susurro.

—¿Por qué? —sueno sin aliento, aunque estamos parados. El calor de su mano, su proximidad, y esa petición susurrada me han disparado el pulso.

—Porque si lo haces tendré que despedir a Takumi y realmente es el mejor con nuestros motores —reconoce de mala gana.

Suspiro, sin lograr entenderle.

—¿Qué creías que iba a pasar? —Doy un tirón, pero el muy cabezota no suelta mi mano—. ¿Qué iba a ser tu secretaria soltera hasta jubilarme? ¿Que nunca me casaría ni montaría una familia?

La expresión culpable de su rostro me dice que es justo eso lo que planeaba.

—Creí que con todo lo que trabajábamos, no tendrías tiempo para eso.

—Buen plan, Oni —ironizo. Es increíble. He estado secuestrada durante seis años sin saberlo.

Después de sacudir la cabeza en un gesto de profunda decepción, continúo caminando y él viene detrás, aún resistiéndose a soltar mi mano.

El sol de mayo rebota en el asfalto de la calle, obligándome a encoger los ojos. La gente pasa por nosotros ajenos a que sus dedos entrelazados con los míos suponen una crisis existencial para ambos.

No tengo ni idea de lo que significa el gesto. Si está trabajando en sus miedos o si es su forma de mantenerme atada a Hayabusa físicamente. Intento que mi corazón no se haga ilusiones, pero es tan perfecto pasear con él por la calle, cogidos de la mano, que el corazón ignora mis instrucciones completamente.

Tenemos que matar el tiempo hasta que me llamen del taller. Así que decido entrar en una papelería pequeña, escondida entre una tintorería y una tienda de reparación de paraguas, que debe ser una tapadera de la Yakuza.

Rin tiene que agacharse para pasar bajo el dintel, y sus hombros anchos quedan atrapados entre dos estanterías de cintas de washi, porque el local es básicamente un pasillo.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Aquí en el paraíso? —Las cintas están organizadas por colores en espirales que van del blanco al negro pasando por todos los tonos de azul que existen y algunos que probablemente no tienen nombre oficial. Hay sellos de madera con motivos de cerezos y grullas y nubes y ese tipo específico de montaña que solo existe en Japón. Cuadernos con tapas de tela y bolígrafos originales.

Rin me suelta la mano para coger una libreta de tapa de cuero oscuro y pasarla entre los dedos.

—¿Por qué no usas Google Calendar?

—Oh —exclamo como si me hubiera disparado y me abrazo a la agenda de Los Bridgerton que tengo en la mano.

—No le escuches, no lo dice de verdad —susurro, acariciando la bonita encuadernación, y Rin sacude la cabeza como si me encontrara ridícula.

Pero cuando dejo la libreta de vuelta en su sitio, él la coge sin decir nada y se acerca al mostrador a pagarla.

Debería protestar, pero esas cantidades de dinero son calderilla para Rin Takeda. Además, me debe mucho más en horas extra, o (secuestro laboral) como voy a empezar a llamarlas ahora.

Ya fuera de la papelería, junto a un templo pequeño que cabe entre dos edificios de oficinas como un recordatorio de que Tokio tiene sus capas, nos cruzamos con un señor mayor que lleva una nevera portátil. Vende *taiyaki* recién hechos, esos pastelitos con forma de pez rellenos de pasta de judías, cuyo olor viaja por toda la calle.

Me detengo. Rin también, porque ha vuelto a cogerme de la mano.

—No irás a comprar eso, ¿verdad?

—Por supuesto.

El señor nos tiende dos sin preguntar. Rin paga antes de que yo saque el monedero, aunque no parece muy conforme.

—Es un vendedor ambulante, no sabes si cuenta con todas las medidas de seguridad e higiene, o si se ha lavado las manos siquiera.

—Lo descubriremos mañana, si seguimos vivos —me burlo.

Comemos caminando.

Rin muerde el *taiyaki* con cautela y luego se queda quieto un segundo.

—Está bien.

—¿No sabe a salmonella?

—Muy graciosa.

Pasamos por el lado de una paloma que ha decidido que el centro de la acera es su territorio y no cede ni un centímetro. Rin tira de mi mano para que la rodee.

—Tenía pinta de chunga —susurra cerca de mi oreja, fingiendo que está asustado—. Me ha mirado fijamente a los ojos.

—No temas, le puedo a esa paloma. —Flexiono el bíceps y pongo cara de matona.

Él sonríe y da el último bocado, que parece estar disfrutando más de lo que esperaba.

—¿Qué harías hoy si supieras que es tu último día? —aprovecho para acrecentar su paranoia, en vista de que se lo ha comido todito.

—¿Criogenizar mi cuerpo para que me despierten más adelante? —propone él.

—Eso no vale.

Llegamos a una calle de tiendas de segunda mano sin que ninguno lo haya propuesto exactamente. Tokio tiene ese efecto, que cuando caminas sin rumbo la ciudad decide el itinerario por ti.

—No sé, dar un paseo por la playa, despedirme de mi padre y darle las gracias por… haberse quedado. — Esas últimas palabras me hacen detenerme un momento frente a un escaparate, fingiendo que miro algo. Entiendo cuánto daño le hizo Kaori.

A continuación, le obligo a entrar en una tienda de ropa vintage, solo porque quiero ver su cara de pijo al oler las caóticas prendas colgadas de las perchas.

Le obligo a probarse una chaqueta vaquera con remiendos. Él accede estoico, pero nada entusiasmado. Me fastidia lo bien que le queda, considerando que es ropa de otra década.

—¿Te la compro? —pregunto para ver cómo reacciona.

—¿Es para la beneficencia?

—No.

Rin ojea el lugar desde una perspectiva nueva.

—¿Por qué se compraría alguien algo aquí si no es por caridad?

El señor de la tienda nos mira desde detrás del mostrador con el ceño fruncido y me entra un ataque de risa, mientras se la quito rápido y le saco a empujones de la tienda.

No puedo evitar notar un pinchazo de decepción cuando recibo la llamada del taller, avisando de que ya puedo ir a por el coche.

Hacemos una última parada accidental de camino al taller. Una señora mayor tiene una mesa plegable frente a su casa con flores cortadas del jardín que vende por cantidades que no tienen ninguna lógica. Cien yenes por un ramo de cosmos rosas. Doscientos por uno de girasoles pequeños.

Rin se detiene.

La señora levanta la vista hacia Rin y sonríe.

—Para la novia —dice, señalando los cosmos.

Rin no la corrige sobre mi estatus y me pongo tan nerviosa cuando da un paso hacia ella, que me interpongo en su camino y saco el monedero.

—¿Quién dice que él me las tiene que comprar a mí? —Cojo el ramo y se lo tiendo a Rin, mientras la señora me contempla extrañada, pero satisfecha con haber timado a alguien—. Actualice sus métodos de marketing a los tiempos de hoy, ¿eh? *Woman power* y todo eso.

Después de pagar a la mujer, me doy cuenta de que Rin se está riendo.

—¿Qué? —protesto, aun sintiéndome azorada. Aunque verle sosteniendo el ramo con toda la dignidad que puede, funciona como alivio cómico.

—Nada, es genial ver cómo le das consejos de marketing a una vendedora ambulante anciana.

Me encojo de hombros, fingiendo que mi reacción no ha sido fruto del pánico y él se ríe incluso más.

De vuelta en el taller, el mecánico me suelta una explicación muy confusa y nada coherente de porqué va a cobrarme una millonada.

—Qué interesante, pero si ese es el caso entonces habría que cambiar el turbocompresor, aunque el problema sea de presión en la válvula de descarga, ¿verdad?

El hombre pestañea.

—Bueno, yo…

—Porque si fuera el turbo en sí ya habría pérdida de potencia medible en altas revoluciones —continúo—, y el coche no la tiene. El ruido es de válvula, no de compresor.

Silencio.

Rin está intentando no reírse a mi lado.

—Además este modelo tiene una gestión electrónica bastante específica. Un fallo real en el sistema requeriría diagnóstico OBD antes de abrir nada.

Se le abre la boca al timador.

—¿Sois mecánicos o algo?

—Peor —respondo—. Expiloto de Formula 1 y agente explotada.

Rin suelta una risa.

Por la expresión del mecánico, está recalibrando la situación.

—Vale. Creo que ha habido una confusión.

—Efectivamente —digo, con toda la satisfacción del mundo. Y media hora más tarde me marcho de allí con una factura tres veces más económica.

31

La mansión de Hiroshi es tan grande que cada vez que entro me siento como una repartidora de Amazon.

El coche cruza el portón automático y avanza por el camino de piedra mientras el cielo se vuelve anaranjado sobre los tejados.

—Estás a tiempo de no devolverlo —dice Rin por quinta vez.

Me limito a poner los ojos en blanco y sacudir la cabeza.

Senna aparece el primero, corriendo por el pasillo con sus patitas cortas y ladrando entusiasmado con nuestra llegada. Se lanza contra mis piernas y yo me agacho a cogerlo mientras se retuerce entero de alegría.

—Tú eres su favorita —saluda Hiroshi desde el salón.

Está en uno de los sofás enormes con una copa de vino y aspecto tranquilo.

—Buenas tardes —saludo.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

Rin deja las llaves sobre la mesa. Senna, que ha cumplido con sus obligaciones de bienvenida, se dirige ahora a lloriquearle a los pies.

—Voy a darle la cena antes de que llame a una protectora de animales.

Desaparece hacia la cocina con el perro siguiéndole a tropicones.

—¿Has venido a devolver el coche? —pregunta Hiroshi en cuanto estamos solos.

—Sí.

—No pienso aceptarlo.

—Hiroshi…

—Ya no trabajas como secretaria para Hayabusa, es cierto. —Bebe un sorbo con total ecuanimidad—. Pero sigues haciendo algo mucho más importante.

Eso fue justo lo que le dijo a recursos humanos, y me temo que sé a qué se refiere.

—Tu trabajo ahora es curarle el corazón a mi hijo. Arreglar lo que yo rompí.

Me quedo callada un momento.

—¿Te dijo Rin que contacté con Kaori? —Mi rostro se retuerce en una mueca de culpabilidad.

Hiroshi asiente, sereno, y baja la vista a su regazo por un instante.

—Tenías esperanzas con ella, y no te culpo. Yo también las tuve durante mucho tiempo. —Aunque mantiene la sonrisa, hay una tristeza inequívoca en sus ojos.

—Lo siento mucho —murmuro, con el corazón encogido por ambos.

Desde la cocina llega el ruido de un ladrido de entusiasmo.

—No tienes nada que sentir, Malu —Hiroshi se inclina hacia delante y toma mi mano en la suya para darme un apretón—. Me alegra que mi hijo te tenga después de la madre que le tocó.

Sus palabras hacen que se me retuerza un nudo en el estómago.

—Estoy cansada de sus dudas —digo, más bajito—. No sé si puedo hacer lo que quieres que haga. No se si tengo la confianza suficiente como para aguantar sus rechazos.

Hiroshi deja la copa sobre la mesa de la lámpara y se pone serio.

—Cuando Rin tenía diez años, Kaori quiso volver a casa.

No digo nada, solo escucho.

—Cinco meses después de irse. Llamó llorando y me dijo que había dejado a su amante, que se había equivocado.

El salón se queda muy quieto y casi parece que hasta el viento de fuera se ha detenido para escucharle.

—Rin estaba…— Sonríe, apenas, y le dura muy poco—. Ilusionado. No creo haberle visto así de feliz hasta que empezó a

salir contigo.

Algo se aprieta en mi pecho porque sé que se refiere a cuándo estaba hechizado. A cuando la magia difuminó sus miedos y aflojó el peso sobre sus hombros.

—Hizo una lista de atracciones de Disney. Quería subirse primero a Space Mountain porque decía que un piloto no podía tener miedo a una montaña rusa. Hasta hizo una lista de dulces para que probara su madre, porque Kaori es muy golosa.

Hiroshi cierra los ojos un segundo.

—La mañana del vuelo nos dejó plantados porque había vuelto con él. Llamó para decírnoslo, ni siquiera vino en persona.

Desde la cocina, se oye el sonido metálico de un cuenco llenándose.

—Intenté que no importara. Le dije a Rin que podíamos ir igualmente. Que sería divertido los dos solos. —Su voz tiembla recordando algo que lo emociona demasiado—. Pero creo que vio las lágrimas en mis ojos, porque me miró y dijo que le dolía el estómago. Que prefería quedarse en casa.

Dios.

—Los dos sabíamos que mentía.

Miro hacia la cocina sin querer. La imagen de un niño de diez años fingiendo dolor de estómago, para quedarse en casa y cuidar a su padre, me destroza de una forma para la que no estaba preparada.

—Debí llevarlo igualmente —musita Hiroshi. Debí ser más fuerte. Demostrarle que, aunque alguien te abandone, la vida sigue teniendo cosas bonitas que merece la pena no perderse.

Sus ojos se clavan en mí.

—Pero no fui lo suficientemente resiliente. Rin aprendió que querer a alguien es darle las herramientas para destruirte.

No tengo respuesta para eso porque no hay nada que pueda consolarle.

Hiroshi se termina la copa.

—No le excuses demasiado —dice entonces—. Sigue siendo un idiota arrogante.

Una risa pequeña y triste sale antes de que pueda filtrarla.

—Sí. Eso ya lo había notado.

—Pero está intentándolo. —Sus ojos tienen algo que no había visto antes en ellos—. Y para mi hijo, lo que está haciendo ahora mismo contigo ya es el Everest.

Rin aparece desde la cocina con Senna en brazos. El perro lleva comida en el hocico y él no se ha dado cuenta. Le dice algo bajito al animal y lo suelta, ajeno a la conversación que acabamos de tener.

Antes de salir al jardín, Hiroshi insiste en abrir una botella de Yamazaki de dieciocho años. Rin protesta, pero termina aceptando un vaso. Yo no sé como negarle nada a Hiroshi, así que me lo bebo también. El segundo nos entra más fácil, y el tercero nisiquiera notamos que lo ha rellenado.

Dos horas más tarde, Rin y yo nos movemos al borde de la piscina, con la botella de pinta cara, y mucho calor en las mejillas. Hiroshi se ha retirado a dormir, y estamos lo suficientemente borrachos para que el alcohol afloje la tensión y nuestras lenguas.

La noche es tibia, o me lo parece en mi estado. El agua refulge iluminada por una tira de luces que la rodea. Estamos sentados con los pies en el agua. Mis sandalias descansan a un lado. Rin tiene los antebrazos apoyados en las rodillas y lleva un rato callado de una forma que me hace preguntarme si quiere que me marche.

—¿Qué harías si supieras que hoy es tu último día? —pregunta de pronto, sorprendiéndome.

Echo un vistazo a su perfil bajo la luz tenue, la camisa de lino abierta negra y el pelo oscuro moviéndose apenas con la brisa.

—Vivir sin miedo —respondo.

Gira la cabeza despacio hacia mí.

El agua se mueve alrededor de nuestras piernas y el chapoteo es el único sonido suave en la tranquilidad del jardín.

—¿Y tú? —pregunto.

Me mira de frente, tiene los ojos brillantes y se nota que el wiski le ha aflojado los tornillos.

—Dejar de huir.

Ninguno aparta la mirada.

Y entonces se inclina muy despacio hacia mí, pero mantengo mi rostro hacia el frente por cautela. A estas alturas, los trozos de mi

corazón se sostienen por tiritas y tengo la impresión de que cualquier roce puede quebrarlo en pedazos.

Sus dedos rozan mi mandíbula para girar mi cara hacia él, y el gesto atrevido me provoca cosquillas en el estómago.

Me besa una sola vez, de forma breve y provocativa, dejándome la miel en los labios con sabor a wiski caro. Su respiración se corta contra mi boca y el sonido me hechiza. Y entonces salgo a su encuentro de golpe. Toda mi contención de años explotando a la vez.

Rin me sujeta la cara con las dos manos y el beso cambia de tentativo a hambriento. Sus pulgares se deslizan por mi mandíbula hasta mi cuello. La presión de su boca diciéndome cosas que él aún no se atreve.

Me acomodo sobre sus piernas casi sin darme cuenta, con las rodillas a los lados de sus caderas, y él suelta un sonido ronco contra mi boca que sale directamente de su garganta.

—Malu —susurra mi nombre como una plegaria.

Sus manos bajan por mis costados, tomando nota de cada centímetro, y cuando llegan a mi cintura se cierran con una firmeza que tiene poco de duda.

Le beso el cuello, el ángulo de la mandíbula y ese punto debajo de la oreja, que aprendí hace semanas que hace que su respiración se vuelva irregular, de una forma que me hace sentir poderosa.

—Se nos ve desde la casa —murmura en mi oído, aunque sus manos no se retiran ni un centímetro.

—Mierda. —Trato de apartarme, pero él no me deja.

Me mira con los ojos oscuros y la respiración descontrolada. Hay una desesperación incendiaria en su mirada.

Se pone de pie conmigo, levantándome con una facilidad increíble, y me besa otra vez antes de hablar. Un beso largo y lento.

—¿Te he enseñado alguna vez mi antiguo cuarto? —susurra contra mi cuello.

Todo mi cuerpo reacciona de forma efusiva a su invitación, así que dejo que me guíe por la casa con todo el sigilo que podemos. Nos reímos al tropezar en uno de los escalones a la planta alta porque, el wiski ha hecho más daño del que creíamos.

Cuando llegamos a la puerta, Rin se queda mirándome durante un segundo.

—¿Estás segura? —pregunta.

Pongo una expresión de inocencia fingida.

—Llevo seis años esperando que… me enseñes tu dormitorio de adolescente —respondo, dejando que el doble sentido se intuya en mi tono.

Él sonríe y abre la puerta, tirando de mí hacia el interior.

Una vez dentro y con la puerta cerrada, me embarga un repentino sentimiento de vergüenza. No sé dónde poner las manos y no encuentro una postura relajada, así que me pongo a ojear los detalles de su cuarto.

—Pensé que tu dormitorio estaría lleno de maquetas de coches, no tablas de surf —comento frunciendo el ceño hacia la tabla colgada en la pared y la lámina con «La gran ola de Kanagawa»—. ¿Seguro que este era tu cuarto?

Rin suelta una risa baja, mientras acorta la distancia hasta que mi espalda choca contra la pared.

—Mi primo ha estado quedándose aquí mientras estudia en la Universidad de Tokio —explica, y su voz suena tan grave que se me eriza la piel—. Pero esta noche nadie va a venir aquí.

Trago saliva. Su cuerpo grande me enjaula sin tocarme todavía.

—¿No había otro dormitorio en esta mansión para tu primo?

Su mirada recorre mi cuerpo con un hambre tan desnuda que me hace estremecer.

—Este es el que tiene las mejores vistas —murmura, sus ojos bajan a mis labios y después a mi escote—. Mejor no pasemos nuestra última noche hablando de mi primo.

—¿Quién dice que es nuestra última noche?

—La comida ambulante que me has dado podría estar contaminada —me recuerda, con una sonrisa traviesa—. Has dicho que querías pasarla sin miedo, pero pareces nerviosa.

Se me calientan las mejillas, y antes de que pueda negar lo evidente, su mano aparta mi cabello rosa con firmeza y se inclina hasta que sus labios rozan mi oreja.

—Deberías estar nerviosa, Malu… —Su aliento caliente me eriza la piel—. Porque he tenido seis años para planear todo lo que quiero hacerte.

Me besa el cuello con suavidad primero. Cuando nota que me rindo e inclino más hacia él, sus labios se vuelven más insistentes, chupando fuerte, marcándome. Un gemido se me escapa. Mis dedos torpes intentan desabrochar su camisa, pero él me agarra las muñecas con una sola mano y las sujeta por encima de mi cabeza contra la pared.

—No te olvides tan pronto de quién es el jefe —ordena—. Aún no te he dicho que puedes tocarme.

Suelto una risa seca, pero sueno demasiado excitada como para que él me tome enserio. Todo lo contrario, sabe que me está gustando su actitud mandona. Su forma de inmovilizar mis brazos hace que note como la humedad brota entre mis piernas.

Con la mano libre termina de quitarse la camisa y la lanza al suelo. Luego me mira con los ojos brillantes.

—Quítame el cinturón, Aoki —ordena con voz baja y ronca.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras obedezco. Desabrocho el cinturón, luego el botón y la cremallera de sus pantalones. Meto la mano dentro y rodeo su miembro duro y caliente. Empiezo a acariciarlo lentamente, subiendo y bajando por toda su longitud, pasando el pulgar por la cabeza hinchada, donde ya noto su humedad.

Rin gruñe, cerrando los ojos un segundo.

—Aprieta más, asfíxiame con esa mano que he imaginado tantas veces dentro de mis pantalones.

Mierda, en lugar de estar chocada por sus palabras, estoy muy excitada. Obedezco, moviendo la mano con más decisión, apretando justo como sé que le gusta. Disfruto del calor, de su suavidad sobre su dureza y de cómo palpita contra mi palma. Rin jadea empujando ligeramente las caderas hacia mi mano, y apoyando un brazo en la pared para sostenerse.

—Joder, Malu… —maldice entre dientes. Su respiración se acelera en jadeos cortos, hasta que me agarra la muñeca con fuerza y detiene mis movimientos.

—Espera —ruega con voz áspera—. Si sigues así voy a correrme antes de tiempo.

Me toma de las caderas y me da la vuelta, presionando mi pecho contra la pared fría. Me levanta el vestido hasta la cintura de un tirón y pega su cuerpo duro contra mi espalda. Siento su miembro desnudo, caliente y húmedo por mis caricias, presionando contra mi culo.

—Buena chica —susurra contra mi oído. Su olor habitual me llega mezclado con algo de wiski, mientras una de sus manos grandes se cuela entre mis muslos, por encima de la ropa interior. Le escucho inhalar al notar mi humedad—. Mira cómo estás… ardiendo y empapada para mí.

Sus dedos empiezan a frotarme por encima de la tela fina. Presiona justo sobre mi clítoris, haciendo círculos lentos y firmes. Gimo y me remuevo contra su mano. La tela mojada crea una fricción deliciosa que me vuelve loca.

—Te gusta eso… —murmura con satisfacción oscura, aumentando la presión—. ¿Cuánto tiempo llevas palpitando por mí, Malu? Dime que mientras me tocaba pensando en ti, tú también fantaseabas conmigo.

Cada una de sus palabras me lleva más al borde, porque son verdad, son mi verdad de seis años explotando en un instante por fin.

—Rin… por favor… —jadeo, apoyando la frente en la pared y el culo contra su entrepierna.

Él se ríe bajito, con satisfacción, y entonces desliza dos dedos por debajo del borde de mis bragas. En cuanto toca mi carne desnuda y resbaladiza, gruñe de aprobación.

—Joder, estás más que lista.

Introduce dos dedos de golpe sin encontrar ningún tipo de resistencia, porque nunca he estado más excitada en mi vida. Suelto un grito al notar la perfecta invasión y me arqueo contra él. Rin los curva expertamente hacia arriba, buscando y encontrando ese punto que me hace ver estrellas. Empieza a frotarlo al ritmo que necesito, entrando y saliendo mientras su palma golpea contra mi clítoris con cada movimiento.

—Ahí está… —gruñe contra mi cuello, mordiéndome—. Ahora sé cómo hacer que te deshagas entre mis brazos... Pero no te dejes ir aún, Malu. Quiero sentir cómo palpitas a mi alrededor.

Mis piernas tiemblan. Me froto descaradamente contra su mano, buscando más fricción, más profundidad. Mis gemidos llenan la habitación mientras él sigue penetrándome con los dedos, rápido, profundo y preciso. Cada vez que los curva contra ese punto, un placer eléctrico me recorre toda la columna.

De pronto saca los dedos. Escucho el sonido de tela rompiéndose y siento cómo me baja la ropa interior de un tirón que la hace crujir.

—Te compraré cien pares más —promete con voz ronca mientras coloca la cabeza de su miebro contra mi entrada resbaladiza—. Porque pienso romperte todas las que te pongas a partir de ahora.

No digo nada, porque su plan me parece perfecto. Noto como la ola de placer está llegando a la culminación.

—Voy a… —aviso en un jadeo.

—No, no —niega él dejándo de masajear mi clítoris.

Suelto un lloriqueo de frustración.

Rin me gira de nuevo para enfrentarle y le acribillo con la mirada.

—Estaba a punto.

—Lo sé, pero ya te he dicho lo que quiero.

Trato de coger su pene para guiarlo a mi interior, pero él me agarra de la muñeca y aprieta lo suficiente como para que no pueda mover la mano.

—Ahora te toca a ti decirlo —exige, colando las manos entre mis piernas para presionar mi clítoris despacio e intenso y torturarme aún más—. Dime que me quieres dentro de ti.

—Quiero… te quiero en mi interior —gimo, avergonzada y excitadísima al mismo tiempo.

Rin suelta mi muñeca y me levanta por las caderas para conducirme a la cama. Sin darme tiempo a nada, me abre más las piernas y frota la cabeza de su pene contra mi entrada.

—Mírame, Malu —ordena.

En cuanto mis ojos se encuentran con los suyos, empuja con pequeñas embestidas que hacen que me retuerza, buscando más. Hasta que levanto las caderas y él se hunde en mí, llenándome por completo, justo como lo necesito a estas alturas. Grito de placer.

—Joder —gruñe, penetrándome con estocadas fuertes y controladas—. Eres mejor de lo que soñé.

Me agarra las caderas con fuerza, y encontramos un ritmo que va más profundo. Su forma de mover golpea ese punto perfecto una y otra vez. Sus ojos no se apartan de mi cara, disfrutando cada expresión de placer que le regalo.

—Rin… joder… —gimo, clavándole las uñas en la espalda.

—Siempre has sido para mí —dice entre dientes, acelerando el ritmo—. Lo sé desde hace años.

—Sí… —respondo, sollozando de placer.

Sus embestidas son implacables. Pero es cuando hunde, una de sus manos entre nuestros cuerpos y empieza a dibujar círculos rápidos, que el orgasmo me golpea. Tan fuerte que Rin tiene que colocar una mano sobre mi boca, y acallar el escándalo.

—Buena chica… —gruñe, cuando capto el mensaje y bajo un poco el volumen—. Ahora vas a correrte otra vez mientras te muestro cuántas ganas te he tenido todo este tiempo.

Sus embestidas se vuelven más profundas, más brutales, casi desesperadas. El sonido de nuestra piel chocando llena la habitación junto con mis gemidos entrecortados. Me frota el clítoris sin piedad y el segundo orgasmo se prolonga de froma deliciosa. Me arqueo con fuerza, apretándolo dentro de mí mientras grito su nombre como una plegaria rota.

Rin gruñe contra mi cuello, embistiendo una, dos, tres veces más antes de alcanzar su propio clímax con un gemido largo y ronco. Siento cómo se derrama dentro de mí, caliente y abundante, mientras sus caderas siguen moviéndose con lentitud, no queriendo que termine nunca.

Los dos nos quedamos temblando, respiraciones agitadas, cuerpos pegados y sudados.

Rin se deja caer sobre mí con todo su peso, enterrando la cara en mi cuello. Su respiración es pesada, caliente contra mi piel. Por

un momento solo se escucha el sonido de nuestras inhalaciones intentando volver a la normalidad.

—Joder, Malu… —ríe, claramente borracho—. ¿Qué has hecho conmigo? Me siento como un adolescente.

Su risa me contagia, pero en mi caso solo sale un sonido cansado y ebrio. Mis dedos se enredan en su pelo oscuro, acariciándolo con suavidad.

—Estás borracho —susurro, besando su sien.

—Tú también —responde, sonriendo contra mi cuello—. Tu olor me vuelve loco.

Se mueve con torpeza, saliendo de mí con un gruñido de protesta, y rueda a un lado llevándome con él. Me abraza con fuerza, pegando mi espalda contra su pecho. Una de sus piernas se enreda entre las mías, posesivo incluso medio dormido.

—Quédate aquí… —murmura, la voz cada vez más baja—. No te vayas a ninguna parte. Nunca más.

Se que lo está diciendo porque está borracho; y es que el Rin Takeda ebrio se parece mucho al hechizado.

Su mano busca la mía y la entrelaza sobre mi estómago. El gesto me resulta sorprendentemente tierno.

—Eres oficialmente mía ahora, Aoki… —susurra, acomodando su pierna sobre la mía. Noto su nariz frotarse contra mi nuca antes de que suspire—. Mi secretaria, mi mujer, mi almohada, mi Malu…

Sonrío con los ojos ya cerrados, el cuerpo pesado y satisfecho. El alcohol, el cansancio y el calor de su cuerpo me arrastran.

—Duérmete, Rin… —murmuro, apretando sus dedos.

Él emite un sonido bajo de conformidad y me aprieta más contra él, como si tuviera miedo de que desapareciera.

Minutos después, su respiración se vuelve profunda y regular contra mi pelo. La mía le sigue poco después.

Los dos nos dormimos enredados y desnudos, con su brazo rodeándome como si yo fuera lo único que necesitara en el mundo.

32

Lo primero que noto a la mañana siguiente es calor. Muchísimo calor, del tipo que tiene peso y forma y que pertenece a otra persona. Luego el brazo alrededor de mi cintura.

Abro los ojos despacio, todavía atrapada entre el sueño y la memoria de la noche anterior, y durante unos segundos la habitación desconocida no tiene explicación. La sábana azul enredada en las piernas. La luz que entra sesgada por las contraventanas. El olor a algo que reconozco, aunque no debería notar sobre mi propia piel.

Entonces me vienen todos los recuerdos por orden: La piscina, el whisky, los besos en el borde del agua. El pasillo, la puerta cerrándose…

Dios mío.

El corazón me da un vuelco.

Rin sigue dormido detrás de mí, completamente pegado a mi espalda. Tiene la cara medio hundida en mi cuello y una respiración profunda que me roza la piel cada vez que exhala. Una de sus piernas está entre las mías y la mano que descansa sobre mi cintura parece seguir sujetándome, aunque no sepa que lo hace.

Le observo todo lo que me permito, antes de que sea demasiado.

Es ridículamente guapo también dormido. Sin ninguna de las capas que se pone para salir al mundo. Solo él, con el pelo aplastado, esos labios insolentes y unas pestañas injustamente largas.

Genial. Las circunstancias son las siguientes: Después de seis años de tensión no resuelta, un hechizo, la bendición (y financiación)

de su padre y mucho wiski, me he acostado con mi emocionalmente inalcanzable jefe. Y no fue un polvo a oscuras y en silencio… la vergüenza me aplasta cuando empiezo a recordar con total claridad cada cosa que dijimos e hicimos anoche.

Cierro los ojos. No puedo creer que le permitiera a mi jefe que me reclamara como suya. Al hombre que intenté que se enamorara de otra persona.

Bueno, exjefe. Creo. Ni siquiera sé qué somos ahora.

Intento moverme despacio, pero en cuanto cambio mínimamente de postura el brazo se aprieta.

—No huyas —murmura, todavía dormido.

Mi corazón deja de colaborar con el resto de mis órganos.

Rin abre los ojos y su confusión al verme junto a él dura tres segundos, el tiempo exacto que tarda en que le vuelva la memoria. Lo veo suceder en su cara en tiempo real y transformarse en horror existencial.

Sus ojos se abren del todo. Yo no me muevo, aguardando a su reacción.

Rin aparta la mano de mi cintura despacio, con cara de que no sabe si puede tocar o no. Se incorpora en la cama. La sábana resbala. Yo miro hacia la ventana.

—Buenos días —dice, con la voz ronca que se espera después de una noche movida.

—Buenos días.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Nuestras miradas se cruzan y las apartamos de golpe, pareciendo recordar a la vez algunas de las escenas de anoche.

Mientras él procesa, yo tiro de la sábana, enredadísima en él, de forma torpe, tratando de cubrirme antes de saltar de la cama. Él me ayuda en vista de que estoy pegando tirones como una posesa.

—Malu…

—Fue el whisky —murmuro, dándole la salida que sé que quiere. Aunque ni yo me la creo. Busco mi ropa por el suelo y me la llevo hecha una bola al baño de su cuarto, sin mirar atrás.

Cuando salgo vestida y aseada, él también se ha puesto la ropa de la noche anterior. Está sentado a los pies de la cama,

esperándome con cara de no saber cómo abordar la situación.

Abre la boca para decir algo, pero estoy demasiado resacosa para tener una conversación de este tipo ahora.

—Necesito comer algo —le interrumpo.

Parpadea sorprendido por mi salida, pero acaba por asentir y ponerse de pie.

Hiroshi está ya en el comedor cuando llegamos. Levanta la vista cuando entramos y nos mira a los dos de arriba abajo. A Rin con el pelo revuelto y la camisa de ayer, y a mí con el pelo recogido en una coleta y la ropa arrugada.

Parece que quiere decir algo, pero acaba cambiando de idea mientras sonríe hacia su taza con satisfacción.

—Café —dice, señalando la cafetera.

Rin me sirve una taza sin decir nada y me siento junto a Hiroshi. Senna aparece desde algún rincón de la casa y me ladra notando el olor de los platos que hay sobre la mesa.

Desayunamos los tres en silencio. Y doy gracias por la presencia de Hiroshi.

—¿Puedes venir a la carrera de hoy? —Rin es el primero en romper el silencio cuando terminamos de desayunar.

—Ah… —dudo, sin tener ni idea de cuál es mi postura después del «Eres oficialmente mía ahora, Aoki» de anoche. ¿Me sigo haciendo la difícil? ¿Vuelvo al trabajo? No tengo ni idea de dónde estamos. Solo que casi no puedo mirarle a la cara después de todo lo que nos dijimos e hicimos anoche.

—Por favor —insiste él, con una expresión de angustia.

Asiento a sabiendas de que va a ser la segunda carrera sin Watanabe y que es un golpe tremendo para Hayabusa, y es culpa de las hermanas Aoki.

Rin parece respirar de nuevo cuando por fin accedo.

—Bien, si ya habéis terminado con el desayuno anti resaca, daros una ducha y os llevaré al circuito —dice Hiroshi poniéndose de pie—. Espero que estéis preparados para despedir a Watanabe por fin, esté donde esté.

Rin y yo intercambiamos una mirada pesarosa, porque ni siquiera sabemos si Watanabe sigue vivo.

33

Hiroshi aparca junto al hospitality de Hayabusa. Rin sale primero y rodea el coche mientras termino de guardar el móvil en mi bolso. He estado llamando a Rafaela todo el camino, pero no me lo coge. Estoy de los nervios.

Antes de que pueda accionar la palanca, Rin abre mi puerta desde fuera. Me bajo, y le echo una mirada sorprendida, pero él parece tan confuso ante su gesto caballeroso como yo.

—Gracias —murmuro, bajando rápido.

Él inclina la cabeza demasiado serio.

—Gracias a ti por venir.

Hiroshi se aclara la garganta detrás de nosotros. Tiene la sonrisa boba y satisfecha de un hombre que ha estado esperando este momento durante años y no tiene ninguna intención de disimular que lo está disfrutando.

Nada más ingresar en el circuito de Suzuka noto las miradas. Y no, no es paranoia. Mi equipo ha detectado algo diferente sin saber exactamente qué es. Tengo la sensación de que todos saben lo que hicimos anoche, hasta me pregunto si las manos de Rin han dejado marcas en mi piel. No sería tan descabellado, porque yo aún noto el fantasma de sus caricias.

Keiko aparece en cuanto cruzamos el *paddock* y se detiene en seco al verme.

—Buenos días, jefa. —Sus ojos se desvían hacia Rin con un brillo travieso—. Takeda-san, está diferente hoy.

—Tengo una resaca terrible. —Rin se frota la cara con la mano.

Keiko entrecierra los ojos e intercala su atención entre ambos.

—¿Tú también tienes resaca, Malu? —Ojea la botella de agua que acabo de abrir con un brillo travieso en la mirada—. Hay fiestas que hacen que la resaca merezca la pena.

Kenta aparece detrás de ella cargando con carpetas.

—¿Qué fiesta? —protesta el becario con el ceño fruncido—. Nadie me ha invitado.

La carcajada de Keiko es de lo más incriminatoria. Agarra al muchacho por la camiseta y se inclina para hablarle al oído.

—Una privada —clarifica, mirando con descaro el cuello de Rin.

Me atraganto con el agua al ver que Rin tiene una marca… de mis dientes.

Rin, imperturbable por fuera, continúa caminando.

—Vamos Aoki, tenemos *briefing* en diez minutos.

Escucho la risita de Keiko a mi espalda y no puedo mirar a nadie.

Entramos al hospitality y le pido un café a Rin antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Ya no sé si soy la novia, la secretaria, la amante... o nada. Se lo tiendo y él lo acepta. Los dos nos quedamos quietos porque ya no sabemos cómo comportarnos el uno con el otro.

De vuelta en el *box*, el ambiente cambia de golpe. El asiento de Watanabe está vacío. El mono de competición cuelga en su taquilla y el casco descansa sobre la mesa. Las pantallas muestran telemetrías incompletas y datos del coche secundario sin piloto asignado.

Intento llamar a Rafaela de nuevo, sin éxito. Estoy empezando a temer lo peor. Watanabe ha desaparecido y Rafaela está en algún sitio demasiado conmocionada para coger la llamada.

Rin se queda quieto frente al casco de Watanabe y agacha la cabeza.

Me acerco.

—No es tu culpa —murmuro.

—Anoche estábamos emborrachándonos… —dice, muy bajo—. Y él puede estar muerto.

Le pongo una mano en el hombro.

—No podíamos hacer nada, todo depende de ellos dos —le recuerdo—. Lo único que podemos hacer es tenerlo todo preparado para cuando vuelva.

Rin asiente, aun con la cabeza baja.

Alguien grita desde el otro lado del *box* sobre la actualización del reglaje aerodinámico, y yo contesto sin pensar, porque he hecho esto mil veces.

Rin me dedica una sonrisa pequeña.

—Estás de vuelta —susurra, y parece tan consolado por la idea que no puedo negárselo.

—Eso parece —respondo, pero una sensación desagradable se aloja en mi estómago. ¿Y si estar de vuelta como su secretaria significa que pierdo la oportunidad de ser otra cosa para él?

No puedo permitirme pensar en eso ahora que hay tanto en juego. Así que tomo la tablet de Antonio que está a la vista y reviso todo.

—Ese horario está mal —le digo a Kenta—. Si la prensa entra a las doce coincide con el cambio de neumáticos.

Los ojos del muchacho se abren en alarma.

—¿Qué hacemos? —palidece.

No respondo porque ya estoy recolocando acreditaciones.

Luego le doy a Rin el auricular justo cuando gira la cabeza para pedirlo. Nuestros dedos se rozan y su mirada cae a mi mano, después sube a mis ojos. Algo vulnerable le cruza la cara.

Tal vez, es porque los dos acabamos de entender lo mismo al mismo tiempo, que yo sigo encajando aquí perfectamente. Y que encajo en su vida personal tan bien como en la laboral.

Cuando faltan menos de cuarenta minutos para la salida, el *paddock* entero se detiene. Hay movimiento en la entrada, voces y alguien corre.

Rafaela aparece primero, con el pelo recogido a toda prisa y gafas de sol enormes, probablemente para cubrir las ojeras de no dormir. Y detrás de ella entra Kenji Watanabe. Visible para todos y muy vivo.

El *box* entero se queda inmóvil medio segundo y luego explota. Los mecánicos hablan todos a la vez, Kenta grita algo

incomprensible y Keiko llora directamente, murmurando algo de que lo daba por muerto.

Mi hermana tiene pinta de haber sobrevivido a algo que la ha cambiado para siempre. Noto varias cosas al observarlos unos segundos: La forma en que ella evita mirar a Watanabe directamente. La manera en que él se coloca ligeramente delante de ella cuando se acerca demasiada gente, un pequeño gesto protector.

Rin llega hasta Watanabe en tres zancadas y le da un abrazo, de esos que incluyen palmadas fuertes en la espalda que podrían romper una costilla.

—Bienvenido de vuelta —dice, con la voz rota.

Watanabe sonríe y parece completamente agotado.

—¿Me has echado de menos? —provoca a su amigo, pero su humor es un poco forzado.

—No debería competir —murmura Rafaela a mi lado, observando al piloto con los dientes apretados—. No ha dormido mucho.

—¿Cómo habéis…

—Ahora no —me corta ella y se aleja, perdiéndose de vista.

Watanabe termina de responder preguntas y mira hacia el lugar donde estaba Rafaela hace un momento. Sus ojos recorren la zona al ver que ya no está.

Watanabe conduce como un hombre que quiere recuperar el tiempo perdido. Gana por cuatro décimas.

El *paddock* explota y las cámaras invaden el *pitlane*. Los patrocinadores aparecen de la nada como siempre ocurre cuando hay algo que celebrar. Pero Watanabe, al bajar del coche, no va primero hacia ninguno de ellos. Busca entre la multitud en cuanto se quita el casco hasta que sus ojos dan con Rafaela y entonces parece relajarse un poco. Da un paso hacia ella que se interrumpe porque las cámaras están por todas partes y él es el protagonista de la jornada.

La rueda de prensa es más difícil de lo habitual. Watanabe tiene que esquivar con toda la elegancia que puede cualquier pregunta sobre su desaparición. Los otros pilotos hablan de la carrera. Hay risas y tensión, y mucho agotamiento.

Y luego le toca a Rin. Se sienta frente a los micrófonos con la calma fría que lleva encima en estos contextos. Los periodistas se enderezan. Las cámaras se reorientan. Porque todos recuerdan que Rin Takeda es el caramelito de la prensa.

Le hacen preguntas sobre Watanabe, el motor nuevo y el futuro de Hayabusa.

Cuando ya parece que va a terminar, un periodista le dedica una sonrisa maliciosa.

—Takeda-san, los fans siguen fascinados con su época como piloto. Especialmente con ciertos momentos que se volvieron legendarios.

—Eso suena a pregunta trampa —dice Rin.

La sala se llena de risas.

—No, solo nostalgia. ¿Qué opina ahora, después de cuatro años, de aquella vez que mordió un micrófono durante una entrevista? ¿Se arrepiente?

Más risas. Yo me tapo la cara con la mano porque recuerdo aquel instante a la perfección, y todavía tengo guardados los mejores memes.

Rin se inclina ligeramente hacia delante.

—Para nada, lo hice para sonrojar a mi agente.

El silencio se alarga mientras la sala entera procesa esa frase.

El periodista parpadea.

—¿Su agente de entonces?

Rin gira la cabeza y me mira directamente entre el público. Toda la prensa sigue la dirección de sus ojos, una sincronización de bandada perfecta.

—¿Le gustaba su agente? —pregunta alguien desde el fondo.

Las cámaras se orientan hacia mí, y parpadeo por las luces, micrófonos y decenas de ojos apuntándome.

Y Rin, que lleva toda la vida construyendo muros alrededor de su corazón, y que sé que aún tiene miedo, dice con una determinación que sacude el suelo bajo mis pies:

—Me gusta tanto que espero que acepte ser mi esposa.

El mundo deja de hacer ruido durante unos segundos de silencio absoluto. Y luego todo regresa a la vez. Los periodistas

hablando, los flashes multiplicándose hasta que la sala parece un circuito eléctrico. Alguien grita una pregunta en inglés. Otro en chino. Hiroshi, desde algún punto de la sala, suelta una carcajada limpia y profunda que suena a victoria y a felicidad.

Rin me sigue mirando desde el estrado sin apartar los ojos con cara de que ha saltado a un precipicio y no sabe si hay colchoneta esperando.

Alguien me acerca un micrófono y toda la sala contiene el aliento. Estoy de pie entre la multitud con cientos de cámaras apuntando hacia mí. Tengo el corazón en algún sitio entre la garganta y el estómago, y seis años de amor y odio atascados en el pecho.

—Va a necesitar pedirlo mejor que eso —digo.

La sala estalla en vítores y aplausos.

El rostro de Rin se convierte en una mueca de alivio, y me doy cuenta entonces de que ha estado conteniendo el aliento a la espera de mi respuesta.

Se levanta, cruza la sala, y la prensa le abre paso, sin querer interrumpir este momento.

Se planta frente a mí, mucho más cerca de lo que solía hacerlo cuando era solo mi jefe. Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Y saca una cinta de *washi* con peces *koi* que compramos en la papelería pequeña del barrio.

Me la tiende sobre la palma abierta.

—No tengo anillo —dice—. Pero llevo esto encima desde que lo compramos. Quería devolvértela, y a la vez no quería separarme de ella.

Miro la cinta y después los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

—¿Aceptas? —dice, en voz baja. Solo para mí, como si los demás no existieran.

Cojo la cinta.

—Aún eres un jefe insoportable —digo.

—Lo sé.

Me río, aunque es más de mí misma.

—Supongo que por eso me tomó por sorpresa que seas tan buen novio —admito con media sonrisita.

—Dicen que los buenos novios hacen buenos maridos —grita Keiko desde algún lugar de la sala que no tengo localizado.

Aprieto la cinta entre los dedos.

—Supongo que tendré que comprobarlo —digo.

La gente explota de nuevo en una celebración.

Rin me rodea la cintura y tira de mí hacia su cuerpo. Me besa delante de toda la prensa deportiva de Japón y sus cámaras. Porque morder un micrófono se le ha quedado pequeño y aun quiere ser el caramelito de la prensa.

Y ahora… Rin Takeda, piloto polémico y CEO implacable, también es mi caramelito.

Epílogo

Un año y medio después

El cielo gris de Londres se siente como una cúpula sobre nuestras cabezas. Las ventanas de cristal de la nueva filial europea de Hayabusa están cubiertas de gotas, mientras veinte ejecutivos observan la presentación en silencio absoluto. En la pantalla principal gira lentamente el nuevo modelo de la marca.

Hayabusa Vespera X. Negro obsidiana y líneas agresivas. El coche parece diseñado para seducir y provocar accidentes por distracción al mismo tiempo, lo cual, pensándolo bien, describe perfectamente a la familia que lo ha creado.

Rin permanece de pie a la cabecera de la mesa con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo el mando de las diapositivas. Lleva un traje oscuro porque para las reuniones importantes, sí que se digna a llevarlo con un corte más clásico. Aunque a mí me sigue gustando más el que se puso con bordados para el aniversario de Hayabusa. Es un hombre demasiado especial para llevar ropa tradicional, aunque continúa siendo aterradoramente atractivo se ponga lo que se ponga. Tal vez más ahora que lleva mi alianza y sé que es mío.

No debería seguir afectándome después de un año y medio. Y sin embargo, estoy imaginando cómo voy a abrir cada botón de esa camisa de un tirón, más tarde.

—La campaña internacional arrancará en otoño —prosigue—. Hemos cerrado con Hyun Bin como imagen principal para Asia y Europa.

Varios asistentes asienten satisfechos. El actor coreano es la imagen de elegancia que queremos asociar con el nuevo Vespera X.

Y entonces yo hablo.

—Y con Tom Hiddleston para el mercado occidental.

La sala entera gira hacia mí con sincronización.

Rin se queda completamente inmóvil. Muy despacio, baja el mando de las diapositivas.

—No —dice, mirándome directamente con ese tono de sala de reuniones que lleva once meses sin funcionar conmigo—. Ya hemos discutido esto. La inversión no justifica contratar a ambos para la misma campaña.

Cruzo las piernas con absoluta calma.

—Sí la justifica. El mercado va a responder a la colaboración de los dos actores de una forma que los números del tercer trimestre van a agradecer. Y ya tengo el visto bueno de Hiroshi.

El músculo de la mandíbula de mi marido se tensa. Los ejecutivos alrededor de la mesa empiezan a mirar sus tabletas y revolverse en sus asientos. Nadie quiere existir en el radio de esta discusión.

Rin inspira despacio.

—Todos fuera. Menos mi esposa.

Oh, no.

Los demás salen pitando porque nadie quiere escuchar a Oni repetir su orden. Aunque desde hace tiempo es más un gatito que un ogro. El último en salir, Matthias König, el CEO alemán de la firma que nos asesora financieramente, me dedica una mirada divertida antes de cerrar la puerta con discreción. Se lo perdono porque su mujer es medio japonesa y nos hemos hecho amigas estas semanas. Ambas compartimos algo más que nacionalidad, y es que ella también solía ser la secretaria del señor König. Hasta que una actriz británica despechada le dijo a la prensa que él era gay. Para tranquilizar a sus padres, Matthias le pidió a ella que fingiera ser su novia y… bueno, se ve que les gustó demasiado fingir porque llevan dos años casados, y aún la mira como si le faltara el aire cuando ella se aleja unos pasos.

Rin espera unos segundos en silencio. Luego pulsa un botón y las persianas automáticas empiezan a bajar sobre los ventanales y las cristaleras que comunican con los pasillos. La lluvia de Londres desaparece detrás del metal oscuro. La sala queda en penumbra.

—Qué miedo das —murmuro, reprimiendo una sonrisa.

—Y aún así decidiste casarte conmigo.

Se acerca despacio a la mesa, moviéndose de esa forma que sabe que me altera y se sienta en el borde frente a mí.

—Aunque seas socia —dice, mirándome desde arriba—, no puedes llevarme la contraria delante de toda la junta.

—Somos tres socios. Hiroshi y yo hemos votado que sí. —Levanto una ceja. Hasta su nueva novia está de acuerdo—. Mayoría simple, mi amor.

Rin frunce el ceño.

—Habéis actuado a mi espalda.

Me encojo de un hombro sin una pizca de remordimiento. He tenido la suerte de que a Hiroshi le encanta Avengers y en particular Loki, así que cuando le dije que había hablado con el agente de Tom Hiddleston le hicieron los ojos chiribitas.

—Tu padre me dio el voto antes de que despegara el avión. Con mucho entusiasmo, además.

—Claro que sí. —Suspira con resignación. Lleva año y medio perdiendo estas batallas y creo que ya ha encontrado la paz en ello —. Mi padre vota sí a todo lo que tú dices.

—Tiene buen criterio.

—Lo que tiene es predilección por ti.

—Porque te ve feliz conmigo. —Deslizo una mano despacio por su pierna y su expresión cambia al instante. El CEO de Hayabusa Engineering desaparece y aparece el hombre que soy capaz de desestabilizar completamente con un gesto.

—Malu —protesta, en voz baja. Una advertencia que suena un poco débil y desesperada.

Sonrío.

—Estoy negociando.

Mis dedos suben por su muslo firme, sintiendo cómo se tensa el músculo bajo la tela. Llego hasta el cinturón y, sin apartar la

mirada de sus ojos, lo desabrocho con lentitud.

Rin se tensa visiblemente.

—Eso es trampa… —gruñe, pero su voz ya suena ronca, sin aliento.

Sonrío con malicia y bajo la cremallera. Meto la mano dentro de sus pantalones y rodeo su pene, que ya está duro y caliente. Él suelta un jadeo bajo y se recoloca ligeramente en el borde de la mesa, abriendo más las piernas para facilitármelo.

—Joder, estamos en la oficina… —susurra, cerrando los ojos un segundo mientras empiezo a masajearlo despacio, apretando justo como sé que le gusta.

Su respiración se vuelve pesada. Puedo sentir cómo late en mi mano, cómo se pone aún más duro con cada movimiento. No dura mucho, de pronto pierde la paciencia.

Con un gruñido bajo me agarra de la cintura, me levanta como si no pesara nada y me gira. Me sube la falda hasta la cintura de un tirón y me empuja contra la mesa, dejándome de espaldas a él.

—Eres una provocadora —masculla.

Siento la cabeza de su miembro, frotándose contra mi entrada empapada, solo un segundo antes de que me penetre de una sola embestida brusca. Gimo y me agarro al borde de la mesa.

Rin empieza a penetrarme con estocadas duras, casi castigadoras, sujetándome las caderas con fuerza. Cada embestida me empuja contra la madera fría y hace que mis pechos se aplasten contra la mesa.

—Esto es lo que querías, ¿no? —gruñe, moviéndose más rápido —. Negociar en mi mesa de reuniones.

—Sí… —jadeo, empujando hacia atrás para recibirlo más profundo.

Una de sus manos baja entre mis piernas y empieza a frotar mi clítoris en círculos rápidos y precisos, mientras sigue penetrándome sin piedad. El peligro de estar en pleno día, en la oficina, con gente al otro lado de la puerta, solo hace que todo sea más intenso.

—Rin… me voy… —jadeo, sintiendo que ya no puedo más.

—Hazlo —ordena con voz rota—. Córrete en mi como la buena esposa que eres.

El orgasmo me golpea con fuerza. Aprieto los dientes para no gritar y me contraigo alrededor de él. Rin gruñe, me embiste unas cuantas veces más y se corre dentro de mí con un gemido ahogado, llenándome mientras sigue frotando mi clítoris para prolongar mi placer.

Los dos nos quedamos temblando un momento, con las respiraciones agitadas.

Rin sale de mí con cuidado, me da la vuelta y se coloca el pantalón antes de caer sentado en la silla ejecutiva. Tira de mí para sentarme encima de él. Me abraza con fuerza contra su pecho, mientras recupero el aliento con la cara enterrada en su cuello.

—Estoy más que feliz —susurra—. Estoy en el cielo contigo.

Nos quedamos así un rato, abrazados, sus manos acariciándome la espalda por debajo de la blusa. Nadie va a pasar porque todo el mundo sabe que no deben molestarnos.

Es el momento, el momento que he estado aplazando ha llegado.

—¿Rin?

—¿Umm?

—¿Recuerdas que hace unos meses me sentó mal la pizza que comí con unas amigas y estuve unos días enferma?

Él se aparta para mirarme con el ceño fruncido y una expresión ansiosa.

—¿Por qué? ¿Te pasa algo? Ayer devolviste el desayuno… ¿es que has ido al médico o algo?

—Ah… —No tengo ni idea de cómo se va a tomar lo que estoy a punto de decirle—. ¿Sabías que cuando tienes una intoxicación alimentaria la píldora anticonceptiva puede… perder su efecto?

Rin parpadea.

—¿Qué?

Me tenso un poco. Nunca hemos hablado de tener hijos. No de forma directa. Ha surgido de refilón alguna vez, una referencia, una broma de Hiroshi sobre nietos que los dos hemos esquivado porque no estabamos listos para la conversación, pero sin querer cerrar la puerta.

No sé lo que quiere. O sí lo sé, pero no sé si lo sabe él.

—La intoxicación que tuve en marzo —digo, despacio—. Los tres días de caldo y miseria y tú cuidándome sin descanso.

—Me acuerdo perfectamente.

—Pues resulta que esos días el cuerpo no absorbe bien ciertos medicamentos.

Guardo silencio un momento para dejarle procesar.

Veo el momento exacto en que los puntos se conectan en su cara.

—Malu…

—Sí.

—¿Estás…?

—Sí.

Otro silencio que se me hace eterno.

Me obligo a no apartar los ojos de los suyos, aunque cada segundo que pasa sin que diga nada hace que mi corazón se encoja. Porque sé que Rin Takeda aprendió de pequeño que querer es prepararse para que te abandonen. Sé todo eso. Y aun así estoy aquí, en esta sala de juntas londinense bajo la lluvia, esperando a que este hombre acepte montar una familia conmigo.

Aparta la mirada un segundo hacia la ventana. Luego me mira y en su expresión no hay pánico, solo asombro.

—¿Cuánto tiempo llevas sabiendo esto? —pregunta, en voz baja.

—Cuatro días.

—¿Cuatro días? —Frunce el ceño— ¿Y has esperado cuatro días para decírmelo?

—Necesitaba procesarlo yo primero.

—¿Y lo has procesado?

—Más o menos.

Una risa pequeña y extraña sale de él.

Me toma las manos, las mira y luego me mira a mí.

—¿Tú quieres esto? —pregunta, cauteloso.

Su duda me coge por sorpresa, aunque no debería. Porque eso es exactamente lo que hace este hombre desde que salimos, preocuparse de que estoy bien, satisfecha, antes incluso de atreverse él a sentir.

—Sí —digo—. ¿Y tú?

Rin se separa de golpe y se me borra la sonrisa.

—Acabamos de…

—Sí.

—Y yo te he…

—Ya.

Su cara palidece con una velocidad que en otras circunstancias sería cómica.

—Malu, ¿y si le he hecho daño?

Me echo a reír tan fuerte que tengo que agarrarme a su chaqueta para no perder el equilibrio.

—Rin, no funciona así.

—He sido brusco.

—Me gusta cuando eres brusco.

Sus ojos se oscurecen peligrosamente durante un segundo, antes de que el pánico paternal vuelva a ganar.

—No, espera. Necesitamos ir al médico y que lo revisen. —Su mano se extiende sobre mi vientre con sumo cuidado.

—Estoy embarazada de cinco semanas, no hay nada que revisar. Es del tamaño de una lenteja.

—Pero es mi lenteja —se indigna él, y rompo a reír.

—Rin.

—¿Cuándo tienes cita? ¿Has cogido cita? ¿Has comido bien hoy? ¿Cuánto café has tomado?

—Tengo cita el jueves, he comido bien, y el café lo dejé hace tres días cuando el olor me empezó a dar náuseas, así que irónicamente el bebé ya me está cuidando más de lo que me cuido yo.

Él me mira durante un instante.

—Náuseas —repite—. Llevas tres días con náuseas y no me habías dicho nada.

—Esperaba el momento.

—El momento era antes de que te tomara sobre la mesa —se enfada. Después se cubre la boca y me mira el vientre.

—Creo que no te ha escuchado —me carcajeo.

Rin frunce el ceño y me aparta con un cuidado exagerado. Me sienta en la silla y por la forma en la que lo hace debe pensar que soy de cristal.

—Hace un momento no has sido precisamente delicado.

Él pone una expresión de horror y entonces se arrodilla frente a mí.

Rin Takeda arrodillado en una sala de juntas, tocándome el vientre con una delicadeza que va contra su naturaleza. Una calidez deliciosa invade mi pecho.

—Es ridículo lo feliz que me hace estar casada con un ogro —murmuro.

Alza la vista hacia mi rostro y sonríe. Una sonrisa pequeña que lleva año y medio siendo solo mía y que espero que siga siendo solo mía el resto de mi vida, aunque entiendo perfectamente que a partir del jueves voy a tener competencia.

—Es porque tú también eres una ogra —dice.

—Lo soy —confirmo, sin ningún conflicto. Le acaricio el pelo.

—¿Puedo contárselo a mi padre? —Sus ojos brillan de emoción.

—Sí, pero deberíamos esperar al segundo trimestre. Solo para estar seguros y que no se ilusione para nada.

Rin asiente y su rostro se contrae como si él mismo estuviera concentrándose mucho para no ilusionarse demasiado.

—Todo irá bien —le digo justo antes de darle un beso en el ojo —. Estará sano y tendrá tus ojos. Y aprenderás a amarlos como los amo yo.

La sonrisa temblorosa y la mirada húmeda que me devuelve hace que se me encoja el corazón de ternura.

—Pasé muchos años pensando que querer a alguien era darle las herramientas para destruirte —dice, muy bajito, con esa voz que solo existe cuando no está construyendo nada—. Y entonces llegaste tú con el pelo rosa y un hechizo mal hecho y seis años de paciencia que no merecía… Gracias por no rendirte conmigo.

Me río, aunque me escuecen los ojos. Agarro mi colgante de Fórmula 1 en un gesto incosciente.

—Gracias a ti por dejarme quererte.

Me besa con ternura.

—Vamos a ser la familia que siempre quise —murmura bajito, con los ojos brillantes y una sonrisa esperanzada.

Asiento efusivamente y le rodeo con mis brazos.

—Iremos a Disney. Reescribiremos cada recuerdo triste en algo tan bonito que vas a sonreír como un bobo y a llenar la oficina de fotos.

Sus brazos me rodean con mucha fuerza hasta que recuerda que ahora cree que soy de cristal y se aparta con una mueca de preocupación.

Vaya nueve meses me esperan envuelta en algodones por culpa de este hombre. Pero eso es lo que tiene estar casada con el ogro con el corazón más tierno de Japón.

Rin levanta la vista hacia mí.

—¿Qué nombre le ponemos? —pregunta.

Me río.

—Acabas de enterarte hace cuatro minutos.

—Ya. —Una pausa pensativa— ¿Hikari?

Se me corta la respiración. Hikari. Luz.

Rin sonríe.

—Desde el primer día, encendiste luz en mi oscuridad. Y ahora soy una polilla que no puede vivir sin ti —confiesa, porque ha perdido su miedo a admitirlo.

—Y todo gracias a un hechizo que salió mal —digo bajito entre risas.

Él niega con la cabeza.

—Salió perfecto.

Gracias por quedarte hasta el final.

Si Malu y Rin te han robado, aunque sea una sonrisa, te pido que les dejes una reseña en Amazon. Es el gesto con el mayor impacto para una autora independiente, y lo leeré todo.

Rafaela y Watanabe tienen su propia historia pendiente. Sígueme en Amazon para no perdértela.

Puedes encontrarme también en Instagram como **@veraravenbooks**

OTROS LIBROS POR ESTA AUTORA


ATRAPADA
EN LA NIEVE CON MI
JEFE
VERA RAVEN
OFFICE ROMANCE
CEO X ASSISTANT
NAVIDAD ALEMANA
FAKE DATING
SPICE


A la venta en
A un segundo del final
VERA RAVEN
Rivales - Enemigos
Misterio
Latina - Coreano
Hockey
Romance sano
K-drama vibes
Spice
amazon